Tiempo en ruptura

Jörn Rüsen, traducción de Christian Sperling

JÖRN

SERIE ESTUDIOS

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES



Tiempo en ruptura

Jörn Rüsen

Traducción de Christian Sperling

Edición de Silvia Pappe, Miguel Ángel Hernández Fuentes y Christian Sperling



Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
México 2013

El tiempo estaba hecho pedazos; yo no lo experimentaba como continuidad, sino como vidrios rotos, que lastiman la mano, si se intenta unirlos.

Ruth Klüger

CONTENIDO

LA ESPECIFICIDAD DE LOS DEBATES TEÓRICOS SOBRE LA HISTORIZACIÓN DEL PASADO ALEMÁN

Christian Sperling, UAM-Azcapotzalco

> El miedo ante el recuerdo se racionaliza por medio de la idea obstinada de que no se debe ensuciar el propio nido. Los que se obstinan así en la limpieza únicamente incurren en el error lógico de que el nido sucio no se limpie mientras se pasa en silencio por encima de la mugre.
>
> Wolgang Benz[1]

> Quien quisiera entender la ejecución de ese plan, debería perder la razón; y quién no es capaz de perder la razón, ni siquiera ha percibido el fenómeno "Auschwitz" (sé que es una paradoja, pero no puede expresarse de otro modo).
>
> Dolf Sternberger[2]

I

Comúnmente se piensa que los alemanes son un pueblo que ha enfrentado productivamente su pasado; pero, ¿cuáles son las implicaciones de este enunciado? Según una encuesta muy comentada en la prensa alemana en 2012, una quinta parte de los alemanes entre dieciocho y treinta años no puede poner en su contexto el nombre de Auschwitz. ¿Será un caso de amnesia colectiva en el que desparece la memoria junto con la última generación de sobrevivientes y perpetradores? Entre alemanes mayores, no obstante, el noventa por ciento sabe que se trata de un campo de exterminio nazi, y el sesenta por ciento lo puede ubicar en Polonia. Sin embargo, ¿eso es suficiente para conocer nuestro pasado? ¿La historia puede reducirse a la estadística? Y, ¿qué es lo que

[1] *Wolfgang Benz, "Die Abwehr der Vergangenheit: Ein Problem nur für Historiker und Moralisten?",* Ist der Nationalsozialismus Geschichte?*, Frankfurt, Fischer, 1987, p. 26.*
[2] *Cit. en Christian Meier,* Von Athen nach Auschwitz*, München, Beck, 2002, p. 134.*

nos dice la edificante indignación moral en los medios de comunicación frente al olvido? Tal vez, la pregunta podría ser si aceptamos la responsabilidad colectiva relacionada con ese pasado que consiste en reconocer la capacidad del ser humano a cometer crímenes de una magnitud inconmensurable. Una tarea difícil, pues a menudo esta responsabilidad histórica se ha confundido con culpa colectiva, percepción que frente a las dimensiones del genocidio nazi, activa naturalmente reacciones de defensa y bloqueos irracionales que no sólo hacen imposible cualquier relación productiva con el pasado, sino que desencadenan actitudes que lo relativizan, deforman, minimizan, niegan.

Cabe añadir que actualmente la xenofobia existente en la Alemania unificada y democrática refleja una fuerza siniestra inherente a dicho pasado, como un eco muy lejano. Sigue existiendo algo ominoso que surge a la superficie de esa sociedad, por ejemplo, en el recrudecimiento más bruto de un etnocentrismo primitivo contra ciudadanos musulmanes expresado en las publicaciones populistas de los últimos años; o en los asesinatos cometidos por el terrorismo neofascista alemán, además encubiertos por funcionarios del servicio de inteligencia del Estado. Este escándalo salió a la luz en 2011, y aunque sigue ocupando los encabezados periodísticos, dista de tener consecuencias algunas para los burócratas implicados. Podría continuarse la lista de incidentes significativos, pero el tema aquí es el pasado alemán.

En aquellos instantes, reconocemos nuestro pasado, ya que, pese a las inmensas diferencias entre el sistema de exterminio del *Tercer Reich* y el racismo de grupúsculos extremistas dispersos y la violencia estructural e institucional en la Alemania unificada, estos actos xenófobos no pueden percibirse sino en el contexto de un acontecimiento pasado cuyas múltiples reverberaciones todavía no cesan.

El problema comienza cuando se refiere *a el* pasado alemán, pues es un elemento que resiste a integrarse a la "sintaxis narrativa" de la historia "normal". El nacionalsocialismo tiende a eclipsar otras épocas y marca una ruptura radical en la continuidad histórica de Alemania. Casi naturalmente surge la problemática pregunta por la relevancia y el sentido de este pasado catastrófico para el presente en que se configura la identidad colectiva.

A este conjunto de problemas de la conciencia histórica aluden las nociones socio-psicoanalíticas de *Vergangenheitsbewältigung*, *Aufarbeitung der Vergangenheit* y *Trauerarbeit*, términos que consignan el procesamiento colectivo del pasado desde el

presente con el fin de enfrentar su parte traumática mediante el trabajo de duelo histórico que lleva a reconocer la realidad de lo acontecido y hacer posible la orientación en el presente de los procesos vivenciales. Por su complejidad e implicaciones múltiples, retomaremos el aspecto del duelo histórico al final de esta introducción. En este momento, cabe limitarnos a la secuencia de cuatro pasos hacia el reconocimiento de los hechos con la que el historiador Christian Meier muestra el camino recorrido por la sociedad alemana durante los últimos sesenta años a lo largo de sus debates sobre este pasado: 1) reconocer el acontecimiento de Auschwitz, 2) reconocer las dimensiones del genocidio, en particular el exterminio de los judíos europeos, 3) contemplar la inmensidad del suceso y 4) considerar la amplitud del círculo de los victimarios entre el propio pueblo.[3]

¿En qué sentido la época nazi ya es "historia", o, en qué medida puede historizarse, y ser objeto de un abordaje científico?; ¿y eso implica tomar distancia, normalizarla o incluso reinscribir su presencia traumática en el presente?; ¿pueden comprenderse los móviles de un comandante de la SS? No sólo son preguntas que surgieron en Alemania a mediados de los años ochenta en el contexto de la disputa de los historiadores (*Historikerstreit*). Son preguntas que adquieren actualidad con cada nueva generación que dirige su mirada hacia el sentido del pasado alemán con respecto de su significado para el presente. E historizar este pasado es la única forma en que éste, como historia, adquiere sentido en y para el presente en la mediación narrativa de un relato historiográfico. Esta mediación del pasado con el presente se (re)genera en cada nueva generación que se enfrenta al reto de comprender su pasado:

> No existe ninguna comprensión sin un siempre renovado horrorizarse, sin un siempre reiterado condenar, sin un siempre repetido desesperar. Cualquier comprensión debe ser —de acuerdo con nuestras medidas humanas— espeluznante, perturbadora y siempre desemboca en no entender nada. No podemos acomodarnos en la catástrofe, sólo después de ella, como sobrevivientes, que somos (aunque todos de forma radicalmente diferente), por lo menos en Europa, en Occidente.[4]

Para mostrar sólo un ejemplo de las diversas modulaciones narrativas, cabe considerar la historización del pasado alemán (otros interesantes ejemplos serían los de comunidades judías en el mundo, o en comunidades que colaboraron con los nazis en

---

[3] *Christian Meier,* Von Athen nach Auschwitz*, p. 154.*
[4] *Christian Meier,* Von Athen nach Auschwitz*, p. 152.*

otros países europeos)[5] presente en las construcciones que tienden a configurar las tres generaciones posteriores al Holocausto en su imaginario colectivo. Respecto de la continuidad de la comprensión del pasado, Auschwitz inscribe una extraña concatenación de rupturas en la cadena generacional en Alemania.

En este contexto, el teórico de la historia, Jörn Rüsen problematiza la "posibilidad de establecer relaciones intergeneracionales en el proceso de la formación de la identidad histórica".[6] Para este fin distingue entre tres momentos en la secuencia generacional en Alemania: (1) La época de la posguerra se caracteriza por una ruptura en la identidad colectiva. Aunque seguía operativa la identificación con la historia nacional en el contexto de la ocupación aliada, se inscribe el silencio colectivo sobre el genocidio en el discurso público. Esta presencia oculta, o la represión, del pasado inmediato desintegra a la comunidad que recuerda y desconcierta su identidad histórica. Una estrategia de esta comunidad, incapaz del duelo histórico, es la demonización de los nazis, son "ellos" los que cometieron las atrocidades. (2) La siguiente generación que entra a las universidades a finales de los años sesenta, genera conscientemente visibilidad del pasado omitido y así incide en la conciencia histórica alemana: el Holocausto se vuelve un acontecimiento negativamente constitutivo de la identidad colectiva. Al igual que la generación de los padres, el pasado opera como modelo de contraidentificación, las nuevas ofertas de identidad se basan en modelos universalistas, no alemanes. En este caso, el nuevo horizonte histórico consigna un distanciamiento entre padres e hijos; éstos dirigían sus reclamos a un "ustedes", la generación de sus padres, una entidad que sabía y no hablaba, y en algunos casos había participado en el genocidio. (3) Una apertura de la cultura de la historia hacia una relación genealógica con los perpetradores se observa en la siguiente generación que se atreve a emplear el "nosotros" e incluye así a la generación de la Segunda Guerra Mundial en una entidad colectiva. También debido a la distancia temporal, se tiende a cerrar la brecha mental que genera este pasado para con el presente. Rüsen menciona una serie de indicadores que comprueban una tendencia hacia la integración colectiva de este pasado en la

---

[5] *Silvia Pappe ofrece una reflexión sobre la relación entre los espacios de poder y los espacios de memoria, y sus implicaciones en la memoria y la historia que se articula de formas diferentes en comunidades nacionales como Israel, la República Alemana Democrática y la República Alemana Federal.* Cf. *"Memoria* versus *historia: desencuentros en los espacios de poder*", *Memorias (in)cognitas: contiendas en la historia, México, UNAM, 2007, pp.85-97.*
[6] *Jörn Rüsen, Zerbrechende Zeit, Köln/Weimar/Wien, Böhlau, 2001, p. 314.*

historia y en la conciencia histórica, entre ellos el pronombre provocador "nosotros", más allá de una rígida oposición dicotómica entre una colectividad desvinculada de los hechos y lo otro.[7]

Ahora bien, en la Alemania contemporánea, la representación de este pasado es —y debe ser— polémica como comprobaron las controversias surgidas en torno al "Monumento a los judíos asesinados de Europa", inaugurado en 2005 en el centro de la capital alemana. Debido a que este pasado no parece redimirse junto con las generaciones directamente involucradas en él, el historiador Dan Diner formula, en 1987, una suerte de dialéctica paradójica para describir la temporalidad especifica de la época en cuestión: "Entre más nos alejamos del periodo nazi, más cercano está a nuestra conciencia".[8] El caso del "nosotros" parece comprobar esta afirmación; la estadística sobre la falta de (re)conocimiento de Auschwitz inicialmente citada parece indicar lo contrario.

La mencionada disputa de los historiadores no tiene relevancia como debate objetivo, pues en cuanto a resultados científicos, fue completamente estéril y su función esclarecedora en el discurso público fue prácticamente nula a pesar de la cobertura mediática. Más bien es síntoma de la problemática relación alemana con su historia nacional en los años ochenta en vísperas de la "renacionalización de la conciencia alemana"[9] y como tal, manifestó las estrategias de evasión de un pasado problemático. Éstas, a su vez, evidencian la necesidad de una confrontación del pasado caracterizada por la empatía con las víctimas y el trabajo de duelo histórico, necesidad declarada como unilateral por algunos participantes en el debate, pues reivindicaron a las víctimas entre la población "alemana" de la Segunda Guerra mundial como objeto de la memoria histórica, y así enfatizaron la devastación de las ciudades a causa del bombardeo de los aliados. Fue una disputa política protagonizada por historiadores apologistas (fueron ellos los que naturalmente alcanzaron mayor visibilidad, entre ellos Ernst Nolte) que polemizaron contra Jürgen Habermas. Algunos propusieron el revisionismo histórico que, entre otras cosas, llevaría a considerar la guerra de exterminio y los campos de

---

[7] *Jörn Rüsen,* Zerbrechende Zeit*, pp. 286-99.*
[8] *Dan Diner, "Einleitung",* Ist der Nationalsozialismus Geschichte?*, Frankfurt, Fischer, 1987, p. 11.*
[9] *Dan Diner, "Zwischen Aporie und Apologie: Über die Grenzen der Historisierbarkeit des Nationalsozialismus",* Ist der Nationalsozialismus Geschichte?*, Frankfurt, Fischer, 1987, p. 64.*

concentración como reacción a la violencia estalinista; así mejoraría la percepción de la dictadura fascista y del papel que desempeñaron el ejército y la policía en el genocidio;[10] asimismo se llegaría a relativizar la singularidad del genocidio por medio de la comparación con otros crímenes de guerra. De esta forma, se difundieron argumentos que todavía se emplean en algunos estratos políticos de la extrema derecha alemana. Respecto a un razonamiento sobre el pasado alemán, las postrimerías de este debate marcan el comienzo de una década caracterizada por una dedicación académica más productiva sobre el Holocausto, parte de este comienzo es la correspondencia entre Martin Brozat y Saul Friedländer (*cf.* cap. 8 de este libro).

Pero, ¿en qué medida le corresponde a la historiografía acomodar este pasado inconmensurable —quitarle su carácter perturbador— para responder a la necesidad de identificación con una historia y generar una identidad colectiva sin contradicciones en el presente? En parte esta pregunta remite a los sujetos que dan testimonio, escriben la historia y reciben el relato historiográfico, pero también se relaciona con la memoria de cada generación y el significado que se genera en diferentes comunidades de sentido sobre el acontecimiento. En relación con ello, traduzco un pasaje lúcido, en el que Dominick LaCapra distingue diferentes posiciones de sujeto:

> El Holocausto confronta al historiador con transferencias de una forma inconcebiblemente traumática, aunque ésta varía según la posición de sujeto del analista. Dependiendo de si el historiador o analista es un sobreviviente, un pariente de un sobreviviente, un exnazi, un excolaborador, un pariente de un exnazi o de un excolaborador, un joven judío o alemán sin contacto inmediato con la sobrevivencia, participación y colaboración, o más o menos un "externo" con respecto a estos problemas, hace una diferencia, incluso en enunciados que son formalmente idénticos. Determinados enunciados, o incluso orientaciones completas, puede parecer apropiados para alguien con cierta posición de sujeto, pero no para otros.[11]

LaCapra concluye su reflexión insistiendo en la necesidad de reconocer estas transferencias en los procesos colectivos de elaboración de representaciones acerca de un pasado traumático. En particular, estas transferencias pueden llevar a la represión de aquellas partes del pasado que se oponen al deseo de una construcción de la historia

---

[10] *Sobre la implicación de las unidades de policías en las masacres en Europa oriental: Christopher Browning,* Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, London, Penguin, 2001.*

[11] *Dominick LaCapra, "Representing the Holocaust: Reflections on the Historians' Debate",* Probing the Limits of Representation: Nazism and the "Final Solution"*, Saul Friedländer (ed.), Cambridge/London, Harvard University Press, 1992, p. 110.*

idónea para la formación de una identidad colectiva autoafirmativa. De este modo, el teórico indica una función importante del trabajo de duelo para subsanar la discrepancia entre el pasado indeseable y la formación de identidad colectiva, al tiempo que advierte que "una identidad positiva o una normalización por medio de la negación únicamente genera un sentido ilusorio y no fomenta la perspectiva de un futuro aceptable".[12]

La producción de conocimiento posterior a la disputa de los historiadores en el terreno de la teoría de la historia relacionada con el Holocausto gira en torno a los límites de la representación. Como continuación de estas reflexiones en la década de 1990, Jörn Rüsen propone en su obra *Zerbrechende Zeit* (literalmente: *Tiempo en ruptura*) (2001) una teoría narrativa capaz de historizar periodos históricos traumáticos e integrarlos, con todos los rompimientos que implican, en las historiografías que operan como base de identidades colectivas. Aunque esta introducción contextualiza el fenómeno desde su problemática específicamente alemana relacionada con la historia "nacional" y la necesidad de una identidad colectiva basada en ella, es evidente que la teoría narrativa de Rüsen es una aportación importante a la pregunta de cómo se tematizan periodos violentos en otras historiografías y cómo esos se relacionan con los procesos de formación de la identidad histórica en el presente. Es más, Rüsen ofrece una reflexión teórica sobre la configuración del relato historiográfico en un mundo después de Auschwitz, una pregunta que no solamente debe hacerse a las historiografías que se generan en el contexto de los pueblos involucrados en el Holocausto.

Los capítulos individuales de este libro pueden leerse independientemente como una teoría general del relato historiográfico que despliega una reflexión sobre los presupuestos básicos de la articulación narrativa del relato, las características disciplinarias de la teoría de la historia y de la historiografía, e incluso sobre la visibilidad de la historia en obras de arte, caricaturas, objetos olvidados y publicidad. Para el presente libro, tradujimos los capítulos más relevantes del original alemán para dicha articulación narrativa del pasado y añadimos textos complementarios para la comprensión de dicha teoría. Sirva esta introducción para sintetizar, en la medida de lo posible, algunas ideas clave y contextualizar brevemente la teoría de Rüsen así como

---

[12] *Dominick LaCapra, "Representing the Holocaust: Reflections on the Historians' Debate", p. 127.*

complementar los cuestionamientos anteriores con reflexiones de Rüsen que no aparecen en el presente libro.

II

Algunas reacciones razonadas a la disputa de los historiadores se encuentran, por ejemplo, en los libros colectivos ya citados de Dan Diner cuyo título pregunta *¿Es el nacionalsocialismo historia?: sobre la historización y la disputa de los historiadores* (1987) y de Saul Friedländer cuyo título remite a la operación de *Probar los límites de la representación: el nazismo y la "solución final"* (1992). Sin poder resumir las aportaciones polifacéticas en estos tomos, conviene tener en cuenta algunas pautas que se generaron en estos debates en cuanto a los límites de la representación que de alguna forma reaparecerán en las reflexiones de Rüsen.

Dan Diner problematiza las implicaciones de la idea radical de la destrucción inherente a la violencia desencadenada por los nazis; según él, se trata de una destrucción como fin en sí mismo, que puede entenderse como exacerbación de una racionalidad instrumental en sus últimas consecuencias. En este contexto, Auschwitz se vuelve símbolo de la refutación de los principios racionales básicos de la civilización occidental, como los principios racionales de la Ilustración. Cabe añadir que estos metaprincipios operan estructurando el relato historiográfico, le otorgan sentido como progresión de un estado a otro. De este modo, el Holocausto adquiere una calidad metahistórica, pues cuestiona radicalmente los principios que articulan la historia. En consecuencia, ¿qué tipo de racionalidad puede dar cuenta de lo acontecido? Diner acuña el concepto de la ruptura con la civilización (*Zivilisationsbruch*) —una cesura que pone en tela de juicio las bases de la civilización occidental— y se refiere a una contrarracionalidad nazi, como una negación radical de los principios de la racionalidad pragmática y de la autoconservación. Además, la violencia nazi carece de un objetivo político. En consecuencia, la búsqueda del historiador por los motivos de los perpetradores y de la "pasividad" de las víctimas se encuentra confrontada por el sinsentido de la destrucción.

Parte de esta contrarracionalidad permeó, de manera premeditada por los nazis, en el margen limitado de las prácticas que generaron las víctimas para garantizar su sobrevivencia. Por ejemplo, la organización social en los guetos de Europa del Este por medio de los consejos judíos y la aparente inclusión en el sistema mediante la producción de bienes muestran cómo los intentos racionales de sobrevivir en aquella situación extrema se volvieron parte de una lógica de exterminio. Incluso en el momento en que se dieron a conocer las prácticas de exterminio masivo en los campos de concentración, parte de la población judía confiaba en la capacidad de los consejeros de negociar con los nazis y en la utilidad de su fuerza laboral para el régimen fascista de modo que esperaran salvarse de la deportación. Con todo, la sobrevivencia dependía a menudo únicamente del azar. ¿Qué tan perturbadora debe ser la idea para los sobrevivientes de que las víctimas fuesen asesinadas en un proceso que carece de sentido? Diner puntualiza esta idea:

> La muerte que se relaciona con la memoria icónica de Auschwitz carecía de causa. Fue sin causa porque no le precedió ningún conflicto, ninguna discordia y ninguna acción que la desafiara. Ni siquiera se trataba de sancionar a ideologías. Fue una muerte más allá del signo de Caín, inscrito en la memoria de la humanidad, el asesinato intencional fundado en el vicio de la pulsión, de la envidia y de la avaricia. Sencillamente, una muerte sin causa. Además esta muerte fue colectiva, solamente se relacionaba con la pertinencia de los asesinados. Así le correspondía a todos los que pertenecían o a un grupo determinado o fueron considerados como pertenecientes a él. Y tenía vigencia en todas partes.[13]

Otro ejemplo de esa lógica adversa que en los campos de concentración generó una posición de sujeto paradójica es la inclusión de las propias víctimas en el proceso de exterminio. Los *Sonderkommandos*, los grupos de trabajo especiales, se integraban de judíos y otros presos forzados a trabajar en las cámaras de gas y los crematorios; su trabajo consistía en llevar a las víctimas a las cámaras de gas (calmándolas con la mentira de que fuesen a pasar por un proceso de aseo personal), revisar los cadáveres desnudos por objetos de valor, cortar el cabellos y quitar los dientes de oro, e incinerarlas en los crematorios. En lo que toca a la problemática de la representación surge la pregunta de cómo se narran los procesos que desencadena dicha contrarracionalidad y cómo se representan las expectativas y móviles de los involucrados, los momentos de solidaridad y de conflictos éticos individuales frente a la

[13] *Dan Diner,* Zeitenschwellen: Gegenwartsfragen an die Geschichte*, München, Pantheon, 2010, pp. 177-8.*

extrema deshumanización colectiva. El proceso en sí, como refutación de la lógica más elemental humana, se opone a epistemologías existentes y los patrones tradicionales de la comprensión histórica usualmente empleadas como racionalidad e intención teleológica.[14] La problemática de una narrativa que pueda dar cuenta de rupturas y paradojas semejantes es el reto teórico que enfrenta la producción teórica de Rüsen.

Otro aspecto que dificulta la representación es lo que Diner llama el carácter abstracto del Holocausto que se relaciona con la pregunta por la causalidad. La problemática oscila entre los extremos siguientes: o bien el proceso se debe a un plan criminal premeditado que desde el principio hasta el final tenía objetivos claros, y fue ejecutado y controlado desde una instancia central, un proceso que adquirió una dinámica fatal en un aparato burocrático anónimo; o bien debe partirse de una creciente radicalización desenfrenada, de una concatenación caótica de acontecimientos en la cual los sujetos, cada vez más crueles, tomaron iniciativa propia. En relación con estos aspectos, seguramente ambos son relevantes, surge la pregunta por el enfoque adecuado al representar el acontecimiento: ¿en qué medida este macroproceso complejo puede y debe integrarse por medio de representaciones particulares en el nivel micro?, ¿en qué medida un proceso que transcurrió casi en todos los países europeos puede representarse en su conjunto?

Estas oposiciones también llevan a problematizar preguntas relacionadas con la perspectiva sobre la cronología desde donde se narra la Shoah —¿desde la culminación en la "solución final" o desde los principios de la violencia cotidiana, inherente a leyes y decretos discriminatorios?, ¿qué perspectiva implica el conocimiento del final sobre los comienzos?—. Aquí cabe contextualizar la expresión frecuentemente citada de la "banalidad del mal", acuñada por Hannah Arendt al observar la fría racionalidad burocrática de Adolf Eichmann durante su juicio en Jerusalén. La división del trabajo entre los burócratas que en su escritorio organizaron desde la transformación del lenguaje alemán[15] y las prácticas cotidianas en herramientas para generar, visibilizar y excluir otredades, hasta la deportación a los campos de concentración, todo lo anterior

---

[14] *Dan Diner, "Zwischen Aporie und Apologie", pp. 71-3. Dan Diner, "Historical Understanding and Counterrationality: The Judenrat as Epistemological Vantage",* Probing the Limits of Representation: Nazism and the "Final Solution"*, Saul Friedländer (ed.), Cambridge/London, Harvard University Press, 1992, pp. 128-9.*

[15] *Sobre la función del lenguaje nazi existe el testimonio en el diario de Victor Klemperer,* LTI. La lengua del Tercer Reich*, Barcelona, Minúscula, 2002.*

son dimensiones de un mismo proceso que implica la colaboración o la pasividad de miles de individuos, y así opone resistencia a la comprensión.[16] ¿Cuál es el significado que adquieren términos como cotidianidad o normalidad en un sistema que esconde una racionalidad asesina? Ejemplarmente para otros testimonios y frases infames de los involucrados en el genocidio cabe reflexionar sobre las palabras de la persona que organizó la deportación de ciento dos mil judíos de los Países Bajos, Arthur Seyβ-Inquart: "el número de los que pueden asesinarse en nombre del imperativo categórico es prácticamente ilimitado".[17] Christian Meier antepone a esta cita el siguiente resumen sobre la división de labores:

> La acción y el pensamiento se reducen a menudo a ámbitos muy limitados; es una característica de las proporciones modernas; Tzvetan Todorov describió una vez el camino a la cámara de gas: del policía francés, que *sólo* buscaba y entregaba a niños judíos, pasando por el conductor de la locomotora que *sólo* conducía trenes (como siempre), y por el comandante del campo de concentración que *sólo* dio órdenes de descargar y vigiló el proceso de la selección, y hasta los *Sonderkommandos* que llevaron a los presos a las cámaras de gas; y de este modo, fueron los únicos que mataran, aunque ellos fueron a su vez víctimas, y no verdugos.[18]

Para casi todos estos momentos hay testimonios de las víctimas y de los victimarios, es un proceso que puede reconstruirse y representarse, y no obstante, nos impone silencio y provoca un distanciamiento, como escribe Meier en cuanto los efectos inmediatos de los documentos y testimonios: "Únicamente de la cámara de gas ya no escuchamos nada, solamente desde afuera, gritos y gemidos. Pero hay momentos en los que también el historiador debe guardar silencio".[19] Es el mismo silencio que impone la figura del *Muselmann*, el prisionero moribundo del campo de concentración reducido a la existencia física "desnuda", que así se ha vuelto resultado de un bio-poder racista absoluto, una consecuencia de este tipo de "racionalidad" que describe Giorgio Agamben en su obra dedicada al Holocausto.

Finalmente, resulta el problema mayúsculo de cómo representar la historia de tantas víctimas, que en su mayoría, no dejaron testimonios ni se puede encontrar sus cuerpos —¿cómo romper con la lógica de un macro-proceso que reduce el genocidio a

---

[16] *Hannah Arendt,* Eichmann in Jerusalem: Ein Bericht von der Banalität des Bösen*, München, Piper, 1991.*

[17] *Cit. en Christian Meier,* Von Athen nach Auschwitz*, p. 145.*

[18] *Christian Meier,* Von Athen nach Auschwitz*, p. 146.*

[19] *Christian Meier,* Von Athen nach Auschwitz*, p. 150.*

una estadística; individuos a números y cenizas, cómo darle un lugar al sufrimiento individual dentro de un proceso infinitamente reiterativo?— Una vez más, nos apoyamos en Meier, que explica si bien logramos entender las partes del proceso, nunca llegamos a concebir el todo, el conjunto se opone a la comprensión: "cualquier racionalidad debe resistirse a creer en la posibilidad humana de eso".[20] El acontecimiento impone inmediatamente consternación o compasión que ante su magnitud puede convertirse en culpa, razón por la cual muchos historiadores inmediatamente toman distancia al hablar de él.

Hoy en día la producción académica y artística sobre el Holocausto es prácticamente inabordable. Los estudios que se realizan tienen un carácter muy especializado y muchos revisan desde una perspectiva metahistórica representaciones, discursos y prácticas generados en relación con el acontecimiento. Sin embargo, se realizan proyectos para narrar la historia "completa": un relato historiográfico del Holocausto que toma en cuenta estos escollos y desafíos en la representación son los dos tomos de la obra monumental *El Tercer Reich y los judíos* de Saul Friedländer, una narrativa en la cual el autor cede la palabra al testimonio de las víctimas y de los victimarios durante las diferentes fases de la persecución nazi, y logra yuxtaponer las diferentes "racionalidades" y horizontes de un proceso que además representa aludiendo a la complejidad, la creciente radicalización y la extensión a nivel europeo. Friedländer representa este proceso en una secuencia rápida de cuadros expresivos que brincando entre los escenarios, contextos y casos, alternan tanto en el nivel micro por medio de testimonios y descripciones densas como al nivel macro de la diplomacia internacional, la organización de la infraestructura del genocidio, el movimiento bélico en varios frentes y el fantasma colectivo del antisemitismo.[21]

---

[20] *Christian Meier,* Von Athen nach Auschwitz*, p. 134.*
[21] *Saul Friedländer,* El Tercer Reich y los judíos (1933-1939, Los años de la persecución) *y* El Tercer Reich y los judíos (1939-1945, Los años del exterminio)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.*

III

Antes de retomar la teoría narrativa y el trauma histórico elaborada por Rüsen, cabe abrir un último paréntesis para mencionar algunas estrategias literarias de sondeo de los límites de la representación sin que se pretenda justipreciar cabalmente a obras tan complejas como la poesía de Paul Celan o la autobiografía testimonial de Primo Levi. No obstante, es oportuno remitir a algunos desafíos que presenta la representación de la Shoah para la estética literaria, sin querer afirmar plenamente los tópicos en el discurso sobre el Holocausto que aluden a lo indecible, lo inefable o incluso a lo incomprensible del acontecimiento. Desde luego, el acontecimiento es representable; ya hemos aludido al hecho de que posiblemente se logra comprenderlo parcialmente, nunca en su complejidad global, pero ¿no resulta que el relato historiográfico allana de modo reconciliador aquellos elementos contrarracionales y suplementa aquellas ausencias de sentido que desbordan la capacidad humana de la explicación e interpretación?; ¿dónde está el límite de esta reconciliación del sentido?

> La comprensión y la explicación históricas [escribe Rüsen] le quitan al pasado el horror de la contingencia; transforman la irritación del cambio temporal en concepciones de transcursos temporales que pueden integrarse en construcciones de sentido de las propias prácticas vivenciales. Exactamente aquí está el límite donde la racionalidad de la explicación histórica, que ni siquiera frente al Holocausto pierde nada de su fuerza cognitiva, se relaciona con la identidad del receptor y la orientación de su vida.[22]

En este sentido, otros escollos de la representación radican en subsanar las rupturas y pasar por encima de las relaciones transferenciales traumáticas, referidas por LaCapra, para construir un sentido que reconcilie el presente con un pasado irreconciliable.

Ahora bien, a menudo se ha afirmado la capacidad del lenguaje literario para la elaboración de experiencias extremas; es decir, se ha reconocido la plasticidad del lenguaje literario en la asimilación estética y figurativa de experiencias que exceden el espacio de experiencia. Este lenguaje recurre al potencial mediador de la metáfora, la indeterminación y las modalidades de representación que escapan del recinto de la racionalidad científica y de la verosimilitud histórica.

---

[22] *Jörn Rüsen,* Zerbrechende Zeit*, pp. 210-1.*

Si bien es cierto que la creación literaria coadyuvó a encontrar nuevos patrones para formular experiencias históricas que oponen resistencia a la representación, puede observarse que Auschwitz rompe de manera significativa con las convenciones de representación que ofrecen los géneros literarios. El acontecimiento no puede relatarse como tragedia ni como comedia (pese a los conocidos y criticados intentos cinematográficos); tampoco permite la trama ascendente de un desarrollo novelístico convencional, como un esquema formativo en el que el personaje integra la experiencia vivida; y menos parece integrarse en los patrones genéricos establecidos por las formas líricas convencionales. En muchos casos de la literatura sobre la Shoah, la ruptura con la civilización inscribe estructuralmente en los mismos géneros literarios a modo de un rompimiento formal-estético, pues la lógica inherente a las convenciones de los géneros es contrarrestada por las mencionadas paradojas y rebasada por la experiencia traumática causada en los campos de exterminio. Aquí traumático significa lo que no logra enunciarse en una forma narrativa, lo que rompe con ella y con los preceptos de verosimilitud implícitos en ella.

En ese sentido, pueden entenderse las famosas palabras de Adorno, que no fueron intencionadas como un precepto de censura, sino que cuestionan la posibilidad de la "poesía" —aquí metonimia de la cultura— después de Auschwitz. Frente a la catástrofe, ya no puede existir una estética ingenuamente armónica y reconciliadora; el arte ya no puede exigir una esfera autónoma para sí, exenta de una reflexión sobre la destrucción del sentido que aconteció en el Holocausto.[23]

Como ejemplo, las obras de los poetas judíos Nelly Sachs y Paul Celan indirectamente responden a la reflexión de Adorno de modo que busquen en su lengua materna —la misma que sirvió para pronunciar las órdenes genocidas— una nueva expresividad y legitimidad de la poesía al tiempo que ponen ante los ojos la destrucción de sentido y la descomposición de imágenes tradicionales. En transiciones paradójicas del silencio a la enunciación, logran cifrar una purificación del lenguaje lírico cuyo referente indeleble son los horrores de los campos de concentración.[24] No obstante, en la poética de Celan, al igual que en la literatura testimonial la experiencia extrema se

---

[23] *Michael Hoffmann,* Literaturgeschichte der Shoah*, Münster, Aschendorff, 2003, pp. 9-20.*
[24] *Michael Hoffmann,* Literaturgeschichte der Shoah*, pp. 118-29.*

inscribe necesariamente como destrucción de sentido: el lenguaje poético remite a una pérdida y una desfiguración irrecuperables.

Celan pone de relieve esta problemática de la lengua alemana y de sus hablantes en "Ein Blatt" donde establece una comunicación con Bertolt Brecht que en la segunda mitad de los años trente, denuncia la pasividad del pueblo alemán sobre la inminente barbarie nazi e insiste en la responsabilidad del poeta de denunciarla.[25] Posteriormente Celan cierra este paréntesis histórico con una reflexión sobre el eco del lenguaje del pasado en el presente de la sociedad de la posguerra:

Ein Blatt, baumlos, Für Bertolt Brecht:	Una hoja, sin árbol, para Bertolt Brecht:
Was sind das für Zeiten, wo ein Gespräch beinah ein Verbrechen ist, weil es soviel Gesagtes mit einschließt.[26]	Qué tiempos son estos, cuando conversar es casi un crimen, porque encierra tanto ya dicho.

No obstante, la mayoría de la obra de Celan no tiene este aspecto didáctico, sino tiende al hermetismo. A menudo, el sinsentido se muestra como desarticulación del sentido, por ejemplo, en la separación de los lexemas en el encabalgamiento con guiones, o por medio de formas simbólicas como alusiones alquimistas y místicas que juegan con la evocación de lo irremediablemente ausente y así reconstruyen un sentido figurativo que oscila entre el silencio y la presencia, como sucede, por ejemplo, en los poemas paradigmáticos "Psalm", "Fadensonnen" o "Chymisch".

La construcción de sentido, en cambio, es una de las bases para la elaboración productiva de experiencias traumáticas y de la posibilidad terapéutica de la escritura. El funcionamiento de esta modalidad reconciliadora es cuestionable en el caso de los sobrevivientes, como Celan y Levi. En la medida que avanzan en la producción de su obra, se intensifica el hermetismo en la obra poética de Celan y se agudizan las contradicciones que atraviesan el personaje autobiográfico en los testimonios de Levi.

---

[25] *Celan alude a la líneas del poema "An die Nachgeborenen" ("A los que nacieron después"): "Was sind das für Zeiten, wo / Ein Gespräch über Bäume fast ein Verbrechen ist / Weil es ein Schweigen über so viele Untaten einschließt!" (Qué tiempos son estos, cuando / platicar sobre árboles es casi un crimen / porque implica un silencio acerca de tantos crímenes). Le agradezco a Mario César Islas Flores la recomendación de relacionar a Brecht y Celan en este contexto.*

[26] *Paul Celan, "Ein Blatt", Die Gedichte, Frankfurt, Suhrkamp, 2005, p. 333.*

Ambos autores prefieren dar fin a su existencia después de coexistir durante décadas con recuerdos que se resisten a asimilar. Una vez más surge la pregunta de ¿cómo construir una continuidad narrativa (biográfica) con sentido frente a la experiencia de los campos de concentración para integrar esta experiencia en la personalidad?

Desde luego, la ficción autobiográfica y la literatura testimonial ocupan un lugar importante en la representación del Holocausto. Uno de los testimonios más impactantes es la narración que hace Levi de su sobrevivencia en Auschwitz. También aquí la experiencia representada rompe con el molde del género discursivo: en esta literatura testimonial, la escritura autobiográfica —originalmente un medio reflexivo de la formación de un individuo— entra en tensión con la aniquilación del individuo en los campos de concentración. En *Si esto es un hombre*,[27] Levi alcanza una extrema objetividad al representar pormenorizadamente la rigurosa rutina cotidiana en Auschwitz, situación que rompió con las más elementales formas de la solidaridad humana. Como parte de la mencionada contrarracionalidad nazi, Levi observa la lucha por la vida deshumanizadora, que domina cada aspecto de la vida cotidiana, insistiendo en que mantener la dignidad humana es una forma de resistencia contra el sistema del campo, pues éste aspira a transformar los prisioneros en animales. Sin embargo, la sobrevivencia en sí se vuelve un hecho problemático, ya que Levi articula el problema de que las víctimas fueran utilizadas por los nazis para colaborar en el genocidio, lo que desestabiliza la distinción entre bien y mal. Desde la perspectiva de un observador de un experimento, el químico Levi describe el darwinismo que dominó las condiciones y permitió únicamente la sobrevivencia a los que pudieron obtener pequeños privilegios en la jerarquía del campo o incluso aprovecharse de la debilidad de otros. Debido a lo anterior, momentos como la salvación del propio autor y la muerte de otros prisioneros se vuelven ambiguos, pues pese a que Levi habla para los otros que ya no pueden dar testimonio, se aprecia un fuerte conflicto culposo por haberse salvado, como da a entender posteriormente en *Los hundidos y los salvados*:[28]

> Los salvados de Auschwitz no eran los mejores, los predestinados al bien, los portadores de un mensaje; cuanto yo había visto y vivido me demostraba precisamente lo contrario. Preferentemente sobrevivían los peores, los egoístas, los violentos, los insensibles, los

---

[27] *Existe una versión en línea:* http://www.generaciones-shoa.org.ar/espanol/textos/si_esto_es_un_hombre.pdf (consulta 03.10.2012).

[28] *Michael Hoffmann,* Literaturgeschichte der Shoah*, pp. 56-74.*

> colaboradores de la “zona gris”, los espías. No era una regla segura (no había, ni hay, en las cosa humanas reglas seguras), pero era una regla. Yo me sentía inocente, pero enrolado entre los salvados, y por lo mismo en busca permanente de una justificación, ante mí y ante los demás. Sobrevivían los peores, es decir, los más aptos; los mejores han muerto todos.[29]

¿Cómo representar, pues, un acontecimiento en el cual incluso los elementos narrativos relacionados con experiencias positivas —la salvación— se vuelven profundamente problemáticos? ¿Cuál es el lugar de la esperanza y la solidaridad en una trama que fatalmente hila los eventos hacia un desenlace catastrófico? Aunque podríamos extender el repaso de las rupturas en otros géneros discursivos, como el teatro y la novela, nos abocaremos en lo siguiente a presentar los pilares teóricos de la teoría narrativa de Rüsen. Indicando el potencial de la literatura, el teórico alemán parte de la idea de que todavía no se ha encontrado una forma narrativa historiográfica idónea para la representación de la ausencia del sentido que se generó en el acontecimiento histórico y propone inscribir las rupturas que generó el acontecimiento en las formas narrativas del mismo relato historiográfico.

IV

Un ejemplo de las diferentes formas de relacionarse con el pasado, es el afán de conservar los residuos de la Shoah. Los restauradores de Auschwitz trabajan con objetos como los cepillos de las víctimas o los frascos que contienen las pruebas de los experimentos médicos de los victimarios (pus, sangre, orina y heces infectadas con bacterias con propósitos experimentales).[30] Otra de sus tareas es luchar contra la descomposición que efectúa el trabajo del tiempo en los meticulosos archivos, impresos en papel de mala calidad, que documentan la transformación de nombres en números durante el procesamiento industrial de seres humanos. De esta forma, siguen restaurando el aura funesta del genocidio para que no se pierdan las huellas de la experiencia pasada, como también da a entender la siguiente cita:

---

[29] *Primo Levi,* Los hundidos y los salvados, *Madrid, El aleph, 2000, pp. 71-2.*

[30] *“Die letzten Dinge”,* Die Zeit, http://www.zeit.de/zeit-wissen/2009/06/Auschwitz (consulta 03.10.2012).

> Esta sandalia pertenecía a un niño. Su pie se imprimió en el interior, las huellas de los deditos parece ser la sombra de un collar de perlas. Esta huella del pie es lo último que quedó. El niño tenía que quitarse los zapatos antes de entrar a la cámara de gas. Se deshicieron de su cuerpo en el crematorio; ya no tenían uso para él. Se conservaron las sandalias, llegaron a un almacén, destinadas a reusarse en el *Reich*.[31]

La cita es un emblema más de un pasado que difícilmente pasa a ser historia, y en este caso, complejiza la pregunta por el significado de la actividad conservadora o la pasividad frente al deterioro y a la signatura del tiempo que inevitablemente se inscribe en los residuos, los lugares de memoria así como en las generaciones posteriores.

En relación con los objetos testimoniales, como el cabello de las asesinadas guardado en una vitrina en el museo de Auschwitz-Birkenau, Rüsen despliega una reflexión introduciendo el concepto de los "símbolos de autenticidad" frente a la necesidad y la imposibilidad de recordar históricamente al Holocausto. Para Rüsen, se trata de un recuerdo necesario, de un acontecimiento ejemplarmente perturbador; y a la vez, imposible, porque se resiste a la formación de un sentido histórico coherente. A estas dos coordenadas básicas en las que se asienta su teoría, se junta la tensión entre las tres dimensiones estrechamente vinculadas del *futuro* que se vislumbra en expectativas, proyectos e intenciones; el *presente* de la identidad colectiva y de la orientación de las prácticas vivenciales y el *pasado* como una ruptura y crisis histórica renuente a la integración en una continuidad narrativa. Cabe añadir que ante las problematizaciones de las formas de contrarracionalidad, también se hace comprensible la disyuntiva entre sentido y razón (históricos), que Rüsen postula en las primeras páginas de este libro: la contrarracionalidad y el carácter inconmensurable del Holocausto rebasan los patrones de interpretación y las concepciones de sentido convencionales que puedan generarse mediante una narración historiográfica y así rompen con la relación de sentido entre el presente y el pasado.

Respecto a los residuos del Holocausto, Rüsen les adscribe un sentido propio u obstinado (*Eigensinn*), o contrasentido (*Widersinn*), pues ellos mismos no están enmarcados por ninguna interpretación elaborada; y siendo así elementos prenarrativos y pruebas de la facticidad de lo acontecido, transmiten el mensaje irritante de la

---

[31] *"Die letzten Dinge". Cf. La página web del museo Auschwitz-Birkenau contiene una muestra de dichos objetos testimoniales; entre otras cosas se encuentras dibujos y pinturas que los prisioneros hicieron en los campos de concentración, cf.* http://www.auschwitz.org.pl/ (consulta 03.10.2012).

autenticidad. Incorporan una experiencia estética del aura horrorosa del pasado, pues son objetos de la percepción sensorial (en muchos casos, como el de las ruinas de las cámaras de gas dinamitadas de Auschwitz, se nota la intención de borrar cualquier huella de los crímenes.).[32] La fascinación aurática y, al mismo tiempo, la ausencia de un sentido narrativo en estos residuos no permiten que se establezca una relación de sentido entre el conjunto del pasado, presente y futuro, sino que el impacto de la contemplación inmediata del objeto genera una experiencia estética directa del pasado que, desde luego, se resiste a la elaboración de un relato; la reacción inminente que impone la contemplación es un silencio incómodo.[33] Por ello, los montones de cabello cortado de las víctimas se transforman en símbolo que exige un posicionamiento y una respuesta al observador:

> Degradado a simple material de elaboración industrial, este montón de cabello señala la presencia desnuda del carácter masificado y cosificado de la deshumanización típica del ser humano como objeto explotable en el Holocausto. Si se expone el cabello solamente en esta forma, inevitablemente surge la pregunta si no se perpetúa la mirada de los victimarios en el observador actual. Percibimos las víctimas desde la perspectiva de su deshumanización completa y de su carácter como objeto, y las despojamos de su dignidad por medio de la contemplación de su cabello. En esta forma de representación, el horror ante la deshumanización inmediata sucede desde la perspectiva de los victimarios. […] Una ruptura con esta perspectiva únicamente la puede efectuar el observador de modo que reflexione sobre su mirada. No obstante, esta ruptura no está implícita en la propia presentación.[34]

De este modo, Rüsen indica la posibilidad de la recepción directa, espontánea y estética, del pasado presente en estos residuos, más allá de los preceptos de un sentido por medio de una interpretación o una narración histórica ya establecidas.

Junto con la pregunta por el valor simbólico de los residuos y el impacto inmediato en el espectador, surge la cuestión por la conservación y la transformación de los campos de concentración. Rüsen da a entender que la reconstrucción de las barracas llevan el sello de lo ficcional y se pierde dicha aura de la autenticidad. Con el paso del tiempo, muchos de los sitios históricos padecieron un cambio, los campos se volvieron lugares de rememoración histórica. De manera natural o intencional desaparecieron los

---

[32] *Una reflexión sobre los intentos de desaparecer las evidencias del genocidio y sobre la historiografía negacionista se encuentra en Carlo Ginzburg, "La prueba, La memoria y El olvido",* Contrahistorias*, núm. 14, marzo-agosto 2012, pp. 105-116.*
[33] *Jörn Rüsen,* Zerbrechende Zeit*, pp. 181-92.*
[34] *Jörn Rüsen,* Zerbrechende Zeit*, pp. 193-4.*

residuos irritantes y se erigieron monumentos que contienen un mensaje histórico determinado: "La interpretación posterior suplementó a la presencia de lo que había que interpretar".[35]

V

En el presente libro, Jörn Rüsen propone una teoría narrativa de la historia consciente de sus alcances y puntos ciegos. Desde el principio su reflexión cuestiona constantemente los *modi operandi* y los cimientos teóricos de la historiografía para visibilizar estos límites de modo que problematice las categorías del sentido de la historia y la racionalidad inherente a la formación de sentido. En el fondo, la recurrente pregunta por el sentido ya es un indicador de la pérdida del mismo y de una crisis de categorías y metarrelatos que lo sostenían. El acontecimiento, Auschwitz, desintegra estas instancias garantizadoras del sentido (razón, progreso, etc.) y así confronta al historiador con la imposibilidad de integrarlo en un conjunto de sentido, ¿cuál otro lugar ocupa la destrucción de una calidad fundamentalmente humana en la historia del Occidente, sino el de cuestionar radicalmente la racionalidad y el sentido que se han otorgado a la historia en general?

> En cuanto a la razón convencional [escribe Meier] Auschwitz no sólo no tiene ningún sentido en sí mismo (excepto si es dentro de la historia de la locura humana), sino retroactivamente desmiente muchas suposiciones sobre el sentido de la historia. En la historia de un país, de un continente, de un mundo que lleva a Auschwitz no puede encontrarse fácilmente un sentido. Si se intenta concebir las viejas suposiciones del sentido de la historia a partir de Auschwitz —aquellas suposiciones en las que la historia es el camino hacia un mejoramiento cabal de la humanidad y del mundo—, entonces únicamente puede partirse de un retroceso de una inmensidad monstruosa e intentar integrarlo de alguna manera en este proceso.[36]

La teoría de Rüsen responde a este problema metahistórico que no es de índole exclusivamente académica, pues la construcción del sentido de la historia es fundamental para orientar los procesos vivenciales colectivos en el presente en

---

[35] *Jörn Rüsen,* Zerbrechende Zeit*, p. 183*
[36] *Christian Meier,* Von Athen nach Auschwitz*, pp. 158-9.*

sociedades concretas. De este modo, el sentido es lo que presupone la posibilidad de relacionar otros elementos (*Anschlussfähigkeit*); es decir, con base en el sentido del pasado —la historia—, se generan discursos, prácticas e identidades en el presente, y se configuran perspectivas, proyectos y expectativas hacia el futuro. La operación de historizar se entiende entonces en la mediación narrativa de un sentido del pasado desde y para el presente.

¿Cuál es el papel que desempeña la narrativa en esta historia? Rüsen describe el potencial y la racionalidad del relato historiográfico que es la práctica cultural de la elaboración simbólica del tiempo, una práctica previa a la distinción entre facticidad y ficcionalidad. El relato otorga una calidad subjetiva al tiempo, y así transforma el tiempo en sentido que se integra en la conciencia histórica, entendida como la suma de las operaciones que forman el sentido histórico. En el presente esta operación narrativa tiene la capacidad de elaborar y superar contingencias temporales, esto es, experiencias y acontecimientos que desbordan la capacidad de los modos de formación de sentido existentes en un momento dado.

> Los cambios de épocas del pensamiento histórico pueden describirse como procesos en los cuales se experimenta contingencia a modo de rupturas temporales que rompen con los esquemas temporales vigentes así como con sus formas históricas de pensamiento correspondientes. Estas experiencias sólo pueden superarse, si se desarrollan nuevas formas de pensamiento y nuevos esquemas de interpretación.[37]

En otras palabras, una ruptura tan radical como el Holocausto únicamente puede representarse si se modifican las formas narrativas existentes o se generan nuevas. Es más, las mismas rupturas lógicas del acontecimiento deben inscribirse en los modos de representación, e incluso el sinsentido inherente en el acontecimiento debe estar presente en él. De no ser así, explica Rüsen, se generaría una historia que mostrase un relato pleno de sentido, sin rupturas que suplemente las deficiencias del sentido, en otras palabras, una mentira.[38]

Respecto a estas operaciones de la conciencia histórica que integra secuencias temporales en un orden narrativo, Rüsen entiende la historia como respuesta a diferentes crisis de sentido que se generan a causa de acontecimientos contingentes. Rüsen propone diferenciar el concepto de crisis en tres tipos y relacionarlos con el concepto de

---

[37] *Jörn Rüsen,* Zerbrechende Zeit*, pp. 79-80.*
[38] *Jörn Rüsen,* Zerbrechende Zeit*, p. 100.*

trauma; éste representa la imposibilidad de construir un marco de referencia narrativo para abordar y procesar acontecimientos de carácter contingente. De esta manera, el trauma es el lugar de lo inenarrable y de la imposibilidad de construir un sentido. Cabe retomar la diferenciación entre tres tipos de crisis de Rüsen. Una crisis normal del sentido encuentra posibilidades de ser superada, pues existen patrones narrativos de la formación de sentido en la conciencia histórica que permiten integrar un acontecimiento mediante la elaboración de una narración. Una crisis crítica, en cambio, únicamente puede resolverse cuando se integran nuevos elementos para las operaciones narrativas de la configuración de sentido, pues la crisis rebasa el potencial de construcción en la cultura histórica y deben generarse nuevos mecanismos. Finalmente, una crisis catastrófica destruye la posibilidad de elaborar un sentido, ya que rebasa el potencial narrativo que tiene la conciencia histórica para elaborar un sentido. El Holocausto representa este último tipo de crisis, ya que pone radicalmente en tela de juicio los valores fundamentales de la civilización occidental y sus modalidades narrativas, que operan en los mismos procesos de formación del sentido histórico y por tanto, no permite la representación en un orden coherente, sin rupturas; su historización deja necesariamente rastros de lo incomprensible.

La teorización de Rüsen no se detiene aquí sino elabora criterios para el relato historiográfico que adquiere la función de la "traumatización secundaria" por medio de una narración en la que los acontecimientos traumáticos dejen sus huellas en los marcos de interpretación. Debido a que el pasado no permite una elaboración sin rupturas o una narración cernida a las convenciones establecidas sin que se encubra el carácter perturbador del acontecimiento, el mismo relato debe prestar atención particular a categorías como anonimizar, categorizar, normalizar, moralizar, estetizar, teleologizar, teorizar y especializar (*cf.* cap. 9 de este libro), ya que éstas tienden a despojar al acontecimiento de su dimensión verdadera, a desfigurar los hechos, a atenuar el horror consustancial a él o a otorgarle una calidad subjetiva o un sentido cuestionables. En este sentido, para expresar el carácter perturbador del acontecimiento, el sinsentido debe volverse un elemento constitutivo del sentido histórico.

Quizá observando críticamente el uso de estas categorías, el relato historiográfico sobre un crimen colectivo —exento y destructivo del sentido— logre recuperar algo de la dimensión incompresible inherente al acontecimiento y haga posible el trabajo de duelo histórico mediante la integración de una pérdida irrecuperable que afecta la

formación de identidad en el presente. El duelo histórico —un trabajo de memoria doloroso— se refiere a la integración consciente de la pérdida y a la reconfiguración del sujeto que recuerda mediante ese trabajo. No se trata de una pérdida individual e inmediata, sino de un acontecimiento temporalmente distante que debe elaborarse colectivamente.[39] El papel de la representación narrativa, como lo expone Rüsen, adquiere relevancia para hacer visible, para "poner ante los ojos", una historia resistente a la racionalización y así hace que el receptor cobre conciencia de la pérdida del otro, lejano pero presente.

---

[39] *Jörn Rüsen,* Zerbrechende Zeit*, pp. 301-6.*

1. La historia como problema de sentido

> El sentido es una entidad inexistente e incluso posee relaciones muy particulares con el sinsentido.
>
> Gilles Deleuze[40]

> El problema no consiste en saber si la historia tiene o no tiene un sentido; si debemos condescendernos a tomar partido en ella o no hacerlo; de todos modos, estamos inmersos en ella hasta el cuello.
>
> Jean-Paul Sartre[41]

El sinsentido del sentido de la historia

Nada parece más anacrónico que reflexionar acerca del sentido de la historia, y menos aun relacionar este sentido con la razón. Ambos conceptos resultan tan desacreditados que reivindicarlos como categorías del pensamiento histórico parece inútil y, por tanto, absurdo e insensato. En cuanto a la pregunta sobre el sentido de la historia, lo único razonable —me refiero a la existencia de suficientes motivos generalmente aceptables para llegar a un consenso— es una respuesta negativa. Así, el sentido y la razón parecen rehabilitables sólo uno a costo del otro.

Desde hace tiempo, la teoría de la historia ha criticado como insostenibles aquellas concepciones del conocimiento y del proceso históricos que se relacionan con ambos términos. El sentido se vincula con la tradición de la filosofía de la historia que concibió e interpretó la memoria histórica como una evolución con tendencia a trascender en todas las culturas y épocas. La razón se refería a la capacidad humana de

---

[40] *Gilles Deleuze: Logik des Sinns. Frankfurt am Main 1993, p. 13.*
[41] *Jean-Paul Sartre: Antwort an Albert Camus, en Les temps modernes. Agosto 1952, citado en Rossana Rossanda: Sartre und die politische Praxis, en* idem*: Über die Dialektik von Kontinuität und Bruch. Frankfurt am Main 1975, pp. 155-196 (p. cit. 157).*

evolucionar en dicho sentido por medio de la aprensión cognitiva y cultural del mundo y de sí mismo.

El sentido significa que la extensión temporal del mundo humano se interpreta por medio del esquema de subjetividad.[42] De este modo, los cambios se presentan como resultados intencionados, como si los provocara una voluntad intencional dirigida hacia una meta determinada. El concepto de sentido depende directamente de la intención y de la finalidad, las que caracterizan las acciones humanas como resultados de un sujeto pensante y reflexivo. Por ello, el sentido tiene una connotación teleológica. La historia se concibe como dirigida hacia un fin; los cambios temporales en el pasado se interpretan y se representan a la luz de una direccionalidad determinada. Como una continuación deliberada de ella, puede entenderse la intención de las acciones en el presente. (Dado que el sentido también consigna la manera del sufrimiento —incluso si sólo se trata de la pregunta atormentadora del porqué— la búsqueda de una respuesta se vincula con dicha direccionalidad). La experiencia del pasado se modula de acuerdo con las intenciones para con el futuro, y viceversa.

La Historia como totalidad temporal abarca el pasado, el presente y el futuro del mundo humano y se presenta como síntesis de experiencias y expectativas. El futuro se despliega ante los impulsos normativos de las prácticas vivenciales del presente, en los cuales repercute la experiencia de las prácticas vivenciales del pasado y de su potencial de transformar el mundo. A partir de las experiencias acumuladas del pasado, el tiempo que se cristalizó en la certera reserva del conocimiento histórico, se diluye bajo los impulsos intencionales de las acciones actuales. Precisamente a causa de este conocimiento, el presente adquiere conciencia sobre la orientación futura de sus intenciones.

Este sentido arraiga de modo ontogenético en fijaciones tempranas del sujeto,[43] e históricamente tiene una raíz religiosa. Debido a la contingencia causada por acontecimientos, el judaísmo, el cristianismo y el islam subsanaron dicha contingencia con la calidad de un sujeto divino que actúa como potencia en el mundo. En la era

---

[42] Cf.*: Günter Dux: Wie der Sinn in die Welt kam und was aus ihm wurde, en Klaus E. Müller, Jörn Rüsen (Eds.): Historische Sinnbildung – Problemstellungen, Zeitkonzepte, Wahrnehmungshorizonte, Darstellungsstrategien. Reinbek 1997, pp. 195-217.*

[43] Cf.*: Sobre todo, Günter Dux: Die Logik der Weltbilder. Sinnstrukturen im Wandel der Geschichte. Frankfurt am Main 1982.*

moderna, este dios se amalgamó con otra calidad de sujeto, la de una concepción de la humanidad. Es decir, se interpretó antropológicamente la unidad de la historia y la orientación temporal del devenir del mundo que se manifiestan en las acciones humanas y se generan por medio de las mismas. De esta manera, todas las acciones humanas individuales podían obtener una orientación significativa a partir de la totalidad de la historia, como parte de un desarrollo temporal dinámico de la humanidad.

El sentido de la historia[44] se entendía tradicionalmente (e incluso hasta la fecha) como una calidad de sujeto del cambio temporal en el mundo humano. Ésta orientaba los procesos temporales existentes en el mundo humano en el pasado, la dinámica de las acciones intencionales y de la pasividad comprensiva en el presente, así como la proyección normativa hacia un futuro esperado e intencionado. No se le denominó precisamente sentido, sino se le asignaron diferentes contenidos; por ejemplo teológicamente, la llamada *providentia Dei* o *voluntad divina* era el punto de partida para la elaboración de complejas teorías en la historia sagrada, como es el caso de la doctrina de las edades del universo o de la tipología que relacionaba distintas épocas por sí significativas.[45] Desde el punto de vista antropológico, se originó la concepción de una condición humana universal y de una calidad racional como base de la constitución de la vida del hombre válida por encima de las diferencias temporales y culturales. Desde el punto de vista de la filosofía de la historia, se presentaba en forma de una determinación categórica de una totalidad temporal del mundo; por ejemplo, como "idea

---

[44] *Con frecuencia se criticó este término por ser típicamente alemán, alegando que esta pregunta por el sentido implica una perspectiva provincialista, sin posibilidad de generalizarse. Considero que esta objeción es injustificada.* "Sense" *en inglés puede tener un significado categorial semejante. Por ejemplo, el Journal of Educational Psychology en 1917 pregunta, p. 317: "What is the historic sense? How can it be developped?" (cit. en Samuel S. Wineburg: Introduction: Out of Our Past and Into Our Future – The Psychological Study of Learning and Teaching History, en Educational Psychologist 29, 2 (1994), pp. 57- 60 (57). Original: J. C. Bell: The Historic Sense, en Journal of Educational Psychology 5 (1917), pp. 317-318. Otro indicio: Gaea Leinhardt* et al.*: A Sense of History, en Educational Psychologist 29, 2 (1994), pp. 79-88.* Cf.*: Los enunciados de Donald P. Spencer: "the tendency to make sense of one's life to oneself and to one's fellows"; "to make sense out of previously random happenings"; "make what sense we can from emerging findings" (Donald P. Spencer: Narrative Truth an Historical Truth. Meaning and Interpretation in Psychoanalysis. New York 1982, pp. 21, 24).*

[45] Cf.*: Wilhelm Koelmel: Typik und Atypik. Zum Geschichtsbild der kirchenpolitischen Publizistik (11.-14. Jahrhundert), en Speculum Historiale, Festschrift Johannes Spoerl, München 1965, pp. 217-302.*

de la humanidad y de la cultura",[46] razón en extensión temporal, progreso, desarrollo, proceso dialéctico. Como imagen sombreada del escepticismo, de la duda y la decepción, se presentaba alternativamente con términos negativos: caída, retroceso, ocaso, etc. Finalmente aparecía en la vestimenta metafórica de distintos términos historiográficos clave, en Leopold von Ranke por ejemplo, en la imagen del "jeroglífico" de dios.[47]

Proveer el mundo histórico con un sentido, hizo posible su dominio por parte del poder; este mundo podía ser apropiado y elaborado cognitivamente en formas seculares o por medio de la participación del creyente en su sustancia religiosa. Era posible actuar en nombre de la historia o de su fuerza constitutiva del cambio mundial, y remitirse a ella como instancia legitimadora en posiciones estratégicas distintas o incluso opuestas. Integrada en el *telos* de las propias prácticas vivenciales, la historia proveía la autoafirmación en los sujetos de la fuerza cultural que reside en la identificación entre ellos y los poderes que mueven el mundo.

Mediante esta calificación se concibieron y se organizaron los grandes relatos del pensamiento histórico. Éstos anclaron la identidad colectiva de sus autores y de sus destinatarios en la profundidad del desarrollo histórico. El conjunto que determina esa pertenencia consiste de recuerdos, regulaciones, experiencias, intenciones y puntos de vista normativos, y se conformó mediante la imagen coherente del desarrollo histórico transtemporal. Por medio de la idea del desarrollo, los interesados podían concebirse conformes con el transcurso del mundo humano. La Historia adquirió un carácter temporal como duración extensa de un gran sujeto (cristianismo, humanidad, nación, occidente, etc.) en un contexto de desarrollo que abarca pasado, presente y futuro. Siempre eran universales las categorías que modularon la perspectiva temporal de la autocomprensión (humanidad, razón, libertad, civilización, cultura, etc.). Estas entidades se sabían integradas en el centro de la Historia bajo la protección de su metarrelato. Por tanto, la diferencia frente al otro era, cuando mucho, una sombra de uno mismo; o incluso, era lo opuesto en el sentido de experiencias negativas, mentalmente exterritorializadas, miedos y temores que no se podían integrar en la

[46] *Leopold von Ranke: Über die Epochen der neueren Geschichte, historisch-kritische Ausgabe, Theodor Schneider, Helmut Berding (Eds.) (Aus Werk und Nachlass, t. 2). München 1971, p. 80.*
[47] Idem*: Das Briefwerk, Walter Peter Fuchs (Ed.). Hamburg 1949, p. 18.*

identidad propia. Por ello, eran relegados más allá de la línea divisoria de la pertenencia identitaria, al territorio de lo otro, en casos extremos, eran excluidos en un contramundo. (Desde luego, la diferencia frente al otro lúdicamente servía de proyección para los propios deseos y añoranzas, como en la imagen del buen salvaje).

Sin embargo, esta calidad de sujeto eficaz y trascendental del tiempo histórico no fue denominado sentido. Éste se convirtió en término clave cuando la calidad de sujeto teleológico de la historia perdió la credibilidad.[48] El sentido señala dicha pérdida, pues a modo de una pregunta, ha ocupado el lugar de los términos que habían garantizado este sentido en el pensamiento histórico: razón, idea, progreso, etc. Particularmente en la historia de las ideas alemana, la semántica histórica del término filosófico "sentido de la historia" remite a la pérdida de la confianza idealista en la calidad de sujeto de la historia.[49] Desde entonces este término acompaña la reflexión acerca de alcances, peligros, límites, necesidad y *modi operandi* del pensamiento histórico, y acerca del papel que éste desempeña en la orientación cultural de las prácticas vivenciales humanas.

Históricamente dicha pérdida coincide con la abdicación de la filosofía de la historia. Ésta cedió el campo de la apropiación cognitiva del pasado a las disciplinas históricas especializadas y se limitó a reflexionar sobre estas disciplinas como instancias que representan el sentido de tal apropiación. No obstante, dichas disciplinas no podían garantizarlo, porque en el conjunto de los procedimientos metodológicos de la investigación histórica, no se encuentra la calidad de sentido que tradicionalmente caracterizaba al pasado como historia, porque pertenece a las premisas inalcanzables para los mismos métodos.[50] En las operaciones cognitivas de las ciencias históricas, el sentido de la historia se diluyó en la concreción de información objetiva acerca del pasado. Estos "hechos" en sí ya no tenían un significado histórico para el presente, sino lo adquirían posteriormente por medio de la interpretación de un sujeto cognoscente. Una vez que la Historia se solidificara sobre un inventario de fuentes racionalmente

---

[48] *Ranke habla ya del "sentido de cada época en sí y para sí misma", en* idem: *Das Briefwerk, nota 10, p. 518.*
[49] Cf.*: Jörn Stückrath: "Der Sinn der Geschichte". Eine moderne Wortverbindung und Vorstellung?, en Klaus Müller, Jörn Rüsen (Eds.): Historische Sinnbildung,* op. cit., *pp. 48-78.*
[50] Cf.*: Jörn Rüsen: Historische Methode und religiöser Sinn – Vorüberlegungen zu einer Dialektik der Rationalisierung des historischen Denkens in der Moderne, en* idem: *Geschichte als Kulturprozess, Köln 2001.*

compilado y fundado, abandonó su sentido original en manos de la competencia interpretativa de la subjetividad cognoscente. El sujeto y el objeto del pensamiento histórico se separaron; con ello, la experiencia histórica en sí perdió el sentido; por otra parte, las unidades de sentido requeridas para su interpretación (que se denominaron valores) perdieron su fundamento en la experiencia.

El hecho de que el sentido histórico fugara de la experiencia del pasado al exilio de la subjetividad autorreflexiva, se nota con mayor claridad en Max Weber. Para él, la calidad de objeto de la historia se caracteriza por la absoluta falta de sentido. En este sentido, Weber describe una "corriente de acontecimientos inconmensurablemente caótica que atraviesa el tiempo".[51] Por otro lado, ve "la condición trascendental de toda ciencia cultural" en el hecho de que "somos seres culturales, dotados de la capacidad y la voluntad de posicionarnos de forma consciente en el mundo y de otorgarle un sentido".[52]

Esta pérdida de la objetividad del sentido histórico coincide con la pérdida de la pretensión racionalista del pensamiento histórico. Dicha pretensión consistió en deducir y establecer el sentido histórico de manera objetiva por medio de la interpretación del pasado humano, y a partir de la experiencia histórica. Sólo a costa de un precio muy alto, las ciencias lograron mantener la integridad de la pretensión racional de la validez intersubjetiva de su conocimiento; esto es, los criterios normativos para establecer un significado que transformaran los hechos del pasado en una historia para el presente, se sustrajeron del ámbito que correspondía a la historia y se dispusieron a una instancia metarracional de la subjetividad creativa.

En nombre de una filosofía de la historia que garantizaba el sentido, la razón pretendió establecer hermenéuticamente este sentido a partir del conjunto de las experiencias del pasado. Para ello, se servía de los instrumentos plenamente desarrollados de la racionalidad metodológica de la investigación histórica. Sin embargo, la filosofía de la historia se devaluó siendo una simple racionalidad del procedimiento metodológico cuyos criterios para constituir el significado se prescriben de modo metarracional. La razón emplea necesariamente estos criterios en los

---

[51] *Max Weber: Die "Objektivität" sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis, en* idem: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre, 3a ed., Johannes Winckelmann (Ed.). Tübingen 1968, pp. 146-214, p. cit. 214.*
[52] Ibid.*, p. 180.*

procedimientos metodológicos de la investigación histórica. Sin embargo, no puede otorgarles las mismas pretensiones de validez que se atribuyen al conocimiento sobre el pasado adquirido científicamente. Si la razón se limita a la racionalidad metodológica del conocimiento histórico, ya no puede apoderarse del sentido que tiene el pasado en cuanto historia para el presente.

Resulta sintomático que esta impotencia aparece en el contexto de la tematización del recuerdo y de la memoria, que desde hace mucho condicionan los estudios culturales.[53] En detrimento de una concepción del sentido razonable, los estudios culturales miran hacia los lugares de memoria. En ellos, la relación con el pasado básicamente se establece cargado de sentido de modo que el pasado esté vivo afectando a los procesos vivenciales del presente como fuerza de la orientación cultural. De manera elemental y cultural, el recuerdo y la memoria son prácticas de orientación vivenciales, y así aparecen como el fuego acogedor del sentido histórico, de modo que la fría racionalidad de la investigación histórica concreta aparezca como un paraíso perdido.[54] Desde luego, este punto de vista sobre el sentido total de la memoria colectiva se pierde en el vacío, pues los hombres de ciencia son más sutiles: la calidez humana de la memoria colectiva se enfría frente a una revisión crítica de los hechos fundamentales. De este modo, se conservan pocos contenidos verídicos.

El fin de la filosofía teleológica de la historia, y con ella la pérdida del sentido, no es un acontecimiento que pueda subsanarse fácilmente.[55] Esta filosofía de la historia no fracasa por la incapacidad en las disciplinas especializadas de apropiarse de sus categorías y de integrar los conceptos de la interpretación histórica. Su fracaso se debe a una experiencia temporal que fragmenta el supuesto conjunto del sentido teleológico entre pasado, presente y futuro. En este sentido, las experiencias catastróficas de contingencia sometieron el pensamiento histórico. Por ejemplo, desde finales del siglo

---

[53] *Algunas obras de la abundante literatura sobre el tema: Jacques Le Goff: Geschichte und Gedächtnis. Frankfurt am Main 1992; Jan Assmann: Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen. München 1992; Kristin Platt y Mihran Dabag (Eds.): Generation und Gedächtnis. Erinnerungen und kollektive Identitäten. Opladen 1995; Aleida Assmann: Erinnerungsräume. Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses. München 1999.*

[54] *Así lo planteaba ya Alfred Heuss: Verlust der Geschichte. Göttingen 1959.*

[55] *Es sintomático: en 1976 se publicó un libro con el título Vom Sinn der Geschichte (Sobre el sentido de la historia). Sólo uno de doce textos de historiadores reconocidos abarcó la temática: Theodor Schieder, "Vom Sinn der Geschichte", quien trata sólo el interés en la historia.* Cf.: *Otomar Franz (Ed.): Vom Sinn der Geschichte. Stuttgart 1976.*

XIX, las crisis de la modernización radicalmente aumentaron las necesidades de orientación a las cuales no pudo responder la teleología inherente en los conceptos históricos tradicionales.[56] La experiencia más radical del rompimiento histórico, y sin duda más que una crisis de orientación de la modernidad, es por supuesto el Holocausto.

La conciencia crítica, producto de dicha experiencia, dirigió la mirada del pensamiento histórico sobre sí mismo. De este modo, hizo evidente las implicaciones de la concepción tradicional de sentido en la catástrofe y deshabilitó esta concepción. Es decir, se hizo evidente que el pensamiento histórico confiado en la razón y el sentido era un momento efectivo de la evolución histórica que pone en tela de juicio a este mismo desarrollo. La filosofía que otorgaba sentido a la historia fue reconocida como arma en una lucha por el poder, lucha que ya carecía de un sentido legítimo, que aquella disciplina pretendía fundar filosóficamente. Los criterios universales de la razón se revelaron como una particularidad generalizada con función ideológica ("Quien dice humanidad, miente."). Asimismo, detrás de la pretensión racional de tales conceptos universales, se hizo visible una voluntad de poder de grupos particulares que incondicionalmente generalizaban sus propios intereses; de esta manera, sometieron intereses diferentes u opuestos, o incluso se deshicieron de ellos violentamente. La variedad y la diferencia culturales se allanaron de modo universalista para legitimar y cimentar ideológicamente el dominio de una cultura sobre las demás.

NUEVAS PREGUNTAS ACERCA DEL ANTIGUO SENTIDO

¿Qué sucedió con el sentido histórico? ¿Aún puede utilizarse el sentido como categoría relacionada con la historia? Es sorprendente que esta categoría no haya desaparecido a causa de la crítica de la ideología a los conceptos teleológicos de la historia que conformaron el pensamiento histórico moderno; al contrario, la categoría resistió tenazmente y reivindicó su validez. Esto sucedió en múltiples niveles.

---

[56] Cf.*: Friedrich Jaeger: Bürgerliche Modernisierungskrise und historische Sinnbildung. Kulturgeschichte bei Droysen, Burckhardt und Max Weber. (Bürgertum. Beiträge zur europäischen Gesellschaftsgeschichte, t. 5). Göttingen 1994.*

Una vez más la filosofía la historia sobrevivió la crítica epistemológica y la crítica de las disciplinas especializadas. En sus nuevas formas, fácilmente puede descubrirse la sustancia teleológica del concepto de sentido tradicional; por ejemplo, la interpretación como fin de la historia de la transición de épocas en el año de 1989.[57] Esta interpretación no es un caso aislado del pensamiento histórico *a priori* anticuado, sino que encuentra su contraparte en el debate vívido sobre las posibilidades de finalizar o incluso perfeccionar el desarrollo de la historia universal. En el contexto del debate sobre el fin de la historia, la filosofía de la historia hegeliana adquiere una actualidad sorprendente; por cierto, también la adquiere en su variante posmoderna, pues la teleología se convierte en el *telos* de su propia supresión.[58]

Junto con la concepción hegeliana se ha renovado recientemente la variante teleológica de la historia derivada de la obra de Oswald Spengler. La interpretación de la historia universal como "Clash of Civilizations" de Huntington[59] interpreta el movimiento temporal del mundo humano por medio de la concepción de sentido de las "culturas" como sujetos colectivos que luchan entre ellos por el poder. La historia reaparece como secuencia temporal coherente que expresa los rasgos de la subjetividad de las "civilizaciones"; en este sentido, la historia puede entenderse como continuidad, y en forma orientadora, relacionarse con las intenciones de las acciones políticas.

Estos ejemplos de la renovación de la filosofía de la historia que se aproxima a la teleología, afirman que todavía existen experiencias temporales en la actualidad que se interpretan con el recurso a una subjetividad constitutiva de los procesos históricos. Es evidente que la categoría del sentido basada en la filosofía de la historia tradicional, no ha caducado como instrumento cognitivo de experiencias en el presente.[60] Cabe preguntar en qué medida la filosofía de la historia resulta intacta ante el cuestionamiento de la crítica de la ideología que pone en tela de juicio los conceptos del sentido

---

[57] *Francis Fukuyama: The End of History?, en The National Interest 16 (l989) pp. 3-35;* idem: *Das Ende der Geschichte. Wo stehen wir? München 1992; Friedrich Balke* et al. *(Eds.): Zeit der Ereignisse – Ende der Geschichte. Wo stehen wir? München 1992; Martin Meyer: Ende der Geschichte? München 1993; Perry Anderson: Zum Ende der Geschichte. Berlin 1993.*

[58] *Lutz Niethammer: Posthistoire. Ist die Geschichte zu Ende? Reinbek 1989.*

[59] *Samuel P. Huntington: Der Kampf der Kulturen. The Clash of Civilizations. Die Neugestaltung der Weltpolitik im 21. Jahrhundert. Wien 1996.*

[60] *Para un impresionante testimonio de la fuerza duradera de una categoría significativa de lo histórico concebida de manera ejemplar* cf.: *Hans Graeve: Die offene Zukunft. Orientierung in der Gegenwart aus den Lehren der Geschichte. Gräfelfing 1996.*

universalistas y su instrumentalización política con fines de dominación, pues las perspectivas históricas mencionadas adolecen de eurocentrismo. No obstante, todavía no se ha respondido la pregunta de si los conceptos de sentido de este tipo únicamente pueden esbozarse de modo etnocéntrico, si son esencialmente instrumentos de dominio ideológicos; o alternativamente, la pregunta en qué medida la diferencia y la diversidad culturales condicionan el sentido histórico en el contexto de los mismos conceptos de sentido.

La categoría de sentido incluso adquiere una valoración positiva cuando se destruye su forma tradicional; me refiero al enfoque subjetivo de la discusión sobre la teoría histórica posterior al giro lingüístico. Debido al cuestionamiento a la categoría de la experiencia que vislumbraba el pasado en el presente, el sentido se reduce al resultado de una interpretación subjetiva del pasado. El pensamiento histórico se reconoce como representación simbólica de la conciencia histórica, pues produce la calidad de sentido por medio del potencial creativo de la interpretación lingüística del mundo. A través de ella, el pasado se convierte en historia para el presente. Como ya hemos mencionado, este sentido tiende a carecer de la experiencia; representa una condición cultural que reconoce el pasado *post festum* por medio de las capacidades de la memoria y de la interpretación de los sujetos en el presente. El sentido se "limita" a ser el resultado subjetivo del pensamiento histórico que se realizará en y mediante la existencia de las experiencias del pasado. Su carácter meta-empírico se expresa con el término ficcionalidad.[61] Desde luego, con ello se aclara que este sentido, no es realmente histórico. Si histórico significa una calidad de experiencia del sentido, (y de este modo, sería el contrario de una producción estético-literaria allende de los límites de la experiencia), el sentido histórico permanece en estos límites de la experiencia. Existe pues una complementariedad entre él y la ficcionalidad de las representaciones estéticas.[62]

---

[61] Cf.: *La obra reciente de Uwe Barrelmeyer: Fiktionales Wissen in der Geschichtswissenschaft. Eine Analyse am Beispiel der mikrohistorischen Zeitgeshichtsforschung, en: Daniel Fulda, Thomas Prüfer (Eds.): Faktenglaube und fiktionales Wissen. Zum Verhältnis von Wissenschaft und Kunst in der Moderne. Frankfurt a. M. 1997, pp. 289-303.*

[62] Cf.: *Mis trabajos previos: Ästhetik und Geschichte. Geschichtstheoretische Untersuchungen zum Begründungszusammenhang von Kunst, Gesellschaft und Wissenschaft. Stuttgart 1976. Asimismo,* cf.: infra *cap. 6.*

El mencionado campo de estudio del recuerdo y de la memoria presenta un paso hacia esta calidad de experiencia interior del sentido histórico. Sin duda alguna, se trata de la integración de una experiencia real en el marco de la orientación cultural de las prácticas del presente: un acontecimiento pasado se ha experimentado como importante y significativo y se mantiene vivo a través de la memoria. A pesar de que esta importancia y significación de lo sucedido posteriormente se transforman de acuerdo con los intereses y de las necesidades actuales de la persona que recuerda, la calidad de experiencia de lo recordado no se vuelve obsoleta de antemano. En este sentido, los seres humanos tienen que recordar para saber quiénes son y para organizar su vida en concordancia con la direccionalidad del cambio temporal. En este nivel práctico de la identidad y de la orientación de la acción, se vuelve obsoleta la afirmación meta-histórica sobre el carácter ficcional del significado que posee el pasado para el presente. Un recuerdo reconocido como meramente ficcional no sirve para fines de la vida práctica, aunque tenga este mismo propósito. Pocos están dispuestos a construir la realidad de sus vidas sobre una ilusión.

En el ámbito del recuerdo y de la memoria cultural del pensamiento histórico, se encuentra una segunda carencia de la calidad de sentido que se refiere al estatus cognitivo de la construcción de sentido por medio de la memoria. El hecho de que la experiencia del pasado esté vinculada con determinados intereses y que así se matice de acuerdo con la calidad de sentido necesaria para la orientación en el presente, hace que la construcción significativa del pasado, que se recuerda como historia, carezca de fidelidad a la luz de la capacidad racional reflexiva. La razón, en cuanto emblema de la capacidad de conocer el mundo con pretensión de verdad, se posiciona como crítica frente al sentido del recuerdo. De este modo, incluso se acusó el potencial de fragmentación y destrucción inherente en la relación entre la investigación científica de la memoria y la memoria histórica precientífica, que se entendió como disolución de la función orientadora del sentido, que por medio de la interpretación fue extraído de la experiencia histórica.[63]

Aunque la ciencia no puede satisfacer la necesidad de sentido por la posición crítica mencionada, esta necesidad trasciende en la motivación de la investigación científica, por lo cual, a modo de una búsqueda de sentido, puede comprenderse el giro

---

[63] Cf.: *Heuß: Verlust der Geschichte (*op. cit.*).*

actual hacia la cultura como categoría heurística dominante de la investigación de las ciencias de la historia.

La cultura es el emblema del potencial de comprensión subjetivo del ser humano en relación consigo mismo y con su mundo. Existe una identidad entre ella y el proceso mental en el cual se otorga y se construye el sentido que hace posible la organización de la vida humana. Es indispensable la interpretación cultural del mundo para la interacción con él. La cultura otorga sentido al proceso vivencial del hombre; es decir, otorga una calidad de sujeto al mundo y al ser humano, sin el cual los sujetos no pudieran interactuar de modo activo o pasivo consigo mismos o con el mundo.[64]

Si las ciencias de la historia dirigen su interés heurístico hacia la cultura, mantienen la calidad de sentido de la vida humana como hecho objetivo en los ámbitos de la investigación y de la historia escrita. El sentido se cristaliza como construcción cultural fascinante de las formas de vida humana pasadas, que a menudo de manera estética, adquieren por lo menos el carácter de un reflejo de sentido para el presente. Por medio de él, puede subsanarse el vacío de sentido de la experiencia del presente.

La impresionante interpretación de Max Weber sobre la historia de la cultura del protestantismo puritano como condición original de la forma de vida moderna del capitalismo ya abarca este tipo del sentido. El temor de que el sentido se haya ausentado del mundo objetivo, conduce la mirada desesperada del sujeto, ávido de sentido, al ámbito de la comprensión histórica, en el cual los acontecimientos importantes para la configuración del sentido se reconocen en los orígenes del propio mundo.[65] De este modo, la perspectiva sobre los comienzos temporales del desarrollo histórico conduce al propio presente, recordando construcciones de sentido cuyo universalismo opera como imagen invertida de la pérdida de sentido en el presente; es decir, la crisis cultural del presente puede tolerarse en el espejo del tiempo.[66] Por supuesto, esta mirada sobre el

---

[64] *Jan Assmann ha desarrollado este concepto de cultura hacia un concepto interpretativo de una historia del sentido (Ägypten. Eine Sinngeschichte. München 1996). En ella, el significado se señala como producción cultural, a la cual se remite siempre cuando los seres humanos quieren vivir. Eso vale también para la propia escritura de historia. La historiografía pertenece a la historia del sentido que ella misma escribe. De allí, Assmann deduce de manera consecuente una función decididamente ética de la historiografía.*

[65] *Max Weber: Die protestantische Ethik. Eine Aufsatzsammlung. München 1965;* idem: *Die protestantische Ethik II. Kritiken und Antikritiken. München 1968.*

[66] *De la misma manera se plantea el pensamiento histórico de Jacob Burckhardt.* Cf.*: Jörn Rüsen: Konfigurationen des Historismus. Studien zur deutschen Wissenschaftskultur. Frankfurt*

pasado no alcanza subsanar la falta de sentido, porque la categoría de sentido ya no puede establecer la relación interna entre ella y el presente, por medio de la cual el potencial de sentido del mundo pasado adquiriese la posibilidad de un futuro. Esta desesperanza se cimenta de manera epistemológica, pues el conocimiento científico especializado es objetivo, libre de juicios de valor, y esta calidad lo separa de los recursos de sentido de las manifestaciones culturales y creativas de la comprensión humana de sí mismo y del mundo.

A partir de este conjunto de problemáticas se adquieren impulsos para las siguientes reflexiones dedicadas al problema del sentido histórico. La persistencia de esfuerzos explicativos de la filosofía de la historia señala la experiencia insoslayable y la necesidad de orientación que requieren con insistencia los equivalentes de la determinación de sentido tradicional de la historia. La peculiar separación entre una cultura, provista de la experiencia basada en la calidad de sentido histórica, y una conciencia histórica, cuyo potencial de configurar el sentido no arraiga en la experiencia, necesariamente lleva a preguntar en qué medida la subjetividad interpretadora está presente en la dimensión cultural de la experiencia histórica. En lo que toca a esta mediación entre el sentido subjetivo y la experiencia objetiva, cabe mencionar que resulta insostenible la separación estricta entre la memoria cultural y el conocimiento histórico de las disciplinas especializadas. En cambio, la capacidad razonable de la construcción del sentido histórico está ahí donde el conocimiento histórico arraiga en los recuerdos colectivos y en la memoria cultural. Por medio de la metodología de la investigación, el conocimiento histórico de los estudios culturales critica la sumisión arbitraria de la experiencia bajo la necesidad de la orientación del presente en el médium de la memoria. Esta crítica no necesita disolver el sentido del pasado recordado, sino, como si fuera un filtro, puede racionalizarlo.

El control de la experiencia crítica del conocimiento histórico, es decir, la razón de la investigación histórica, se racionaliza al percibir hermenéuticamente el sentido histórico que se encuentra en el conjunto de experiencias del pasado. La razón hermenéutica puede transmitir el sentido objetivo de las construcciones culturales del

---

*am Main 1993, pp. 276ss.; Jaeger: Bürgerliche Modernisierungskrise und historische Sinnbildung, (*op. cit.*), pp. 86ss.*

pasado mediante la capacidad y el potencial interpretativos del sujeto del pensamiento histórico y de los destinatarios de la historiografía.

¿QUÉ SIGNIFICA SENTIDO?

El sentido es el conjunto de los criterios superiores que rigen la orientación cultural de la acción y del sufrimiento en los procesos de la vida humana. El término cultura no se opone al término naturaleza; es decir, no se entiende la cultura en el sentido amplio que abarque la totalidad del mundo de los seres humanos. En cambio, entiendo por cultura una parte de los procesos de la vida humana que se distinguen de otros procesos (la economía, la política, la sociedad y la relación con el medio ambiente). A pesar de su aspecto analítico y artificial, esta diferenciación tiene un significado categórico que, pese a su especificidad cultural e histórica, permite el acceso a las experiencias.

En sentido estricto, la cultura es la esencia de los alcances explicativos que la conciencia humana (e incluso sus dimensiones inconscientes) debe producir en relación con el mundo, con la naturaleza y consigo mismo para hacer posible la vida humana. El mundo siempre debe estar interpretado para que pueda actuarse en él y sobre él, y para que los seres humanos puedan interactuar de modo que se haga posible la sobrevivencia. Por medio de esta tarea de interpretación, la subjetividad adquiere importancia en los procesos vivenciales de los seres humanos que están socialmente relacionados. En este sentido, la cultura es el lado interior de las prácticas vivenciales humanas en la cual debe proyectarse el mundo exterior de modo simbólico o, por lo menos teórico (no lo entiendo como un reflejo sino como un logro creativo, como una creación del mundo por medio de la interpretación), para que el mundo pueda aparecer como mundo y ser vivido como tal.

Esta comprensión del mundo y de sí mismo acontece por medio de diferentes operaciones mentales que pueden diferenciarse en percepción, interpretación, orientación y motivación. La percepción implica la aprehensión del mundo exterior e interior por medio de los sentidos. La interpretación de estas percepciones explica el mundo y hace posible la comunicación sobre sí mismo con otros. La orientación significa el empleo de las percepciones interpretadas para la dirección intencional de la

práctica. Este empleo sucede de dos maneras: respecto del mundo exterior se trata de la interpretación del mundo de los objetos; respecto del mundo interior, la percepción interpretada influye en la constitución del sí mismo personal y social (yo y nosotros), y una individualidad; es decir, la subjetividad humana se configura de modo cultural. Con ello, se determina también la diferencia para con el otro. La motivación finalmente significa que las interpretaciones orientadoras se efectúan mediante intenciones determinadas así como rigen los impulsos volitivos y sobre todo, desempeñan la función de determinar la direccionalidad en la vivencia de los intereses y las necesidades, acentuada por Max Weber.[67]

El sentido puede entenderse como conjunto de las cuatro operaciones mencionadas. El sentido representa la coherencia de percepción, interpretación, orientación y motivación; representa esta relación interna con sus diferentes direcciones y su calidad mental. La "construcción significativa" del mundo y del sí mismo humanos[68] por medio de las cuatro operaciones mentales, en las que el sí mismo y el mundo adquieren un significado y pueden ser "tratados" y "vividos", pueden discutirse en un nivel universal y antropológico, es decir, en un nivel de reflexión muy abstracto, relacionado con la historia.

"Histórico" significa entonces que se trata de la elaboración cultural del tiempo como transformación del mundo humano. La percepción significa entonces comprender la transformación temporal del mundo exterior e interior; la interpretación aplica sus patrones específicos a la transformación temporal. Con ello, los procesos pasados se convierten en historia para el presente[69] ("Historia" se entiende así en un sentido amplio

---

[67] *Friedrich Jaeger (Der Kulturbegriff im Werk Max Webers und seine Bedeutung für eine moderne Kulturgeschichte, en Geschichte und Gesellschaft 18 (1992), pp. 371-393) distingue de acuerdo con Max Weber, las siguientes funciones de la cultura: motivación y utopía; determinación de una dirreccionalidad, disciplinamiento, la creación de permanencia, reclutamiento y estratificación, integración, delimitación, sentido (procesamiento de contingencia).*

[68] *Los trabajos correspondientes de Schütz y Luckmann son relevantes para las siguientes reflexiones.* Cf.*: Alfred Schütz: Der sinnhafte Aufbau der sozialen Welt. Eine Einleitung in die verstehenden Soziologie. Frankfurt am Main 1974; Alfred Schütz, Thomas Luckmann: Strukturen der Lebenswelt, 2 vols. Frankfurt am Main 1975, 1984; Preter L. Berger, Thomas Luckmann: Die gesellschaftliche Konsruktion der Wirklichkeit. Eine Theorie der Wissenssoziologie. Frankfurt am Main 1979; Thomas Luckmann: Lebenswelt und Gesellschaft. Paderborn 1980.*

[69] *Johann Gustav Droysen: Historik, edición histórico-crítica de Peter Leyh, vol. 1. Stuttgart-Bad Cannstadt 1977, pp. 69ss.*

como una relación de conjunto temporal extensa de la vida humana que se interpreta). Orientación significa entonces la dirección “histórica” de los procesos vivenciales prácticos por medio de construcciones temporales basadas en experiencias y el desarrollo de perspectivas para el futuro a partir de la experiencia del pasado interpretada. Las prácticas vivenciales exteriores se dirigen por medio de concepciones y procesos temporales que pueden corresponder con las intenciones orientadores de las acciones. La orientación interna ocurre como la formación de una perspectiva histórica de pertenencia y limitación; las experiencias y las interpretaciones interpersonales del tiempo se integran en la representación temporal del sí mismo. Por último, la motivación, relacionada con la historia, equivale a la determinación de la voluntad por medio de sentidos intencionados que se configuran a partir del recuerdo, una dirección o determinación de los impulsos de la voluntad en el contexto de las concepciones del transcurso temporal; y sobre todo, equivale a la movilización de sentimientos por medio del recuerdo y de la conmemoración.

En todas estas operaciones o dimensiones culturales de la apropiación del mundo y de la compresión de sí mismo, se trata de la apropiación simbólica del tiempo. Final y fundamentalmente, se trata de la elaboración y la asimilación de la contingencia temporal (una experiencia temporal antropológica universal), de modo que la vida se vuelva posible por medio de las ideas acerca del transcurso temporal. El sentido histórico es tiempo interpretado, integrado en la orientación y la motivación de las acciones humanas, y puesto de relieve en la manera y la medida del sufrimiento humano.

En consecuencia, el sentido cumple de formas múltiples con una función mediadora. En primer lugar, sintetiza la experiencia del pasado y el horizonte de expectativas del futuro que se relacionan con determinadas normas e intenciones y con la práctica; ambos se relacionan de modo que en el centro de esta mediación, pueda entenderse el presente y resolverse de forma práctica la situación vivencial actual. El sentido se ubica más allá de la diferenciación entre facticidad y ficcionalidad, pues resulta una síntesis precursora de ambos. Esta mediación precursora, mejor dicho unidad, hace posible las ideas del transcurso del tiempo abarcadoras en la conciencia histórica y contribuye a la realización narrativa correspondiente del pasado como historia para el presente.

La conciencia humana también ejerce la función de generación de sentido con respecto de sí misma. En esta relación consigo misma se fundan el yo y el nosotros, y la representación de los otros en sus diferencias, en un conjunto complejo de socialización del sí mismo humano. En el centro sintetizador del presente, se vuelve a enlazar esta relación del sí mismo de la conciencia del ser humano en la percepción y en la interpretación de la situación vivencial. El sentido intermedia entre el tiempo del yo y el tiempo del mundo. El sentido centra el transcurso del tiempo en la relación autorreferencial del yo de la conciencia humana, en la subjetividad del ser humano que actúa o es pasivo. Al mismo tiempo, la conciencia relaciona esta subjetividad con la movilidad temporal de su situación vivencial y con las exigencias de acción y pasividad ocasionado que se alternan. En estas mediatizaciones entre la subjetividad y la situación temporal móvil de las prácticas vivenciales se constituye la identidad.

¿Existen oportunidades para la razón en estas mediatizaciones logradas en el proceso de la construcción de sentido? Éstas radican en el hecho de que la formación de sentido histórico se articula de modo simbólico y se formula de manera lingüística; ya que de esta forma, también se despliega una dimensión cognitiva, a la cual son consustanciales la aceptación y la explicación como condiciones necesarias para su realización. Pero ¿cómo proceden?

¿CONSTRUCCIÓN O PRECEPTO?

El pasado que se convierte en historia en el presente no tiene el sentido de este proceso de hacerse presente en sí, sino lo adquiere por medio de este mismo procedimiento mental. No obstante, ¿este sentido reconstructivo resulta ser un sentido como tal?

Quisiera dirigir esta pregunta al concepto de la historia del sentido que presenta Jan Assmann.[70] Aquí el sentido se describe como categoría ficcional. Para Assmann el sentido es una ficción coherente, una mera proyección y ficción, cercana a la mentira.[71] De modo correspondiente, la historia escrita, dependiente del sentido, se caracteriza por

---

[70] *Jan Assmann: Ägypten. Eine Sinngeschichte. München 1996.*
[71] Ibid.*: p. 19.*

su ficcionalidad.[72] ¿Qué significa esto? Únicamente, que lo existente provisto con un sentido, tiene otro estatus ontológico que lo existente provisto con materialidad. Ficcionalidad significa sobre todo: no fundado o asegurado por la experiencia, sino más allá de la experiencia y contra-fáctico.[73] Sin embargo, casi no cabe afirmar lo anterior para los contenidos de la historia escrita, en absoluto, si representan un "sentido". Assmann demuestra con absoluta claridad el estatus empírico del sentido. "Incluso las experiencias mismas son... construidas de manera semántica".[74] ¿Entonces, qué significa ficcionalidad? Evidentemente es un término opuesto a otro modo de pensar; opuesto a un empirismo entendido de modo positivista. El empleo de la categoría ficcionalidad únicamente tiene sentido, si en términos de la "realidad" y lo "dado por la experiencia" suponemos otros ámbitos que el mundo real, físico-sensual, el cual —como demuestra claramente Assmann— está lleno de sentido y constituido por el sentido. "La coherencia que otorga estructura e identidad a nuestras vidas, que en cierta medida, se nos impone de fuera; es decir, nos envuelve desde fuera".[75] "La luz con la que vemos los objetos, la obtenemos de la experiencia recordada".[76] Asimismo, el compromiso moral en el abordaje historiográfico de la producción pasada de sentido resultaría poco creíble, si no se tratara de la realidad y del peso de la experiencia del sentido en el propio mundo, que se explica por medio de la memoria histórica. Quizá, el término ficcional sólo oculta el descubrimiento de que el sentido siempre es precario, ambivalente, fragmentario; de este modo, su búsqueda es objetivamente desesperada; pues como orientación, nunca puede ser completamente integrado en los procesos culturales constitutivos reales. Viceversa, el sentido hace que la realidad siempre aparezca fracturada, en peligro, amenazante, así que el ser humano nunca termine de asegurarse reflexivamente acerca de las dimensiones de sentido de su mundo. De todos modos, la categoría de ficcionalidad obstaculiza el discernimiento de la organización de la experiencia histórica, en vez de brindar explicaciones sobre los procedimientos semánticos del espíritu humano. Despojado del velo de la teoría del conocimiento de la ficcionalidad, el sentido adquiere exactamente la ambivalencia y con ella, el estatus

---

[72] Ibid.*: p. 20.*
[73] Cf.: *I. Bandau: Fiktion, en: Historisches Wörterbuch der Philosophie. Joachim Ritter (Ed.), vol. 2. Basel 1972, col. 951-954.*
[74] *Assmann: Sinngeschichte (*op. cit.*), p. 20.*
[75] Ibid.*: p. 23.*
[76] Ibid.*: p. 24.*

empírico, que evoca el pensamiento de las humanidades como continuación del efecto vivencial en este mundo con otros medios.[77]

Debe señalarse que el sentido histórico se alimenta de las fuentes de la subjetividad humana, las cuales a su vez, tienen cualidad de experiencia. El sentido debe tener un carácter preconcebido y objetivo, que descarta la arbitrariedad potencial de la creatividad de la configuración del sentido subjetivo. Es más: esta subjetividad debe estar anclada en el mundo, debe arraigar su autonomía creadora en el terreno de la realidad. Sólo entonces puede justificarse que a la subjetividad reconstructora se agregue una preconcepción del sentido, las cuales se relacionan de modo que la fuente de sentido de la subjetividad brinde al mismo tiempo el acceso a la experiencia histórica.[78]

Efectivamente, el proceso de otorgar significado a la experiencia del pasado cuando se vuelve historia para el presente no se genera a partir de la subjetividad pura, sino siempre está dado en la realidad social de las prácticas vivenciales humanas.[79] La realidad de la experiencia histórica no reside en la mera facticidad de las informaciones de las fuentes. (Con respecto a las experiencias reales que hacen los hombres consigo y su mundo, esta realidad es prácticamente irreal). El sentido siempre tiene una forma real en las configuraciones culturales del mundo vivencial humano. Las prácticas siempre están orientadas; por sí son reales y tienen sentido encima del aseguramiento reflexivo de los marcos de orientación decisivos en los procesos diarios.

Del mismo modo, el pasado está siempre presente encima de cualquier experiencia histórica específica, por tanto encima de su distancia del pasado resulta

---

[77] *Para aclarar el concepto de ficción en la teoría de la historia* cf.*: Ann Rigney: Semantic Slides: History and the Concept of Fiction, en Rolf Torstendahl, Irmline Veit-Brause (Eds.): History-Making. The Intellectual and Social Formation of a Discipline. Proceedings of an International Conference, Uppsala, September 1994. Stockholm 1996, pp. 31-46.*

[78] Cf.*: La observación de Herta Nagl-Docekal: "la relación entre el pensamiento histórico y el pasado no corresponde a la que existe entre el constructor y los elementos de construcción que pueden unirse de manera arbitraria" (Ist Geschichtsphilosophie heute noch möglich?, en* idem *(Ed.): Der Sinn des Historischen. Geschichtsphilosophische Debatten. Frankfurt am Main 1996, pp. 7-63, p. cit. 25.*

[79] Cf.*: David Carr: Die Realität der Geschichte, en Klaus E. Müller, Jörn Rüsen (Ed.): Historische Sinnbildung – Problemstellungen, Zeitkonzepte, Wahrnehmungshorizonte, Darstellungsrategien, Reinbek 1997, p. 309-327. Además* idem*: Narrative and the Real World: An Argument for Continuity, en History and Theory 25 (1986), pp. 117-131; Paul Ricoeur: Geschichte und Rhetorik, en Nagl-Docekal (Ed.), Der Sinn des Historischen (*op. cit.*), pp. 107-125.*

siempre presente. De esta manera, las relaciones de vida actuales se deben a desarrollos anteriores; en ellos, el pasado está siempre presente y exactamente en la medida de una forma llena de sentido, en la que la determinación de sentido de seres humanos del pasado que realizan y padecen acciones, configuró los preceptos de la acción y del sufrimiento del presente. También podría decirse que el sentido es una facultad de asociación de la acción dirigida al futuro a sus circunstancias actuales.

El mundo vivencial humano únicamente se concibe comprendido por medio de un sentido, como provisto con un sentido en sí; de otro modo: ¿cómo serían posibles la acción y el sufrimiento en ella? Esta comprensión se aclara si se pregunta cómo las mismas prácticas culturales de la configuración del sentido son posibles y cómo se realiza el sentido configurado y articulado en ellas. Una breve mirada a la ontogénesis de la subjetividad humana aclara de qué se trata. Aún antes de que la competencia de una formación de sentido reflexionada pueda ponerse de relieve en la narrativa correspondiente, precede al sujeto como realidad social de su propia vida. En un contexto genético, sólo los preceptos de sentido objetivos le facilitan la construcción de sentido al sujeto, es decir, la subjetividad siempre es preconcebida y dada de un modo objetivo.

Ahora bien, la subjetividad que crea el sentido no consiste exclusivamente en tomar conciencia de los preceptos y de este modo ponerlos en práctica. Como precepto de la realidad vivencial en el mundo, el sentido es siempre precario, y de este modo necesita la subjetividad como una práctica consciente de la generación de sentido cultural que no permanece parada ante el *status quo*. Siempre se requiere un esfuerzo propio de los sujetos para mantenerse dentro de las pautas de los preceptos de orientación de sus prácticas vivenciales. Incluso, se requiere su subjetividad creativa, si se trata de transgredir estos preceptos de modo básico para poderlos asimilar culturalmente en la medida en que determinan su prácticas.

En última instancia, la permanencia de las experiencias de contingencia obliga a superar lo logrado y trascender la orientación de la vida y de sí mismo, objetivadas en las circunstancias vivenciales, hacia la libertad creadora de la configuración de sentidos. Ésta se basa en los preceptos de sentido, los cuales deben retomarse, si el sentido debe tener sentido. (Esto también puede suceder con una intención crítica o como una defensa.) El sentido histórico tiene que cumplir con la condición de relacionarse de modo genético; es decir, ha de partir de la construcción subjetiva de los preceptos

objetivos en el trato interpretativo del pasado humano y desarrollarse en relación con aquéllos y al mismo tiempo, en relación con las necesidades de los sujetos que fueron determinados por medio de aquéllos. Dicho de otro modo, a pesar de que el sentido siempre está percibido, debe formarse y construirse; esto es, el sentido consiste en la mediación entre ambos: percibir y construir.

Junto con esta reflexión se aclara también la modalidad de la actividad mental por medio de la cual acontece el sentido. Cuando se habla de fundación de sentido, se percibe la capacidad de relación genética. Como fundados aparecen los conceptos de sentido de la interpretación del mundo y de sí mismo, cuando transgreden fundamental y radicalmente de todos los preceptos del pasado. Rara vez, una trasgresión tan radical de los preceptos de sentido se concretan históricamente; por ello, se recomienda usar con cuidado el término fundación de sentido.[80] Incluso, las mismas historias de fundación de las grandes religiones del mundo, en las que les adscribimos la fundación de sentido a personas individuales (Buda, Jesús, Mahoma), parecen todo, menos nuevas creaciones a la vista de la autocomprensión de sus fundadores.[81] Sea como fuere, la designación construcción o formación de sentido hace más justicia a la relación rica en tensiones entre precepto de sentido y creación de sentido y debería demostrarse su cercanía de la experiencia desde una perspectiva histórica.

LA CARGA DE SENTIDO DE LA NARRACIÓN HISTÓRICA

La orientación específicamente "histórica" de las operaciones mentales y de las prácticas culturales en las que el sentido se conforma como elixir de la vida humana pueden percibirse paradigmáticamente en el procedimiento mental que asimila las experiencias relacionadas con el tiempo; y con una intención orientadora y motivadora,

---

[80] *Sin embargo, me parece exagerado, por no decir intelectualmente desleal, meter en un mismo saco a los teóricos de la historia que abordan el sentido histórico y cuyas reflexiones son condición del conocimiento científico, junto con aquellos profesores criticados por Max Weber que pretenden ser profetas, y exponerlos al desprecio intelectual como "chamanes C-4".*

[81] *En torno a Mohama* cf.: *Ludwig Amman: Das Ansinnen der islamischen Offenbarung. en Kulturwissenschaftliches Institut im Wissenschaftszentrum Nordrhein-Wetfalen (Ed.), Jahrbuch 1997/98. Essen 1998, pp. 36-55.*

interpretan el sí mismo y el mundo: la narración histórica.[82] Por medio de la narración, el tiempo adquiere calidad de sentido subjetiva que los seres humanos necesitan para poder vivir en él. En un sentido amplio, se trata de una transformación mental del tiempo en sentido de carácter "histórico", si acontece en el medio de la memoria. Esta transformación acontece en el material de experiencia del pasado que se recuerda como significativo para fines de la orientación de las prácticas vivenciales en el presente.

El sentido histórico se construye por medio de complejas referencias a la subjetividad y la experiencia en el proceso de la narración histórica. A continuación desearía ejemplificar lo que aquí se cuestiona como "sentido de la historia" por medio de una forma muy sencilla que contiene los elementos esenciales y dista de la complejidad académica del conocimiento historiográfico.

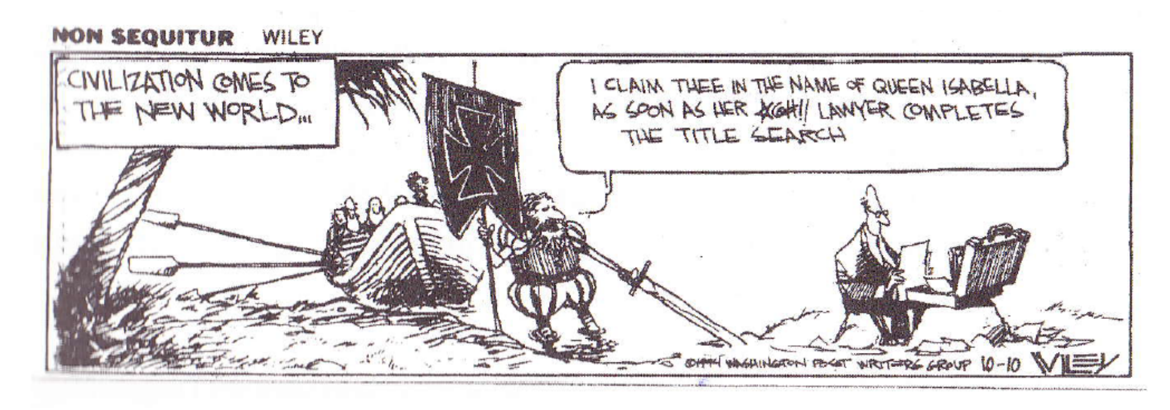


Figura I: "La civilización llega al Nuevo Mundo" de la Serie Non Sequitur de Wiley, Washington Post 10.10.1994.

Quisiera analizar una historia curiosa que se presenta en una sola imagen.[83] En ésta debe quedar claro lo que significa narrar una historia, comprenderla como relato y aceptarla por medio de su interpretación. Me refiero a la interpretación y la aceptación de una historia que operan cuando se dice que tiene o hace sentido.[84] ¿Qué es lo que hace que tenga sentido? Dirijo esta pregunta a la especificidad de lo histórico: ¿qué es lo histórico en esta representación, y qué significado posee tener sentido histórico o hacer sentido histórico en este contexto?

---

[82] Cf.: *Paul Ricoeur: Zeit und Erzählung. 3 vols., 1988-1991.*
[83] *Le agradezco a Burkhart Gladigow por sus indicaciones que me ayudaron a comprender lo representado.*
[84] *Eso pareciera ser más bien lo contrario a reclamar el "sentido" de manera obstinada, como me reprocha Oskar Köhler:* idem *(Ed.): Vom Sinn und Unsinn in der Geschichte. Freiburg 1985, p. 221.*

A primera vista, el carácter histórico de la representación parece consistir en la representación del pasado: la llegada de Colón al Nuevo Mundo. Se encuentra al punto de tomar posesión de las tierras que llamamos América en nombre de la Reina Isabel de España. No obstante, un experto jurídico vestido al estilo del siglo XX, obstaculiza este acto de posesión, pues todavía no dispone de los títulos jurídicos necesarios para comprobar el derecho a la posesión.[85] La historieta se presenta en el contexto del debate reciente acerca del "descubrimiento" de América, debate en el cual a 500 años de la llegada de Colón, culmina la autocrítica de occidente.

Una relación con el pasado como esa es necesaria para que pueda hablarse de una representación histórica específica, aunque no es una condición suficiente. Para continuar en el terreno de la historieta, retomo la serie de dibujos conocida "Hägar el Terrible" de Dik Browne, obviamente ubicada en el pasado. No obstante, no se denomina a estas historietas como históricas desde el punto de vista estricto de la teoría de la historia, ya que usualmente el pasado sólo resulta un disfraz para el tratamiento de problemas actuales. La simple presencia del pasado no es suficiente para que una presentación sea histórica. Sólo cuando el pasado mismo aparece en calidad de un tiempo diferente, es decir, cuando se relaciona con otros tiempos (y con ello también se relaciona con el presente), adquiere la calidad específica de lo histórico.[86] Un ejemplo de la serie mencionada es el comentario de Hägar "Odio el progreso" al pasar por una obra de construcción indicada por el letrero que dice "Aquí se construye el lugar de culto Stonehenge".[87]

---

[85] *Acerca de la toma de posesión de territorios desconocidos, según la idea del Derecho de la modernidad temprana* cf.: *Ursula Bitterli: Amerikanische Entdeckungsreisen im Wandel, en André Stoll (Ed.): Sypharden, Morisken, Indianerinnen und ihresgleichen. Die andere Seite der hispanischen Kultur. Bielefeld 1995, pp. 161-176.*

[86] Cf.*: Las reflexiones correspondientes acerca de lo específico de las representaciones históricas a través de medios visuales de comunicación (*cf.*: cap. 6)*

[87] *Estoy descuidando el error cronológico de que Stonehenge se construyera cuando todavía no existían los vikingos.*

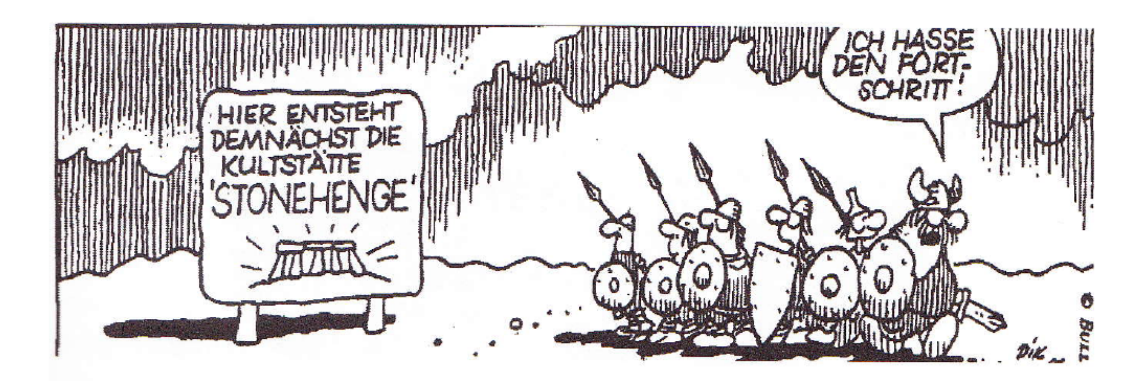


Figura II

Para el carácter histórico de una presentación, resulta decisivo que el tiempo aparezca como diferencia de calidades temporales. En el ejemplo anterior, esta diferencia irónicamente se califica con la categoría del progreso. La misma diferencia existe en la primera historieta, ya que ésta coloca el abogado en traje con su portafolio, una figura del contexto actual, en una escena de la conquista de América. En consecuencia, la historia es más que el pasado, es una relación del pasado con otro tiempo; en principio, es la relación entre el presente (aunque a menudo mediada) y el pasado; éste marca su distancia del presente, la cual relaciona con este mismo presente por medio de un coeficiente de significación.

Y un ejemplo más:

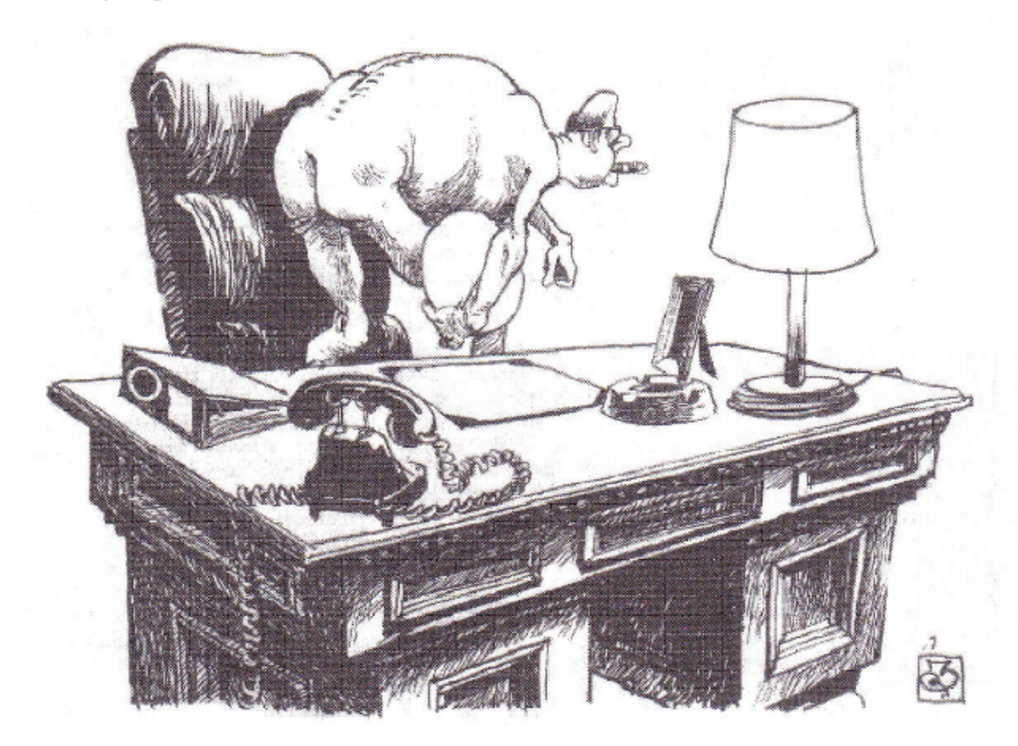


Figura III: Caricatura de *Der Standard*, 19/20 de febrero 2000.

Aquí, también el sentido de la representación consiste en la relación entre dos tiempos: se representan la Antigüedad por medio del gesto famoso del discóbolo de Myron (alrededor de 450 a. C.), y la actualidad por medio de la figura del mánager-deportista. La correlación de la diferencia radica en el significado destacado de los dos tipos de personalidades; esto se evidencia como caricatura del ideal antiguo encarnado en la figura que simboliza el dominio económico y burocrático.

Retornemos la historieta de Colón donde resulta evidente la relación compleja entre pasado y presente. El presente se muestra mediante la figura de un abogado, quien ya en aquella época desempeñaba un papel importante en la conformación del Estado moderno y en la de la administración. El abogado como cagatintas debe elaborar una lista detallada para justificar formalmente correctas las exigencias de propiedad de la reina Isabel. Con ello, se alude al burocratismo y formalismo entre juristas y burócratas. Con esta figura del abogado se visibiliza el presente por medio de la imagen del pasado. En la representación de la primera imagen denominaría narrativa esta visibilidad de la diferencia y la relación entre el pasado y el presente. El texto explicativo de la imagen ("La civilización llega al Nuevo Mundo") es toda una historia en una sola frase, un breviario narrativo,[88] que alude a la compleja relación temporal y contextual entre pasado y presente. Se trata del proceso de civilización que abarca su comienzo en el Nuevo Mundo hasta su final en el presente.

¿Qué es lo que conforma el sentido en esta representación de tiempo, diferencia y relación temporal? Este sentido consiste, principalmente, en el hecho de que entiendo la imagen.[89] ¿Qué significa esto? Esta comprensión contiene tres componentes: 1) Sobre todo, entiendo de lo que se habla, es decir, el contenido. Comprendo la alusión a Colón y al abogado moderno. Por tanto, es el contenido el que conforma el sentido. 2)

---

[88] *Acerca de este término* cf.*: Jörn Rüsen: Historische Orientierung. Über die Arbeit des Geschichtsbewusstseins, sich in der Zeit zurechtzufinden. Köln 1994, p. 11.*

[89] *Utilizo la categoría sentido con el significado de la comprensibilidad. Odo Marquard ha diferenciado entre tres significados: la capacidad de percibir y de gustar, la comprensibilidad y el énfasis en lo que vale la pena. Sin retomar lo que él denuncia como exigencia exagerada de la necesidad moderna de obtener un sentido, quisiera unir, en vista del sentido de la historia, las categorías dos y tres, ya que sólo en esta unión reside el significado usual de este sentido de la historia. También el primer concepto se une como sentido histórico con la historia, y se refiere a la capacidad de percibir diferencias temporales y significarlas históricamente. Odo Marqurd: Zur Diätetik der Sinnerwartung. Philosophische Bemerkungen, en Günter Eifler* et. al. *(Eds.): Sinn im wissenschaftlichen Horizont, Mainzer Universitätsgespräche. Semestre de verano 1983, pp. 35-52.*

También comprendo el cómo de la representación, es decir, su forma. Entiendo la ironía: la ruptura específica de la relación histórica entre pasado y presente. Aquí la forma cobra sentido. 3) Además, comprendo para qué habla la historieta: entiendo su función. El sentido, significa aquí, que al ver y al leer sonrío o rió. Vinculo la representación conmigo, como receptor; comparto la crítica a la civilización o la rechazo o me enojo a causa del texto.

Este sentido de la comprensibilidad se encuentra en la superficie de la representación. Una mirada más detenida reconoce las implicaciones y las condiciones implícitas en el hecho de tener sentido por medio de la comprensibilidad, sin que sea necesario tematizarlo. Se trata del modo particular en que la experiencia y la subjetividad operan como constituyentes del sentido comprendido en esta representación. Éstas se vislumbran, si el sentido de la representación no sólo radica en entenderla, sino si también estoy de acuerdo con lo que entiendo. Comúnmente, se dice que uno entonces considera verdadera la presentación.

¿Qué significa esto para los tres aspectos del contenido, la forma y la función?

1) Con respecto al contenido la historieta tiene sentido en cuanto a su carácter consensual o verdadero, si las alusiones históricas son correctas.[90] El sentido sería, entonces, una verdad apoyada en la experiencia. Pues era Isabel, y no cualquier otra reina, en cuyo nombre actuó Colón. Otro nombre no tendría sentido, o por lo menos tendría otro sentido. El sentido también se distorsionaría por medio de imprecisiones en el dibujo que no tuvieran un significado intencional, y por tanto presentan errores objetivos.

2) Con respecto a la forma puede hablarse del sentido en cuanto a su capacidad de ser aceptado, si existe una coherencia formal; por ejemplo, si concuerda la relación entre lengua e imagen. En lo que toca a la alusión al progreso civilizatorio y del burocratismo jurídico, la coherencia radica en la disonancia. Ésta marca una diferencia en el tiempo, cómo se exagera pictóricamente por medio de la combinación de los bloques de piedra como mesa y silla para un burócrata que se muestra con portafolio y en su traje adecuado, atributos de nuestro tiempo, los cuales difieren significativamente de la vestimenta renacentista de Colón. A ello, se agrega la tensión entre, por una parte,

---

[90] *Aquí habría que considerar los reparos sobre la cronológica en la crítica del progreso de Hägar.*

la bandera y la espada y por la otra, los papeles y el portafolio. De modo similar, resulta la diferencia en el tiempo en la imagen tres.

3) El sentido de la representación adquiere profundidad, si el destinatario y el receptor de la interpretación crítica del descubrimiento de América la relacionan de modo afirmativo con su propia valoración histórica que tiene esta historia para él. El sentido se refiere aquí a un juicio de valor, un distanciamiento crítico del concepto de progreso y de la civilización contemporánea. También en el caso del discóbolo se trata de un distanciamiento crítico en la actualidad que confronta de modo desenmascarado el deporte griego y la modernidad empresarial.

El análisis puede resumirse de esta manera: el sentido histórico posee tres extensiones o dimensiones, una de contenido, una formal y otra funcional. Las tres deben relacionarse de manera coherente entre sí.

l) Respecto del contenido, el sentido de la historia significa que el pasado hecho presente tiene calidades de la experiencia. Debe haber sido como se dice que ha sido. El sentido histórico radica en la calidad de experiencia del pasado hecho presente. Sin embargo, no se trata sólo de la pura facticidad de los hechos en el pasado, sino de una realidad mucho más compleja; se trata de la divergencia y de la convergencia de los tiempos que se encuentra en los hechos. A la pura facticidad del pasado debe añadirse el hecho del transcurso temporal; esto es, el cambio representado (en nuestro ejemplo: del Viejo al Nuevo Mundo). Este criterio de sentido de la calidad de experiencia del pasado convertido en presente puede converger con una serie de aspectos con contundencia empírica, como el testigo ocular, la fidelidad de las fuentes y de la verificabilidad intersubjetiva, etc. La objetividad científica es una forma elaborada de este criterio. Ésta no es un agregado a las historias que tienen efectos sobre las prácticas vivenciales, sino que es una calidad propia de éstas, arraigadas en ellas mismas. De este modo, la racionalidad metodológica de una investigación, que perfila como objeto la experiencia, no elimina de antemano el sentido de la historia que se vincula con las experiencias que son elaboradas de modo metodológico y crítico. La capacidad de la experiencia histórica para servir a la vida que transporta un sentido no se limita o niega *eo ipso* la pretensión de verdad empírica; sino, por el contrario, sin verdad como acierto empírico, entraría en peligro dicha capacidad para servir a la vida. Sin embargo, ¿qué significa entonces que la racionalidad metodológica de la investigación histórica ponga en peligro la calidad de sentido de una historia viva recordada? Este peligro no reside en la

relación con la experiencia en cuanto tal, sino en el modo en que ésta se asume con relación a otras dimensiones del sentido histórico. Si se autonomiza, el sentido de la experiencia histórica degenera hacia un estado del saber muerto.

2) Formalmente, el sentido histórico consiste en que se narra de modo coherente y comprensible. La secuencia temporal, los cambios y las relaciones entre los tiempos deben ser comprensibles. La representación ha de tratar un sujeto de referencia del transcurso temporal y necesita estar clara y entendible, y tener un principio y un final; los pasos narrativos individuales tienen que relacionarse entre sí y construirse mutuamente por medio de lo narrativo. La importancia de la dimensión formal de este sentido histórico puede ejemplificarse con las formas rituales y ceremoniales en las que se representan historias explicativas del mundo y la identidad en determinadas sociedades. Una violación formal puede tener como consecuencia la muerte inmediata del narrador.[91] Junto con el giro hacia formas prosaicas de la representación histórica, no se pierde ese significado sino se traslada hacia otras modalidades de la narración.

Por ejemplo, el carácter explicativo de la conexión narrativa entre secuencias temporales individuales puede desempeñar un papel decisivo para la coherencia garantizadora del sentido en la representación histórica. El criterio del sentido resulta de la fuerza explicativa de una secuencia narrativa. No obstante, sería insatisfactorio determinar el sentido de la historia exclusivamente por medio de elementos narrativos de la representación, ya que factores no narrativos desempeñan un papel esencial.[92] Sin embargo, el sentido de una historia se vincula con la condición de que la experiencia del pasado representada sea interpretada por medio de una concepción del transcurso temporal que concuerde con la lógica de la representación narrativa del tiempo.

3) El sentido histórico posee una dimensión funcional vinculada con el destinatario y su uso del tiempo interpretado de modo histórico para la orientación de su acción y su pasividad. El sentido es por tanto un significado para su propia orientación existencial, es la relevancia del pasado hecho presente para la orientación de los problemas en el presente. Las historias deben responder a las preguntas que comparten el narrador y el destinatario, si deben tener y hacer "sentido" en la relación comunicativa entre ellos. En el ejemplo mencionado, los problemas de orientación

---

[91] Cf.: *Klaus E. Müller: Identität und Geschichte. Widerspruch oder Komplementarität? Ein chronologischer Beitrag, en Paideuma 38 (1992), pp. 17-29, en especial p. 23.*
[92] Cf.: *cap. 3 y 6.*

consisten en la crisis del progreso como experiencia dominante del presente. Las historietas representan la ridiculez del contraste entre Antigüedad y presente con miras a estilos de vida típicos por medio de la experiencia del cambio temporal. Ésta tiene que concordar con el horizonte temporal del receptor o, por lo menos, llamarle la atención de modo que este horizonte se enuncie, se confirme, se cambie o se amplíe para que se active la función orientadora. El sentido histórico significa aquí coherencia funcional o pragmática de la historia del pasado convertido presente.

El sentido histórico se configura entonces por medio de tres componentes: percepción, interpretación y orientación.[93] Las tres se relacionan con el pasado como distancia temporal mediada para el presente. Entre ellas puede haber tensiones que obstaculizan el sentido histórico. Cuando están en contradicción, el sentido es destruido. Si se considera las tres dimensiones de forma individual, puede prescindirse del peso importante de la categoría de sentido; y, a menudo relacionada con ella, puede prescindirse de las pretensiones de vigencia. No obstante, si se enfoca la relación entre ellas, el sentido aparece como designación adecuada para la relación de coherencia decisiva. Por tanto, el sentido resulta de la integración de los tres componentes. Éstos deben relacionarse entre sí, converger y reforzarse mutuamente. Para alcanzar esa coherencia, la función orientadora es clave; me refiero a la coherencia pragmática del pasado convertido en presente en relación con las necesidades de orientación del presente.

De este modo, el sentido tiene una relación coherente con la práctica histórica de hacer presente el pasado y con la perspectiva temporal del presente hacia el pasado, por medio de la cual finalmente se despliega el futuro como horizonte para la acción. (Para formularlo de manera complicada: partes integrales de una historia coherente, que así es una historia con sentido, son tanto la conversión del presente en pasado como la operación que hace presente el pasado).

Ahora bien, no se pretende un mero funcionalismo del sentido histórico. La relación de experiencia en la formación del sentido histórico presenta básicamente una

---

[93] *He desistido de una interpretación propia de la motivación. A menudo, sólo aparece de manera indirecta en los procesos de la conciencia histórica. En los ejemplos, podría señalarse como impulso a la risa. Si se tomaran ejemplos de una visión nacionalista de la historia, entonces el asunto sería más problemático: una significación histórica que se debe al principio del etnocentrismo, puede despertar o estimular el impulso a matar.*

función de control frente a la coherencia de la vida; en este sentido, la dimensión pragmática de servir para la vida contiene la instancia crítica del control por medio de la experiencia y el potencial de consenso argumentativo de las interpretaciones históricas. También la interpretación posee su modo específico de formación del sentido opuesto a una sencilla funcionalización; por ejemplo, opera de modo esclarecedor en la representación narrativa del transcurso temporal. Sobre todo, en una estética de lo histórico, aquellas representaciones adquieren un valor particular que no sólo confirman el horizonte temporal de las propias prácticas vivenciales del receptor, sino que las transforman, critican, modifican, amplían; es decir, lo estimulan de modo que puedan integrarse nuevos elementos para la autocomprensión y para la orientación de dichas prácticas.

Esta integración de las tres componentes se logra por medio de la operación de la narración. El sentido en la narración es el hilo conductor, al que sigue la historia; se produce por medio de las diferentes estrategias interpretativas históricas. Éstas perciben, interpretan y articulan la experiencia del pasado, y cargadas de experiencia se integran en la orientación y en la motivación de las prácticas vivenciales, y precisamente es ahí donde esta orientación necesita un marco temporal para la regulación de la vida externa así como la autodeterminación interna, y donde la voluntad humana depende de impulsos mentales iniciáticos.

DOS PERSPECTIVAS: RAZÓN Y SENTIDO NEGATIVO

Examinada la formación del sentido de la conciencia histórica, la razón adquiere un estatus precario. En muchas formas aparece como pretensión de dominio del espíritu humano sobre las calidades de sentido de la percepción y de la interpretación históricas, y sobre la organización de las prácticas vivenciales humanas de acuerdo con concepciones del transcurso temporal que se configuran por medio de la experiencia del pasado. A esto se agrega que junto a la categoría de la razón, se concibe de modo cognitivo la formación del sentido histórico, y así se pierden de vista sus factores y sus dimensiones no cognitivos.

De modo simplificado, pueden señalarse en tres ámbitos de la práctica cultural de la expresión del sentido histórico en contenidos, formas y funciones, que pueden representarse y analizarse individualmente como dimensiones cognitivas, estéticas y políticas de la cultura de la historia.[94] Se trata de aquella racionalidad que constituye el carácter científico del conocimiento histórico y hace vigente sus criterios de valoración para la formación del sentido histórico. Sin embargo, la experiencia histórica pierde la calidad de sentido[95] a causa del acceso metodológico de la racionalidad objetivada en el procesamiento artificial de la información en las fuentes. La razón sería entonces el emblema de las operaciones mentales que transmiten esta calidad de sentido mediante las operaciones metodológicas del conocimiento histórico. La orientación tradicionalmente hermenéutica de la metodología histórica logró precisamente eso y fue "razonable" en el sentido de la percepción de un sentido dado en las fuentes que se verificaba críticamente con las fuentes y se fundamentaba de modo empírico, así como podía realizarse en la explicación interpretativa de la información de las fuentes por medio de una estrategia de interpretación generadora de sentido de los procesos temporales. Inherente a esta estrategia de interpretación, la concepción categorial del sentido histórico que tenía una historia como totalidad con la calidad de sujeto. A través de ello, la racionalidad metodológica del análisis crítico de las fuentes era razonable respecto de sus interpretaciones.

¿Qué pasaría con esta pretensión racional, si se desvinculara de la concepción de sentido de lo histórico?[96] Sobre todo, habría que dejar la pretensión de dominio del conocimiento sobre el modo completo de la formación del sentido histórico. Únicamente podría considerarse razonable la formación del sentido histórico, si se liberara en el campo de la divergencia y las relaciones complejas entre los aspectos cognitivos, estéticos y políticos, y se expusiera al juego libre de los criterios y condiciones vigentes.

---

[94] Cf.*: Jörn Rüsen: Was ist Geschichtskultur? Überlegungen zu einer neuen Art, über Geschichte nachzudenken, en* idem*: Historische Orientierung. Über die Arbeit des Geschichtsbewusstseins sich in der Zeit zurechtzufinden. Köln 1994, pp. 211-234.*

[95] Cf.*: Jörn Rüsen: Historische Methode und religiöser Sinn – Vorüberlegungen zu einer Dialektik der Rationalisierung des historischen Denkens in der Moderne, en* idem: *Geschichte im Prozess der Kultur. Köln 2001.*

[96] *Básico para el tema de la razón: Wolfgang Welsch: Vernunft: Die zeitgenössische Vernunftkritik und das Konzept der transversalen Vernunft. Frankfurt am Main 1996.*

No obstante, esta renuncia a la supremacía de lo cognitivo es sólo un lado de una nueva racionalidad de la formación del sentido histórico. Por otro lado, cambia la perspectiva, si se considera la pregunta por la coherencia de esas tres dimensiones fundamentales. ¿Qué es lo que les da cohesión? Precisamente en ello radica la contribución clave del sentido histórico. Si se consideran los regulativos individuales de las diferentes dimensiones, pueden distinguirse rasgos y aspectos en común, que sin duda cabe calificar como razonables. Me refiero a los criterios universalistas de la racionalidad metodológica, a la autonomía estética y la legitimidad política. Su despliegue teórico se encuentra bajo el veredicto de que, a causa de un universalismo abstracto de la determinación de la razón y calidad humana, no alcanzan hacer visible lo que siempre trata la relación histórica con el pasado: particularidad (cada identidad es particular), divergencia, pluralidad y diferencia. Sin embargo, esta crítica no tiene que desembocar forzadamente en la abolición de los aspectos tradicionales de la razón en los principios universales de la formación del sentido; al contrario: en cuanto al sentido, este universalismo puede evolucionar hacia el criterio de sentido del reconocimiento mutuo de las diferencias. Este criterio aun goza de la fuerza de la argumentación basada en la experiencia, reglamentada por la metodología y estéticamente relevante, si quiere permitirse el despliegue de la subjetividad humana en la diferencia cultural, y al mismo tiempo, comunicarse con los otros sobre esta diferencia.[97] Esta determinación en la razón de la formación del sentido histórico[98] se efectúa por medio de los regulativos metodológicos de la investigación histórica, por medio de la riqueza formal de las representaciones historiográficas y por medio de las distintas modalidades de referirse a la lucha de poder político en el presente.

---

[97] Cf.*: Jürgen Straub: Verstehen, Kritik, Anerkennung. Das Eigene und das Fremde in der Erkenntnisbildung inrepretativer Wissenschaften. Essener Kulturwissenschaftliche Vorträge 4. Göttingen 1999; Charles Taylor: Multikulturalismus und die Politik der Anerkennung. Frankfurt am Main 1993; Jörn Rüsen: Vom Umgang mit den Anderen – zum Stand der Menschenrechte, en Inernationale Schulbuchforschung 15 (1993), pp. 167-178.*

[98] *Para un esbozo sistemático que se refiere ante todo al lado cognitivo de la significación histórica* cf.*: mi texto Grundzüge einer Historik, en Historische Vernunft. Göttingen 1983; Rekonstruktion der Vergangenheit. Göttingen 1986; Lebendige Geschichte. Göttingen 1989.* Cf.*: la crítica al concepto de razón desarrollada en Volker Steenblock: Historische Vernunft – Geschichte als Wissenschaft und als orientierende Sinnbildung. Zum Abschluss von Jörn Rüsens dreibändiger Historik, en Dilthey-Jahrbuch für Philosphie und Geschichte der Geisteswissenchaften 8 (1992/3), pp. 367-380; y en Allen Mengill: Jörn Rüsen's Theory of Historiography between Modernism and Rhetoric of Inquiry, en History and Theory 33 (1994), pp. 39-60.*

Como sea que se quiera ver esto particularmente, cabe mencionar una condición razonable esencial de la formación del sentido histórico, si el proyecto global de la rehabilitación de la categoría de sentido en el pensamiento histórico no debe autodestruirse ni reintroducir a escondidas la relación obsoleta de la Historia con una categoría del sentido rehabilitado. Únicamente si la falta de sentido (causada por la experiencias horribles de este siglo) se introduce y permanece como insuperable e insoslayable en las suposiciones y pretensiones del sentido cognitivo, estético y político en el trato del pasado, sólo en este momento, puede justificarse el sentido como categoría histórica básica. El contexto que relaciona pasado, presente y futuro en el marco de la orientación de las prácticas vivenciales, debe adquirir rasgos contrafácticos y con ello potencia crítica. Al mismo tiempo, puede reconocerse la contingencia como horror o como oportunidad en las operaciones complejas de la formación narrativa. Asimismo, el sentido permanece inestable precisamente en las operaciones de la narración histórica.[99] El horror y la oportunidad no se desnivelan en la univocidad de una totalidad de sentido que se manifiesta dentro del mundo, llamada historia.

Junto con esta suspensión de la contingencia por medio de la interpretación histórica, una noción pragmática de la formación de sentido histórico adquiere una nueva calidad razonable. Las experiencias del pasado asimiladas presentan una gama de posibilidades a las prácticas vivenciales humanas del presente, por medio de la contingencia en la confrontación activa o pasiva de las circunstancias del propio mundo y del propio yo que parecen como peligro y oportunidad al mismo tiempo. De este modo, un sentido total puede aparecer solamente como fragmento, como pedazo de vidrio, como traza; y ya no aparece como silueta plástica que experimenta la representación narrativa correspondiente. La confianza original basada en el potencial de sentido de la contingencia (que tenía una base religiosa) que se observa en la categoría tradicional del sentido de lo histórico, cedió lugar a una atención despierta y al mismo tiempo escéptica y esperanzada, en la cual el sentido se vincula de modo diferente con la contingencia de desarrollos temporales, si se toma en cuenta la interpretación de la experiencia del tiempo y las prácticas vivenciales como categorías

---

[99] *Esto expone Horst Dieter Rauh al presentar la historia de la categoría de sentido por medio de la metáfora del laberinto; comprende el laberinto no como "simple metáfora de la historia" sino como su "símbolo real" (*idem*: Im Labyrinth der Geschichte. Die Sinnfrage von der Aufklärung zu Nietzsche. München 1990, p. 10.*

que ayudan a orientar la existencia humana por medio de los resultados adquiridos de modo interpretativo. También la narración histórica misma debería construir el sentido como contrasentido. Al igual que el arte moderno, la narración histórica debería abordar la ausencia del sentido a pesar de la necesidad de él. Junto con la liberación de todos los posibles sucedáneos, únicamente así sería razonable como sentido negativo frente a la llana negación de sentido.

2. TEORÍA DE LA HISTORIA

PRESENTACIÓN DE LA PROBLEMÁTICA

Las teorías son conjuntos de enunciados complejos con un alto grado de generalización. En todas las ciencias que sirven como paradigmas de la cientificidad (por ejemplo, la física teórica), las teorías desempeñan un papel decisivo: la cientificidad del conocimiento a menudo se identifica por medio de la forma y la medida de su capacidad teórica. Precisamente esto es un gran problema para las ciencias de la historia. Sintomático de ello es el hecho de que ya en la antigüedad, cuando se desarrollaba la noción del conocimiento teórico como elemento esencial de la cultura occidental, la historia escrita no se consideraba idónea para la formulación teórica. Aristóteles expresó esta idea en su formulación conocida de que la poesía era "más filosófica y elevada que la historia; pues la poesía dice más bien lo general, y la historia, lo particular. Es general a qué tipo de hombres les ocurre decir o hacer tales o cuales cosas verosímil o necesariamente, que es a lo que tiende la poesía, aunque luego ponga nombres a los personajes; y particular, qué hizo o qué le sucedió a Alcibíades".[100] Hasta hoy existe una controversia sobre la capacidad teórica del conocimiento histórico; este problema se vincula estrechamente con las preguntas por la cientificidad de las ciencias de la historia, su carácter propio, sus procedimientos metodológicos y su diferencia con otras ciencias.

El problema de la teoría se presenta en las ciencias de la historia en dos niveles que en virtud de la claridad argumentativa, deben distinguirse pese a sus relaciones evidentes: por un lado, en el nivel teórico en las ciencias de la historia (meta-teoría) y por el otro, en el nivel de una teoría dentro de las ciencias de la historia (teoría de objetos). Una meta-teoría de las ciencias de la historia se refiere a las mismas ciencias de la historia: su carácter propio, su cientificidad, los principios del conocimiento histórico, las reglas de la investigación histórica, la historia escrita, etc. Para denominar

---

[100] *Aristóteles: Poética, edición trilingüe, Valentín García Yerba (Trad. y ed.). Madrid 1974.*

a este tipo de teoría, se suele emplear el término *Historik* en el ámbito de la lengua alemana.[101] En el marco de una teoría de objetos de las ciencias de la historia, los objetivos son la historia, los enunciados de carácter teórico sobre las transformaciones temporales del ser humano y de su mundo en el pasado, las relaciones generales entre pasado, presente y futuro, las caracterizaciones generales de fenómenos históricos, las hipótesis explicativas de procesos temporales, entre otros.

Una meta-teoría de las ciencias de la historia aborda las preguntas de si las ciencias de la historia tienen un estatus científico, en qué medida la investigación histórica trabaja con teorías y si existen leyes históricas que se necesitan para explicar de modo científico algún fenómeno histórico. Su objeto es lo que acontece en la práctica de las ciencias de la historia, lo cual procura puntualizar de modo que la índole disciplinaria particular de las ciencias de la historia y sus principios fundamentales se hagan visibles, explicables, analizables, interpretables y justificables. Este pensamiento tiene un carácter teórico en el sentido de que se distingue de las prácticas de la elaboración del conocimiento en las ciencias de la historia. Los historiadores (junto con los filósofos) desarrollan este conocimiento reflexivo con el fin de transparentar y crear una conciencia acerca de los principios de su propia práctica para que mejoren los procedimientos de la misma (y a ello pertenecen su fundamentación, defensa, mejora argumentativa y evolución), lo cual sería imposible sin un conocimiento que determine lo decisivo.

Un papel esencial desempeña la pregunta de si la cientificidad de las ciencias de la historia depende del potencial teórico del conocimiento histórico establecido por ellas, y la pregunta de si y cómo la investigación histórica trabaja basándose en conocimientos teóricos sobre el pasado humano entendido como historia. Estas preguntas pertenecen a un momento esencial en la elaboración del conocimiento histórico en la misma disciplina científica. Si se abordan de forma meta-teórica, el enfoque meta-teórico siempre tiene la finalidad práctica de utilizar, comprender y ampliar las posibilidades cognitivas de las ciencias de la historia.

---

[101] *(Nota del traductor): Se optó por traducir el término* Historik *con teoría de la historia, así aparece de aquí en adelante.*

FUNDACIÓN DE CIENTIFICIDAD POR MEDIO DE LA REFLEXIÓN META-TEÓRICA DE LAS BASES: TAREAS Y FUNCIONES DE LA TEORÍA DE LA HISTORIA

Desde la antigüedad, junto con el desarrollo de la historia escrita, se registran teorías sobre sus principios. La formación de teorías pertenecía al ámbito de la retórica y sobre todo, concernía a las reglas del arte de la historia escrita (*historica*). Con el proceso de la fundación de la cientificidad del pensamiento histórico en la segunda mitad del siglo XVIII, se transformó el carácter de la teoría de la historia. Entonces, ésta operó en el meta-nivel de la autocomprensión de los historiadores, junto con los procesos de la formación disciplinaria y la fundación de cientificidad del pensamiento histórico. Eso aconteció anticipando a la práctica; es decir, no sólo expresó la práctica histórica contemporánea,[102] sino que la teoría de la historia explicó y fundamentó nuevos principios constitutivos de la disciplina del pensamiento histórico y así sirvió para la profesionalización disciplinaria de la historia escrita. Formuló los estándares del conocimiento histórico, cuyo dominio distinguió el experto del lego, y cuyo cumplimiento permitía que su historia escrita participara en la pretensión de verdad y en el prestigio cultural de la cientificidad.

La teoría de la historia cumple la función reflexiva de fundamentar y profesionalizar de diversos modos; pueden distinguirse cinco estrategias de argumentación: (1) La teoría de la historia continuó con la tradición (humanista) de una retórica y una poética de la historia escrita y la integró en los estándares de una argumentación específica de la ciencia. (2) Como enciclopedia, la teoría de la historia formuló conjuntos del modo del conocimiento histórico los cuales, como resultado de la investigación realizada, formaron el fundamento obligatorio para otras investigaciones que lo complementaran, ampliasen y profundizaran. (3) En forma metodológica, la teoría de la historia formuló las reglas que el pensamiento histórico debía observar en el tratamiento de la experiencia del pasado (las fuentes) para lograr aportaciones duraderas al conocimiento. (4) Como teoría de la cognición o como una teoría de la ciencia para

---

[102] Cf.*: La documentación e interpretación de Horst Walter Blanke y Dirk Fleischer (Eds.): Theoretiker der deutschen Aufklärungshistorie, 2 vols. (Fundamenta historica, vol. 1). Stuttgart-Bad Cannstadt 1990.*

las ciencias de la historia, la teoría de la historia formuló el estatus científico y sus particularidades mediante la comparación con otras ciencias. (5) Como filosofía de la historia, la teoría de la historia formuló los criterios de sentido y los horizontes decisivos para el pensamiento histórico, cuando hace presente el pasado humano, y así lo integra en una relación interior con el presente y el futuro.

Pocas veces se presentaron estas estrategias de modo puro e individual; a menudo surgieron en formas mixtas en las cuales se transparentaban los principios y las perspectivas decisivos de diversos aspectos de las ciencias de la historia. Un caso clásico es la teoría de la historia de Johann Gustav Droysen, ya que su amplia sistematización integra todas las estrategias mencionadas y los aspectos comprendidos por ellas.[103] Sólo por su amplitud sistemática y su alto nivel argumentativo, representa una excepción y, no por su discusión de las bases de las ciencias de la historia. Estas discusiones pertenecen más bien al ámbito de los logros del pensamiento con las cuales las ciencias de la historia fomentaron su evolución.[104]

La teoría de la historia hace explícito el estatus disciplinario de las ciencias de la historia. Por un lado, explica los principios de la racionalidad metodológica de las ciencias de la historia, las cuales la definen como ciencia y así le otorga el estatus correspondiente. Por el otro, defiende la especificidad de las ciencias de la historia en oposición a otras ciencias, en particular, a las ciencias exactas, si éstas deben representar el ideal y el modelo para la cientificidad. En la tradición científica del historicismo, el segundo aspecto era decisivo. En contra del ideal científico positivista de las ciencias exactas, se justificó la particularidad de las ciencias de la historia con la necesidad metodológica de hacerle justicia al objeto específico del conocimiento, la historia. Por medio del aspecto de la interpretación, el modo cognitivo de las ciencias históricas se delimitó de otros modos, en particular de la explicación en las ciencias exactas; en cuanto a la teoría del conocimiento, la misma diferencia se expresó en las oposiciones entre lo ideográfico y lo nomotético, así como entre el método particularizador y el generalizador.

---

[103] *Droysen: Historik, (Ed. Leyh).*

[104] Cf.*: La documentación en Horst Walter Blanke, Dirk Fleischer y Jörn Rüsen: Historik als akademischen Praxis. Eine Dokumentación der geschichtstheoretischen Vorlesungen an deutschsprachigen Universitäten von 1750 bis 1900, en: Dilthey-Jahrbuch für Philosophie und Geschichte der Geisteswissenschaften 1 (1983), pp. 182-255.*

Esta diferenciación tuvo consecuencias importantes para el potencial teórico de las ciencias de la historia, pues explicar y generalizar significan que las ciencias que operan de este modo, elaboran y emplean conocimiento teórico sobre los objetos analizados; en cambio, en delimitación a ello, interpretar e particularizar consignan modos cognitivos en los cuales el conocimiento teórico no desempeña ningún papel o un papel absolutamente diferente. A menudo, junto a la tesis de la incapacidad teórica de las ciencias de la historia y de lo innecesario que era la teoría para ellas, se esgrimió la idea de su independencia metodológica y de su estatus disciplinario especial. De modo correspondiente, los intentos de comprobar en las ciencias de la historia la misma racionalidad metodológica que sirve como modelo de la cientificidad en las ciencias exactas, significaron que se consideraban como métodos del conocimiento histórico legítimos el desarrollo y el empleo de teorías enfocadas en un objeto.

La discusión más reciente acerca de la cientificidad de las ciencias de la historia y acerca de su especificidad disciplinaria todavía se caracteriza por esta oposición: por un lado, la teoría de la ciencia analítica elabora modelos explicativos racionales que reivindican validez para todas las ciencias, y además, muestra en investigaciones sutiles que dichos modelos también son pertinente para las ciencias de la historia. En este contexto, el modelo de Hempel-Oppenheim de una explicación racional tiene una importancia decisiva; en éste, el conocimiento nomológico (el conocimiento de leyes que relacionan hechos) es imprescindible, ya que sólo con él, puede explicarse de manera racional (y esto quiere decir, específicamente científico).[105] Frente a esta sumisión de las ciencias de la historia bajo un ideal metodológico de la cientificidad derivado del modelo de las ciencias exactas, se objeta que la particularidad del conocimiento histórico se caracteriza por una estructura narrativa.[106] En este sentido, el modo explicativo específicamente histórico se presenta como explicación por medio de la narración; y esta explicación obedece a una lógica propia que se distingue de la explicación por medio del conocimiento basado en leyes.

De este modo, se expresa la especificidad del pensamiento histórico que en las ciencias históricas, no se puso en tela de juicio junto con los intentos explicativos mediante un tipo de conocimiento teórico; particularmente que a menudo, se consideró

---

[105] Cf.*: C. G. Hempel: Explanation in Science and in History, in W.H. Dray (Ed.): Philosophical Analysis and History. New York 1966, pp. 95-126.*

[106] *Danto: Filosofía analítica de la histórica.*

como irregularidad negativa de la explicación histórica en cuanto al ideal de las explicaciones rigurosamente basadas en leyes en otras ciencias. Al mismo tiempo, la particularidad (narrativa) del conocimiento histórico hace cuestionable su cientificidad: la narración como modalidad fundamental del conocimiento histórico puede describirse como un acto de habla poético o retórico, en última instancia incapaz de alcanzar cientificidad, de modo que la historia escrita se reintegra en el ámbito de las bellas artes, del cual se había alejado en el proceso de la formación de su cientificidad. Sin embargo, esta consecuencia no es obligatoria: sólo si se considera, exclusivamente y de manera positivista, como específicamente científico (racional), el modelo explicativo en el cual tiene un papel decisivo el conocimiento basado en leyes de las ciencias exactas, la cientificidad de las ciencias de la historia se vuelve problemática. Es un hecho que a causa de la estructura narrativa del conocimiento histórico, las ciencias de la historia no tienen la capacidad de conocer leyes con las cuales pueda vaticinarse el futuro por medio de la comprensión histórica del pasado. Si se aplica, empero, un criterio más general y flexible para la cientificidad —por ejemplo, el de una argumentación orientada hacia el consenso, lo conceptual, la experiencia y la metodología— pueden justificarse y observarse la vigencia y el despliegue del tipo específicamente científico de la argumentación explicativa en las formas narrativas del conocimiento histórico.[107]

El estatus disciplinario de las ciencias de la historia naturalmente no sólo hace surgir cuestionamientos fundamentales acerca del modo específicamente histórico de la racionalidad metodológica que garantiza la cientificidad, sino también un sinfín de preguntas particulares que incumben a la estructura compleja de las ciencias de la historia como disciplina especializada. Dichas preguntas individuales pueden relacionarse de modo sistemático al desplegar esta estructura como matriz disciplinaria que constituyen la historia como disciplina especializada, como relación interna de principios cognitivos del pensamiento histórico y conjunto coherente.[108]

Como principios básicos que en su relación interna conforman la constitución disciplinaria y la disciplinariedad de las ciencias históricas, pueden abordarse de forma particular: las necesidades de orientación de las prácticas vivenciales humanas decisivas para el pensamiento histórico que determinan los intereses de conocimiento en la

---

[107] Cf.*: Rüsen: Rekonstruktion der Vergangenheit (*op. cit*.).*
[108] *Para detalles* cf.: *Rüsen: Historische Vernunft (*op. cit*.).*

disciplina especializada; horizontes dominantes sobre el pasado humano por medio de los cuales éste aparece como historia en una relación significativa y cargada de sentido entre el presente y el futuro; el método histórico como sistema de reglas de la investigación empírica; las formas de la historia escrita en las cuales el conocimiento obtenido en la investigación se dirige a receptores potenciales; y finalmente la función que ejerce la historia escrita en la cultura del presente (en virtud de la cual, regulado por medio de las necesidades de orientación, se adquiere el conocimiento). En el trabajo reflexivo acerca de las bases, emprendido por las ciencias de la historia en forma de la teoría de la historia, se trata de abordar estos factores en su relación interna y sistemática para averiguar cómo, en cada caso, aportan a la historia como disciplina científica, hacen posible el progreso del conocimiento y realizan de manera práctica este conocimiento en la cultura de la historia en el presente.

A modo de resumen, pueden enlistarse las problemáticas principales y las estrategias de argumentación más importantes de la siguiente manera: el tema dominante en la discusión sobre los intereses de conocimiento determinantes para la historia como ciencia es la dependencia del punto de vista del pensamiento histórico y el perspectivismo y el relativismo que resultan de esta dependencia; al mismo tiempo, cabe mencionar el potencial objetivo que adquiere el conocimiento por el hecho de que la dependencia de un punto de vista y el perspectivismo del conocimiento histórico son objetos de una argumentación específicamente histórica y racional. Esta argumentación reflexiona acerca del potencial de generalización normativa de dichos puntos de vista y compara críticamente diferentes perspectivas, lo que extiende las perspectivas históricas.

En cuanto a los horizontes dominantes, con los cuales las ciencias de la historia dirigen las necesidades de orientación del presente al conjunto de experiencias del pasado humano, surge la pregunta clave (para el estatus como disciplina científica de las ciencias de la historia) de qué forma estos horizontes que hacen de los sucesos del pasado una historia para el presente y de sus expectativas para el futuro, pueden y deben integrarse en el proceso de conocimiento disciplinario. Es un hecho incontrovertible que existen estos puntos de vista; ellos acentúan aquello del pasado humano que como historia, parece digno de recordarse en el presente y para formar expectativas para el futuro.

El pasado humano no es historia de por sí, sino se precisa una operación perceptiva desde el presente para otorgarle el carácter de lo histórico; y en esta operación perceptiva los aspectos estructuradores ejercen una función esencial. Sin embargo, es problemático cómo estos aspectos se conciben disciplinariamente específicos y adquieren vigencia en las prácticas del conocimiento. En ello radica el problema de las teorías enfocadas en un objeto de las ciencias de la historia.

En el contexto de esta discusión, surge la pregunta por la cientificidad del pensamiento histórico; desde una perspectiva crítica, se pregunta por la capacidad teórica de los horizontes dominantes que enfocan el pasado humano. Desde una perspectiva específicamente científica, estos horizontes únicamente pueden presentarse como teorías a causa del carácter general que define y estructura el campo de conocimiento como historia para las ciencias de la historia. En el caso de no considerar su potencial teórico, pueden hacerse vigentes como factores de la formación del sentido retórico-poético; y con ello, el estatus científico de las ciencias de la historia se desestabiliza.

¿En qué consiste la forma teórica de estos horizontes?, es una pregunta abierta y polémica en la actualidad; junto con ella puede preguntarse, ¿esta forma tiene una estructura totalmente diferente que el conocimiento en forma de leyes de otras ciencias por medio de las cuales pueden generarse explicaciones y pronósticos? Si el pensamiento histórico tiene una estructura fundamentalmente narrativa, la forma teórica potencial de los horizontes dominantes debe explicarse como construcciones narrativas. Esto, no obstante, se ha realizado sólo a modo de esbozos hasta ahora.

La pregunta teórica lleva obligatoriamente al tercer factor de la matriz disciplinaria: el sistema de reglas de la investigación histórica. Respecto a ello, la tradición del historicismo configuró una concepción canónica de una relación sistemática de tres operaciones en el proceso de la investigación que integran el método histórico como unidad ordenada. Es la secuencia de heurística, crítica e interpretación la que regula la dinámica de la investigación histórica, de modo que se asegure la permanencia de las aportaciones al conocimiento. El mencionado problema teórico de las ciencias de la historia únicamente puede resolverse, si se comprueba cómo las construcciones de tipo teórico (narrativas) acerca de relaciones históricas ejercen una función vital en las operaciones de la investigación (heurística, crítica e interpretación), en particular, como sistemas de referencias explícitos de la interpretación histórica.

Durante la configuración disciplinaria de las ciencias de la historia, se han abordado preguntas acerca del sistema de reglas del método histórico en detrimento de las formas de la historia escrita. Sin embargo, en el contexto de la pregunta básica sobre la capacidad teórica de los criterios y puntos de vista decisivos para el conocimiento histórico, las formas de la historia escrita gozaron de una revaluación importante como problemas teóricos de suma importancia para las ciencias de la historia. Los principios de representación historiográficos del conocimiento histórico se consideran instancias decisivas para la formación del sentido histórico, es decir, en la transformación de los sucesos del pasado en historias para el presente y su futuro.[109] A la configuración historiográfica se le adscribe un significado constitutivo para el cocimiento obtenido durante la investigación. Escribir historia ya no parece una mera función de la investigación, sino que es una actividad del historiador autónoma y productiva. La pregunta acerca de la estructura cognitiva de esta operación permanece irresuelta; sobre todo, la pregunta acerca de la relación interna entre la explicación de tipo teórico de los horizontes dominantes y las reglas metodológicas de la investigación empírica.

Junto con la historia escrita, se tematiza el aspecto funcional en el trabajo de justificación de los cimientos por medio de la teoría de la historia. Una comprensión científica limitada exclusivamente a las tecnologías de la investigación histórica considera estas preguntas de función práctica del conocimiento histórico como problemas extra-disciplinarios, pese a las evidentes intenciones prácticas en la actividad disciplinaria del historiador. Sin embargo, en la medida en que se elaboran y se discuten en el ámbito de la autocomprensión meta-teórica de las ciencias de la historia, los intereses de conocimiento y una relación con el receptor historiográfico como evidentes factores estructuradores en el trabajo cognitivo disciplinario, el aspecto funcional del conocimiento histórico adquiere más importancia. Se volvió un asunto de una disciplina particular —la didáctica de la historia— la pregunta de si y cómo la historia como disciplina científica siempre está pre-condicionada en cuanto al uso que se hace del conocimiento que produce, de modo que pueda desarrollar criterios en su autocomprensión como disciplina científica que permitan distinguir el uso adecuado o inadecuado del conocimiento. Durante mucho tiempo, la didáctica de la historia se

---

[109] Cf.*: White: Metahistory (*op. cit.*);* idem*: Die Bedeutung der Form. Erzählstrukturen in der Geschichtsschreibung. Frankfurt am Main 1990.*

consideraba como mera tecnología de la aplicación del conocimiento disciplinario en contextos extra-disciplinarios, y de este modo se ubicó también extra-disciplinariamente; hoy en día, ya no puede separase de un proceso de reflexión de las ciencias de la historia acerca de sus bases disciplinarias. En el momento en el que se toca el papel del conocimiento histórico y de su forma discursiva específicamente científica en la formación de la identidad histórica, en el contexto social de las ciencias de la historia, y se discute sobre este proceso de formación de la identidad histórica como un proceso de aprendizaje, el aspecto funcional, reflejado por la didáctica de la historia, es parte integral de la teoría de la historia.

LOS NIVELES DE LAS TEORÍAS RELACIONADAS CON OBJETOS

La elaboración de teoría tiene lugar en diferentes niveles del proceso cognitivo histórico. A modo de una abstracción de diferentes tipos, se pueden distinguir tres de estos niveles: el nivel categorial de los conceptos básicos, el nivel de los marcos de referencia explícitos de la interpretación histórica y el nivel de mediación de la periodización general.

(1) En el nivel inferior, se elaboran los conceptos básicos categoriales. En éste, se comprende terminológicamente el campo de conocimiento usualmente llamado "la historia"; es decir, se comprende aquello que en forma de contenidos de experiencias, relacionados con el pasado humano, conforma la historia significativa para la comprensión investigativa y conversión historiográfica en presente por medio del historiador. Para Droysen, la pregunta rectora en este nivel fundamental de la teorización histórica es: "¿Cómo se transforman los sucesos en historia?" Junto con esta pregunta, Droysen formuló la idea atinada de que el acontecer temporal del mundo humano por sí no tiene la calidad particular de lo histórico por pertenecer al pasado, la cual constituyera el objeto de estudio específico de las ciencias de la historia. Antes bien, se precisa una calificación específica de este pasado para poderlo abordar como historia, calificación relacionada con el contexto significativo y cargado de sentido, de la experiencia en el presente y la orientación del futuro del historiador y de su público.

Esta calificación puede producirse en tres ámbitos que competen a el contenido, las formas y las funciones del conocimiento histórico.

(a) En cuanto al contenido, se trata de la categorización de la relación interna entre pasado, presente y futuro; se emplea como criterio de sentido general de transcursos temporales para la calificación histórica de experiencias en el pasado. Ejemplos conocidos de esta relación son: progreso, desarrollo, evolución, proceso, ley. La discusión reciente de la teoría de la historia se refiere a esta relación entre los tiempos con la categoría de la continuidad.[110] Esta calificación del contenido de la historia delimita experiencias específicamente históricas de otras experiencias; esto es, define el ámbito del conocimiento histórico y predispone la forma y la manera de cómo dicho ámbito puede comprenderse y apropiarse. Esta calificación puede llevar hacia un concepto de la historia como emblema de lo históricamente cognoscible que ordena conceptualmente las experiencias de las transformaciones temporales del ser humano y de su mundo en el pasado. La filosofía de la historia formula una relación general de sentido de las transformaciones temporales del ser humano y de su mundo (el ejemplo más conocido es la filosofía de la historia de Hegel); la antropología histórica describe los factores clave de la acción y del sufrimiento inherentes en el ser humano como especie y deduce de ellos características generales de procesos históricos (el ejemplo más conocido es la teoría de Jacob Burckhardt acerca de las tres potencias y siete condiciones en su *Reflexiones sobre la historia universal* y el capítulo sobre Feuerbach en la *Ideología alemana* de Marx y Engels); el materialismo histórico desarrolla un sistema de leyes generales de procesos temporales que tienden a abarcar pasado, presente y futuro.

(b) Encontramos otra categorización del conocimiento histórico en el caso de una calificación formal que define el pensamiento y la cognición como específicamente históricos. La historia no sólo es el contenido y el objeto de los enunciados históricos, sino una calificación de la forma de los mismos enunciados. De manera análoga a la calificación categórica de los contenidos históricos por medio de la relación temporal vinculada con la experiencia, la continuidad, cabe mencionar el término narratividad para la calificación de las formas históricas. En las discusiones recientes de la teoría de la historia, la narratividad caracteriza la determinación formal del conocimiento y del

---

[110] Cf.*: Hans Michael Baumgartner: Kontinuität und Geschichte. Frankfurt am Main 1972.*

pensamiento que se define como específicamente histórico. Este criterio categorial de la forma establece que el pensamiento es histórico, si se presenta en una historia, es decir, si procede por medio de un acto de habla narrativo.

También este criterio es abstracto y general, y puede elaborarse de diferentes maneras en una teoría de la formación histórica. Elaboraciones conocidas de estas teorías son la retórica (en la fase de la evolución pre-científica del pensamiento histórico), una poética de la historiografía (por ejemplo, Gervinus) y una tipología de la formas de representación historiográfica o de las posibilidades históricas de la formación del sentido (Droysen, Nietzsche, H. White, Rüsen). Las teorías de esta índole abren de modo conceptual y argumentativo la perspectiva sobre el espacio de formación de la representación historiográfica del conocimiento histórico de modo que aborden la forma de referirse a un destinatario, su estructura comunicativa, su carácter de artificio, su riqueza formal, su relación con la experiencia histórica establecida por la investigación y todos los momentos que conciernen a la productividad lingüística del historiador.

(c) Finalmente, existe un trabajo de teorización categorial del conocimiento histórico que concierne a su aspecto funcional. La función cultural que desempeña la historia escrita no es exterior al trabajo del historiador, sino influye en ella de diferentes maneras (por ejemplo, como condición inconsciente de las expectativas de los destinatarios, pero también intenciones conscientes de índole pedagógica o política). A modo de intereses que guían el proceso de conocimiento, éstas condicionan el discurso específicamente disciplinario del historiador; y el carácter de dichas necesidades es decisivo para determinar qué valor debe tener como historia significativa y cargada de sentido. En este proceso, el criterio de sentido decisivo en la elaboración histórica de la memoria es la identidad histórica; ésta opera por medio de narraciones que representan la experiencia del pasado en relaciones categoriales plausibles entre el presente y el futuro, narraciones idóneas para la recepción y la comunicación. Mediante éstas, el ser humano generan una concepción acerca de sí mismo que concierne al papel de su vida en el proceso de las transformaciones de su mundo y de sí mismo. Estas concepciones de la extensión diacrónica de su subjetividad son partes de su identidad individual y social, y por medio de ellas determina quiénes son los otros con los cuales debe convivir.

Las explicaciones en forma teórica de este aspecto funcional-categorial del pensamiento histórico sobre todo acontecen cuando se trata de mantener las formas efectivas de la auto-comprensión por encima del cambio de las generaciones. De este modo, la identidad nacional, como factor de la integración dinámica en sociedades durante procesos de modernización, se vuelve una construcción duradera; asimismo, se justifica pedagógicamente y se refleja políticamente por medio de la enseñanza de la historia organizada por el Estado. En estos casos se explican y se justifican los aspectos de acuerdo con los cuales se forma intencionadamente la conciencia histórica en los procesos de la socialización y de la individuación para asegurar, a largo plazo, en el interior de sus sujetos la forma vivencial y cultural de una sociedad. Las teorías en cuestión se presentan como conceptos de educación histórica en diferentes modalidades (políticas, estéticas, didácticas).

(2) Las categorías históricas determinan ámbitos para los contenidos, las formas y las funciones potenciales del pensamiento histórico y los ordenan conceptualmente. El trabajo intelectual-cognitivo con experiencias, representaciones y procesos de formación históricos concretos se basa en ellas, no obstante, obedece a sus propias direccionalidades teóricas (más o menos tienen una “forma teórica” en sentido estricto). Estas direccionalidades ni abren la perspectiva ni organizan el ámbito completo de la historia potencial, sino que son ámbitos individuales de la historia efectiva en el presente. Ellas delimitan dichos ámbitos de otros; asimismo, caracterizan los transcursos temporales típicos en ellos y los determinantes decisivos para dichos procesos. Se trata de un marco de referencia explícito de la interpretación histórica; con éste, las evidencias que se encuentran en las fuentes, los (llamados) hechos del pasado, se conforman en una historia significativa cargada de sentido. Tienen el carácter de construcciones conceptuales que de manera cognitiva y explicativa, ayudan a hacer presentes las experiencias del pasado como transcursos temporales. Ellas son la pieza clave en el trabajo teórico del conocimiento histórico; pues por medio de ellas, se determina si y cómo puede y debe trabajarse en la interpretación de fuentes concretas y particulares a través de un conocimiento de relaciones temporales abstractas y generales. (Por ello, también las enfocamos en las siguientes reflexiones.) Junto con ellas, se prueban la potencia y la agudeza intelectuales de las categorías históricas, pues traducen las posibilidades categoriales de historias saturadas de experiencias, significativas, cargadas de sentido e idóneas para la comunicación y la recepción, en

formas mentales que conciernen a procesos temporales reales. Por medio de las fuentes, ellas focalizan la experiencia histórica concreta y traducen su contenido fáctico en contextos de acción temporales; pese a que no se encuentran como tales en las fuentes, éstas permiten que el contenido de las fuentes adquiera su calidad histórica su función en procesos específicamente históricos.

El historiador dispone del carácter individual, el estatus y la función del conocimiento de lo general, así interpreta el contenido específicamente histórico de los enunciados en las fuentes; dicho carácter es un aspecto polémico en las ciencias de la historia (y también en la filosofía). Con todo, es un hecho incontrovertible que existen elementos conceptuales para la interpretación histórica del contenido informativo y fáctico de las fuentes los cuales tienen una función determinante al evaluar el peso que adquiere la información en las fuentes, y al establecer la relación entre ellas en la configuración de una relación temporal histórica específica.[111]

(3) Entre el nivel fundamental de la teorización y el nivel de la configuración del marco referencial para la interpretación histórica de las fuentes, mediatizan construcciones mentales que ya no conciben relaciones abarcadoras de procesos temporales como posibilidades, sino con miras a experiencias reales. Se trata de periodizaciones generales que mediatizan entre los tiempos expuestos de forma teórica en el marco interpretativo y otros tiempos, de modo que se haga evidente la función que tiene el tiempo tipificado en el campo global de la experiencia histórica. A modo de periodizaciones, estas calificaciones temporales introducen las experiencias del presente y las expectativas para con el futuro dominantes (un "ya no" y un "aún no") en las concepciones categoriales del transcurso temporal, y así generan aspectos para la delimitación cualitativa de espacios temporales. La delimitación más conocida divide la Antigüedad, la Edad Media y la Época Moderna cuya estabilidad, muy cuestionable, se encuentra en una curiosa tensión con su eficacia para organizar las ciencias.

Las periodizaciones desempeñan un papel especial en el trabajo teórico de las ciencias de la historia cuando se conforman concepciones elaboradas a modo de teorías de transcursos temporales abarcadores, o procesos históricos globales con vínculos fuertes con el presente, de modo que se haga cualitativamente verosímil un nuevo futuro

---

[111] Cf.: *Jürgen Kocka: Theorien in der Geschichtswissenschaft, en Paul Leidinger (Ed.): Theoriedebatte und Geschichtsunterricht. Paderborn 1982, pp. 7.27.*

por medio de la experiencia del pasado. Esto es el caso sobre todo en el marxismo-leninismo. En éste, se elaboraron y discutieron las periodizaciones más diferenciadas en la forma de una teoría general de los desarrollos históricos (con la pretensión de disponer de un potencial pronóstico). Para la historia de la humanidad, distingue entre cinco grandes época (la sociedad primitiva, la sociedad esclavista, el feudalismo, el capitalismo, el socialismo), caracteriza cada época como formación de un tipo de sociedad determinado, y vincula las épocas individuales mediante la categoría de la ley del progreso para concebir un proceso histórico global que desemboca en una perspectiva futura clara como directiva para la acción. El problema de tales periodizaciones radica en que generalicen un transcurso temporal específico (el de la historia europea) como proceso histórico ejemplar y con ello prescriban de modo categórico una única interpretación del presente (es decir, de un punto de vista del presente) y una expectativa para el futuro. De esta forma, se discriminan otras experiencias, puntos de vista, interpretaciones y expectativas, y se aniquila su potencial para la abertura de experiencias temporales y para la determinación de direccionalidades de transcursos temporales. Por otro lado, la renuncia a periodizaciones terminológicamente claras lleva a desdibujar horizontes de la experiencia histórica y causa la pérdida del potencial del conocimiento histórico para la orientación de las prácticas vivenciales en el presente.

AVANCES EN LA TEORIZACIÓN

La medida y el tipo de la teorización son aspectos polémicos en las ciencias de la historia. En el trabajo actual de los historiadores, o incluso en la auto-comprensión incontrovertible de los especialistas, no puede divisarse en qué medida el pensamiento histórico sea idoneo para la teoría y que la investigación histórica sea dirigida por la teoría. Pese a ello, en el desarrollo de las ciencias de la historia pueden constatarse direcciones y avances en la teoría por medio de los cuales se hacen posibles una explicación de la situación actual y la precisión de las problemáticas prevalecientes.

Antes de que el pensamiento histórico y la historia escrita se estableciesen como ciencia, existía una teorización vinculada con la obra de los historiadores. La retórica

discutía las formas historiográficas bajo los aspectos dominantes de su estatus literario y de su función orientadora en las prácticas vivenciales. El desarrollo hacia la cientificidad del pensamiento histórico en el siglo XVIII tardío y a principios del siglo XIX no sólo deshabilitó esta teorización retórica, sino configuró nuevas posibilidades para el contenido del pensamiento histórico: la historia se volvió visible como un todo, como un objeto coherente del conocimiento histórico. Antes, sólo habían existido múltiples historias individuales que representaban diferentes transcursos temporales. La multiplicidad de las historias se enmarcó con una concepción religiosa o una idea de la naturaleza que garantizaban el sentido, las cuales, sin embargo, no eran enunciadas ni comprendidas como la historia.

La constitución categorial de un objeto de conocimiento como éste fue acompañada de una transformación cualitativa en los criterios de sentido decisivos para el pensamiento histórico. La elaboración de la experiencia del pasado ya no intentaba establecer reglas de comportamiento generales por medio de la plenitud de los ejemplos históricos y demostrar posibilidades de aplicación prácticas. Esta formación del sentido de los ejemplos se superó a favor de una formación del sentido genética. La experiencia temporal del pasado se abordó e interpretó con el criterio de una evolución histórica general de la humanidad; el pasado, el presente y el futuro tenían una cohesión en forma de un desarrollo dinámico cuya expresión más eficiente era la categoría histórica fundamental de progreso.

Este logro teórico en el cual la historia se volvió objeto de un esfuerzo cognitivo científico, pertenece a las condiciones de las ciencias de la historia y permaneció vigente en ella sólo en forma de supuestos implícitos. Si bien es verdad que existía un trabajo teórico en sentido estricto en la fase inicial del proceso de la formación de la cientificidad, cuando en la Ilustración tardía se discutió sobre el plan" de la historia escrita[112] y se pensó en la posibilidad de progresar mentalmente del agregado de diferentes historias hacia el sistema de una historia universal abarcadora.[113] No obstante, los conceptos con formas teóricas no se desarrollaron y ni se emplearon como instrumentos para la investigación, sino que se discutieron como formas de representación. Cabe añadir que esto tenía consecuencias (en este momento

---

[112] Cf.*: Gatterer: Vom historischen Plan (*op. cit.*).*

[113] Cf.*: August Ludwig Schlözer: Vorstellung seiner Universalhistorie. Göttingen 1772, Neudruck, (Ed.) Horst Walter Blanke. Hagen 1990.*

desconocidas) para la comprensión de lo que quería y debía representarse como historia. Una necesidad urgente de teoría para el trabajo con las fuentes no existía mientras que los historiadores contemplaban sobre todo la interacción humana en el transcurso temporal y se explicaban los transcursos en el nivel de las acciones a la luz de las intenciones que determinaban las acciones de los actores. Para la comprensión y la explicación de lo que acontecía, fue suficiente un conocimiento general sobre los vínculos entre las intenciones y la realización de las acciones.

En la época del historicismo se generó una teorización implícita importante que concernía a la relación interna de los procesos temporales en el pasado, relación que producía un transcurso temporal significativo y cargado de sentido. El historicismo partió de la premisa de que el transcurso temporal de las interacciones humanas era dirigido por las ideas, fuerza motriz de la formación de la cultura por medio de las acciones humanas. Asimismo, el transcurso temporal adquiría su carácter específicamente histórico a partir de esta regulación. Debido a que el efecto de estas ideas que constituyen la historia como contenido del conocimiento histórico, se ubicaba en el nivel de la dirección intencionada de las acciones, no se precisaba explicar en forma teórica esta premisa de la interpretación histórica; ésta podía contextualizarse en la comprensión de las acciones y de los transcursos de acción por medio de las intenciones que dirigían la acción. Además, se dificultaba una formulación teórica del concepto de la idea historicista porque las ciencias de la historia criticaban a la filosofía de la historia —que abordaba como historia precisamente las ideas como sustancia de los desarrollos en el tiempo— como una forma de pensamiento irreconciliable con la forma disciplinaria. Para garantizar un tratamiento investigativo con las fuentes, la teorización de la filosofía de la historia fue rechazada como mera construcción, a favor del análisis empírico de las fuentes (a la vez, paradójicamente fue una de las condiciones implícitas del tratamiento investigativo de las fuentes).

Este tipo de uso implícito de la teoría en la investigación histórica se volvió problemático en la medida en que las premisas regulativas de la filosofía de la historia en el historicismo perdieron su potencial de convencimiento como criterios de sentidos dominantes de la interpretación histórica. Además, al lado de las ciencias de la historia se establecieron ciencias (sociales) que reivindicaron un estatus de teoría para su producción de conocimiento, y era innegable la importancia de ése para el conocimiento histórico.

En la medida en que aumentaba la necesidad disciplinaria de un marco de referencia explícito para la interpretación histórica, se reformulaba el problema de la teoría en las ciencias de la historia. A largo plazo, este problema era innegable, porque el pensamiento tenía que elaborar un cambio profundo en las experiencias del tiempo: la transformación temporal se experimentaba como un cambio en las condiciones de vida, el cual ya no podía explicarse satisfactoriamente con las intenciones conscientes de los actores individuales. Las fuerzas motrices anónimas, más allá o debajo de dichas intenciones, dirigían la mirada histórica sobre sí misma y exigían nuevos conceptos interpretativos de las ciencias de la historia.

De este modo, surge un problema teórico respecto de la forma y del contenido: en cuanto a la forma, se trataba de desarrollar un marco de referencia teórico para la interpretación histórica como herramienta en la investigación histórica empírica. En cuanto al contenido, se trataba de hacer explicables, en este marco de referencia, aquellos factores del cambio temporal del ser humano y de su mundo que no podían entenderse satisfactoriamente a la luz de las intenciones que dirigen las acciones. Debido a que las ciencias de la historia cumplían (de modo diferente y hasta hoy poco definido) con ambas exigencias a largo plazo, lograron superar las limitaciones que el historicismo había establecido para el uso de la teoría en la disciplina.

En cuanto al aspecto formal, se desarrollaron diferentes estrategias para la introducción de elementos con forma teórica en el trabajo investigativo de la interpretación histórica. Las dos formas más conocidas del uso de la teoría en el tratamiento interpretativo de las fuentes son por un lado, los procedimientos tipificadores, desarrollados, reflejados metodológicamente y aplicados en forma práctica por Max Weber, Otto Hintze y otros; por el otro, el materialismo histórico que desarrolló una teoría de las leyes de la historia y así proporcionó instrumentos de investigación a las ciencias de la historia de orientación marxista-leninista.

En cuanto al contenido, el avance de la teoría que supera la concepción científica del historicismo en las ciencias de la historia, dirige la mirada sobre la estructura profunda de transcursos temporales en las cuales las condiciones de la acción estructurales se visibilizan como determinantes del cambio temporal del ser humano y de su mundo. Los factores económicos y sociales del mundo vivencial humano entonces se reconocían como ámbitos importantes del conocimiento histórico; en cambio, desde la perspectiva histórica sobre el pasado humano dirigida mediante la concepción

histórica idealista, sólo parecían fenómenos marginales del acontecer histórico o incluso parecían factores naturales a-históricos. Ya no eran los acontecimientos de corta duración y su cambio veloz que conformaban la transformación histórica, sino los cambios a largo plazo y procesuales en las estructuras.

POTENCIALES TEÓRICOS PARADIGMÁTICOS EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

En el actual estado de desarrollo de las ciencias de la historia no puede constatarse que exista un uso de las teorías canónicamente establecido para el tratamiento de las fuentes. Existen procedimientos divergentes del desarrollo y el empleo teóricos en la operación metodológica clave de la investigación histórica: la interpretación. Si se desarrollan y se emplean (y si la respuesta es afirmativa, ¿en qué forma?) las teorías como marco de referencia de la interpretación histórica, éstas dependen de las reglas de las diferentes concepciones de las ciencias de la historia. En lo siguiente, quisiera caracterizar algunas de estas estructuras disciplinarias de las ciencias de la historia con respecto a los procedimientos interpretativos basados en la teoría que operan en ellos.

(a) El marxismo. Con el término del progreso histórico, el marxismo comprende la concepción moderna de la dinámica de las transformaciones históricas de la superación del pasado por medio del futuro. Ubica el progreso en el ámbito de las relaciones vivenciales materiales. En él, se constituye el carácter específicamente histórico de las transformaciones temporales del ser humano y de su mundo. Frente a la tradición hermenéutica del historicismo, el marxismo emplea la crítica de la ideología: la fuerza motriz de la historia no puede determinarse por medio del indicador de las ideas, como impulsores de las acciones humanas, sino éste mismo es determinado por los factores exteriores: los procesos vitales materiales. Por tanto, el marxismo desarrolla una teoría de la historia en la forma del materialismo histórico; en ésta las relaciones de producción, las formas sociales y las herramientas tecnológicas —en y con las cuales se apropian la naturaleza con el fin de la perpetuación de la vida física— constituyen la dimensión propiamente histórica de las prácticas vivenciales de los seres humanos.

El materialismo histórico ofrece a las ciencias de la historia concepciones de una ley interna de esa vida estructurada de modo material. La ley histórica concierne a la dimensión sincrónica y diacrónica de la experiencia histórica. En cuanto a la sincronía, el teorema de la base y la superestructura formula un criterio para otorgar peso a diferentes factores de las prácticas vivenciales humanas (económicos, sociales, políticos, jurídicos, culturales) y relacionarlos mutuamente. La prioridad la tienen los factores socio-económicos que explican los fenómenos y los desarrollos en otros ámbitos de desarrollo humano. En cuanto a la diacronía, la experiencia histórica se explica y se ordena por medio de una teoría que ubica las razones decisivas para la transformación de las condiciones de vida humanas en el desarrollo procesual de las fuerzas productivas y de su relación contradictoria con las relaciones de producción.

El materialismo histórico describe los factores decisivos para las estructuras de la vida humana en su especificidad temporal como estructura básica de una época (la formación social); al mismo tiempo, muestra las contradicciones en la estructura básica, fuerza motriz de la transición de una época a otra. El conjunto de estas ideas conforma un sistema complejo de leyes en la formación y el cambio de las formas vivenciales humanas; por medio de estas leyes, se explican de modo teórico los hechos individuales que se presentan en las fuentes.

Hasta la actualidad, es controvertida la pretensión marxista-leninista de establecer leyes en la ciencia de la historia. No se respondieron las preguntas de qué es precisamente una ley histórica y cómo se distingue ésta de las leyes en otras ciencias (sobre todo en las ciencias naturales), o si las ciencias de la historia son capaces de producir un conocimiento que sirva para pronósticos, y en este sentido sea aplicable de modo técnico. Estas preguntas no han encontrado una respuesta por parte de materialismo histórico, de modo que su pretensión de fundamentar el conocimiento de las ciencias de la historia no pertenezca a la auto-comprensión disciplinaria.

(b) La escuela de los Annales. El grupo de historiadores que se formó en torno a le revista *Annales* (desde 1929) esgrime una concepción científica de las ciencias de la historia que se caracteriza por el enfoque metodológico de las estructuras profundas de la experiencia histórica y por la apertura de las ciencias de la historia hacia otras disciplinas humanísticas y las ciencias sociales.

Como disciplina especializada, la historia experimenta una apertura hacia las particularidades y los avances del conocimiento de otras disciplinas dedicadas al ser

humano y su mundo. Cabe mencionar que son sobre todo aquellas ciencias las que adquieren importancia que enfocan primordialmente las relaciones sistemáticas entre las condiciones vivenciales, y no los desarrollos históricos. Ejemplos típicos son la lingüística, (y su enfoque sistemático-diacrónico), la antropología, la etnografía, la geografía y desde luego, la economía, con su tendencia matemática que busca leyes y regularidades. Por medio del apoyo en los conjuntos de conocimiento de estas disciplinas las ciencias de la historia ensanchan considerablemente el horizonte del pensamiento histórico. En la forma de una *histoire totale* integrativa se representa la unidad de la naturaleza humana en el espacio amplio de la experiencia histórica. Ya no se llena este espacio enunciando acontecimientos que agitaron sus tiempos, pues ellos solamente representan la superficie de una dimensión de experiencia más importante de fuerzas profundas de la vida humana. El acontecimiento es sustituido por la estructura, por "un relación en conjunto, un engranaje; aun más: una realidad poco desgastada por el tiempo y movida durante mucho tiempo" (F. Braudel).

La mirada histórica se dirige hacia las regularidades, lo repetitivo dentro del cambio temporal, hacia las condiciones de larga duración que enmarcan la vida humana y —en contraste con los procesos de cambios en sociedades modernas— de menor capacidad transformadora. Con respecto al contenido, estas estructuras se conciben como clima social, forma social abarcadora, mentalidad profunda, ley económica de cambios coyunturales, condiciones climáticas que enmarcan la apropiación humana del espacio natural, tendencias del desarrollo poblacional, índices de alfabetización, ciclos de la producción agraria, cambios a largo plazo de las relaciones de propiedad complejas, concepciones de la sexualidad y de la muerte, formas de vida de la niñez, entre otros. De este modo, el tiempo histórico adquiere una nueva calidad. Ya no es "el impulso periódico y misterioso de acontecimientos, sino el ritmo de una evolución que se vuelve medible y comparable" (F. Furet). Mediante la metodología de la comparación, la cuantificación y la hermenéutica profunda que reconstruye formas de vidas mentales, la investigación histórica adquiere nuevos estándares de racionalidad metodológica y de interdisciplinaridad.

La escuela de los Annales comparte con el marxismo la profundización de la mirada histórica sobre las condiciones de vida estructurales debajo del nivel de las acciones intencionadas; sin embargo, de modo fundamental se distingue de él y de su teoría histórica de una ley del progreso, ya que no presta atención a la dinámica de los

procesos de modernización históricos. Como experiencia histórica, ella presenta contra-imágenes de la sociedad moderna: las estructuras profundas alternativas de sociedades pre-modernas. En este sentido, no pregunta por los procesos históricos que desembocan en las condiciones de vida en el presente.

Otra diferencia sustancial entre la escuela de los Annales y el marxismo radica en que aquélla no apoya los nuevos accesos metodológicos a la experiencia histórica en presupuestos explícitamente teóricos sobre la dimensión profunda de la experiencia histórica que se comprende; asimismo, renuncia a la formulación y el empleo de teorías explícitas en la preparación y la interpretación de las informaciones histórico-estructurales de las fuentes. Los horizontes decisivos sobre el pasado humano en la interpretación histórico-estructural permanecen implícitos; desaparecen en el material comprendido e interpretado y en la descripción histórica de las relaciones de vida.

(c) La historia social y las ciencias sociales históricas. A finales de los años sesenta y a principios de los setenta, la Alemania occidental experimentaba una crisis de las ciencias de la historia en la cual se señalaron críticamente los límites de la concepción científica historicista tradicional y se procuró establecer las ciencias de la historia más allá del historicismo. En este contexto, enfáticamente se abogó por trabajar con elementos de conocimiento con forma teórica como herramientas de la investigación para generar un nuevo potencial cognitivo en las ciencias de la historia. Para ello, se retomó y experimentó en la práctica los estímulos de Max Weber que se derivaron de la formación y del empleo de tipos ideales. Las denominaciones historia social o ciencias sociales históricas caracterizan estos horizontes sobre la experiencia histórica que operan en esta concepción teórica. Al igual que en la escuela de los Annales y en el marxismo, la historia ya no se ubica primordialmente en el nivel de las interacciones intencionadas, sino en el nivel inferior y estructural de las condiciones y presupuestos de las acciones. Las acciones y los actores aparecen en el contexto analítico de las condiciones de vida que los determinan de modo diferente a lo manifiesto en sus intenciones y en su auto-comprensión. La "sociedad" es el emblema de estos hechos con los cuales se construye la historia guiada por la teoría.

Esta concepción de la historia aproxima las ciencias de la historia y las ciencias sociales, incluso permite entenderlas como una ciencia social, específicamente enfocada en la dimensión histórica del proceso de formación de las sociedades humanas. A diferencia de la tradición del historicismo y de la práctica en la escuela de los Annales,

y con sus semejanzas formales con el marxismo, esta concepción de la historia se desarrolla de forma teórica y, como teoría, se emplea como instrumento de la investigación histórica empírica. La historia social trabaja con un marco de referencia explícitamente teórico de la investigación histórica, con "sistemas terminológicos y categoriales explícitos y consistentes que deben servir en la identificación, comprensión e interpretación de objetos históricos determinados y que no se producen a partir de las fuentes, no pueden deducirse a partir de las mismas.[114] A menudo, estos conceptos teóricos oscilan en el contexto de una teoría de la modernización general en cuanto a sus contenidos. Con esta concepción teórica, la historia social continúa las prácticas de las sub-disciplinas históricas en las cuales el tratamiento y el uso de teorías es natural dado el campo de investigación en el que se ubican, como la demografía histórica, la historia de la economía o las corrientes de la investigación histórica que se entrecruzan con las disciplinas de las ciencias sociales (por ejemplo, con las temáticas de la familia y la estratificación social en la sociología). Como modelo del trabajo cognitivo histórico, se generaliza dicho trabajo, que usualmente se apoya en el conocimiento teórico y sin lugar a dudas, puede producir un distanciamiento crítico de las teorías de las ciencias sociales y un adaptación de carácter específicamente histórico.

La medida en que este trabajo con construcciones conceptuales en el tratamiento de las fuentes acuña el estilo de las ciencias de la historia puede apreciarse muy claramente en la argumentación de aquella historiografía que se compromete con la concepción científica de la historia social. Dicha historiografía pone explícitamente en relieve los horizontes decisivos sobre los hechos tratados; es decir, no lo hace en forma de los transcursos temporales interpretados mediante éstos, sino para sí mismo como marco de referencia de la interpretación histórica. Así se fundamentan, y se vuelve evidente el proceso cognitivo que condiciona la representación histórica.

---

[114] *Jürgen Kocka: Einleitende Fragestellungen, en* idem *(Ed.): Theorien in der Praxis des Historikers (Geschichte und Gesellschaft, Sonderheft 3). Göttingen 1977, p. 2.*

CRÍTICA DE LA TEORÍA Y ENFOQUES NUEVOS

En contra de la concepción de la investigación histórica guiada por la teoría se han formulado observaciones muy críticas. En nuevas concepciones de la investigación —como la historia de la cotidianidad, la antropología histórica y algunas vertientes de la historia de las mujeres— se prueban nuevos enfoques de la experiencia histórica que corresponden a una experiencia e interpretación del presente caracterizadas por la crítica a la modernidad y una expectativa muy crítica hacia el futuro. Todavía no se ha establecido un nuevo paradigma científico que sea consistente en sí y homogéneo; no obstante, en el desarrollo reciente de las ciencias de la historia, existen tendencias que a modo de síntesis, permiten describir aspectos del trabajo cognitivo histórico que implican una nueva relación con el empleo de la teoría en la investigación.

Estas nuevas corrientes han enfrentado el reproche de que en su concepción teórica de la elaboración de la memoria desaparecieran los seres humano activos y pasivos; así como la crítica de que la subjetividad de los seres en cuestión no fuese percibida en el marco "frío" de construcciones teóricas; y, que en el enfoque teórico de la experiencia histórica (de modo desapercibido o intencionado) continuaran la actitud de dominación de la racionalidad modernizadora en la elaboración histórica de la memoria. Por último, se ha denunciado el potencial destructivo de esta racionalidad en la relación con la naturaleza y en las estructuras del poder en el presente; así se amonesta que tampoco pueda evadirse la crítica en el ámbito del pensamiento histórico, incluso esta racionalidad debería sustituirse por otras formas de pensar.

Como alternativa a las ideas de la modernización y de la idea del progreso que dominan la concepción del conocimiento de la historia social, se desarrolló un concepto de la historia que ya no atiende a un proceso de desarrollo que abarque globalmente el presente y el futuro. La idea de una direccionalidad objetiva del tiempo en las transformaciones múltiples y diferentes en el mundo ya no es una pregunta rectora. En su lugar se encuentra la perspectiva sobre procesos individuales y desarrollos particulares. Su significado histórico ya no consiste en indicar un nivel de desarrollo, sino en manifestar a modo de ejemplos las posibilidades del desarrollo humano y los peligros de las fallas en éste. Ya no se trata principalmente de desarrollos como transformación temporal, cuya direccionalidad pueda integrarse en la orientación de las

prácticas y guiar la percepción del futuro, sino se muestra los límites de concepciones de desarrollo unilineales por medio de un contexto relativista de las posibilidades diferentes de las formas de vida humana.

En lugar de la macro-historia que muestra una historia abarcadora que desemboca en el mundo moderno, surge la micro-historia que describe muchas historias pequeñas, y cada una es significativa en sí. Ya no se deducen potenciales de la racionalidad de las formas de vida humana de la experiencia histórica que de modo progresista, apuntan hacia el futuro, sino se desconfía de la posibilidad de conformar racionalmente las condiciones de vida humana. La perspectiva histórica ya no se dirige primordialmente a los sistemas abarcadores como la economía, la sociedad y la política, sino se dirige a los seres humanos concretos, a sus relaciones de vida en el horizonte de la experiencia subjetiva. La "cotidianidad" es un horizonte característico de ello, que no obstante, todavía no puede abordarse de manera conceptual. Mientras que la historia social se remite a las formas de interacción y relaciones de vida de los seres humanos en el pasado con una terminología sociológica como "clase" y "nivel social", otra vez se usa de modo crítico el concepto "pueblo" para referirse a la dimensión interior subjetiva de una unidad social completa.[115]

No es una coincidencia que estos nuevos horizontes de la experiencia histórica no se elaboren en la forma de construcciones teóricas explícitas. Pues ya no se trata —como puede formularse con apoyo en un término de la antropología cultural— de construcciones teóricas, sino de la descripción densa; ya no, de la terminología analítica, sino de la observación participativa. Con esta estrategia de investigación, las ciencias de la historia se aproximan a la etnología y la antropología cultural, y retoman formas de pensamiento hermenéuticas para la comprensión del pasado humano.

En estos debates sobre el carácter constructivista y descriptivo del conocimiento histórico, la historia de las mujeres ocupa un lugar poco claro. Por un lado, se sirve de las herramientas completas de la investigación histórica moderna para poner en relieve las condiciones de vida femenina como objeto histórico; para ello, critica a la construcciones teóricas que limitan o cierran la perspectiva sobre estas experiencias

[115] *Por ejemplo en Lutz Niethammer: Fragen - Antworten - Fragen. Methodische Erfahrungen und Erwägungen zur Oral History, en* idem et al. *(Eds.): "Wir kriegen jetzt andere Zeiten". Auf der Suche nach der Erfahrung des Volkes in nachfaschistischen Ländern. (Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet 1930-1969, Bd.3). Berlin 1985, pp. 392-445.*

históricas y las modifica para alcanzar nuevos horizontes sobre la experiencia histórica, los cuales permiten hacer visible la "otra mitad de la humanidad". Por el otro lado, incluso en el ámbito de la elaboración histórica de la memoria, continúa una crítica radicalmente feminista de la racionalidad metodológica básica de la ciencia, que la considera un dispositivo de dominación masculina muy eficiente: únicamente en nuevos discursos que obedecen a una lógica diferente a la de las construcciones teóricas racionales, según el feminismo radical, históricamente puede desplegarse y perfilarse la fuerza cognitiva de la autoexperiencia femenina.

La crítica decisiva a la racionalidad metodológica teórica en las ciencias de la historia confluye con corrientes de la teoría de la historia en el ámbito de pensamiento posmoderno, que pone en tela de juicio precisamente aquellas concepciones que fundamentan las ciencias de la historia como disciplina especializada: la concepción de historia definible como ámbito de experiencia con un procedimiento cognitivo particular que establece una calidad temporal y la cientificidad del pensamiento histórico. La "historia" se critica como producto de una formación de sentido narrativa acerca de la experiencia del tiempo cuyos aspectos decisivos son de índole poética o retórica, es decir, se trata de aspectos que precisamente no requieren una racionalidad metodológica. Los esfuerzos teóricos que se llevaron a cabo desde el fin del siglo XVIII para configurar la cientificidad del pensamiento histórico y para establecer las ciencias de la historia como una disciplina con el fin de racionalizar la elaboración histórica de la memoria, se relativizan en el marco de esta reflexión de la teoría de la historia y se denuncian como apariencia engañosa de cientificidad de los actos de habla poéticos del historiador.

Las ciencias de la historia únicamente pueden enfrentar este reto continuando la labor de fundamentación (meta-)teórica de sus principios que inició junto con la generación de su cientificidad. Pese a los reparos mencionados acerca del desarrollo y el empleo de la teoría en la investigación histórica, eso significa que no se renuncia sin más a los estándares metodológicos de la formación teórica constructiva, sino que éstos deberían revisarse con respecto a la posibilidad de hacerlos vigentes donde, mediante nuevos cuestionamientos, se comprenden nuevos ámbitos de experiencia para el conocimiento histórico. Sin lugar a dudas, eso es posible, ya que no pueden descartarse mutuamente la concepción científica de la historia social o de las ciencias sociales históricas y las alternativas que se desarrollaron en contra de ellas, sino que se

relativizan de modo complementario desde una perspectiva distanciada y meta-teórica; incluso pueden relacionarse productivamente, y mediarse entre ellos.

Una descripción densa sin teoría sería una concepción metodológica de la investigación histórica que carecería de posibilidades cognitivas importantes, ya que existen teorías acerca de estos horizontes de experiencia y formaciones de sentido colectivas que pretende perfilar la descripción densa en las fuentes, por ejemplo la sociología de estructuras de sentido en el mundo vivencial. Max Weber que garantiza la formación de teorías en el concepto científico de las ciencias sociales históricas, también puede reivindicarse por los detractores, pues en sus trabajos sobre la sociología de la religión destacó el significado fundamental del factor de la cultura en la interpretación histórica del cambio estructural de las formas vivenciales humanas.

Los aspectos de la experiencia y del sentido que se emplean en contra del principio de la aplicación constructiva de la teoría, con las cuales se pretende hacer vigente la subjetividad del actor afectado de la transformación histórica investigada, son idóneos para la teoría. En ello radica la posibilidad de hacer vigente dicha subjetividad de manera argumentativa, más allá de una representación emotiva que pretende provocar compasión emocional con el afectado.

Una mera negación de concepciones temporales abarcadoras y macro-históricas todavía no es una estrategia de investigación convincente. Si bien logra indicar los límites de las perspectivas hasta ahora elaboradas mediante la teorización constructiva, ella misma aún no produce aspectos bajo los cuales pueden interpretarse transcursos del tiempo históricos y abordarse relaciones temporales abarcadoras en los cuales se encuentran fenómenos históricos establecidos por medio de la micro-historia, y sin atender a dichos aspectos tales fenómenos no logran interpretarse históricamente.

También la crítica feminista al dominio de la mirada masculina sobre la experiencia histórica no tiene que desembocar forzosamente en la eliminación de construcciones teóricas en la interpretación histórica. Si la argumentación a favor de un nuevo discurso en las ciencias de la historia no debe correr peligro de confirmar el estereotipo de la irracionalidad específicamente femenina, de acuerdo con la radicalidad de la crítica feminista, deben elaborarse nuevas categoría de la experiencia histórica que puedan emplearse para la fundamentación de un nuevo marco de referencia de la investigación histórica. La crítica a la inscripción de la mirada masculina en las construcciones teóricas de la investigación histórica no tiene que llevar forzosamente a

la idea de que la mirada femenina deba pensarse y hacerse vigente exclusivamente como a-teórica. Al contrario en la medida en que las construcciones teóricas se critican en términos del desarrollo de la teoría, y en el empleo investigativo de construcciones teóricas nuevas muestran la fertilidad empírica de la complementación postulada de la perspectiva, en esta medida el compromiso feminista puede contribuir a la potencia argumentativa, más allá de su unanimidad comunitaria, y puede generar nuevas oportunidades para una orientación discursiva de las relaciones de género (y ello implica tendencialmente siempre la idoneidad para un consenso). Las investigaciones correspondientes acerca de la explicación de "género" como categoría histórica y las reestructuraciones correspondientes ya se están llevando a cabo.

Las ciencias de la historia únicamente pueden enfrentar de modo satisfactorio los retos posmodernos con sus críticas radicales a la racionalidad y al aspecto científico del pensamiento histórico, si admiten una reflexión básica acerca de los criterios de sentido y actos de habla decisivos en el conocimiento histórico. Junto con la comprobación de la idoneidad teórica de los criterios de sentido y el potencial metodológico de los actos de habla históricos se decide sobre la pretensión de cientificidad de las ciencias de la historia. Enfrentándose a esta pregunta, se alinea conscientemente en la tradición de la teoría de la historia que reflejó y fundó justamente esta pretensión de cientificidad junto con el nacimiento de la historia como ciencia. La crítica posmoderna a la comprensión científica de las ciencias de la historia indica deficiencias graves en la auto-comprensión de las ciencias de la historia. Estas deficiencias en la teorización reflexiva se deben a las tendencias en el desarrollo de la ciencia que pueden describirse como el aumento del uso de tecnología en la investigación, la creciente carencia de una didáctica en la historia escrita y el incremento en la irracionalidad de los criterios de sentido históricos. En suma, se trata de una limitación de la perspectiva profesional sobre las bases de las ciencias de la historia. Para subsanar estas deficiencias deben reconquistarse, por medio del trabajo reflexivo de las ciencias de la historia acerca de sus bases, los potenciales teóricos en la investigación, la relación constitutiva con el receptor en la historia escrita y la idoneidad discursiva de los criterios de sentido fundamentales en el conocimiento histórico.

Sobre la práctica y la metodología del trabajo teórico

Con el fin de describir los enfoques, tareas y funciones del trabajo de investigación sobre y con teorías en las ciencias de la historia en el contexto actual de las prácticas de investigación, y de la utilidad y las desventajas del empleo de teorías, pueden distinguirse tres ámbitos problemáticos: (a) la relación entre las ciencias de la historia y el conocimiento teórico de otras ciencias, (b) los criterios de sentido categoriales del conocimiento histórico y (c) el trabajo de investigación con el marco de referencia explícito de la interpretación.

(a) El conocimiento teórico de otras ciencias desempeña un papel importante en las ciencias de la historia en todos los niveles de la investigación histórica. No presenta ningún problema en el momento en el cual se establecen los hechos del pasado en el marco de la crítica de las fuentes. Para sacar la información de las fuentes, las ciencias de la historia se sirven de un amplio arsenal de procedimientos científicos que se apoya sobre el conocimiento teórico de otras ciencias. Por ejemplo, la investigación de la prehistoria se auxilia con conocimiento de la física con un alto contenido teórico para poder documentar la edad de objetos excavados por medio del método C-14. Los problemas de índole específicamente teórica surgen sólo en aquel momento en el cual se pretende emplear el conocimiento teórico de ciencias no propiamente históricas para averiguar y explicar de manera convincente y empírica relaciones específicamente históricas basadas en hechos establecidos por medio de la revisión crítica de las fuentes. Si las ciencias de la historia no quieren limitarse a un estatus de ciencias auxiliares, a una proveedora de hechos para otras ciencias (que pretenden fundamentar estos contextos de modo teórico), entonces ella mismas tiene que explicar los criterios decisivos para la interpretación histórica de los hechos establecidos por medio del trabajo crítico con las fuentes. Tienen que desarrollar una concepción acerca de lo que debe considerarse una relación histórica de hechos temporales sobre el ser humano y su mundo. Las teorías históricas son formas de dichas concepciones explícitas; en ellas, puede integrarse el conocimiento teórico de otras ciencias que tratan el ser humano y su mundo; no obstante, las ciencias de la historia deciden sobre los conocimientos que se emplean para fines históricos y en qué forma éstos se emplea (junto con otro conocimiento).

La aplicación del conocimiento de otras ciencias en las ciencias de la historia es un hecho incontrovertible. Para este empleo práctico, es decisivo lo que se considera el interés específicamente disciplinario de las ciencias de la historia al tratar el pasado humano. Para ello, es estratégico formular categorías históricas que a menudo, en el tratamiento investigativo de los conjuntos de conocimiento teóricos de otras ciencias, no son objetos de una reflexión propia que puedan servir como criterios de la integración de este conocimiento en el parámetro de las ciencias de la historia. Cuando se pone en tela de juicio la relación entre las ciencias de la historia y otras disciplinas vecinas, no puede evadirse dicha formulación explícita de criterios categoriales. Un eclecticismo en el uso práctico del conocimiento teórico no sustituye la explicación y la justificación de los respectivos aspectos decisivos.

(b) Pero ¿cómo pueden explicarse las categorías históricas de manera práctica? Una modalidad frecuente en las ciencias de la historia es la de la historia de los conceptos. Es sabido que los conceptos básicos de la historia mismos tengan una dimensión histórica, una dinámica temporal interna; las ciencias de la historia hacen vigente de modo crítico esta idea sobreentendida frente a las formas de conocimiento cuyo nivel de generalización se debe al enfoque a-histórico de factores del mundo vivencial humano. Desde luego, la semántica histórica se alimenta de la determinación categorial de lo que es específicamente histórico, es decir, de la dinámica temporal interna de los conceptos básicos que expresan por medio de lenguaje, las condiciones de vida humanas y su transformación en el tiempo. Una reflexión sistemática de estas premisas no pertenece a la rutina de la auto-comprensión disciplinaria de historiadores profesionales. Únicamente el marxismo-leninismo explica sistemáticamente tales premisas; sin embargo, el tipo de explicación y el problema del dogma relacionado con él, la limitación de la perspectiva histórica a causa de preceptos políticos y la instrumentalización del conocimiento histórico, no es idónea para una reflexión sistemática de conceptos básicos categoriales del conocimiento histórico en términos no marxistas.

Finalmente, una reflexión de esta índole solamente es posible por medio de la conjunción de la filosofía y las ciencias de la historia. En tiempos recientes, se ha analizado la estructura narrativa del conocimiento histórico y los actos de habla narrativos de la conciencia histórica; asimismo, se han desarrollado aspectos que permiten enunciados más precisos acerca de la especificidad histórica de un

conocimiento sobre el hombre y su mundo que la dicotomía tradicional entre comprender e interpretar o un procedimiento cognitivo entre métodos generalizadores o individualizadores. Parece prometedor reformular y abarcar el viejo tema del sentido de la historia como pregunta por la coherencia narrativa del conocimiento histórico.

La coherencia narrativa del conocimiento histórico consiste en la medida de la verosimilitud con la cual se narran historias como transformaciones significativas y cargadas de sentido del ser humano en el transcurso del tiempo. En cuanto ciencia, las ciencias de la historia se obligan a cumplir con ciertos estándares de esta verosimilitud; esto lo logran a través de la investigación. La investigación justifica específicamente la pretensión de validez de los enunciados históricos sobre el pasado humano, que siempre contiene enunciados sobre el conjunto de sentido y significación entre el pasado y el presente y el futuro. Las teoría históricas entonces no son sino construcciones mentales que sirven para hacer verosímil el conjunto temporal de hechos referidos en una historia, que no consiste en la facticidad de los hechos enunciados, ni en su mera secuencia cronológica, sino que rebasa lo que la crítica de las fuentes transmite de la documentación empírica del pasado de manera intersubjetivamente comprobable.

Considerado de modo lógico, se trata respectivamente de normas o elementos de normas de una historia con las cuales se integran los hechos, establecidos por medio de la investigación crítica de las fuentes, en un contexto significativo y cargado de sentido (que abarca tendencialmente el presente y el futuro). Las teorías históricas establecen normas o elementos de normas para historias que se esbozan para sí mismas para que de modo argumentativo, puedan justificarse con ellos (y eso quiere decir: comprobar intersubjetivamente) las operaciones de establecer y representar la construcción de sentido de una historia a partir de la información de las fuentes. Max Weber describió el tipo ideal como elemento conceptual de dicha construcción narrativa (sin embargo, se sirvió de la terminología y de la estrategia de argumentación neo-kantiana que no aclaró el carácter específicamente histórico de los tipos ideales con lo cual se distingue de la terminología generalizadora de otras ciencias).

Un caso semejante son las concepciones marxistas de leyes históricas. El carácter específicamente histórico, con el cual podría distinguirse estas leyes de las de otras ciencias (en particular de las ciencias exactas), no se ha explicado satisfactoriamente en la teoría de la historia marxista de modo que no puedan descartarse las fallas en el potencial de pronosticar y el valor de uso técnico del conocimiento histórico.

(c) Para el desarrollo y el uso de las teorías históricas como marco de referencia de la interpretación pueden desarrollarse una serie de criterios que aproximan las prácticas de la investigación y el aspecto sumamente abstracto para que la verosimilitud de las historias pueda aumentarse por medio de una explicación teórica de las construcciones teóricas decisivas para ella.

(1) Los aspectos que en el proceso de la investigación sirven para distinguir entre elementos importantes e insignificantes en las fuentes, tienen un carácter teórico frente a estos elementos. En el fondo, se remiten a principios categoriales que determinan qué es lo decisivo, cuando un proceso temporal en el pasado humano debe tener valor histórico y como tal se elabora mediante una investigación.

(2) La investigación histórica es inducida por medio de preguntas. Las preguntas resultan más productivas entre más tengan forma de un tejido de hipótesis relacionado con las fuentes, entre más constructiva sea su formulación. En este sentido, las preguntas productivas integran elementos constructivos respecto de las prácticas de la investigación. Éstos sirven para aumentar mucho el grado de los hechos que se establecen de las fuentes de modo analíticamente diferenciado, lo cual sería imposible sin pregunta guiada por la teoría, únicamente revisando las fuentes. Eso tiene vigencia sobre todo al establecer los hechos que no están en las fuentes como tales, sino los que se establecen agregando la información de diferentes fuentes por medio de un procedimiento complicado. Estos hechos están "cargados de teoría" y se conforman sólo en el momento de la aplicación de construcciones mentales teóricas en la información de las fuentes.

(3) Con la ayuda de construcciones teóricas pueden describirse de modo más preciso los fenómenos históricos concretos que mediante el uso de un lenguaje no especializado o el lenguaje presente en las fuentes. Las formaciones concretas del dominio_político pueden transparentarse con la ayuda de una tipología de la legitimización del poder con respecto de los componentes efectivos de los procedimientos legitimizadores y de su relación sistemática; asimismo, un texto historiográfico puede comprenderse con la ayuda de una tipología de la formación del sentido histórico en cuanto a los modelos complejos de interpretación históricos que son decisivos para él.

(4) Las periodizaciones resultan imposibles sin una caracterización general (con forma de teoría) de periodos con sus diferencias e interrelaciones. Como hemos

mencionado, los criterios decisivos para las diferencias temporales en las periodizaciones son una mediación entre el nivel fundamental de las categorías históricas y el nivel de los marcos históricos para la interpretación histórica establecidos en la práctica de la investigación.

(5) Cualquier explicación histórica contiene momentos teóricos, y la explicación se vuelve más clara y comprobable, entre más evidente sean los teoremas explicativos respectivos. No obstante, no cualquier respuesta explicativa acerca de una pregunta en el marco del tratamiento histórico es específicamente histórica, ya que existen diferentes formas explicativas que en su totalidad se emplean en las ciencias de la historia (incluso el conocimiento teórico que se emplea específicamente en cada forma). Una explicación es específicamente histórica, cuando se responde a la pregunta "por qué" con un contexto argumentativo narrativo, es decir, con una historia. En ello, la forma teórica empleada es la construcción narrativa, que describe el carácter general de un proceso, de modo que sus acontecimientos temporales particulares pueden insertarse explicativamente en contextos abarcadores. Los historiadores conocen estos contextos como tendencias, desarrollos procesuales o incluso leyes históricas. La idea de una ley explicativa se presta a confusiones porque omite la distinción fundamental entre la explicación nomológica y la histórica. Las ciencias de la historia, a diferencia de las ciencias nomológicas, no formulan explicaciones con el fin de deducir el resultado de un desarrollo histórico a partir de un punto inicial y una ley de desarrollo. Las teorías históricas explican transformaciones por medio de la descripción de los factores y los acontecimientos claves en su transcurso; ni deducen cambios (algo fue diferente en un momento anterior que en un momento posterior) ni su proceso (algo aconteció o sucedió) de una ley general. En este sentido, tampoco existen los pronósticos históricos, y no por la complejidad del conjunto de los hechos, sino por la lógica (narrativa) de la explicación histórica.

(6) Cualquier comparación histórica necesita una medida que se relacione con los objetos comparados como un elemento general con uno particular, estos es, tiene un estatus teórico frente a éste. Cada tipología histórica se ofrece como una base histórica para comparaciones históricas. Estas comparaciones son históricamente específicas en la medida que no apuntan hacia la determinación de rasgos comunes, sino a la averiguación de un conocimiento superior, científico en sentido estricto cuya forma teórica surge de la purificación de la multiplicidad empírica (en la misma manera en que

el conocimiento teórico es más valioso en tanto más general en las ciencias nomológicas). La comparación histórica trata de que junto con la determinación de los rasgos comunes, se especifican precisamente las diferencias (la tradición histórica lo llamaba individualidad). Generalizaciones y particularidad son las dos caras de la misma operación cognitiva en la comparación histórica. (De este modo, pueden establecerse las diferencias regionales y temporales en la identidad nacional con una teoría del nacionalismo, si ésta ha sido elaborada para fines específicamente históricos. A causa de la generalidad abstracta, una teoría del nacionalismo que sólo destacara los rasgos comunes en cada nacionalismo, sería de valor inferior para la práctica de la investigación en las ciencias de la historia. En cambio, una teoría que formula de manera precisa las diferenciaciones tipológicas de identidades nacionales sincrónicas y diacrónicas, y las relaciona con los factores sociales y políticos del desarrollo histórico durante la época en cuestión, es de un alto valor heurístico, explicativo y cooperativo).

(7) También el contrario de la comparación, una diferenciación interior de fenómenos históricos en componentes sincrónicos y diacrónicos, puede construirse con conocimiento teórico. Divide los componentes individuales de un objeto histórico analíticamente y hace visible sus relaciones complejas.

(8) Con el conocimiento teórico que a causa de su generalidad relativa cubre un amplio ámbito de fenómenos empíricos, puede determinarse cuáles de estos ámbitos carecen de conocimiento empírico. Únicamente por medio de una perspectiva de conjunto, se vislumbran lagunas de conocimiento y sólo una concepción teórica del proceso histórico respectivo determina la envergadura de la confirmación empírica necesaria e indica carencias de conocimiento.

(9) Finalmente, sin las generalizaciones teóricas y las síntesis del conocimiento histórico, no puede indicarse para qué sirve éste, si el historiador lo usa de manera práctica para fines de orientación en el contexto vivencial; sobre todo, si se trata de apropiárselo en el aprendizaje con el fin de la formación de una identidad histórica. Si la pregunta por la relevancia no debe permanecer totalmente ajeno al conocimiento histórico, este conocimiento debe generar respuestas en su propia estructura teórica.

PERSPECTIVAS

Las teorías históricas no son un fin de la investigación en sí mismo, de modo que no se agote su comprobación empírica únicamente mediante su conformación y su existencia. Más bien sirven para producir un conocimiento histórico en el cual se integran como factores estructuradores. Sin embargo, difieren del carácter de una construcción teórica del mismo modo que la historia representa algo más que el simple guión el que sigue. ¿En qué medida la teorización en la investigación sobre el conocimiento histórico ha aumentado la coherencia narrativa del conocimiento establecido en la investigación? Ésa únicamente se manifiesta en la manera en que este conocimiento es representado historiográficamente. Si lleva las huellas de la construcción argumentativa (de modo que la historia narrada sólo pueda entenderse e interpretarse, si el destinatario moviliza su competencia de la argumentación discursiva), es decir, si la historia escrita aumenta la competencia de interpretación de su receptor por medio de un incremento en la experiencia histórica y en las posibilidades de su interpretación, entonces la teorización en las ciencias de la historia es uno de los núcleos de la labor de formación de sentido histórico.

Para la historia como ciencia, una pregunta clave es si y en qué medida su racionalidad metodológica alcanza la estructura interna de la formación del sentido narrativo, la operación clave de la conciencia histórica, lugar donde la experiencia del tiempo se elabora de modo interpretativo en la configuración de una historia. Para las ciencias de la historia, la teorización no es una operación cognitiva que pueda practicarse o no. Si no opera como un factor de la coherencia narrativa en el trabajo cognitivo histórico, separa el trabajo de la formación del sentido de la conciencia histórica y la racionalidad metodológica de la investigación histórica; se vuelve poesía de configuraciones temporales para la cual la investigación contribuye únicamente con hechos sin poder determinarse en y por medio de éstos cuál sea su calidad específicamente histórica. Se volvería prostituta de la razón que se dedica a la belleza de fundaciones de sentido míticos. El rigor disciplinario de la racionalidad metodológica se transformaría en un mero estratagema, en un truco artificial de la persuasión retórica de formaciones de sentido historiográficas. La verdad del conocimiento se reduciría a la belleza de la forma, y el efecto práctico del conocimiento histórico ya no obedecería al

criterio de justificación racional, sino a la fuerza sugestiva de medios desenfrenados de la inmediatez estética.

En oposición a esta irracionalización posmoderna de la elaboración de la memoria en la conciencia histórica, las ciencias de la historia deben insistir en el medio la argumentación discursiva y con este medio a través de la formación del sentido contribuir mediante la teorización a la formación de identidad histórica y a la orientación histórica en las prácticas vivenciales humanas.

3. La narración histórica

Debido a que la historia no es sino una narración de sucesos acontecidos en el orden cómo éstos tuvieron lugar, se hace presente existiendo así. Como consecuencia no hay nada esencial en ella sino la verdadera ciencia de la narración; no obstante, nada resulta más difícil.

Anonymus[116]

Contemos historias, todo lo demás puede esperar, todo lo demás debe esperar. Contemos historias, esa es nuestra obligación primordial. …Historias que acerquen al hombre al abismo y lo llevan más allá, y otras que lo exalten hacia el cielo y el infinito. Historias de desesperación, historias de añoranza… Contemos historias. Ya que a los niños les encanta escucharlas. Pero hay una que jamás se contará. Y pronto ni siquiera sabremos ni siquiera su nombre, ni su secreto.

Elie Wiesel[117]

La narratividad

En todas sus formas y condiciones, el pensamiento histórico está determinado por un procedimiento mental específico mediante el cual los seres se interpretan a sí mismo y su mundo: la narración de una historia. Narrar es una praxis cultural antropológica universal de la exégesis del tiempo, y la totalidad del pasado hecho presente (una actividad mental que nombramos historia) se caracteriza categóricamente como narración. Básicamente, la historia, como pasado hecho presente, posee la forma de un relato, y el pensamiento histórico sigue la lógica de la narración.

---

[116] *Anonymus: Entwurf, wie eine Geschichte nach gründlichen Reglen zu schreiben. 1773 (cit. en Horst Walter Blande y Dirk Fleischer (Eds.): Theoretiker der deutschen Aufklärungshistorie. 2 vols. (Fundamenta Historica, vol. 1). Stuttgart-Bad Cannstatt, 1990, vol. 1, p. 143.*
[117] *Eli Wiesel: Art and Culture after the Holocaust, en Eva Fleischner (Ed.): Auschwitz: Beginning of a new era? Reflections on the Holocaust. The Cathedral Church of St. John, the Devine (New York) 1977, pp. 403-415, p. cit. 415.*

En la teoría de la historia y en la didáctica de la historia, esta tesis se manifiesta como paradigma narrativo que ha experimentado una mezcla particular de aceptación y rechazo. La aceptación se registra en el nivel de la reflexión sobre los principios del pensamiento histórico, en el nivel de la teoría de la historia o el nivel meta-histórico. No conozco ningún intento de controvertir radicalmente el carácter narrativo del pensamiento histórico en los debates teóricos actuales. Si bien es verdad que existen trabajos teóricos que no se centran en el aspecto narrativo, éstos tampoco niegan el carácter fundamental y constitutivo de la narración.

Ahora bien, la perspectiva cambia, cuando se abandona el meta-nivel de la historia y se consideran los debates característicos del trabajo de los historiadores y sus disputas sobre las estrategias de la investigación historiográfica. En este momento, se desconfía de la interpretación narrativa, lo que a menudo culmina en el rechazo, aunque pocas veces se da explícitamente. Eso se debe sobre todo al hecho de que narrar tradicionalmente tiene una connotación negativa. En este sentido, narrar equivale a un tipo de investigación histórica, de historia escrita y de concepciones clave del pensamiento histórico que se considera obsoleto y superado por los avances del conocimiento y las mejoras tanto en la metodología como en las formas de representación historiográficas. Narrar evoca asociaciones de una historia de los acontecimientos que carece de teoría y es analíticamente débil, así cualquier enfoque para considerar la historia en términos teóricos y analíticos se entienda como empresa cognitiva, con pretensiones de trascender el ámbito de la mera narración.[118]

En el ámbito de la didáctica de la historia observamos el mismo panorama, aunque cabe mencionar que también existen enfoques narrativos en el nivel conceptual (por ejemplo, Hans-Jürgen Pandel).[119] Desde el punto de vista concreto de la enseñanza, entendida como presentación viva del pasado por medio de la exposición del profesor, se critica fundamentalmente la narración como estrategia didáctica. Según los críticos,

---

[118] *Una posición característica es la de Jürgen Kocka: Zurück zur Erzählung? Plädoyer für historische Argumentation, en* idem*: Geschichte und Aufklärung. Aufsätze. Göttingen 1989, pp. 8-20.*

[119] Cf.*: Jörn Rüsen: Historisches Lernen. Grundlagen und Paradigmen. Köln 1994; Hans-Jürgen Pandel: Historik und Didaktik. Das Problem historiographisch erzeugten Wissens in der deutschen Geschichtswissenschaft von der Spätaufklärung zum Frühhistorismus (1765-1830). (Fundamenta Historica, vol. 2). Stuttgart-Bad Cannstatt 1990;* idem*: Geschichtsbewusstsein, en: GWU 44 (1993), pp. 725-729.*

ésta limita de modo irresponsable las oportunidades del alumnado, ya que obstaculiza la adquisición de una competencia autónoma en relación con la experiencia del mundo humano pasado, en particular en relación con el aprendizaje interpretativo de la historia viva.

El paradigma narrativo se encuentra literalmente suspendido: en las ciencias de la historia le falta el arraigo de una crítica productiva que se inserte en los debates generados en el nivel de los objetivos de la investigación. Aquí escasean los argumentos histórico-teóricos y metodológicos; éstos se discuten y se desarrollan para esclarecer prácticas y estratégicas de la investigación y para evaluar representaciones historiográficas, y así operan sólo como complementos auxiliares.[120] Salvo algunas excepciones, la modalidad narrativa tampoco pertenece a la rutina argumentativa en la didáctica de la historia, que abarca los procesos de aprendizaje concretos, y menos aun se despliega en su significado fundamental como metodología de enseñanza. El objetivo de las siguientes reflexiones es entender la historia y la didáctica de la narrativa, de modo que adquieran relevancia para la práctica. Explicaré el paradigma narrativo para que se aprecie su utilidad en el momento de entablar de manera transparente, entendible y racional las divergencias y controversias del trabajo histórico en la investigación, la docencia universitaria, la enseñanza escolar y la representación pública.

Cabe mencionar otro aspecto por el cual el paradigma narrativo requiere una nueva discusión; me refiero al debate sobre la modernidad y la posmodernidad, el cual gira fundamentalmente en torno de la pretensión racional del pensamiento histórico. En la teoría de la historia, inicialmente se debatía la narración como la modalidad específicamente histórica de la explicación, como un logro racional; después del giro de la teoría de la historia hacia una crítica posmoderna de la racionalidad, el principio de la narración se transformó en una argumentación indiferente a la racionalidad, en una historia que resultaba de la interpretación de elementos estético-poéticos o retóricos.

Debido a que discutiremos un paradigma, la argumentación permanecerá en el nivel de la reflexión de la teoría de la historia. Esto es necesario para evitar una simplificación, que a menudo se observa cuando se enfrentan entre sí posiciones, intenciones y estrategias distintas en el contexto de la práctica de la investigación, las

---

[120] Cf.*: por ejemplo Winfried Schulze (Ed.): Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie. Eine Diskussion. Göttingen 1994.*

presentaciones historiográficas y las estrategias didácticas. Resulta imposible separar claramente el nivel reflexivo de la teoría de la historia de la praxis profesional cotidiana (sólo se logra de modo artificial y analítico). Del mismo modo que no puede concebirse un nivel de reflexión sin considerar lo que se refleja en ella, resulta inconcebible la práctica laboral no reflejada en las ciencias de la historia y en la didáctica de la historia, menos aun, desde que la investigación histórica y la historiografía se volvieron auto-reflexivas en cuanto a la docencia y el aprendizaje de la historia.

¿Cuáles son las implicaciones?[121] Respecto de las ciencias de la historia, se trata de la especificad del pensamiento histórico, de su estatus en el tejido de las humanidades y de sus funciones culturales. ¿Puede identificarse y describirse una racionalidad específica de la historia como ciencia especializada? Esta pregunta adquiere agudeza particular, si se considera la crítica fundamental a la racionalidad y la cientificidad del pensamiento en el contexto posmoderno. En este sentido, se emplea el carácter literario de la historia, entendida como construcción mental, en contra de la pretensión científica del conocimiento histórico; es decir, se emplea la índole estética de la historia en contra de la racionalidad metodológica del conocimiento. (Por cierto, este enfrentamiento no es nuevo; ya se encuentra en el debate entre Droysen y la teoría de la historia de Gervinus, donde se oponen una teoría científica de la historia y una poética de la historia escrita.)[122]

En este sentido, la pregunta clave es ¿qué significa pensar de modo histórico? Una respuesta debe atender a las diferencias entre las ciencias de la historia como disciplina especializada, la didáctica de la historia y otras formas de pensar, ciencias y disciplinas. Dicha diferenciación del pensamiento histórico mediante distintos tipos de racionalidad pertenece a las operaciones tradicionales de la teoría de la historia. Cabe mencionar las diferenciaciones conocidas entre la explicación y la interpretación (Droysen,[123]

---

[121] *Una argumentación inspiradora para las siguientes reflexiones la encontré en la obra de Wolfgang Welsch: Vernunft. Die zeitgenössische Vernunftkritik und das Konzept der transversalen Vernunft. Frankfurt a. M. 1996.*
[122] *Johann Gustav Droysen: Historik, historisch-kritische Ausgabe, Peter Leyh (Ed.), vol. 1. Stuttgart-Bad Cannstatt 1977, pp. 44, 468; Georg Gottfried Gervinus: Grundzüge der Historik (1837), en* idem*: Schriften zur Literatur, Gotthard Erler (Ed.). Berlin 1962, pp. 49-103.*
[123] *Por ejemplo, Johann Gustav Droysen: Historik. Historisch-kritische Ausgabe, Peter Leyh (Ed.), vol. 1. Stuttgart-Bad Cannstatt, 1977, p. 29.*

Dilthey[124]) o entre lo particular (lo individual) y lo general (Rickert[125]). En este contexto argumentativo el tema de la narratividad apareció en el ámbito de la teoría de la historia. La narración, como forma explicativa, se opuso a la pretensión universalista de otro modelo explicativo derivado del modelo heurístico de las ciencias exactas; se reivindicó diferenciando y caracterizando la narración como especificidad de la explicación histórica.

Respecto a la didáctica de la historia se trata de las condiciones del mundo vivencial y las consecuencias del pensamiento histórico que corresponden con este tipo de racionalidad de lo histórico. La narratividad aparece como argumento, si se hace referencia a las competencias relativas del aprendizaje histórico y se quiere describirlas y explicarlas en su especificidad. Debido a que el aprendizaje histórico organizado se considera una necesidad social indispensable y tienen que producirse las competencias correspondientes en relación estrecha con la historia como disciplina especializada; y deben discutirse las preguntas sobre los requerimientos, las formas y los objetivos de la enseñanza. Pese a toda la hipertrofia de las antiguas discusiones sobre los objetivos del aprendizaje, la didáctica de la historia no puede guardar silencio sobre estas cuestiones (de otro modo, se aboliría a sí misma). Hasta la actualidad, los objetivos del aprendizaje formulados de formas distintas en el currículum escolar y en los debates didácticos a menudo transgreden los límites disciplinarios y rara vez están vinculados de manera coherente con la disciplinaridad del conocimiento que cobra importancia en la enseñanza y el aprendizaje. Un indicador revelador es la formulación de la educación histórico-política y el estudio histórico-político; los guiones marcan un abismo de preguntas no respondidas.

Se trata pues de la racionalidad en la especificidad de lo histórico. Para abordar este tema, es necesario preguntar qué significa racionalidad. ¿Qué es una forma racional de la relación interpretativa del hombre consigo mismo y con su mundo, y cómo se diferencia ésta de otras formas? Wolfgang Welsch, siguiendo a Jürgen Habermas, dio la

---

[124] *Sobre todo, en Wilhelm Dilthey: Ideen über eine beschreibende und zergliedernde Psychologie, en:* idem*: Die geistige Welt. Einleitung in die Philosophie des Lebens (Gesammelte Schriften, vol. 5). Stuttgart 1957;* idem*: Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften, (Gesammelte Schriften, vol. 7). Stuttgart 1958.*

[125] *Heinrich Rickert: Inidividualisierende Methode und historische Wertbeziehung, en: Hans Michael Baumgartner, Jörn Rüsen (Eds.): Seminar: Geschichte und Theorie. Umrisse einer Historik. 2a ed. Frankfurt am Main 1982, pp. 253-273.*

siguiente respuesta: podemos hablar de una racionalidad, si "los enunciados son criticables y fundados a la luz de las pretensiones de validez que ésos contienen".[126] La pregunta de la teoría de la historia es entonces: ¿Cómo se critican y fundamentan enunciados históricos específicos, y cuáles son las pretensiones de validez contenidas en ellos?

Las posibilidades de la crítica, la fundamentación y las pretensiones de validez se presentan de diversos modos en diferentes formas de pensar y de argumentar. Las diferencias entre ellos se caracterizan de acuerdo con su tipo de racionalidad. Los tipos de racionalidad son tipos de argumentación y se definen como "unidades procesuales de la fundamentación argumentativa".[127] La diferenciación es tan antigua como la misma racionalidad occidental. Por ejemplo, las reflexiones acerca de la especificidad de la racionalidad histórica en Droysen recurren a la clasificación de la Grecia clásica acerca de la lógica, la ética y la física. Su tipología distingue lo particular de los diversos objetos de estudio entre el método especulativo de la teología y de la filosofía, el método histórico en las "humanidades"[128] y el método matemático-físico en las ciencias exactas.[129] A estos métodos caracterizan las formas argumentativas del conocer, interpretar y explicar.[130] Una y otra vez encontramos diferenciaciones parecidas; por ejemplo cuando se trata del carácter particular y del estatus de una ciencia, como en el caso de la controversia metodológica de las economías nacionales.[131] Esta controversia dio origen a las reflexiones de Max Weber acerca de la lógica de los estudios culturales; o a la disputa-Lamprecht[132] a finales del siglo XIX, conocida por su peso en la formulación de la autocomprensión disciplinaria de las ciencias de la historia hasta en el

---

[126] *Welsch: Vernunft (*op. cit.*), p. 116.*
[127] *Jürgen Habermas: Theorie des kommunikativen Handelns, vol. 1, Handlungsrationalität und gesellschaftliche Rationalisierung. Frankfurt am Main 1981, p. 486, cit. en Welsch, Vernunft,* op. cit. *p. 456.*
[128] *Droysen utiliza este término por primera vez en una introducción al segundo volumen de la "Geschichte des Hellenismus" de 1843, de la cual existen pocos ejemplares (Historik. Vorlesungen über Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte (Ed.) Rudolf Hübner. 4 ed., Darmstadt 1960, p. 378.*
[129] *Droysen: Historik, (*op. cit.*), p. 399, p. 31ss.*
[130] *Según una versión posterior de las Grundrisse der Historik (*op. cit.*) p. 424.*
[131] *Por ejemplo Carl Menger distinguió tres grupos de ciencias: una histórica, una teórica y una práctica; la teórica la dividió en una "corriente empírico-realista" cuya meta cognitiva son los tipos reales, y una "corriente exacta" con la meta cognitiva de leyes rigurosas (Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften und der politischen Ökonomie insbesondere. 1883).*
[132] *Cf. Cap. 4.*

presente. De los debates actuales se menciona la diferenciación de Habermas entre los tipos racionales: cognitivos, práctico-morales y expresivos. En ellos los criterios de validez para establecer la verdad difieren (verdad, corrección y veracidad), así como se encuentran en diferentes actos de habla (constativos, regulativos y expresivos).[133] Albrecht Wellmer agrega aun el tipo de la racionalidad técnica.[134] Menciono como otro tipo, el terapéutico; sobre todo, porque el alcance de conocimiento de las humanidades y ante todo, de los estudios culturales dedicados a las creaciones del sentido de la conciencia humana, se reivindican para explicar y subsanar crisis de sentido sociales.

Las diferenciaciones mencionadas son necesarias para trazar un territorio propio de las ciencias y la didáctica de la historia en el cual éstas analizan racionalmente la relación entre el ser humano y el mundo, y así pueden diferenciarse como ciencias de las artes. Al mismo tiempo tales abstracciones tipológicas son necesarias para mostrar también la existencia de formas mixtas en este nivel de principios. De este modo, no deben separarse la racionalidad cognitiva de lo político y de lo estético en el caso del pensamiento histórico. Desde luego, los argumentos desarrollados en el nivel de la discusión de los principios fundamentales todavía no son útiles para estimular los debates concretos dentro del campo que limitan. Me refiero a los debates acerca de las fronteras y las relaciones entre diferentes ciencias; por ejemplo, actualmente se discute[135] acerca de la relación entre las ciencias de la historia y la antropología cultural; asimismo, la didáctica de la historia todavía lucha por su estatus científico.

En este sentido, debe transgredirse el nivel de la argumentación en el cual se desarrollan los tipos de racionalidad para analizar sus diferencias y su contexto con el fin de alcanzar un mayor nivel de concreción. La racionalidad tipológicamente caracterizada debe concretizarse, hacerse negociable, en el sentido de su ubicación concreta en la práctica de la argumentación disciplinaria.

---

[133] *Habermas: Theorie (*op. cit.*), p. 28ss.*

[134] *Según Welsch: Vernunft (*op. cit.*), p. 455s.* Cf.*: también Karl-Otto Apel: Rationalitätskriterien und Rationalitätstypen. Versuche einer transzendentalpragmatischen Rekonstruktion des Unterschiedes zwischen Verstand und Vernunft, en Axel Wüstenhube (Ed.): Pragmatische Rationalitätstheorien. Studies in Pragmatism, Idealism, and Philosophy of Mind. Würzburg 1995, pp. 29-63.*

[135] Cf.*: Jörn Rüsen: Vom Nutzen und Nachteil der Ethnologie für die Historie. Überlegungen im Anschluss an Klaus E. Müller, en Sylvia Schomburg-Scherff* et al. *(Eds.): Die offenen Grenzen der Ethnologie. Schlaglichter auf ein sich wandelndes Fach. Festschrift Klaus E. Müller. Frankfurt am Main 2000, pp. 291-309.*

En este nivel se trata de contextos de comunicación concretos; y aquí, los tipos de racionalidad operan como paradigmas. Los paradigmas pueden definirse como formas configuradas de un tipo de racionalidad. Configurado hace alusión a una modalidad establecida del pensamiento en el discurso de sus sujetos; y existen distintas modalidades de establecerse. La más común se encuentra en la especialización en diferentes niveles, por ejemplo, en el nivel de las ciencias de la historia y de la didáctica de la historia como disciplinas académicas; o en el nivel de estilos y escuelas de pensamiento así como corrientes conformadas por grupos de especialistas concretos que debaten acerca de la realización más apropiada de la disciplina académica. Los paradigmas se presentan diferenciándose y cambiándose; a menudo encontramos varios paradigmas al mismo tiempo cuya relación entre sí debe esclarecerse. Los intentos realizados por Thomas S. Kuhn (como también los míos) de identificar y describir una matriz disciplinaria de las ciencias de la historia o un paradigma en el cambio histórico no pudieron dar cuenta de esa pluralidad y esas interrelaciones.

Para comprender lo que significa un paradigma como el narrativo para las ciencias de la historia y la didáctica de la historia, se deben diferenciar y relacionar tres niveles temáticos vinculados con la pregunta por la especificidad de lo histórico; el nivel de los principios de la racionalidad en sí; el nivel de los tipos de racionalidad en el cual se discuten las bases del conocimiento y del pensamiento así como la especificidad del trabajo científico-práctico; por último, el nivel de los paradigmas que determinan la lógica de la investigación en las disciplinas y sub-disciplinas científicas, y así determinan el proceso de la producción de conocimiento.

Al tematizar el paradigma narrativo en este contexto argumentativo, ése resulta más complejo, abierto, relacionable, se abre al futuro y se aproxima al trabajo de los especialistas. Para lograr esto, resaltaré intencionadamente los factores no-narrativos en la configuración histórica del sentido y analizaré su estatus y su función. De este modo quiero representar de manera más diferenciada y concreta la comprensión del carácter narrativo del pensamiento histórico en las ciencias de la historia y en la didáctica de la historia como hasta ahora ha sido posible en la teoría y en la práctica del pensamiento histórico en la ciencia, en la enseñanza y en la representación pública.

RACIONALIDAD

No resulta obvio otorgar a la narración un tipo de racionalidad. Por el contrario: una de las causas más importantes por las que la disciplina especializada de la historia desconfía del paradigma narrativo de la teoría de la historia reside en que la racionalidad (que ha aumentado respeto de sus métodos) de la investigación histórica se considera irreconciliable con el principio de la narración. Es más: se considera la narración como traición potencial de dicha racionalidad, o por lo menos como su expulsión del centro de la observación histórico-teórica. Originalmente esto fue distinto. Como ya se ha mencionado, la narratividad entró en el debate histórico-teórico para dar cuenta de las características del pensamiento histórico en lo que toca a los estándares racionales de la explicación científica.[136] El modelo de una explicación racional que se desarrolló a partir de un modelo teórico-matemático de las ciencias naturales y se relacionó con los modelos de Hempel y Popper de una explicación racional se presentó con validez general y con este rigor se aplicó también a la ciencia histórica.[137] Esta constatación de una racionalidad global y científica fue recibida de modo ambiguo entre los funcionarios de las ciencias de la historia; ya que la orientación de la argumentación con leyes generales adquirió un papel decisivo para este modo explicativo y su racionalidad. Es precisamente eso que no podía comprobarse como operación heurística clave del pensamiento histórico. La especificidad de lo histórico se volvió deficiente. Sin embargo, cuando la narración misma fue reconstruida como modo explicativo —y el nombre de Arthur C. Danto[138] es emblema de esa operación— la deficiencia se transformó en una característica positiva. Con ello se dio origen al tipo narrativo de racionalidad.

---

[136] Cf.: *Un libro colectivo reciente: Jerzy Topolski (Ed.): Narration and Explanation. Contributions to the methodology of the historical research. (Poznan Studies in the Philosophy of the Sciences and the Humanities). Amsterdam 1990.*

[137] *El texto clásico es de C. G. Hempel: The function of general laws in history, en: Journal of Philosophy 39 (1942), pp. 35-48; acerca de la discusión de distintos tipos de racionalidad explicativa* cf.: *Jörn Rüsen: Rekonstruktion der Vergangenheit. Grundzüge einer Historik II: Die Prinzipien der historischen Forschung. Göttingen 1986, pp. 22ss.*

[138] *Arthur C. Danto: Analytische Philosophie der Geschichte, Frankfurt am Main 1974.*

El hecho de que la narración fuera un tipo de explicación provista con un modo argumentativo racional propio fue eclipsado en los análisis de la narración posteriores.[139] En ese momento, se consideró la narración como una práctica cultural fundamental y universal en la configuración del sentido por medio del lenguaje.

Sus posibilidades racionales no eran de interés particular, porque la racionalidad (dado el peso de su forma no-narrativa en las ciencias exactas y en la tecnología) no se consideraba como heurísticamente productiva en cuanto acceso a los procedimientos mentales y a la lógica de la narración. Se perdió de vista la racionalidad de la narración a favor de la práctica lingüística de la narración como procedimiento de la configuración del sentido histórico y a favor de las regularidades internas de esta práctica. En el fondo, eso no resulta grave porque, junto con este giro y su categoría pertinente del sentido y de la formación del sentido, se discutió el origen del tipo de racionalidad que es decisivo para el pensamiento histórico. El sentido es más fundamental que la racionalidad; y de este modo puede describirse la racionalidad del pensamiento histórico como un modo de configurar el sentido, precisamente a través de su integración en la forma comunicativa del pensamiento argumentativo. Para lograrlo, debe analizarse la narración como operación mental de la formación del sentido y demostrar su significado constitutivo para el pensamiento histórico.

Narrar no significa siempre y fundamentalmente que sea histórico en el sentido amplio de la palabra. Histórico quiere decir que en relación con la experiencia, se interpreta el pasado por medio de la simbolización especifica de una "historia" y que esta interpretación adquiere una función orientadora en la cultura del presente. Debido a que no toda narración se relacione con la experiencia del pasado y sirva para su representación en el presente, debe especificarse la narración histórica en el contexto de características globales, comunes a la narración histórica y a la no histórica. Ambas son un modo específico de la formación del sentido sobre la experiencia del tiempo.[140] La narración transforma el tiempo; transforma una secuencia de acontecimientos (muchas veces sucesos o hechos de índole estructural) otorgándoles una cohesión interna a estos mismos acontecimientos. Esta cohesión tiene la característica que la especificidad (contingencia) de los acontecimientos no desaparece, sino aparece como cambio

---

[139] Cf.*: Los ejemplos en Jörn Rüsen: Zeit und Sinn. Strategien historischen Denkens. Frankfurt am Main 1990, pp. 135ss.*

[140] *Para mayores detalles,* cf.*: Rüsen: Zeit und Sinn (*op. cit.*), pp. 11ss.*

entendible en el tiempo. La comprensión mental de las transformaciones temporales le otorga significado para la comprensión y la interpretación de los procesos de cambio en el tiempo, en los que los sujetos de la narración viven; en otras palabras: en los que acontece el proceso mismo de la narración.

La especificidad de la narración histórica consiste en que los acontecimientos relacionados de modo narrativo se consideran hechos que sucedieron en el pasado. Adicionalmente, se concibe su relación interna como una concepción del transcurso temporal vinculado con la experiencia que adquiere importancia para el autoentendimiento y la orientación de la acción de los sujetos-narradores. Por medio de ella, se vuelven inteligibles los procesos temporales del presente en la práctica vivencial del narrador. Para la narración histórica, es decisivo que la formación del sentido se vincule con la experiencia del tiempo y que el pasado se haga presente en el marco de la orientación cultural de la práctica vivencial del presente. A través de hacerse presente, el pasado adquiere el estatus de historia. Para retomar una formulación conocida de Johann Gustav Droysen, puede decirse que la narración histórica transforma los acontecimientos del pasado en historia para el presente.[141] (Esta transformación corresponde en su carácter a la palabra griega *poiesis*).

Para apreciar los alcances de la narración, debe caracterizarse más detalladamente la categoría del sentido. La formación del sentido se genera en cuatro niveles: (a) la percepción de la contingencia y de la diferencia temporal; (b) la interpretación de la percepción por medio del entrelazamiento narrativo; (c) la orientación de la práctica vivencial actual mediante los patrones de interpretación del cambio temporal influidos por la experiencia del pasado; y finalmente (d) la motivación de las acciones que son consecuencias de esta orientación. El sentido integra percepción, interpretación, orientación y motivación de modo que tanto el mundo, como la relación del hombre consigo mismo, pueden ser comprendidos mentalmente en su direccionalidad temporal y puestos en práctica de forma intencional. El sentido histórico en su relación con el mundo, significa una concepción del transcurso temporal del mundo humano que se apoya en la experiencia, y orienta y motiva la acción. Incluso en la relación del hombre

---

[141] *Droysen: Historik (*op. cit.*), pp. 69ss.*

consigo mismo, se interpreta el tiempo por medio de una noción procesual de modo que se logre un mínimo de coherencia del sí mismo: la identidad histórica.[142]

Es necesario concretar estas explicaciones abstractas. Para ello escogí dos ejemplos más allá de la práctica académica de la investigación historiográfica del pasado. Ambos ejemplos proceden de Sudáfrica. El primero es el intento de un Zulú para defender la cultura de su pueblo contra el dominio de Occidente (los blancos) mediante el retorno y la revitalización de la narración de historias que, según él, pueden decirles a los Zulú quiénes son. Publicó sus historias a causa de la opresión de la experiencia del *Apartheid* y con la intención de "decir al mundo la verdad acerca del pueblo bantú y de salvar a múltiples compatriotas de las privaciones que padecíamos".[143] Me interesa enfocar no tanto el contenido de la narración sino su forma para mostrar el acto de habla comunicativo de la narración histórica. Este caso ejemplifica a la vez algo arcaico y algo típico. Presenta una escena original de la narración histórica. Muestra cómo a través de las generaciones, se formulan y se conservan de forma duradera, por medio de la particularidad y la auto-percepción positiva, las experiencias y las interpretaciones para el mantenimiento y la estabilización de la identidad y de la pertinencia.

> Bajo el brillo de las estrellas sonrientes está sentado el anciano, con un manto de piel sobre las espaldas encorvadas. Con ojos rojizos clava la vista en el medio círculo de rostros ansiosos y curiosos delante de él; rostros que sólo han dado unos cuantos pasos en la oscura e insegura vereda, llamada vida; aún no conocen el sufrimiento, el azote amargo de de la vida; jóvenes rostros exentos de arrugas causadas por la aflicción, por la enfermedad y por el enojo, los rostros frescos y apacibles de los niños.
>
> En medio, el fuego danza como una pequeña virgen con su sencilla alegría por la vida. Consume los leños secos con que la muchachita constantemente lo alimenta, y no deja nada más que ceniza candescente. Se burla del cielo tranquilo con una columna de humo rojiza que asciende hacia su semblante coronado y le envía hacia arriba sus propias estrellitas efímeras.
>
> Repentinamente el anciano siente una gran carga sobre su espalda, una responsabilidad apremiante para con los jóvenes que llenos de esperanza, se sientan en torno a él. Sus espaldas viejas y débiles caen de repente, solloza; suspira; un sonido ronco y desgarrador limpia su garganta, pasa saliva y sopla en el fuego, como su padre y su abuelo lo hicieran; y el anciano comienza a relatar la antiquísima historia que debe

---

[142] *Jürgen Straub ofrece un excelente balance del debate en torno a la identidad: Identitätstheorie im Übergang? Über Identitätsforschung, den Begriff der Identität und die zunehmende Beachtung des Nicht-Identischen in subjekttheoretischen Diskursen, en: Sozialwissenschaftliche Literatur Rundschau 23 (1991), pp. 49-71.*

[143] *Vusumazulu Credo Mutwa: Indaba, My Children. London 1985, p. XIII.*

repetirse con exactitud, como la escuchó hace mucho tiempo, sin modificar nada, sin eliminar o agregar una sola palabra. ¡*Indaba*, mis hijos![144]

El segundo ejemplo proviene de un manual de trabajo social de los *townships* de Johannesburgo que apareció en 1981.[145] Contiene la historieta "Vusi retorna" (figura 4) que tiene la finalidad histórica de aleccionar a las masas negras marginadas sobre las causas de su destino y a la vez, abrirles una perspectiva futura que se relaciona con su propia actividad política. Tampoco en este caso enfocaré el contenido que esencialmente representa una interpretación de la historia izquierdista y "blanca", sino me interesa la forma. La historieta comienza con un resumen de la historia completa de Sudáfrica en seis cuadros que representan una secuencia. En primer lugar, este resumen representa la "escena original" de la formación de sentido histórico que comentamos también en el ejemplo anterior: un mayor cuenta a un joven una historia con el fin de explicarle su situación actual. Al mismo tiempo, la imagen representa la "forma original" de una historia en la que el pasado se hace presente como historia. Este ejemplo ilustra la estructura de sentido básica de una historia en cuanto a su organización temporal del contenido, como entrelazamiento narrativo de sucesos, situaciones y acontecimientos temporalmente diferenciados. Como en el ejemplo anterior, se vuelven visibles la referencia constitutiva al presente y la función práctica que caracterizan la operación narrativa de hacer presente el pasado en una historia.

---

[144] *Vusamuazulu Credo Mutwa: Indaba. Ein Medizinmann der Bantu erzählt die Geschichte seines Volkes. München 1983, p. 9.*
[145] *Dick Cloete y Andy Mason: Vusi goes back. A comic book about the history of South Africa. (Prezanian Comix, E.D.A.); primera edición en People's Workbook, published by the Environmental and Developmet Agency (E.D.A.). Trust 1981, fig. p. 2. (Reprint 1999).*



Figura IV: “Vusi goes back”. En la historieta de Dick Cloete y Andy Mason sobre la historia de Sudáfrica (1981)[146]

De manera típica e ideal, el globo representa una historia con un comienzo, una parte media y un final. Este último es el presente de la situación narrativa. El comienzo se localiza ahí donde las relaciones de vida humanas muestran una calidad cuya

---

[146] *[Vusi regresa a visitar a su familia en el Transkei, y se da cuenta de que su pueblo sufre. Su abuelo lo lleva hacia atrás en en el tiempo, a los días de sus antepasados, y descubre el porqué…] (texto que aparece arriba de la imagen)*

ausencia, en el presente, requieren una explicación. La parte media representa cómo transcurren los sucesos desde el principio hasta el presente, de modo que surja un futuro plausible, en el que las relaciones de vida presentes puedan modificarse y en cierta medida, retorne el inicio.

A pesar de toda la variabilidad potencial de la narración en la cual se representa el pasado con el fin de orientar el presente, me parece que ambos ejemplos muestran características esenciales y constitutivas de la narración histórica. Ellos son arcaicos en el sentido de la palabra griega "origen"; al mismo tiempo, se refiere a algo muy antiguo, algo que perdura en el tiempo con validez en todos los tiempos. Estoy convencido de que este carácter arcaico de la narración histórica puede observarse directamente en el presente.[147] En este sentido, me imagino que dichos ejemplos pueden usarse en la enseñanza de la historia para mostrarles a los niños y adolescentes de qué trata el pensamiento histórico.

Desde luego, rara vez puede encontrarse un tipo puro de este modo narrativo. Más bien, la cotidianidad se caracteriza por los elementos fragmentados de historias, por alusiones históricas, fragmentos de recuerdos y "abreviaciones narrativas".[148] Sin embargo, pese a las diferencias fundamentales, puede explicarse y ejemplificarse el objetivo de estos fenómenos individuales con miras al tipo puro de la situación narrativa. Alguien cuenta una historia en la cual el pasado se hace presente de modo que el presente se vuelva inteligible y se hace posible el esbozo y la esperanza de un futuro. [149]

De este modo, la formación del sentido histórico no sólo acontece en la forma de la práctica cultural (la narración elaborada que se distingue de la rutina cotidiana), como en los casos de una celebración conmemorativa, un discurso con motivo de un aniversario y un curso universitario, o en los casos de la producción y recepción de

---

[147] *Como ejemplos remito a los análisis de Mike Sidensticker: Werbung und Geschichte. Ästhetik und Rhetorik des Historischen, (Beiträge zur Geschichtskultur, vol. 10). Köln 1995.*

[148] *Jörn Rüsen: Historische Orientierung. Köln 1994, p. 11. Análisis detallados de estos aspectos se encuentran en Heidrun Friese: Bilder der Geschichte, en: Klaus E. Müller, Jörn Rüsen (Eds.): Historische Sinnbildung. Problemstellungen, Zeitkonzepte, Wahrnehmungshorizonte, Darstellungsstrategien. Reinbeck 1997.*

[149] *Aludo a las palabras conocidas de Karl-Ernst Jeismann con las que caracterizó los alcances de la conciencia histórica.* Cf.*:* idem*: Geschichte als Horizont der Gegenwart. Über den Zusammenhang von Vergangenheitsdeutung, Gegenwartsverständnis und Zukunftsperspektve. Paderborn 1985.*

textos historiográficos, así como exposiciones y representaciones lúdicas de la historia. También se aprecia preponderantemente en las diversas manifestaciones de la vida humana en todas sus facetas. En el inconsciente, ella puede acontecer en la forma de procesos que determinan la vida; es decir, como represión, desplazamiento y reinterpretación de recuerdos y experiencias traumáticas e interpretaciones forzadas. En otros ámbitos, ella atraviesa la comunicación cotidiana en la forma de fragmentos de recuerdos, alusiones a historias y símbolos cuyo sentido se despliega únicamente de modo narrativo.

Si queremos subsumir esta variedad compleja de distintos presentes del pasado bajo el concepto de formación de sentido histórico, debemos comprobar que cada fenómeno individual cumpla con las condiciones básicas para calificar la narración de una historia como específicamente histórica. Para ello, el análisis de la situación de comunicación arquetípica de la narración histórica es de gran ayuda. Por medio del arquetipo puede determinarse con más precisión de qué modo se consideran históricos determinados símbolos, imágenes, palabras individuales, alusiones, etc. Siempre son históricos, si el sentido, adquirido en la situación comunicativa de la práctica vivencial humana, únicamente se despliega de modo pleno en forma de una historia en la cual se interpreta el pasado y por medio de esta interpretación, se comprende el presente y se espera el futuro.

Exactamente eso expresa el término narrativa. El carácter histórico de un enunciado, de una simbolización, de una representación, en breve: una articulación o una manifestación de sentido son históricas, si el sentido intencionado se relaciona con un contexto narrable entre pasado y presente (y tendencialmente también, entre ellos y el futuro) y es interpretado de modo que pueda entenderse el presente y esperar el futuro. El sentido histórico se relaciona con tres condiciones: de modo formal, con la estructura de una historia; respecto del contenido, con la experiencia del pasado; y funcionalmente, con la orientación de las prácticas vivenciales por medio de la concepciones del transcurso temporal. Una teoría de la narración histórica esboza el marco referencial para análisis empíricos, pragmáticos y normativos del tratamiento de la historia al abordar específicamente las condiciones, las modalidades, la gama sincrónica y diacrónica y las funciones de la formación del sentido histórico.

¿Qué significa esto para la didáctica de la historia?[150] Si se entiende la didáctica de la historia como ciencia del aprendizaje de la historia, este aprendizaje es un modo específico de la formación del sentido histórico, es decir, un modo que fomenta esta capacidad de formación del sentido. Sin teoría de la narración histórica, como teoría de la formación del sentido histórico, no puede aclararse exactamente en qué consiste el aprendizaje específicamente histórico. Una respuesta satisfaría la necesidad teórica de la didáctica de la historia. Sin embargo, más allá de este ámbito, parece cuestionable su utilidad. ¿En el fondo, cuales son los alcances del análisis y de la organización de los procesos concretos de aprendizaje en la escuela y en la enseñanza en el contexto amplio de las representaciones públicas de la historia? A menudo, se hace esta pregunta de modo someramente retórico; así que la respuesta puede ser únicamente: nada. En cambio, si preguntamos con intenciones serias, podemos dar una respuesta seria, sencilla y no tan obvia. Sólo con la ayuda de una construcción teórica como la mencionada se responde en cada caso la pregunta de cuál debe ser el enfoque particular, si la historia es el objetivo del aprendizaje y de la enseñanza.

Y exactamente el contenido de este enfoque resulta poco entendible. Tomo como ejemplo la frase educación histórico-política usada con frecuencia en la literatura didáctica, las normas curriculares y la discusión pública. Resulta evidente que la educación histórica es política, pero ¿lo es en cualquier contexto? ¿La educación histórica no tiene otras dimensiones? ¿Primordial y básicamente es política, o le interesan también factores meta-políticos? Por lo contrario, sabemos que no toda educación política es al mismo tiempo histórica. Pero ¿cuándo lo es, y cuándo no? Una planeación objetiva de los procesos de aprendizaje históricos de acuerdo con los

---

[150] *Más detalles en: Jörn Rüsen: Historisches Lernen. Grundlagen und Paradigmen. Köln 1994. Un análisis crítico desde la perspectiva de una persona inmersa en la práctica se encuentra en Uwe Walter: Zwischen Selbstreflektion und Sinnproduktion: Geschichswissenschaft, Geschichtstheorie und Geschichtsdidaktik in Bielefelder Sicht, en: Geschichte, Politik und ihre Didaktik 23 (1995), p. 195-200. Una polémica poco productiva que ni siquiera toma en consideración las publicaciones de la didáctica de la historia al respecto (y así es un documento de la decadencia de la cultura de la discusión en la didáctica de la historia) proviene de Rainer Walz: Geschichtsbewußtsein und Fachdidaktik. Eine Kritik der didaktischen Konzeption von Jörn Rüsen und Hans-Jürgen Pandel, en: GWU 46 (1995), pp. 306-321. La réplica y contraréplica: Hans-Jürgen Pandel y Jörn Rüsen: Bewegung in der Geschichtsdidaktik? Zu dem Versuch von Rainer Walz, durch Polemik eine Bahn zu brechen,* idem. *p. 322-329; Rainer Walz: Eine Fortführung der Debatte mit Jörn Rüsen und Hans-Jürgen Pandel, en:* idem *47 (1996), pp. 89-92. Hans-Jürgen Pandel, Jörn Rüsen: Erneute Entgegnung auf Rainer Walz, en* idem, *pp. 93-95.*

requerimientos de la educación política necesita un criterio de discernimiento. Éste lo ofrece la teoría de la narración. Su característica fundamental y su relevancia analítica no pueden sustituirse por otra teoría.

Resulta objetivo y justo que la didáctica de la historia defina la conciencia histórica como su objeto. Pero, ¿qué es la conciencia histórica? La teoría de la formación del sentido histórico como teoría de la narración histórica ofrece un concepto para responder esta pregunta. La conciencia histórica es la suma de las operaciones mentales por medio de las cuales se construye el sentido histórico. Estas operaciones pueden concebirse y analizarse como narraciones históricas; así como, mostrarse e investigarse empíricamente en prácticas culturales.

Un análisis histórico-didáctico de la conciencia histórica acerca del aprendizaje debe justificar el qué, cómo, por qué y para qué de la necesidad del aprendizaje en el campo operacional de la conciencia histórica. La teoría de la narración brinda un marco de referencia para responder a estas interrogantes. Así, en dicho marco, por ejemplo, podemos especificar las competencias (objetivos del aprendizaje) que deben aprenderse. Si Jeisman menciona el análisis, el juicio objetivo y el juicio de valor[151] o si, en un giro fundamental, se habla sobre experimentar, interpretar y orientar,[152] se hace evidente que las competencias no se limitan al ámbito de la historia. Precisamos entonces especificaciones. La modalidad narrativa como teoría de la formación del sentido histórico ofrece aspectos para esta especificación: experimentar significa entonces la percepción de fenómenos temporales determinados;[153] interpretar, el entrelazamiento de fenómenos temporales percibidos con la ayuda de concepciones del transcurso temporal; y orientar, formar una perspectiva que dirige la acción y funda identidad de consistencias diacrónicas en la relación del ser humano consigo mismo. Huelga decir que tal especificación de lo histórico en la elaboración de una teoría didáctica del aprendizaje histórico es una condición ineludible para un análisis objetivo de los libros de textos escolares.

---

[151] *Jeismann: Geschichte als Horizont der Gegenwart (*op. cit.*), p. 67.*
[152] *Rüsen: Historisches Lernen (*op. cit.*), p. 64-73.*
[153] *Acerca de la relación entre experiencia y percepción,* cf.*: arriba capítulo 1.*

UN PARADIGMA

Un paradigma o una matriz disciplinaria es una explicación teórica del mismo tipo que la racionalidad presente en la formación del sentido histórico. Aunque los términos provienen de la obra de Thomas Kuhn,[154] han transformado su significado original a causa de su integración en la reflexión sobre los procesos de la formación del conocimiento en los estudios culturales y sobre otras prácticas culturales. No obstante, permanece la pretensión de explicar las condiciones del proceso cognitivo y de otras prácticas culturales de interpretación como relación sistemática de diferentes factores clave, los cuales pueden servir para formar un tipo de conocimiento y de interpretación determinables y limitables. Con respecto a la ciencia, un paradigma describe una expresión disciplinaria, una escuela, una direccionalidad, así como —dependiendo del enfoque general o particular de las condiciones de la práctica de conocimiento— un tipo que pertenece a una época, como la Ilustración tardía o el historicismo, en un sentido concreto.

Un paradigma de la formación narrativa de lo histórico realza las condiciones mentales y sus relaciones sistemáticas que determinan la narración histórica. Tiene que identificar los principios, diferenciarlos y relacionarlos, de modo complementario, para que la formación del sentido histórico aparezca como proceso condicionado por determinadas reglas y como proceso que puede reconstruirse y entenderse por medio de ellas.

Considero que existen cinco condiciones decisivas:[155]

1. Necesidades de orientación de la práctica vivencial humana causadas por experiencias de contingencia en el cambio temporal del mundo;

---

[154] *Thomas S. Kuhn: Die Struktur der wissenschaftlichen Revolutionen. Frankfurt am Main 1967, 5 ed. 1981;* idem*: Die Entstehung des Neuen. Studien zur Struktur der Wissenschaftsgeschichte. Frankfurt am Main 1978.*

[155] *La primera versión de esquema que se explica en lo siguiente se encuentra en Jörn Rüsen: Historische Vernunft. Grundzüge einer Historik I: Die Grundlagen der Geschichtswissenschaft. Göttingen 1983, pp. 21ss. Sobre eso: Hans-Jürgen Goertz: Umgang mit der Geschichte. Eine Einführung in die Geschichtstheorie. Reinbeck 1995, pp. 67ss.*

2. Horizontes interpretativos diferentes que se remiten a la experiencia del pasado, se basan en recuerdos y adquieren la forma de teorías, perspectivas y categorías de modo implícito o explícito;
3. Métodos que permiten integrar el pasado empíricamente presente en estos horizontes interpretativos diferentes; de modo que los horizontes se vuelvan más concretos y se modifiquen.
4. Formas de la representación de la experiencia del pasado integradas en el horizonte interpretativo;
5. Funciones de la orientación cultural por medio de la experiencia del pasado representada e interpretada en la forma de una direccionalidad temporal de las acciones humanas y en la forma de conceptos de la identidad histórica.

Estos factores están en un contexto sistemático y complejo de condicionamiento recíproco. De ningún modo, se construyen uno encima del otro en el orden mencionado, como si dependiesen unos del otro. Los horizontes interpretativos pueden estar preconcebidos, por ejemplo a causa de formas de representación; éstas pueden depender de los conceptos teóricos del cambio temporal. Para la construcción y la aplicación de estas relaciones, adquieren importancia tanto el vínculo entre los momentos de las prácticas vivenciales (necesidades y funciones de orientación) como los elementos "teóricos". La formación del sentido se muestra como arraigada en la práctica vivencial, y al mismo tiempo, se hace evidente que con respecto a los procesos prácticos inmediatos, tiene un carácter elevado, autónomo, creativo e independiente.

El tejido de relaciones permite discernir tres dimensiones de la formación del sentido histórico que en su diferencia y con sus relaciones y tensiones, se desarrollan en todas las modalidades de lo histórico:

a. En el entrelazamiento de las necesidades de orientación y las funciones de la orientación cultural, la formación de sentido histórico se determina por medio de una estrategia política del recuerdo colectivo;
b. En el entrelazamiento de los horizontes interpretativos y los métodos de elaboración de experiencias, la formación de sentido histórico se determina por medio de estrategias cognitivas de la producción del conocimiento histórico;
c. En el entrelazamiento de las formas de representación y las funciones de orientación, la formación de sentido histórico se determina finalmente por medio de una estrategia estética de la poética y de la retórica de la representación histórica.

Esta diversificación de las dimensiones evita limitaciones de la mirada sobre la narrativa histórica; o bien una limitación cognitiva, debida al dominio de esta dimensión en el autoentendimiento y en la práctica de las ciencias de la historia; o bien una limitación política, arraigada en el uso del conocimiento histórico en la lucha por la significación de potenciales semánticos; o bien una limitación estética, que da énfasis en la fuerza de convencimiento del medio y de las formas de representación del sentido histórico.[156]

Tanto la variedad de las condiciones decisivas como la pluridimensionalidad de la formación de sentido histórico provocan la pregunta sobre la relación y la coherencia de los factores y de las dimensiones. Esta pregunta se dirige hacia un meta-criterio sintetizador (como la madre de todos los criterios); lo podemos identificar y describir como criterio del sentido de la narración histórica o como principio del sentido histórico.

Los paradigmas pueden presentarse como esquemas de la matriz disciplinaria de las ciencias de la historia. En este caso, muestran los entrelazamientos mencionados con miras a la estructura disciplinaria de las ciencias de la historia. Esta forma se concibe de la siguiente manera:

---

[156] *Acerca de la relación de las tres dimensiones* cf.: *Rüsen: Historische Orientierung (*op. cit.*), pp. 225ss.*



Esquema
de la matriz disciplinaria
de las ciencias de la historia

1: político	Estrategia del recuerdo colectivo
2: cognitivo	Estrategia de la producción del saber histórico
3: estético	Estrategia de la poética y de la retórica de la representación histórica

Figura V

El concepto de una matriz disciplinaria puede utilizarse como marco de referencia en análisis e interpretaciones de procesos de conocimientos históricos que pretenden tener cientificidad.[157] Asimismo, con algunas modificaciones, puede servir como marco de referencia teórico para la interpretación de prácticas históricas de representación del pensamiento y de la historiografía en las cuales la cientificidad (en el sentido actual) no

---

[157] Cf.*: La investigación amplia de Horst-Walter Blanke: Historiographiegeschichte als Historik. (Fundamenta Historica, vol. 3). Stuttgart-Bad Cannstadt 1991. Acerca del debate sobre la posibilidad de rechazar el modelo de la matriz en la historia de las ciencia de la historia Jörn Rüsen: Historismus als Wissenschaftsparadigma. Leistungen und Grenzen eines strukturgeschichtlichen Ansatzes der Historiographiegeschichte, en: Otto Gerhard Oexle und Jörn Rüsen: Historismus in den Kulturwissenschaften. Geschichtskonzepte, historische Einschätzungen, Grundlagenprobleme, (Beiträge zur Geschichtskultur, vol. 12). Köln 1996, pp. 119-138.*

desempeña un papel constitutivo.[158] Esta modificación concierne, sobre todo, al factor de los métodos. Sólo si los métodos adquieren la forma de reglas de la investigación empírica, la matriz corresponde al esquema de la práctica de conocimiento de una disciplina especializada. Debido a que no sólo se elabora la experiencia en las interpretaciones en el marco del condicionamiento disciplinario y especializado del pensamiento histórico, el esquema se concibe de modo que se enfoquen y analicen las expresiones típicas de la formación de sentido histórico, por medio de una generalización correspondiente que solamente concierne a las reglas de la elaboración de experiencias; es decir, no concierne a la especificidad de las condiciones metodológicas en la investigación. Desde luego, el esquema sirve para la investigación de la estética y la política de los recuerdos y de lo histórico a causa de la diferenciación entre las tres dimensiones.

En cuanto a la constitución disciplinaria de la didáctica de la historia todavía no se ha propuesto ni elaborado una matriz análoga, hasta donde sé. Esto se debe seguramente a su condición disciplinaria inestable en la intersección de distintas ciencias y a su situación marginal, ya sea en los ámbitos disciplinarios de la historia o de la pedagogía. Otra razón consiste en el hecho de que la unidad potencial de su campo de investigación (el aprendizaje histórico) durante la formación de los maestros se escinde en dos fases totalmente distintas que no cuentan con mediación alguna entre ellas. Sin embargo, el objeto mismo no se opone a esa concepción; incluso, más que nunca hace falta para esbozar contenidos de aprendizaje y aportaciones de la investigación cuyo cumplimiento requieren estas competencias particulares.[159]

---

[158] *La tesis que la concepción teórica de la matriz eclipsa la perspectiva sobre las prácticas premodernas de la historiografía, tiene poco en común con mis intenciones.* Cf.*: la controversia entre Stefan Fisch y Jörn Rüsen: Kleine Antwort auf große Kritik. Zu Stefan Fischs Plädoyer, das frühneuzeitliche historische Denken nicht durch die Brille der Historik zu sehen, en: Geschichte und Gesellschaft 24 (1998), pp. 132-135.*

[159] *Es un escándalo, disimulado en todas partes, que los seminarios de la didáctica de la historia y los requisitos de calificación en las facultades históricas se sustituyan por seminarios disciplinariamente especializados cuyo supuesto carácter didáctico se simula por medio de aspectos marginales. Peor aun es la situación cuando se trata de la competencia investigativa en el caso de los concursos de oposición para profesores. Existen comisiones que aceptan la formación como maestro (*zweites Staatsexamen*, en alemán) como una calificación suficiente para la didáctica de la historia, si los aspirantes comprobaron su capacidad para la investigación (*Habilitation*) en la disciplina histórica.*

Una concepción tal podría consistir en una analogía de cinco factores: necesidades de aprendizaje, perspectivas didácticas y teorías del aprendizaje histórico, métodos de abordar y elaborar la experiencia en la perspectivas didácticas, una pragmática de la enseñanza en la cual se discuten y explican los aspectos decisivos de la organización de procesos de aprendizaje, y finalmente, el mismo método, en la escuela: la metodología didáctica. Para el aprendizaje extraescolar, se encontrarán criterios análogos, por ejemplo para la planeación y realización de exposiciones en museos históricos. De forma paralela al criterio del sentido del pensamiento histórico, la competencia narrativa opera como meta-principio o direccionalidad extensiva de la práctica del conocimiento en la didáctica de la historia que integra los cincos factores mencionados:



Esquema de la matrix disciplinaria
de la didáctica de la historia

Figura VI

De manera análoga como en el caso de la diferenciación y la relación entre prácticas vivenciales y prácticas interpretativas en la matriz de las ciencia de la historia, en la didáctica de la historia se distingue entre la dimensión práctica (la actividad profesional de los historiadores) y la dimensión teórica (en sentido amplio de un distanciamiento que permita un acceso reflexivo a la práctica). Al mismo tiempo, en dicha dimensión práctica debe aclararse el qué y el porqué de la necesidad de esta diferenciación, lo que sin duda alguna, es un argumento constitutivo para el estatus disciplinario de la didáctica de la historia.

ACERCA DEL USO DEL PARADIGMA

¿Qué función posee el desarrollo y la explicación de dicha concepción paradigmática del pensamiento histórico? No se trata únicamente de intereses de conocimiento, que se dirigen desde fuera al pensamiento histórico y lo vuelven objeto de un análisis filosófico y de la teoría de la ciencia. Sobre todo, sirve para la autoconfirmación en la práctica del trabajo histórico. Y esta función tiene una larga tradición en la historia escrita y en las ciencias de la historia.[160] Esta autoconfirmación se refiere a las relaciones con el exterior y el interior del pensamiento histórico, a la práctica de la investigación histórica y a la historia escrita.

La perspectiva hacia el exterior procura aclarar el estatus de la historia con respecto a su capacidad y sus límites; determinar su relación con las artes, la religión y la política, así como ubicarla en el tejido de otras prácticas de conocimiento dedicadas al ser humano y su mundo. En cuanto a la historia como disciplina científica, la reflexión acerca del estatus paradigmático aclara la ubicación disciplinaria de las ciencias de la historia, y en este sentido, también es un medio para establecer relaciones interdisciplinarias.

---

[160] Cf.: *Horst Walter Blanke: Von Chytraeus zu Gatterer. Eine Skizze der Historik in Deutschland vom Humanismus bis zur Spätaufklärung, en: Horst Walter Blanke, Dirk Fleischer: Aufklärung und Historik. Aufsätze zur Entwicklung der Geschichtswissenschaften, Kirchengeschichte und Geschichtstheorie in der deutschen Aufklärung. Waltrop 1991, pp. 113-140.*

Un significado especial tiene la autoconfirmación reflexiva del pensamiento histórico acerca de su condición paradigmática, en el momento en el que deben resolverse crisis de las bases teóricas. Dichas crisis se generan cuando cambia el contexto cultural del pensamiento histórico por medio de nuevas experiencias de los sujetos y, sobre todo, en situaciones de crisis y experiencias de rompimientos. En estos momentos, se formulan nuevos retos para la experiencia histórica que ésta debe resolver. De este modo, se cuestionan los enfoques, métodos y formas convencionales de representación de la historia y pueden modificarse estructuralmente: se transforma el paradigma (que está inmerso y entretejido con las prácticas culturales de la interpretación humana del ser y del mundo. Una forma del cambio del paradigma es su discusión reflexiva. Sin embargo, no es la única; ya que se trata de las condiciones de la práctica de pensamiento, éstas también se transforman junto con la direccionalidad y la condición interior en el tratamiento interpretativo del pasado. Desde luego, este cambio es inconcebible sin los elementos reflexivos, y si no quiere acusarse a las historiadoras e historiadores activos de cierta inconsciencia para con su propia disciplina.

No obstante, no sólo se discute el paradigma de la historia en la situación de las crisis fundamentales. También se reflexiona sobre las condiciones de la práctica, si se generan fricciones y conflictos entre enfoques y estrategias divergentes del conocimiento histórico. La medida y la índole sistemáticas de las discusiones y explicaciones generadas de este modo dependen de la profundidad y la extensión del enfrentamiento.

Otra función en la relación interna es la didáctica. Ya que la práctica histórica se lleva a cabo junto con el cambio generacional, constantemente debe producirse y asegurarse la competencia disciplinaria. Eso requiere una representación que explique las reglas de la historia, cuyo domino es parte integral de la competencia disciplinaria. Finalmente la explicación de las estructuras paradigmáticas del pensamiento histórico sirve como marco teórico para las interpretaciones historiográficas e históricas. Sin teoría de la historia no puede existir la historia de la estructura del pensamiento histórico.

En el tejido de estas funciones diferentes, se necesita siempre la concepción de un paradigma de la historia para justificar las pretensiones de validez (como hemos expuesto, hacia el exterior y hacia el interior). De este modo, se trata siempre de la racionalidad del pensamiento histórico, su potencial de fundamentar y su fuerza

argumentativa, su capacidad de crear un consenso respecto de las diferentes funciones, dimensiones y aspectos en los que se reivindican el paradigma y su razón.[161]

¿Qué significa razón?[162] En primer lugar, puede describirse como racionalidad, lo que hace referencia a una modalidad de formación del sentido argumentativa y metodológicamente regulada. Sin racionalidad no existe la razón. Al mismo tiempo, la razón es más que la racionalidad, pues integra diferentes tipos de racionalidad (sobre todo, el cognitivo, el político, el estético) en un conjunto en sí coherente, y aumenta los potenciales del sentido histórico en esta correlación mutua. De este modo, relaciona los aspectos metodológicos de la investigación y la interpretación de la experiencia histórica y la plausibilidad retórica y poética de las representaciones históricas, junto con la relación práctica como un factor de la orientación cultural. La razón es pues teórica y práctica al mismo tiempo. Ella es reflexiva, porque explica la racionalidad como forma comunicativa de la argumentación; es crítica, ya que pone de relieve y controla sus criterios de validez; y es integrativa, pues relaciona de modo coherente diferentes tipos argumentativos. La razón permite que la racionalidad sea el criterio del sentido de lo histórico.

La autoconfirmación reflexiva del pensamiento histórico, la que tematiza el mismo paradigma, es entonces un proceso mental en el cual el tipo de racionalidad del pensamiento histórico se representa y se investiga de modo general y en sus manifestaciones particulares, de acuerdo con los aspectos decisivos de la práctica historiográfica. Para ello, es clave la intensión de conservar y desarrollar esa racionalidad y modificarla en lo que toca a su tipo. La concepción de un paradigma es un elemento argumentativo de la racionalización; ella ejerce una función ordenadora en los diferentes procesos de la práctica histórica. Ello sucede porque dicha práctica se transparenta volviéndose reflexiva en cuanto a sus pretensiones racionales y se orienta a través de éstas. El objetivo de la razón es operar como criterio de sentido del pensamiento histórico y de la historia escrita en el tratamiento reflexivo de sus estructuras paradigmáticas.

La tendencia hacia la racionalización en el uso del paradigma es más antigua que la profesionalización y la cientificidad del pensamiento histórico. Sin embargo, en el

---

[161] *Nota del traductor: El original usa los términos Vernunft y Rationalität que se tradujo respectivamente con razón y racionalidad.*
[162] Cf.*: Welsch: Vernunft (*op. cit.*).*

contexto de estas tendencias particularmente modernas, la racionalización adquiere una agudeza particular, porque se concentra en el método histórico como garantía regulativa del progreso del conocimiento. El desarrollo de cientificidad significa que los aspectos del método determinan los criterios para la razón del sentido histórico establecido por medio de la interpretación en el presente de la experiencia del pasado. (Para ello, se transforma la concepción del método: un catálogo de reglas de la investigación historiográfica se transforma en un catálogo de reglas de los procesos del conocimiento.)[163]

Desde hace tiempo, en cuanto al pensamiento histórico, se critica la pretensión racional que se concentra en la metodología para autoconfirmarse. Esta crítica se refiere a la relación interna entre la pretensión racional por medio de la reflexión del paradigma y el pensamiento progresista de la modernidad: junto con la pérdida de plausibilidad de la concepción del progreso, disminuye la contundencia argumentativa de las concepciones paradigmáticas bajo el dominio de una racionalización metodológica creciente. En la medida que el progreso en sí aparezca como catástrofe, la racionalidad del pensamiento histórico basada en dicho paradigma se vuelve blanco de una crítica devastadora. En la medida que se frustren las expectativas de emancipación y se experimenten las correspondientes crisis de sentido, la pretensión racional del pensamiento histórico se vuelve inestable. Parece como elemento de desarrollos civilizatorios indeseables en el futuro, como parte de la pretensión de domino universal de una racionalidad que pone en peligro la habitabilidad del mundo humano por la apropiación de la naturaleza.

Esta crítica aparece con diferentes acentuaciones y en diferentes contextos argumentativos. De modo esquemático contrastando las oposiciones ideales, se trata de lo siguiente: una concepción de un orden universal del mundo humano se critica a favor de una concepción de divergencias y oposiciones. Wolgang Welsch, por ejemplo, pronostica una "pérdida definitiva del orden armónico del mundo y de su comprensibilidad";[164] de acuerdo con ello, debería formarse un nuevo concepto de la razón. Lo múltiple y lo diferente se oponen a la unidad y la identidad; formas de pensamiento dialógicas a monológicas; la racionalidad estética a la metodológica; la

---

[163] Cf.: *Jörn Rüsen: Konfigurationen des Historismus. Studien zur deutschen Wissenschaftskultur. Frankfurt am Main 1993, pp. 58ss.*

[164] *Welsch: Vernunft (*op. cit.*), p. 47.*

difusión del sentido a la presencia del sentido; la razón simbólica que acepta la estructura de la carencia a una razón narcisista en busca del todo (Lacan); lo femenino a lo masculino; las estrategias de inclusión en la formación de identidad de acuerdo con el reconocimiento a estrategias de exclusión con secuelas de discriminación masiva; y un relativismo cultural a un universalismo eurocentrista.

Estas dicotomías pueden resumirse bajo la palabra clave de la crítica posmoderna al criterio de sentido de la racionalización como aumento de la competencia de dominación de la razón humana. En oposición a ello, se buscan nuevos potenciales de razón. Desde luego, esta crítica a la razón no es nueva, sino ha acompañado el proceso de racionalización desde los inicios de la modernidad. Eso no quiere decir que no deba llevarse a cabo otra vez en cuanto al empleo del paradigma de la autorreflexión del pensamiento histórico.

En cuanto a la historia podemos esbozar las siguientes oposiciones:

- En contra de la categoría tradicional de progreso y de la concepción análoga de la historia como correlación genética del presente con el pasado, se hace vigente una experiencia de la catástrofe y del rompimiento con un significado categorial.
- Al juicio certero sobre el pasado de acuerdo con criterios de una racionalidad crítica, se opone la percepción del sentido, entendida como recepción y aceptación de potenciales de interpretación y comunicación del pasado.
- Las concepciones de la posibilidad de dominar la historia por medio de la comprensión de las leyes internas de su desarrollo se rechazan a favor de movimientos de búsqueda hermenéutica de un sentido particular de formas vivenciales humanas en el pasado, que podrían operar como crítica al poder en el marco de orientación cultura en el presente.
- Las estrategias de exclusión de la formación de identidades históricas y junto con ellas, el eurocentrismo de la perspectiva histórica, son rechazados; se intenta superarlos por medio de enfoques en una formación de identidades incluyentes, dirigidas a la diferencia cultural; incluso se cuestiona la categoría de la identidad histórica por medio de un énfasis en la no-identidad.[165]

---

[165] *Por ejemplo, en Jürgen Manemann: Nach dem Historikerstreit. Versuch einer Situationsbeschreibung der deutschen Geschichtswissenschaft nach 1945 (2), en: Orientierung 59 (1995), pp. 198-201, esp. p. 200.*

- Se pretende romper con el domino de la racionalidad metodológica por medio de un enfoque reforzado en los elementos estéticos-racionales, y la correspondiente atención la encuentra el factor de la formación del sentido de la representación histórica de la historia escrita.
- Se opusieron los métodos hermenéuticos y los analíticos, así como el sentido particular del pasado y su direccionalidad genética hacia el presente.
- La mirada sobre la acción debe complementar la mirada sobre los elementos pasivos, sino es que habría que invertirla.[166]
- Retomando la filosofía de la historia de Walter Benjamin, una “teoría de la historia del peligro” se opone a la tradición hasta hoy dominante de la teoría de la historia, que concibe la historia como proceso de desarrollo constante, demostrable con criterios objetivos de la evolución social humana. Estos criterios se disuelven de modo hermenéutico por medio de recuerdos de esperanzas frustradas, de sufrimiento y de destrucción. De modo correspondiente, por medio de esta alteridad acentuada del pasado que se opone a la autoconfirmación histórica del presente, se generan nuevas concepciones del futuro, con potencial utópico y se oponen a las certidumbres de las orientaciones culturales establecidas.[167]

Ahora bien, las concepciones paradigmáticas no deben servir para identificar el pensamiento histórico en la globalidad de su expresiones como tipo de racionalidad unívoco, sino deben subrayar la polisemia, su divergencia y ambivalencia, las mediaciones multiformes, incluso heterogéneas, de diferentes estrategias de pensamiento y de diferentes formas de representación.

Lo anterior parece proclamar el fin del abordaje tradicional de paradigmas históricos, rechazar las bases de su pretensión de racionalidad y volver obsoleta la intención del pensamiento histórico de reconfirmarse de modo reflexivo sobre el paradigma de la pretensión de razón. Con todo, acontece exactamente lo contrario: los aspectos mencionados se hacen vigentes como criterios razonables en contra de la sinrazón de las pretensiones de razón establecidas con base en una revisión crítica. De este modo, el alcance reflexivo de la concepción paradigmática se conserva desarrollado

---

[166] *Johann Baptist Metz: Montheismus und Demokratie. Über Religion und Politik auf dem Boden der Moderne, en: Jürgen Manemann (Ed.): Demokratiefähigkeit (Jahrbuch Politische Theologie) Vol. 1 (1996). Münster, pp. 39-52, esp. p. 45.*

[167] *Lutz Niethammer: Posthistorie. Ist die Geschichte zu Ende? Reinbeck 1989, pp. 116ss.*

y fundado; es más: adquiere nuevas dimensiones y potenciales críticos. Debido a que no sólo existe un único tipo de racionalidad, sino diferentes, es indispensable desarrollar un tipo de racionalidad de la formación de sentido histórico en la forma de un concepto paradigmático que resista a la crítica a las concepciones de racionalidad hasta ahora dominantes en el pensamiento histórico moderno y la ponga en práctica mediante pretensiones de razón convincente.[168]

Una concepción paradigmática de lo histórico que resista a esta crítica y satisfaga las pretensiones de razón, debe abandonar la posición de que exista en cada caso un paradigma único que se exprese de modo dominante en la práctica. Cabe mencionar que no se rechaza la idea de la constitución paradigmática del pensamiento histórico; es decir, el tipo de racionalidad puede mostrarse de modo paradigmático en la práctica de la historia. Sencillamente, dicha idea se modifica a la sazón de un esquema que se puede desplegar en formas diferentes, es decir, que desde dentro genere pluralidad y divergencia. La concepción de este esquema sirve entonces para aclarar y vislumbrar las estrategias decisivas de la formación del sentido en su complejidad. Cabe añadir que la pluralidad y la diferencia no descartan la coherencia. La tarea y la pretensión de razón de la autoconfirmación orientada en un paradigma de la historia, sobre todo, radica en mostrar los matices coherentes en la pluralidad y la diferencia, y en explicarlas de modo reflexivo, sin perjudicarlas o erradicarlas. Con esta pretensión, el paradigma narrativo de la práctica de la historia que se realiza por medio de la plenitud de lo diferente, puede comunicarse e inspirarse de modo que no proceda ciegamente, sino que tenga en cuenta sus propias condiciones. Tal pretensión de razón no se limita en absoluto a la racionalidad metodológica. Se inserta en el tejido de las relaciones entre las dimensiones cognitivas, políticas y estéticas de la formación de sentido histórico; de este modo, hace posible potenciales de razón que en la autocomprensión de las ciencia de la historia como disciplina científica estaban más bien implícitas y escondidas (por ejemplo, el potencial de razón de principios jurídicos universales en la política o potenciales de razón estéticos en la forma abierta de la representación).

---

[168] *La filosofía comenzó con la renovación de las pretensiones de la razón.* Cf.*: Sobre todo Welsch: Vernunft (*op. cit.*); también: Karl-Otto Apel, Matthias Kettner (Eds.): Die eine Vernunft und die vielen Rationalitäten. Frankfurt am Main 1996; otro ejemplo: Bert Olivier; Beyond hierarchy? The prospectus of a different form of reason, en: South African Journal of Philosophy 15 (1996), pp. 41-50.*

¿Cómo puede generarse tal explicación del paradigma narrativo? Quisiera intentarlo en lo siguiente: los elementos no-narrativos de la formación del sentido histórico deben ponerse de relieve como factores esenciales. Con ello se adquiere una mayor complejidad que permite utilizar dicho paradigma en función de la mencionada autoconfirmación reflexiva de la historia. De este modo, no se abandona la pretensión de razón tradicional de la teoría de la historia,[169] sino se modifica de modo que se vuelva plausible en el horizonte de la experiencia del tiempo actual de las pretensiones de razón. Esta modificación del concepto de razón debe indicar la categoría del sentido. Sugiere la despedida de una razón hegemónica, en particular, si el sentido histórico no sólo ya no se realiza en la representación del pasado, en el conocimiento fundado y en su uso práctico, sino también si se muestra que los esfuerzos interpretativos del pensamiento histórico son deficientes y problemáticos. De este modo, el sentido de la historia se sustrae de la cooptación por medio de un poder del pensamiento dirigido al servicio de la dominación que hizo que el proceso de racionalización del pensamiento histórico moderno desembocara en el callejón sin salida de un progreso unidimensional.

En la didáctica de la historia escasean discusiones y transformaciones comparables. Hasta ahora no se ha llevado a cabo una autoconfirmación reflexiva de esta disciplina en cuanto a su condición paradigmática. La crítica constante debida a la distancia de la práctica de la teoría de la didáctica histórica y (recientemente) de la investigación empírica refleja más bien un resentimiento, en vez de ayudar a conformar el estatus disciplinario. La falta de un método de enseñanza basado y mediado con una formación teórica y empírica no requiere dicho resentimiento para hacerse evidente. Si existe un movimiento y una diferenciación en la economía argumentativa de la didáctica de la historia que tenga un significado paradigmático, se enuncia en los intentos de trasgredir el ámbito de la dimensión cognitiva del aprendizaje histórico y adentrarse en el de las emociones.[170]

Desde luego, hasta ahora no se han obtenido más que primeras aproximaciones. Salvo algunas excepciones, no se ha considerado la posibilidad de una recepción de las teorías de las emociones (por ejemplo, el psicoanálisis) adaptadas a la particularidad del

---

[169] Cf.*: Jörn Rüsen: Historische Vernunft (*op. cit.*).*

[170] *Bernd Mütter, Uwe Uffelmann (Eds.): Emotionen und historisches Lernen. Forschung – Vermittlung – Rezeption. Frankfurt am Main 1992.*

pensamiento y de las argumentaciones de la didáctica de la historia.[171] En conclusión, el desarrollo de un esquema de su condición disciplinaria es una tarea pendiente para la didáctica de la historia.

PREGUNTAR

¿Qué se encuentra al inicio del proceso de la formación del sentido de la narración histórica? Si partimos de una trama narrativa concreta, no es que se produzca un sentido histórico que antes no existía por el hecho de narrar una historia, es decir, a partir de su inicio. Más bien, cualquier narración se remite a preceptos de sentidos que están presentes de diversas maneras como parte esenciales en el mundo humano. Por esta razón, considero erróneo concebir la formación de sentido únicamente en términos de una poética, y sobre todo, el término fundación de sentido hace imposible el acceso al fenómeno.[172] El sentido siempre ya está ahí, inscrito en la corporalidad de los narradores y de su público; por supuesto, no existe como sentido histórico, y tampoco de modo que no necesite de ningún esfuerzo de una práctica de formación de sentido.

La realidad de la vida humana se determina por su entrelazamiento en historias, específicamente en un nivel objetivo y real. Aquello que aparece en la práctica de la narración histórica como construcción de sentido de la historia, es —por supuesto, en otra forma— siempre ya presente antes de cualquier narración y constituye el trasfondo fundamental de la narración histórica. Uso el término experiencia en el sentido de algo precedente; es decir, ésta existe antes de cualquier elaboración metodológica de contenidos empíricos. Debido a que los narradores y el público mismos son los productos de lo que se narra como historia, esta historia siempre ya está presente en

---

[171] *Volkhard Knigge: "Triviales" Geschichtsbewusstsein und verstehender Geschichtsunterricht. Pfaffenweiler 1988; Peter Schulz-Hageleit: Was lehrt uns die Geschichte? Annäherungsversuche zwischen geschichtlichem und psychoanalytischem Denken. Pfaffenweiler 1989.*

[172] *Como fundación de sentido considero principalmente las creaciones culturales en los orígenes de las religiones. Fundadores del sentido son entonces Buda, Jesús, Mahoma, Confucio. Otra pregunta es si la categoría de la fundación del sentido sirve para comprender hermenéuticamente el autoentendimiento de ésta. Supongo que no servirá para ello.*

ellos, siendo ellos, antes de que cuenten y escuchen. Esta existencia previa contiene un elemento de la formación del sentido histórico no-narrativo. Sin embargo, finalmente es indispensable narrar, por la razón de que el precepto es insuficiente para la orientación fundamental del sentido de la práctica vivencial humana.

No obstante, este precepto de sentido en el mundo vivencial humano aún no representa el comienzo del proceso narrativo; por ello, no lo discutimos en primer lugar. Debido a que se trata de la racionalidad narrativa y del análisis de la práctica de la formación del sentido histórico por medio de la narrativa histórica, aprovecharé la oportunidad de abordar estos preceptos pre-narrativos particulares de elementos de sentido en ausencia del pasado en el presente en el segundo paso dedicado a la experiencia del pasado.

En primer lugar, se aborda el momento inicial de la formación del sentido que es el impulso para la narración histórica. Para caracterizarlo y describir los elementos no-narrativos en él, cabe preguntar por la constitución original de la práctica narrativa. Esta puede caracterizarse como "pregunta histórica". Iniciado por medio de una pregunta, la narración aparece como respuesta, y así adquiere un aspecto temático en cuanto proceso comunicativo. De este modo, puede abarcarse la pregunta fundamental por un tipo de racionalidad de la narración histórica. La relación entre pregunta y respuesta constituye un proceso comunicativo como modalidad del pensamiento histórico, y contiene de modo fundamental una racionalidad como argumentación de pretensiones de validez bajo criterios de plausibilidad. Desde esta perspectiva, es evidente que la narración histórica es inducida de modo pre-narrativo, porque la pregunta, respondida por una historia, no es una historia (pese a que ya se habrá escuchado historias que sirven como pregunta, éstas no narran por supuesto la respuesta). Si una historia siempre es una respuesta, ella —la historia— se constituye de modo no-narrativo por medio de la pregunta que requiere una respuesta. Debido a que esta constitución por medio de preguntas lleva a la narración, la cuestión histórica por el impulso inicial del proceso de la formación del sentido en la conciencia histórica puede caracterizarse como *pre-narrativa*.

¿Qué es lo que provoca hacer preguntas históricas? Considero que existen dos posibilidades que impulsan la actividad de formación de sentido en la conciencia histórica por medio de preguntas: (a) un movimiento que parte de la experiencia del

pasado y (b) un movimiento que parte de las experiencias del presente y conduce a las experiencias del pasado.

(a) En la primera modalidad del movimiento, el pasado es atrayente a causa de su presencia empírica en forma de huellas, monumentos, reliquias, objetos, percepciones sensoriales. El pasado se dirige al ser humano del presente, y esta referencia hace que éste se dirige al pasado preguntando. Típico de esta referencia es el fenómeno de la fascinación por la historia.[173] Un objeto de la percepción sensorial sencillamente puede fascinar por sus huellas y signaturas del pasado de modo que surja el sentido de otro tiempo por medio de su apariencia. Esta signatura no hace que el objeto carezca de sentido (aunque quizá se volvió prácticamente inservible), al contrario parece llevar consigo un significado de modo que valga la pena preguntar por él.

El pasado que se trasforma en presente como experiencia, puede impulsar preguntas históricas por medio de la signatura que merece su alteridad temporal. La experiencia sensorial de la alteridad temporal confronta al ser humano con una diferencia entre hoy y antaño, que no puede dejar irresuelta, sino que se dedica a ella — de manera curiosa, inquieta, sorprendida, angustiada, nostálgica; en todo caso interesada—, no con el fin de desaparecerla, sino para hacerla suya. Lo diferente se integra en el esquema interpretativo del tiempo en el cual pierde su carácter extraño o despliega su fascinación. Esta supresión (*Aufhebung*) se logra narrativamente; el esquema interpretativo necesario para este logro es un elemento fundamental de la apropiación narrativa del pasado que se enfoca por medio de una pregunta.

(b) Otra modalidad de preguntar por el pasado parte del presente. Se trata del fenómeno muy común, y posiblemente universal, de la constitución de la conciencia histórica a partir de la experiencia de una ruptura temporal, una divergencia temporal, una discontinuidad, una ruptura de la continuidad de los órdenes vivenciales que estimulan los recuerdos históricos y las formaciones de sentido narrativas. Tal ruptura es un fenómeno del presente. El pasado entra en el horizonte de la consideración cuando se trata de subsanarlo.[174] Se trata del proceso de la superación narrativa de la

---

[173] *Klaus Fussmann, Heinrich Theodor Grütter, Jörn Rüsen (Eds.): Historische Faszination. Geschichtskultur heute. Köln 1994.*

[174] *Hermann Kulke: Geschichtsschreibung als Heilung eines Traditionsbruchs? Überlegungen zu spätmittelalterlichen Chroniken Südasiens, in: Jörn Rüsen, Michel Gottlob, Achim Mittag*

contingencia. La contingencia es una modalidad universal de la experiencia humana del tiempo y un impulso permanente de los logros interpretativos de la conciencia humana. Wilhelm Busch encontró esta conocida fórmula para expresar la experiencia fundamental que se genera por medio de la pregunta histórica: "Primero, las cosas pasan diferente; y segundo, suceden de otro modo a lo esperado".[175] La experiencia temporal debe elaborarse de modo interpretativo; de otro modo, sería imposible la acción humana en el proceso del cambio temporal del mundo tratado.

La historia del pensamiento histórico y de la cultura de la historia conocen muchos ejemplos notables de estas experiencias de discontinuidad y de ruptura; tales manifestaciones de contingencia aún no superadas en la organización vivencial actual de personas y de grupos humanos generan preguntas y pensamiento históricos. Los cambios de épocas del pensamiento histórico pueden describirse como procesos en los cuales se experimenta contingencia a modo de rupturas temporales que rompen con los esquemas temporales vigentes así como con sus formas históricas de pensamiento correspondientes. Estas experiencias sólo pueden superarse, si se desarrollan nuevas formas de pensamiento y nuevos esquemas de interpretación.[176] También estas experiencias de contingencia inductivas que provocan preguntas históricas son pre-narrativas, pues su superación acontece por medio de la interpretación narrativa. Ahora, si se considera la constitución narrativa de estos logros interpretativos como respuesta de la pregunta, se encuentran condiciones de la racionalidad en el carácter pre-narrativo de los impulsos constitutivos de las preguntas históricas. Con miras a la fascinación pre-narrativa del pasado hecho presente, puede denominarse racional una formación de sentido histórico, si cumple con la promesa de sentido causado por la fascinación (positiva o negativa) ante el puente tendido entre hoy y antaño; o que por los menos, se

---

(Eds.): Die Vielfalt der Kulturen, (Erinnerung, Geschichte, Identität; Bd. 4). Frankfurt am Main 1998, pp. 422-440.

[175] *(Nota del traductor) La cita original del poeta y satírico alemán Wilhelm Busch tiene una contundencia intraducible:* "Denn erstens kommt es anders, und zweitens als man denkt*".*

[176] *Christian Meier ejemplificó este hecho en la obra de Heródoto: Die Entstehung der Historie, in: Reinhart Koselleck, Wolf-Dieter Stempel (Eds.): Geschichte – Ereignis und Erzählung, (Poetik und Hermeneutik V). München 1973, pp. 251-306. Para una interpretación análoga del historicismo europeo que se enfoca en el significado de la experiencia de la revolución* cf.*: Friedrich Jäger, Jörn Rüsen: Geschichte des Historismus. Eine Einführung. München 1992, pp. 22 ss.*

refiere a este conjunto, es decir, cuando se integra en la narración y se simula de manera estética.

En el caso de una presunción de sentido positiva, una interpretación sería racional, si hiciese presente el pasado de modo que extendiera y profundizara el potencial de sentido de la práctica vivencial del presente, por ejemplo, por medio de hacer presente logros de formación del sentido en el pasado que podrían renovarse, retomarse o continuarse en el contexto de los procesos vitales del presente. Un ejemplo de ello es el tópico del regreso al origen como fuente de sentido (presente en muchas culturas y arraigado profundamente en la psicología). En muchos casos, se trata de una nostalgia mítica del origen que de modo histórico, causa la fascinación por la signatura de lo antiguo en la suma de las experiencias del presente. Un análisis más detallado de esta fascinadora promesa de sentido de la alteridad temporal en el horizonte de las experiencias del presente establecería criterios de la racionalidad estética de la narración histórica. Es insuficiente el análisis cognitivo de los impulsos estéticos de la fascinación del pasado hecho presente. La presunción del sentido puede desaparecer del conocimiento, si no existe por lo menos una huella suya en la forma de representación.

En otro caso (el de la superación de una ruptura temporal), la narración histórica debe cumplir con criterios de racionalidad pragmáticas (lo que incluye criterios políticos y morales). Debe mostrar una relación constitutiva con el presente que se centre en la experiencia de contingencia que se tiene que superar. Por medio de esta relación con el presente, la narración histórica tiene que desarrollar y hacer fidedigna una concepción del desarrollo temporal con la cual la experiencia irritadora del presente puede interpretarse y superarse. La plausibilidad de esta concepción de proceso temporal descansa en el criterio de racionalidad de la relación con la experiencia. Las concepciones del proceso temporal orientadoras deben apoyarse empíricamente en el pasado. La "realidad objetiva" de la experiencia de contingencia, que carece y requiere de sentido, sólo puede superarse, si la concepción temporal interpretadora tiene el mismo peso de experiencia que el potencial irritador de la experiencia inquietante. Deben movilizarse las experiencias del pasado que están en la memoria colectiva o que pueden extenderse y profundizarse por medio de un nuevo acceso al pasado (por ejemplo, en la investigación). Para ello, los criterios de racionalidad pragmáticos y empíricos necesitan relacionarse.

EXPERIMENTAR

Como he mencionado la historia, como construcción del sentido, no puede concebirse sin los preceptos objetivos en el mundo vivencial humano. Antes de realizarse por medio de la narración, ya existe como componente de la realidad social.[177] Con ello no me refiero explícitamente a estructuras históricas como monumentos, rituales de rememoración, días conmemorativos, etc.; sino a algo anterior y más real, precisamente al hecho de que los mismos sujetos de la formación de sentido histórico y de su mundo son productos del pasado y hacen presente éste como historia de modo narrativo. En las palabras sencillas de la historieta citada: "nuestro modo de vida actual es el resultado de lo que ocurrió en el pasado".[178] Desde luego, este precepto no es específicamente histórico sino definitivamente pre-narrativo. Como condicionante de las relaciones vivenciales del presente, el pasado siempre ya está presente, aunque no lo es en la forma de historia, sino como presente en sí, como por ejemplo, el pasado de un tronco (distribuido en años) se manifiesta por medio de los anillos de crecimiento en el aquí y en el ahora. Sólo un abordaje posterior de este hecho transforma su estatus pre-narrativo en la extensión narrativa de un desarrollo que desemboca en el presente. El presente momentáneo solamente es alcanzable de modo parcial, jamás de modo completo, y en absoluto puede rebasárselo. El pasado presente puede historizarse; es decir, pueden identificarse los detalles particulares de este pasado y describirse la mediación narrativa de este pasado en el presente. Como condición de una parte de las relaciones vivenciales reales, el pasado se vuelve espejo de la historia, de modo que el presente pueda percibirse a sí mismo, pueda adquirir una posición consigo mismo y tratarse a sí mismo. El hecho de que suceda, y tenga que suceder esta historización, se debe a la modalidad de los preceptos. Para los seres humanos afectados por ella, no sólo significa la mera facticidad de sus procesos vitales, sino también un impulso a la comprensión interpretativa, por medio de la cual y en la cual el pasado presente llega a ser presente pasado, mediado narrativamente con el presente de las relaciones vivenciales. Por esta

---

[177] *Esto lo acentúa sobre todo David Carr: Narrative and the Real World: an Argument for Continuity, en: History and Theory 25 (1986), pp. 117-131; David Carr: Die Realität der Geschichte, in: Müller/ Rüsen (Eds.): Historische Sinnbildung (*op. cit.*), pp. 309-327.*
[178] *Cloete/Mason: Vusi retorna (*op. cit.*), p. 30.*

razón, no me parece lícito denominar este precepto de la formación histórica en el presente momentáneo del pasado solamente como no-narrativo. Por su carácter desafiante e impulsor tiene un aspecto pre-narrativo que interfiere en la formación de sentido narrativa para luego escindirse en distintos elementos de lo histórico: en las bases de experiencias, por un lado, y elementos de interpretación, por el otro.

No todo el pasado sobre el cual se forma un sentido histórico está inmediatamente presente de dicha forma antes de ser tematizado como pasado. (No toda la historia significativa —por ejemplo la de otras culturas— alcanza el presente a través de lazos causales.) Empero, sin este presente momentáneo, es imposible tematizar el pasado como historia e iniciar la formación del sentido histórico. Sólo a partir del presente se abre la perspectiva sobre el pasado en la cual éste aparece como historia y puede realizarse por medio de la interpretación. De modo pre-narrativo, impulsa la narración. Es el impulso de la narración mediante el cual se disuelve en el movimiento narrativo de la conciencia histórica desde el presente de su estado pre-narrativo; es más: se trata de una redención, ya que a causa de razones de la temporalidad del proceso vital humano, no puede permanecer en su pura facticidad.[179] El ejemplo de la historieta sudafricana muestra este impulso: a partir del pasado integrado en las relaciones de vida del presente, surge la exigencia de volverlo presente, de un modo sencillo y directo: "Vusi… se da cuenta que su pueblo sufre… y descubre por qué."[180]

También la mencionada percepción de la alteridad temporal de objetos en el mundo vivencial humano es pre-narrativa. Percibida como reto de la formación de sentido histórico, la diferencia temporal en la simultaneidad de los objetos de la percepción y de la experiencia es inestable, y exige mediación narrativa. En esta mediación de una historia no se disuelve sencillamente la diferencia, sino ésta se

---

[179] *Contra eso, Ernst Schulin ha formulado objeciones importantes en el artículo titulado "Todavía espero que mejore el ayer": "Ich hoffe immer noch, daß gestern besser wird" – Bemerkungen zu einem von Jörn Rüsen gewählten Motto, en: Horst Walter Blanke, Friedrich Jäger, Thomas Sandkühler (Eds.): Dimensionen der Historik. Geschichtstheorie, Wissenschaftsgeschichte und Geschichtskultur heute. Jörn Rüsen zum 60. Geburtstag. Köln 1998, pp. 3-12. Mis reflexiones sobre el sentido de la historia pretenden mostrar que la interpretación histórica agrega, interpretando, algo a la facticidad del pasado con lo cual se integra como historia para la orientación del futuro en el presente. Sin esta visión de "lo mejor" es inconcebible en términos razonables dicha orientación futura. Por medio de esta relación mediada con el futuro, también el pasado "mejora". (En el mito de origen, por ejemplo, el principio simboliza la superioridad del pasado en oposición al peso del presente.)*

[180] *Cloete/Mason: Vusi retorna (*op. cit.*), p. 30.*

despliega en contextos temporales, dentro de los cuales adquiere sentido. De este modo, el presente gana una dimensión de profundidad temporal, en la cual la alteridad del pasado parece parte integral de sí mismo; por ejemplo, como promesa incumplida para el futuro, como herencia preciosa o también como elemento de esperanza para la transformación de las condiciones vivenciales.

Frank Ankersmit abordó y describió una modalidad particular de cómo dicha alteridad estimula el pensamiento histórico. Según Ankersmit, esta experiencia, sin la cual la formación del sentido permanece incomprensible, no fue analizada por las teorías lingüísticas y poéticas de la formación del sentido histórico.[181] En los testimonios de excelentes historiadores puede mostrarse que existen modalidades de la percepción del pasado que suprimen momentáneamente su alteridad ante un presente impactante. Y este presente, en el que se encuentran los tiempos por encima de su distancia, es el que inspira representaciones que hacen presentes el pasado de maneras impresionantes.[182] La diferencia temporal de la alteridad pre-narrativa se suprime en la inmediatez del encuentro del ayer y hoy, que prende, como una chispa del sentido, el pensamiento histórico. Podría hablarse de una *unio mystica* de la inspiración meta-narrativa. La tradición conoce dichas inspiraciones meta-narrativas como experiencia religiosa del presente momentáneo y del potencial futuro que adquieren fundaciones de sentido pasadas. En la modernidad, se encuentran modelos estéticos equivalentes; también esta fusión de tiempos diferentes integrada en la experiencia de su simultaneidad momentánea no permanece estática, sino que tiende a la explicación narrativa de la diferencia temporal. La inmediatez de la experiencia exige una escisión narrativa en la diferencia temporal y, al mismo tiempo, una mediación por medio de una relación temporal en un proceso narrativo. (Un aspecto aparte es el hecho de que estas fusiones narrativas de presente y pasado suceden en un contexto en el cual ya se está narrando. Sin embargo, la fuerza de la narrativa siempre se retroalimenta de tales fusiones.)

De una manera menos elaborada, el pasado está presente en el recuerdo antes de presentarse de modo narrativo en la forma de una historia. Cualquier narración histórica

---

[181] *Frank R. Ankersmit: Die drei Sinnbildungsebenen der Geschichtsschreibung, in: Müller/Rüsen (Eds.): Historische Sinnbildung (*op. cit.*).*

[182] *De acuerdo con Ankersmit en su ponencia aún no publicada en el coloquio "The Limits of Interpretation", en Houston (Texas) Primavera 1996.*

se refiere al recuerdo, se basa en él, parte de él, ejerce y realiza su función. Esto no significa que el recuerdo por sí tenga siempre un aspecto narrativo. El recuerdo articulado puede manifestarse narrativamente, lo cual regularmente sucede en las formas elaboradas, en determinadas prácticas culturales de la narración histórica (por ejemplo, en los dos casos sudafricanos presentados). Sin embargo, antes de representarse en el presente mediante la narrativa, el pasado está presente como contenido del recuerdo, y precisamente como una instantaneidad particular, es decir, no como sucesos temporales o movimiento de cambios, sino como instantes del pasado, momento, imagen, gesto, ocurrencia. En esta forma, el pasado se hace presente como pasado; no obstante, a diferencia de la *unio mystica* que inspira la formación del sentido histórico, no fusiona de modo momentáneo con el presente, sino existe en el presente, como recuerdo instantáneo, como algo con distancia temporal.

Esta existencia es pre-narrativa; es decir, para las personas que recuerdan, despliega su significado integrándose en el movimiento de una agilización narrativa del presente. Se vuelve parte de una historia; ésta explica qué significa y por qué fue recordada. Antes de esta narración, ya existe el pasado en la forma de "núcleos de recuerdos pre-narrativos".[183] Un caso típico es la aparición de imágenes de recuerdos individuales. Su individualidad y su plasticidad no representan un proceso temporal, sino captan un instante, que desde luego, si el recuerdo sigue desplegándose, adquiere extensión temporal y se integra en la narración. También las huellas tienen tal estatus pre-narrativo. Debido al desafío de su facticidad fascinante, a su presencia pura como huellas, ni son historias ni narran algo, sino provocan el acto de la narración, lo estimulan, así deben o pueden transformarse en historias.

Finalmente, existe otra modalidad de experiencia con carácter pre-narrativo que es indispensable para el pensamiento histórico: la facticidad de lo narrado. La racionalidad de la formación de sentido narrativa siempre tiene relación con la experiencia. Vive de la pretensión de que haya acontecido tal cual en el pasado lo que se representa de modo narrativo. Las ciencias de la historia perfeccionan esta facticidad con el procedimiento

---

[183] *Un término de Aleida Assmann surgida en unas de las numerosas discusiones del grupo de investigación ZiF "formación del sentido histórico".* Cf.*: A. Assmann: Stabilisatoren der Erinnerung – Affekt, Symbol, Trauma, en: Jörn Rüsen, Jürgen Straub (Eds.): Die dunkle Spur der Vergangenheit. Psychoanalytische Zugänge zur Geschichte, (Erinnerung, Geschichte, Identität Bd. 2). Frankfurt am Main 1998, pp. 131-152.*

metodológico de la crítica de las fuentes, lo que culmina en contenidos de experiencia comprobables del conocimiento histórico y de la representación historiográfica. Sin embargo, los hechos averiguados por la crítica de las fuentes no tienen estatus narrativo, son pre-narrativos. Sólo el método investigativo de la interpretación relaciona estos hechos con otros en una relación de diferencia temporal. Por medio de la interpretación, se entrelazan narrativamente; y únicamente a través de ello, adquieren su calidad específicamente histórica. La calidad de experiencia del pensamiento histórico, perfeccionada como facticidad pura y comprobable, entonces todavía no es histórica, sino adquiere esta característica por medio de la integración de la información de las fuentes (la facticidad del pasado que carece de sentido en sí)[184] en contextos concebidos de modo narrativo. En este sentido, los hechos establecidos por la crítica de las fuentes son pre-narrativos; su sentido histórico es exterior a ellos, y se realiza apenas en el paso de la crítica de las fuentes a la interpretación.[185]

¿Qué significa esta diferenciación de los elementos pre-narrativos de elementos de la experiencia histórica para la racionalidad del proceso narrativo de la formulación del sentido histórico? Sobre todo, aclara la referencia a la experiencia de éste: pone de relieve la complejidad que a menudo, se intenta encubrir en reducciones empíricas o en simplificaciones constructivistas. Por un lado, debe conservarse la idea de la relación con la experiencia del pensamiento histórico; por el otro, debe quedar claro que dicha experiencia se segmenta y se transforma en el proceso interpretativo. Segmentación y transformación necesarias, pues hacen posible la especificidad de lo histórico en la elaboración de las experiencias del tiempo. Además, cabe mencionar que el criterio de validez de una relación de experiencia comprobable no es unívoco, ya que existen modalidades de experiencia completamente diferentes en el tratamiento del pasado (por ejemplo, la experiencia de la validez de la tradición en el mundo vivencial a diferencia

---

[184] *Esto expresó Max Weber con su conocida metáfora del caos (Die "Objektivität" sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis, en: Max Weber: Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre, (Ed.) Johannes Winkelmann. 3 ed. Tübingen 1968, pp. 213s.*

[185] *La colección de archivos y el orden de las fuentes determina este carácter pre-narrativo. De este modo, el archivo sigue otra estrategia del tratamiento del pasado que los procesos de investigación y la representación historiográfica, ámbitos para los cuales existe el archivo. Wolfgang Ernst señala una diferencia importante en el tratamiento del pasado.* Cf.*: Wolfgang Ernst: Das Schweigen des Archivs erzeugt Ungeheuer (when memory comes), en: Werkstatt Geschichte 5 (1993), pp. 39-45.*

del carácter empírico de la información histórica). La diferenciación de ambas modalidades entonces aclara el criterio de validez de la pertinencia empírica.

La discusión de los factores pre-narrativos en la formación del sentido histórico es importante para la didáctica de la historia, ya que éstos aclaran lo que implica adquirir la capacidad de la percepción y de la experiencia en el proceso del aprendizaje histórico. Las modalidades aludidas de la experiencia y de su estatus pre-narrativo deben ejemplificarse detalladamente, de modo que individualmente puedan ser cultivadas, ejercitadas y, después interrelacionadas y entrelazadas. De este modo, el paso de la experiencia pre-narrativa a la formación del sentido histórico podría llevarse a cabo de modo consciente. De manera correspondiente, las partes integrales de la competencia narrativa, cuyo aprendizaje es la meta de la didáctica histórica, podrían subdividirse con el fin de elaborarlas individual y sistemáticamente; sobre todo, la percepción y la interpretación. Con demasiada frecuencia, la síntesis del conocimiento histórico se toma como hecho naturalmente dado, y así se constituye el contenido y la meta esenciales del aprendizaje histórico.[186] No obstante, considero muerto un tipo de conocimiento histórico cuyas competencias de experiencia y de interpretación, y cuya estructura de síntesis no se reflejan diferenciadamente. Por medio de ese conocimiento, no pueden adquirirse la competencias básicas, vitales para las operaciones culturales de la conciencia histórica. La comprensión del significado de los elementos pre-narrativos de la experiencia para el aprendizaje histórico revalida componentes sensoriales y emocionales en el tratamiento del pasado y le otorga un nuevo significado propio al criterio didáctico de la relación con el alumno.

Al diferenciar los elementos pre-narrativos de la experiencia histórica de los procedimientos narrativos en su interpretación, pueden desarrollarse estrategias de aprendizaje histórico que de modo inédito, consideren competencias fundamentales de la conciencia histórica. Sin lugar a dudas, el aprendizaje histórico debe producir la capacidad de tratar el tiempo de modo diferenciado. Sin embargo, la didáctica de la historia únicamente ha aportado pocos avances sobre los aspectos particulares de dicha

---

[186] Cf.*: Rüsen: Historisches Lernen (*op. cit.*) pp. 64ss.*

relación y sobre las operaciones básicas en la conciencia histórica y cómo éstas pueden estimularse y desarrollarse.[187]

Por último, cabe mencionar la importancia didáctica del carácter pre-narrativo del contenido informativo de las fuentes. En la actualidad, el trabajo con las fuentes predomina en la enseñanza de la historia; su objetivo es aprender operaciones mentales importantes de la conciencia histórica (sobre todo, el tratamiento crítico de la información fáctica). Este aprendizaje no alcanza su meta, si no se toma en cuenta el carácter pre-narrativo de los hechos en cuestión y si se confunde la acumulación de los hechos, presentados como conocimiento, con la historia. En el trabajo de fuentes, sobre todo, se trata de comprender y de aprender la relación interpretativa con los hechos establecidos como proceso de formación de sentido específicamente histórico: como un proceso paulatino de la construcción de una historia a partir de los hechos de las fuentes que se establecen de modo crítico.

INTERPRETAR

Podría pensarse que todos los elementos y aspectos de la operación interpretativa que transforma la experiencia del pasado en una historia para el presente, se estructurasen como una narración. Sin embargo, no es así. Pese a la característica de las operaciones narrativas de entrelazar de modo temporal los hechos empíricos y presentes del pasado entre sí, y así otorgar a la experiencia del pasado la signatura de lo histórico, también se inscriben en esta signatura rasgos no-narrativos.

A la interpretación pertenece la explicación: el entrelazamiento con sentido de los hechos pasados, que produce el transcurso temporal de una historia, siempre implica que este transcurso sea entendible por medio de razones que respondan la pregunta de por qué la historia transcurrió de ésta y no de otra manera. No cabe duda de que la narración de una historia por sí ya sea una operación explicativa, como han demostrado

---

[187] Cf.*: Las aportaciones interesantes de Bodo von Borries, Hans-Jürgen Pandel (Eds.): Zur Genese historischer Denkformen. Qualitative und quantitative Zugänge, (Jahrbuch für Geschichtsdidaktik 4, 1993/94). Pfaffenweiler 1994.*

las investigaciones contundentes de la filosofía de la historia analítica, en particular las de Arthur W. Danto. No obstante, deben destacarse otras modalidades de la explicación dentro de esta operación narrativa; más bien, éstas se utilizan de modo constante como parte de la explicación narrativa. La interpretación histórica utiliza esquemas de explicación de modo no-narrativo; por ejemplo, una explicación nomológica de determinados procesos por medio del recurso a leyes generales, que están formuladas de modo más o menso coherente o se dan por sentado de antemano.

Por ejemplo, en la investigación sobre el Holocausto, la pregunta angustiante de por qué "seres humanos normales" pueden perpetrar los crímenes más abominables incluso con plena convicción se responde a menudo con una argumentación psicológica. Ésta explica la disposición de seres humanos en determinadas circunstancias a violentar los estándares establecidos del comportamiento civilizado y de cometer acciones que hubieran rechazado en condiciones "normales". En este proceso argumentativo, se emplea una ley psicológica general del comportamiento humano (en determinadas condiciones los seres humanos son capaces de cometer acciones criminales) para explicar la participación en el genocidio.[188] Desde luego, la singularidad histórica del Holocausto no puede explicarse con una explicación que corresponda a este tipo de racionalidad.

Lo mismo es válido para otro tipo de racionalidad: la explicación de las acciones humanas por medio de razones directivas de la acción. No es una coincidencia que en la historiografía premoderna, como en Tucídides o Guicciardini y Maquiavelo los mismos actores explican su perspectiva sobre la situación y sus intenciones. Leopold von Ranke criticó esta estrategia historiográfica en el texto conocido *Sobre la crítica de los historiadores nuevos*. Criticó que no correspondiesen fuentes históricas a los discursos de los personajes, y por tanto, debían considerarse invenciones de los historiadores, y como tales, en virtud de la racionalidad metodológica de la relación con la experiencia en la historia escrita, debían excluirse de la última.[189] De este modo, no obstante, sólo opuso dos tipos de racionalidad de la historia escrita, uno en detrimento de otro; ya que

---

[188] Cf.*: Las reflexiones finales de Christopher R. Browning en su obra paradigmática: Ganz normale Männer. Das Reserve Polizeibataillon 101 und die "Endlösung" in Polen. Reinbeck 1993.*

[189] *Leopold von Ranke: Zur Kritik neuerer Geschichtsschreiber, 2 ed. Leipzig 1874, pp. 19ss.*

los discursos representan explicaciones racionales en el sentido del tipo de la explicación intencional.[190]

El conocimiento y las estrategias de interpretación que no están constituidos de manera narrativa entonces se emplean frecuentemente en la interpretación histórica de conjuntos de experiencias del pasado. No obstante, ello sucede de modo auxiliar. Precisamente cuando las estrategias interpretativas no-narrativas predominen el proceso global de la interpretación, ésta deja de ser histórica.[191] Este es el caso, si se emplean leyes de la historia que correspondan al tipo de racionalidad de las ciencias que operan de modo nomológico. No existen estas leyes de lo histórico por las siguientes razones: éstas eclipsarían la contingencia del cambio temporal, cuya interpretación nos interesa, por medio de la subordinación de dicha contingencia bajo leyes generales, a pesar de que precisamente es la modalidad narrativa que llega a ser vehículo del sentido a causa de su facticidad contingente. (Esto se expresó en la teoría tradicional de la historia con la categoría de la individualización.) La interpretación histórica de los acontecimientos en el pasado no trata de la similitud de estos acontecimientos con el mayor número de otros acontecimientos parecidos en épocas diferentes, con el fin de poderlos generalizar entendiblemente como un fenómeno del presente a la luz de esta similitud. En cambio, se trata de entrelazar su particularidad con otras particularidades de modo que se pongan de relieve en su transcurso temporal, y se comprenda la particularidad de la situación actual, y así puedan orientarse las acciones en ella.

Es un caso distinto, si se le otorga el carácter de una ley a la misma concepción temporal que determina la organización de la narración histórica como narración. La lógica de esta ley comparte con las otras (nomológicas) el carácter superior, ya que expresa un conjunto de relaciones históricas (una tendencia, la direccionalidad de un desarrollo, una configuración de las circunstancias vivenciales en una época). La explicación teórica de tal concepción suele denominarse teoría histórica o —con una mirada sospechosa hacia las ciencias nomológicas— teoría de alcance mediano. Para comprender la función explicativa de estas construcciones teóricas de la interpretación histórica, más bien podría servir la explicación de su estructura narrativa. Desde el

---

[190] *Para los tres tipos explicativos (nomológico, intencional, narrativo)* cf.*: Rüsen: Rekonstruktion der Vergangenheit (*op. cit.*), p. 22ss.*
[191] *Esta es mi crítica, específicamente a partir de la teoría de la historia, a la muy discutida interpretación del Holocausto de Goldhagen.*

punto de vista de la teoría narrativa, se trata de la trama de una historia. La modalidad explicativa para la interpretación histórica aún precisa aclaración analítica.

Esta mirada sobre los elementos no-narrativos de la interpretación histórica tiende a descifrar su complejidad, hacer visible la divergencia y la heterogeneidad de elementos individuales y mostrar su ubicación en el proceso global de la explicación narrativa. Definitivamente, el estatus de estos elementos no es narrativo. De por sí, los elementos y las estrategias del conocimiento no tienen una predisposición narrativa. Si se consideran individualmente, se trata de partes de la interpretación histórica que carecen de una especificidad histórica, sino tienen otro tipo de racionalidad que no sea el narrativo. Diferenciarlas y comprender las relaciones entre ellas ayuda a aclarar el procedimiento narrativo y agudiza la comprensión de cómo los conjuntos de conocimiento y procedimientos interpretativos de otras ciencias enfocadas en el ser humano y su mundo son empleados para los fines del conocimiento histórico y el aumento de su racionalidad.

Una aplicación didáctica detallada de esta diferenciación metodológica aún está pendiente. Surge como necesidad, si el trabajo con las fuentes (que ahora forma una parte sustancial de la enseñanza de la historia) debe fomentar la comprensión y el ejercicio de procedimientos racionales en el tratamiento de la experiencia histórica. ¿Cuál otra capacidad debería fomentar, si no fuera ésa?

REPRESENTAR

La representación histórica puede efectuarse también de forma no-narrativa. Este hecho es sorprendente, porque es precisamente el procedimiento lingüístico de la narración que sirvió para identificar el tipo de racionalidad de la formación del sentido histórico. ¿Qué tan consistente es la hipótesis narrativa, si incluso en las manifestaciones prácticas de la formación del sentido histórico, surgen formas de representación no-narrativa?

En primer lugar, cabe mencionar que en el ámbito del pensamiento histórico, existen formas de representación no-narrativas sólidamente establecidas. Éstas tienden a la narración, están predispuestas para ella y se realizan en ella, y en este sentido son pre-narrativas. Ejemplos representativos de tales formas pre-narrativas que hacen presente

el pasado con el fin de la formación del sentido histórico, son los anales y las crónicas. Éstos conservan los acontecimientos del pasado de modo no-narrativo para que puedan transformarse en historias que el presente necesita para entenderse en el espejo del pasado. Representan una organización temporal de núcleos de recuerdos en forma objetivada. En esta forma de representación, el pasado se hace presente y disponible como potencial de experiencia para la formación del sentido histórico. El pasado fijado es ordenado de modo temporal, pero no de modo narrativo. El esquema que ordena es el del tiempo físico, tiempo exterior a la calidad de sentido específicamente histórico.

Un ejemplo claro de la representación pre-narrativa del pasado son *Los anales de primavera y otoño* atribuidos a Confucio. No son notables por la suposición sobre la autoría, sino sobre todo, porque tienen el significado de un clásico en China; es decir, se considera que tienen un potencial de sentido fuerte con capacidad para aplicaciones especiales. El siguiente enunciado es ejemplar de este hecho: "Para ordenar las cosas que acabaron en el caos y para reconstruir el orden del mundo, no hay mejor libro que *Los anales de primavera y otoño*".[192] Desde la perspectiva de una teoría de la historia narrativa, esta capacidad de sentido de un texto perteneciente a los anales es muy notable; es incluso extraño, pues de acuerdo con la teoría narrativa, un texto historiográfico únicamente adquiere sentido explícitamente histórico, si sus alcances de interpretación decisivos se organizan de modo narrativo. Los anales, en cambio, no tienen esta organización narrativa sino únicamente cuentan con una predisposición para la interpretación narrativa. En este sentido, el significado clásico del texto no corresponde con la teoría narrativa. En consecuencia, este hecho debe ensanchar el horizonte de la teoría narrativa de modo que se aclare la importancia de condiciones, factores y secuelas no-narrativos del pensamiento histórico en la historia escrita. No obstante, puede explicarse el significado clásico de un texto que pertenece a los anales por medio de la teoría narrativa. El potencial de sentido de los anales consiste en la representación de una experiencia temporal, predispuesta para la formación del sentido por medio de la narración. De forma analítica, la experiencia histórica libera esta formación de sentido para aplicaciones y recepciones futuras. Entonces *Los anales de primavera y otoño* manifiestan su sentido histórico en la forma de una potencialidad de la experiencia fijada de modo pre-narrativo.

---

[192] *Kung-yang chuan, Ai-kung, siglo XIV (Le agradezco esta recomendación a Achim Mittag).*

Las formas de representación no-narrativas no se presenta únicamente en forma pre-narrativa. Incluso en la representación de interpretaciones históricas específicas —es decir, en el nivel de la historia escrita en sentido estricto— existen formas no-narrativas. Algunos de ellos incluso figuran entre los clásicos de la historiografía como el libro *La cultura del Renacimiento en Italia* de Jakob Burckhardt publicado en 1860. En éste, no se describe ningún transcurso temporal, no se narra ninguna historia que tenga principio, medio y final, sino se describe la configuración cultural de una época. El hilo conductor de la descripción no es la secuencia temporal de acontecimientos sino el orden sistemático de temas. La historia de la historiografía conoce sendos ejemplos de estas representaciones no-narrativas; por tanto, sería erróneo, a causa de necedad narrativa, declarar que el libro de Burckhardt sobre el Renacimiento es la excepción que confirma la regla.[193]

La historiografía nunca tiene una constitución narrativa en caso de describir momentos, épocas o estructuras; en breve: si aísla una parte del pasado del flujo temporal y la presenta como hecho sincrónico. ¿Qué implica para el carácter narrativo de la formación del sentido histórico? No se suprime, sino es el prerrequisito de la forma no-narrativa y la condición de su comprensión; es decir, tiene que percibirse como condición constitutiva e implícita para comprender históricamente la representación sincrónica. La sincronía pues no se da fuera del tiempo, sino la representación no-narrativa sirve para la demostración convincente de la significación de una época que trata precisamente de aquella relación entre pasado, presente y futuro que define la especificidad de lo histórico en la representación narrativa de transcursos temporales. Para Burckhardt, el Renacimiento italiano es la transición entre épocas que relaciona muy significativamente el pasado y el presente; es decir, que desarrolla un conjunto de sentido trastemporal que solamente puede pensarse de manera narrativa.[194] La historiografía no-narrativa limita el carácter narrativo de la formación del sentido histórico a una implicación, a una condición y a una intención del texto historiográfico;

---

[193] *Menciono como otro ejemplo a Karl Biedermann: Deutschland im 18. Jahrhundert. Leipzig 1854.*

[194] *En las palabras que cierran La cultura del Renacimiento en Italia de Jacob Burckhardt: "El renacimiento en Italia es la lideresa de nuestra época" (Edición Kröner. Reutlingen 1952, p. 527).*

sin dicho carácter no se hubiera producido el texto de esta precisa manera y tampoco se le hubiera comprendido.

Estas formas historiográficas pueden denominarse historiografía "descriptiva" y representarse como un tipo individual. Además de él, existen otros tipos de representación que tampoco son narrativos, cuyo sentido, no obstante, sólo puede entenderse en un contexto de significación organizado de modo narrativo. Los tipos de Droysen de la representación "discusiva" (*diskussiv*) e "investigativa" (*untersuchend*) son ejemplos de ello; además las formas de representación catequista y en forma de cuadro que se encuentran sobre todo en la modernidad temprana. Habrá de qué forma los nuevos medios generan nuevas representaciones de significación tipológica y cómo se constituye su estatus narrativo o no-narrativo. La forma de lectura del zapeo no es narrativa en absoluto, pues suprime ordenes temporales en simultaneidad supratemporal, anti-cronológica. Si ésta se volviese la práctica cultural dominante del recuerdo, con mucha razón podría hablarse del fin de la formación del sentido histórico hasta ahora practicada y de la entrada en la poshistoria.

ORIENTAR

Sin su función específicamente orientadora no puede describirse precisamente el carácter narrativo de la formación del sentido histórico. En el fondo, se narra a causa de razones prácticas y vivenciales: deben superarse experiencias de contingencias irritadoras; las acciones necesitan orientarse dentro de un marco temporal; experiencias de sufrimiento también deben volverse soportables con miras a la experiencia histórica; acciones intencionadas necesitan motivaciones en el sentido de una direccionalidad las cuales, cargados de sentido, canalizan los intereses, y para ello, es indispensable la memoria histórica. Finalmente, los sujetos de las acciones (individuos y grupos) necesitan historia para formar su identidad. Por medio de sus concepciones de la pertinencia, motivan sus actividades, concepciones que rebasan los límites de su propio tiempo de vida. Organizan su pertenencia social por medio de una perspectiva temporal, una cadena que entrelaza las generaciones, y orientan sus acciones de acuerdo con la perspectiva futura, así esbozada. En la medida que, por medio de la interpretación de la

propia biografía, los individuos alcancen un mínimo de consistencia en el cambio temporal de sí mismo que les hace posible actuar. Las posibilidades de sobrevivencia de grupos sociales (también) dependen de la capacidad de organizar su identidad colectiva mediante una orientación en transcursos temporales del presente; de modo que esta identidad tenga presencia duradera y los sujetos reivindiquen para sí el futuro en la medida que tengan certeza sobre el pasado en una perspectiva con profundidad temporal.

La configuración del sentido de una historia entonces tiene por sí un significado práctico. De esta manera, la racionalidad práctica expresada de modo moral y político es necesariamente un elemento del tipo de racionalidad de la narración histórica. No obstante, ésta únicamente puede cumplir con esta función práctica, si articula un elemento no-narrativo en el proceso de la recepción orientadora en el cual las historias abren perspectivas y movilizan motivaciones para la acción, y organizan procesos de autocomprensión. La acción misma, la interacción con el mundo, tiene un objetivo y un fin más allá de la reflexividad de las prácticas culturales. Exactamente en esta direccionalidad, se cumple la función orientadora de la formación del sentido histórico, cuando ya no se narra, sino se pasa a la acción en sentido estricto. Las configuraciones del sentido narrativas de la historia se trascienden hacia la determinación del sentido de acciones con objetivos y fines. La historia se integra en las nociones de qué debe hacerse y debe dejarse, y así se vuelve parte del mundo social. El cumplimiento activo de la función orientadora es pos-narrativa y como tal un elemento esencial de la formación del sentido narrativo. Como ejemplo de la estructura narrativa de la historia presentamos la historieta "Vusi retorna", donde se formula dicha traslación pos-narrativa de la narración histórica hacia la práctica en el desenlace de la historia: "Una cosa es comprender. Pero, otra cosa es poner la comprensión en práctica".[195]

---

[195] *Cloete/Mason: Vusi goes back (*op. cit.*), p. 29.*

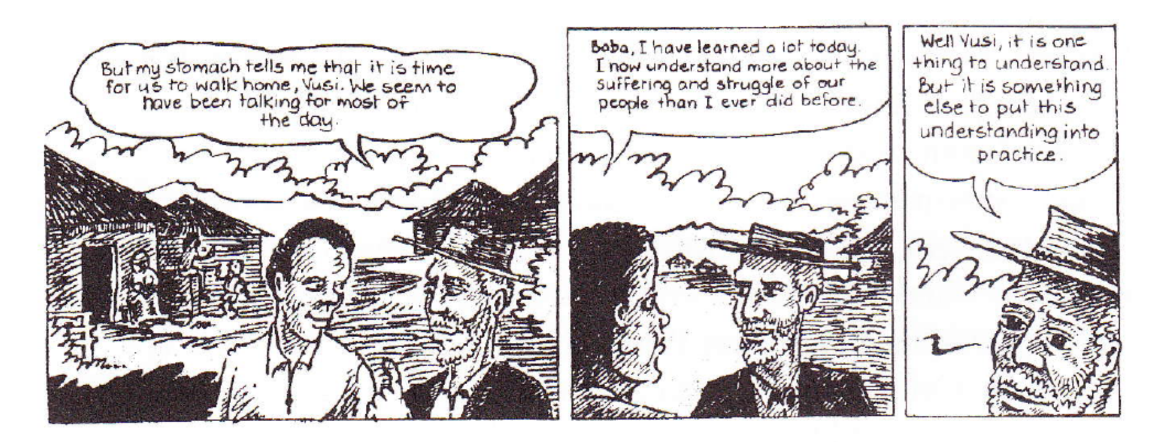


Figura VII[196]

¿Qué significa orientación pos-narrativa en particular? En su dimensión política, el pensamiento histórico es un factor necesario de la legitimidad del poder. Eso tiene validez tanto para su organización política como para determinar las relaciones intra-psíquicas del ser humano (entonces, validez para la relación entre el yo, el ello y el súper-yo, relación conflictiva y condicionada por el poder; y así, también psíquicamente constitutiva en la política). La legitimidad es una determinación de los fines de la formación de sentido narrativa; como aspecto de la política, es un factor clave de la cultura política en la forma de una disposición estructuradora, tiene un estatus no-narrativo. Éste, como secuela de hacer presente el pasado que está políticamente regulado, puede clasificarse como pos-narrativo. Del mismo modo, la coherencia formal de una representación histórica, esto es su calidad estética, es pos-narrativa. La descripción de Jacob Burckhardt del pasado interpretado como *discordia concors*, como imagen armónica de transcursos temporales llenos de conflictos y sufrimiento en el pasado, expresa de modo ejemplar esta direccionalidad pos-narrativa de la memoria histórica. La meta de esta direccionalidad es la relación contemplativa de la realidad como fruto de la comprensión histórica. La calidad estética de la representación histórica siempre se caracteriza por un elemento de inmediatez y simultaneidad pos-

---

[196] *[Globos que acompañan a las imágenes de la caricatura]:*
Globo 1: Mi estómago me dice que es hora de que regresemos a casa, Vusi. Parece que hemos estado hablando durante la mayor parte del día.
Globo 2: Boba, aprendí mucho el día de hoy. Ahora comprendo más que nunca el sufrimiento y la lucha de nuestro pueblo.
Globo 3 Bien, Vusi. Una cosa es comprender. Pero, otra cosa es poner la comprensión en práctica.

narrativa. Se trata de un reflejo de la *unio mystica* pre-narrativa descrita por Ankersmit entre los historiadores y el pasado que coincide en el resultado del despliegue narrativo de esta unión en el flujo temporal de una historia.

Otro ejemplo del carácter pos-narrativo de la orientación histórica es la regulación de la acción, que obedece a una interpretación histórica de acuerdo con el patrón de la formación de sentido de la *historia vitae magistra*. Tucídides la llamó posesión duradera (κτημα εσ αιει)[197] a este elemento pos-narrativo de la competencia de las reglas, la cual aclara la historia mediante de la modalidad de la formación del sentido de la narración ejemplar. La meta de la competencia de las reglas por medio de la formación del sentido ejemplar es pos-narrativa.

Esta transformación necesaria para el funcionamiento del esquema de orientación narrativo en una determinación de la acción pos-narrativa tiene validez general para todos las modalidades de la formación del sentido histórico. También para la modalidad genética: si Kant adscribe un quiliasmo propio a la filosofía de la historia,[198] se refiere a una motivación de las acciones que debe producir una transformación activa de las relaciones de vida humanas. La intención históricamente inducida de esta transformación ya no es historia sino únicamente después de efectuarse puede recordarse y reflejarse de modo narrativo. Así, también podría entenderse la concepción kantiana de la experiencia histórica como "signo de la historia"[199] con función moral como una culminación de la razón práctica pos-narrativa de la orientación histórica.

Para la didáctica de la historia este elemento pos-narrativo posee un significado especial: la competencia narrativa como principal meta de aprendizaje incluye la facultad de aplicar las experiencias, interpretaciones y orientaciones a contextos de acción no-narrativos; simplemente: aplicarlas en la vida real. Aquí podría desglosarse el guión ominoso utilizado arriba en la combinación de palabras histórico-político en cuanto a su tipo de racionalidad y ponerse en práctica por medio de estrategias de la enseñanza y del aprendizaje de la historia.

---

[197] *Tucídides, I, 22.*
[198] *Kant, Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht A 404.*
[199] *Kant, Der Streit der Fakultäten A 143ss.*

Finalmente, debe preguntarse por los aspectos no-narrativos que aplican en el criterio de sentido utilizado en el caso de la formación del sentido histórico; y la respuesta es afirmativa: los criterios decisivos del sentido de la narración histórica pueden regular en su forma no-narrativa la narración histórica. Incluso, a menudo aparecen en esta forma. Tomemos el ejemplo de los tres criterios de validez diferenciados por Habermas (cognitivos, morales-prácticos y expresivos) que constituyen los tres tipos de racionalidad: el cognitivo, el moral y el estético. En la narración histórica, los tres desempeñan el papel de la garantía del sentido de la historia narrada. Como principios de la validez racional, la verdad, la corrección y la veracidad, en cambio, no se constituyen de modo narrativo; pues su relación con la racionalidad narrativa definida por ellas, tiene un estatus meta-narrativo. Lo mismo puede constarse para los criterios de la razón de la racionalidad formal, para la razón práctica de normas universales y para el principio del reconocimiento como regulativos superiores en el tratamiento histórico de la diferencia cultural; esto es, los aspectos clave para los alcances actuales de la formación del sentido histórico.

Las formas pre-modernas del sentido histórico ya se habían constituido de modo meta-narrativo. Por ejemplo, en las estrategias de la formación del sentido de una teología histórica, el *telos* de la historia que garantiza el sentido es un elemento meta-narrativo. Ya he mencionado, que la formación ejemplar del sentido histórico se dirige por reglas de acción trastemporales que no tienen un carácter narrativo.[200] Como criterio ejemplar del sentido, el principio del juicio tiene un estatus meta-narrativo, principio que aplica reglas a casos, genera reglas a partir de casos y orienta la acción por medio de reglas en el sentido de la *prudentia* (φρονησισ). Parecido es el caso del criterio del sentido decisivo de la formación del sentido crítico: la negatividad es meta-narrativa. La formación del sentido genético, empero, se basa en un criterio de sentido que contiene temporalidad, y así, está dispuesta de modo narrativo. Por ello, puede entenderse la imposición de este tipo de la formación del sentido (por ejemplo, la modernización del

---

[200] *Acerca de los tipos de formación del sentido en la narración histórica* cf.*: Jörn Rüsen: Die vier Typen des historischen Erzählens, en:* idem*: Zeit und Sinn (*op. cit.*), pp. 153-230.*

pensamiento histórico) como temporalización·de la historia (algunos hablan expresamente de la historización[201]). A eso corresponde la prueba empírica de que con la imposición del tipo narrativo genético predomina la representación sobre los otros tipos (por ejemplo, el tipo catequístico, en forma de cuadro o lemático) en la historiografía.[202]

Junto con esta temporalidad interior, el criterio de sentido de la narración histórica adquiere un estatus narrativo; esto no significa que con él, los elementos meta-narrativos y los factores del nivel constitutivo del sentido histórico pierdan su validez. Al contrario,_dichos criterios de validez meta-narrativos del universalismo moral, del reconocimiento intercultural, de la legitimidad política y de la calidad estética de la presentación y de la coherencia imaginativa adquieren el estatus de condiciones necesarias de la validez y del potencial de convencer en la narración histórica durante el mismo proceso de la modernización, en el cual se vuelve dominante el tipo genético de la formación del sentido.[203] La razón de la narración —una prueba decisiva del sentido histórico— queda vinculada a criterios meta-narrativos; y solamente en conjunto con éstos —en la combinación compleja del tipo de la racionalidad narrativa— puede ser detectada y explicada; así puede hacerse vigente en la práctica de la investigación histórica y de la historia escrita, así como en la representación pública de la historia.

---

[201] *Oexle emplea el término historismo para el tipo de pensamiento histórico que predomina generalmente a la modernidad.* Cf.*: Otto Gerhard Oexle: Meineckes Historismus. Über Kontext und Folgen einer Definition, en Oexle y Rüsen (Eds.): Historismus in den Kulturwissenschaften (*op. cit.*), pp. 139-199. Por mi parte, originalmente llamé historista al tipo de formación del sentido genético (Geschichte und Norm – Wahrheitskriterien der historischen Erkenntnis, en; W. Oelmüller (Ed.): Normen und Geschichte. Paderborn 1979, pp. 110-139). Sin embargo, por razones de la historia de la ciencia, considero más convincente limitar los alcances del término historista a la época del pensamiento del pensamiento histórico moderno.*

[202] *Pandel: Historik und Didaktik (*op. cit.*), pp. 26s.*

[203] *Acerca del problema del sentido en la narración histórica en la modernidad* cf.*: Jörn Rüsen: Historische Orientierung (*op. cit.*), pp. 229ss.*

NARRAR LO INENARRABLE

La narración histórica tiene que negarse a sí misma, superarse en cuanto narración, para poder convencer como formación del sentido histórico en el horizonte de la experiencia moderna del tiempo. Únicamente si la configuración narrativa del sentido de una historia hace visible y perceptible la ausencia, la carencia y la negación del sentido en los conjuntos de las experiencias del pasado, la narración histórica convence en la actualidad. Una historia es una mentira, si en el medio de la experiencia histórica, muestra sin rompimientos un sentido en la constitución temporal del mundo humano y del ser humano de modo que la historia representada tenga una configuración del sentido cerrada. No puede argumentarse de otra manera en consideración de la experiencia del sinsentido del siglo XX cuya expresión más radical y más típica es el Holocausto.

Para el pensamiento histórico en general, pero también para el tratamiento interpretativo del Holocausto en particular, sería fatal, si se limitara la deficiencia del sentido —el sinsentido— de la experiencia histórica al Holocausto, del cual se deduce dicha deficiencia. El Holocausto obtendría el estatus deshistorizado cuasi-mítico con el cual adquiriría un significado parecido a la religión (precisamente el de una fundación del sentido[204] que podría compararse con la teología) y mediante este peligroso potencial cultural, serviría para la orientación política.[205] El Holocausto simboliza una experiencia límite de la calidad general al hacer presente el pasado por medio de la interpretación, el eclipse del sentido histórico, los escombros en la extensión temporal del pasado en el presente.[206]

---

[204] *Acerca de las posibilidades y los límites* cf.*: Christoph Münz: Die Welt ein Gleichnis geben. Geschichtstheologisches Denken im Judentum nach Auschwitz. Gütersloh 1995.*
[205] *Un ejemplo actual para la problemática de cómo se instrumentaliza el Holocausto para fines políticos de la formación de identidad es el libro de Goldhagen.* Cf.*: Gulie Ne'eman Arad: Ein amerikanischer Alptraum. Zum kulturellen Kontext von Daniel Goldhagens "Hitler's Willing Executioners", en: Frankfurter Rundschau, 14 de mayo 1996.*
[206] "El ángel de la historia debe tener este aspecto. Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar". Walter Benjamin, Tesis sobre la historia y otros fragmentos, Bolivar Echeverría (trad. y ed), Contrahistorias. México 2005, p. 23.

El Holocausto simboliza pues una calidad de experiencia en la tensión temporal entre pasado y presente que debe elaborarse por medio de una la formación del sentido narrativa especial. Aún no existe la forma narrativa historiográfica que alcance esto. En sus formas paradigmáticas del siglo XX (por ejemplo en Kafka), la literatura narrativa ejemplifica cómo se vislumbra la ausencia del sentido en una modalidad estética. Sin embargo, es una pregunta abierta cómo puede realizarse una dialéctica negativa de la formación del sentido en la especificidad de la narración histórica. Si los procedimientos mentales y las prácticas culturales de la formación de sentido deben operar a la altura de la experiencia histórica del siglo XX, dicha pregunta es obligatoria por el precepto objetivo de un pasado que nos (des-)contextualiza mediante el terror de su sinsentido traumático antes de que iniciemos el tratamiento de ella por medio de procedimientos y prácticas interpretativas. La reflexión acerca del paradigma de la formación del sentido histórico puede servir para explicar este precepto y hacerlo plausible en cuanto a los regulativos del pensamiento histórico y de la historia escrita.

De este modo, el sinsentido se volvió un aspecto de la razón histórica. ¿Qué significa eso? Sería equívoco, si en términos de la teoría de la história, se concluyese sobre las experiencias terroríficas del siglo XX que (ya) no existiera ningún sentido de la historia. Así se volvería obsoleto cualquier pensamiento histórico y cualquier apropiación interpretativa de la experiencia del pasado para fines de la orientación en el presente. La experiencia del sinsentido, que el pensamiento histórico tiene que enfrentar, consumiría a este pensamiento y la orientación temporal de la práctica vivencial humana se hundiría en obsesión ciega.

El sinsentido como elemento de la razón histórica se refiere a otra cosa: el sentido potencial de hacer presente el pasado como historia debe sostenerse férreamente; esto debe suceder de modo que el sentido vislumbrado y encarnado en la configuración narrativa de una historia, sentido del tiempo como factor de orientación de la práctica vivencial humana, aparezca plausible más allá de los límites de la experiencia e incluso aparezca en contraposición a la experiencia histórica. El sentido adquiriría la signatura empírica y lógica de la ausencia y la carencia, y de este modo sería más que nada. Por el contrario, al trascender la experiencia de los conjuntos de los recuerdos del pasado ganaría una fuerza utópica dirigida hacia el futuro al hacer presente el pasado. Con ello, no me refiero a una perspectiva para la acción que se realice por medio de la intervención activa en el mundo, sino me refiero a la posibilidad de cargar de sentido las

acciones humanas, potencial trascendente, más allá de la experiencia, que solamente así se integra en las determinaciones de la acción. A éstas las provee con la fuerza de aguantar y resistir en el contexto del sinsentido realizado por medio de la experiencia y de la interpretación.

La narración histórica puede tomar en cuenta esta dialéctica negativa de la formación del sentido por medio de una modalidad narrativa, el rechazo y la inversión de estrategias narrativas convencionales que transciendan la experiencia en la historia y el aumento de la reflexividad en la modalidad narrativa que indique los alcances limitados de los criterios de sentido empleados.

Junto con esta integración de la inenarrabilidad de la historia como condición de la narración histórica, la razón histórica se vuelve modesta y capaz de dedicarse a otros ámbitos, más allá de sí misma. Ella abre la perspectiva histórica hacia el inconsciente y dirige su relación con la experiencia hacia los excedentes del sentido de las acciones humanas que se ubican más allá de la experiencia. Al principio de la diferencia, de la multiplicidad, de la particularidad y de la negatividad, le otorga una fuerza regulativa en la interpretación del pasado, que antes carecía en sus conceptos modernos de la razón histórica, la identidad coherente, la universalidad del desarrollo y de la posibilidad de cumplir con los preceptos del sentido (por ejemplo en la categoría del progreso).

Con estos puntos de vista sobre la razón histórica, la didáctica de la historia entra en problemas. Uno de los objetivos más importantes del aprendizaje histórico consiste en capacitar a personas para el tratamiento competente con la experiencia histórica y ofrecer posibilidades de interpretación y de orientación. Por algo, el aprendizaje debe hacer posible la capacidad autónoma de experimentar, interpretar y orientar. Para el desarrollo de dichas competencias, es indispensable confiar en las posibilidades de hacer presente el pasado como historia cargada de sentido y de desplegar su fuerza orientadora en el presente. Podríamos hablar de una confianza histórica original sin la cual la dimensión del sentido del pasado perceptivo, interpretativo, orientador y motivador sería inalcanzable e inefable. Entonces ¿no se destruye esta confianza original, si las deficiencias del sentido y el sinsentido deben constituir sustancialmente el sentido histórico? Sin lugar a dudas, esta es una de las preguntas clave de la llamada educación sobre el Holocausto, pero al mismo tiempo es más: una pregunta fundamental de la didáctica de la historia.

Todavía no encuentro una respuesta contundente. A modo de una aproximación, podríamos argumentar de este modo: el aprendizaje histórico tiene que crear la capacidad de tratar a la historia con sentido. A todas luces, eso significa que a lo largo de este tratamiento, debe generarse y fomentarse una confianza original en los procesos mentales de la percepción, la interpretación, la orientación y la motivación: el sujeto tiene que estar seguro de sí mismo apropiándose de las experiencias del pasado por medio de la interpretación y para la comprensión de su presente y el esbozo de una perspectiva de su futuro. La experiencia del sinsentido y la formación del sentido negativo únicamente pueden darse sobre esta base. En caso de ubicar ambos procesos ahí donde la confianza original arraiga en la competencia propia de la interpretación temporal y en los preceptos del sentido del pasado que debe interpretarse como historia, no se produciría un tratamiento de la historia que sirviese a la vida. El aprendizaje histórico y también la representación pública de la historia tienen que retomar los límites del sentido y el fracaso de la formación del sentido sobre esta base, sin destruirlos. Esto es posible únicamente por medio de la reflexión de los criterios del sentido, de los patrones de interpretación y procedimientos de la misma formación del sentido; es decir, sólo cuando la reflexión sea racional. Percibir las limitaciones propias sería una credencial fidedigna de la razón de esta racionalidad.

RAZÓN

Las reflexiones acerca del paradigma narrativo, que activa potenciales de la razón en el pensamiento histórico no es un aditamento a este pensamiento sino un momento propio del mismo. ¿Cuál es la relación entre racionalidad y razón? La razón es más que la racionalidad, pero sin ésta no es nada. ¿Qué significa que es más? La razón es un conocimiento de los *modi operandi* de la argumentación racional y al mismo tiempo es la capacidad de sintetizar de modo coherente los diferentes tipos de racionalidad que participan en el pensamiento histórico sin que se uniformen y pierden su diversidad. Es razonable hacer vigentes las tensiones entre diferentes tipos de racionalidad del pensamiento histórico en la racionalidad del pensamiento histórico. La razón es "transición" (Wolfgang Welsch) de una modalidad de argumentar a otra; de la relación

con la experiencia a la relación con la práctica; de los elementos no-narrativos a elementos narrativos de la formación del sentido histórico.

Únicamente es razonable una racionalidad histórica que se tematice a sí misma y tenga consciencia sobre sí misma. Sólo mediante esta auto-ilustración consciente, los criterios constitutivos de la narración histórica (y los límites de su aplicación) se vuelven visibles y con ello, se vuelven negociables, decibles y perceptibles en contextos argumentativos. La racionalidad se vuelve reflexivamente sensata y por ello, razonable. Se hacen vigentes procesualmente las diferencias y las divergencias de los factores y de las modalidades del acceso a la experiencia del pasado, de la abertura de perspectivas sobre la experiencia, su interpretación y la aplicación de las configuraciones del sentido histórico adquiridas por medio de la interpretación de acuerdo con las necesidades de orientación de las prácticas vivenciales. Desde luego, esto no funciona de modo arbitrario sino solamente de modo que los potenciales del sentido se potencian en su relación mutua mientras que los diferentes ámbitos de vigencia de los criterios del sentido se mantengan diferenciados e interrelacionados. De este modo, puede y debe generarse la coherencia; también y sobre todo, si se trata de conservar el sentido propio de lo estético, lo político, lo cognitivo y otros ámbitos y aspectos del sentido. La razón entrelaza estos ámbitos, sin que se desdibujen los límites entre ellos. Ella mediatiza y sintetiza; así potencia la coherencia y la diferencia.[207]

---

[207] *Tradicionalmente este modo de la razón se llamó dialéctica. Wolfgang Welsch lo llama transversal, aunque la cercanía de la dialéctica es evidente. Incluso Welsch utiliza los términos dialéctico y transversal como sinónimos (*op. cit.*), p. 897.*

4. NARRACIÓN Y OBJETIVIDAD EN LAS CIENCIAS DE LA HISTORIA

La verdad científica es válida precisamente para aquellos que buscan la verdad.

Max Weber[208]

EL PROBLEMA

En las ciencias de la historia, narrativa y objetividad aparecen como aspectos contradictorios. La categoría de narrativa aproxima las ciencias de la historia y la literatura; revelando el carácter literario de la historiografía a través de principios y procedimientos lingüísticos. Éstos constituyen la historia como representación del sentido y significado del pasado en la práctica cultural de la memoria histórica. Por otra parte, la categoría de objetividad revela cierto modo del conocimiento histórico, acumulado por medio de procesos metódicos de investigación a los que la objetividad ha dotado de validez por encima de significados arbitrarios.

El discurso meta-histórico aquí propuesto es sustentado sobre principios del pensamiento histórico e historiográfico como objetividad y narrativa. Los principios pueden ordenarse históricamente conforme a las siguientes yuxtaposiciones: en la retórica de la tradición pre-moderna el debate sobre el trabajo de los historiadores consistía en una práctica narrativa y literaria orientada por pretensiones de veracidad. Sin embargo, en el proceso moderno de racionalización que hizo de la historia una disciplina académica, dichas pretensiones se organizaron dentro de un conjunto de normas, destinadas a garantizar la objetividad. De tal modo, la objetividad se erigió como forma de validez general del conocimiento histórico, con base en su relación con la experiencia del pasado y en la validez del tratamiento cognitivo de dicha experiencia.

---

[208] *Max Weber: Sociological Writings, Wolf Heydebrand (Ed.). New York 1994, p. 259.*

La argumentación posmoderna ha criticado esta actitud, que denota falsa conciencia, que oculta los procesos lingüísticos de la narrativa que constituyen la naturaleza distintiva de la historia como constructo mental de la representación del pasado en los propósitos culturales de la vida cotidiana.

El discurso pre-moderno enfatizaba las relaciones entre los historiadores y sus audiencias; se sustentaba sobre principios morales que restituían la validez del pasado en el presente y moldeaban su representación en un mensaje moral que daba a sus destinatarios entendimiento y manejo de las reglas para la vida práctica.

En la etapa moderna, la argumentación de la historia criticó esta actitud moralista y dio énfasis en las relaciones entre historiadores y experiencias del pasado conforme a la fuente material en que se sustentaban. De ahí surgió la meta-historia que puso de manifiesto la competencia de los historiadores profesionales al revelar la racionalidad histórica conforme al método. Ya los afamados términos de Ranke señalan un cambio de interés en la autoconciencia de las ciencias de la historia: "Se ha dado a la historia la función de juzgar el pasado, de instruir al hombre para beneficiarse de ello en el porvenir. El presente esfuerzo no aspira a semejante tarea. Sencillamente intenta mostrar cómo sucedieron las cosas".[209]

Con el arribo de las ciencias de la historia a la categoría de disciplina académica y con sus reclamos de parámetros científicos para el conocimiento histórico, la meta-historia logró desempeñar una doble función: legitimó el carácter académico de la profesión de historiador, enfatizando la naturaleza "científica" que el conocimiento histórico había alcanzado a través de la investigación, y al mismo tiempo, subrayó la característica distintiva de la disciplina para diferenciarla de otras, principalmente del ámbito de las ciencias naturales. A pesar de muchos intentos por reorganizar a las ciencias de la historia conforme al paradigma de las ciencias naturales, la mayoría de los historiadores ha cultivado una autocomprensión como académicos y una percepción de su disciplina con énfasis en la peculiaridad del pensamiento histórico. El principio de la narratividad encontró una coyuntura favorable en la meta-historia, como criterio para distinguir su diferente estrategia de explicación, diferente a una lógica centrada en leyes (*Gesetzmäßigkeit*).

---

[209] *Ranke, en Iggers y Moltke (Eds.): Theory and Practice, p. 137. (Ranke, Geschichten, p. VII.).*

Esta nueva reflexión sobre la forma narrativa del pensamiento histórico ha generado una pérdida radical de objetividad en la tradición moderna de las ciencias de la historia. Los historiadores profesionales se incomodaron frente a la reflexión meta-histórica sobre la narrativa de sus representaciones cognitivas. Aunque incapaces de sustituir este principio distintivo por algún otro que pudiera legitimar el abordaje histórico científico y la especificidad metodológica de la cognición y del pensamiento histórico, no están convencidos de que los progresos de su trabajo académico sean suficientemente reconocidos en el tratamiento meta-histórico de la narrativa histórica.

Así, la situación actual de las ciencias de la historia puede describirse como afectada por una relación poco clara; por una parte, el rigor meta-histórico de la narrativa como principio del pensamiento histórico, lógicamente evita la objetividad científica de la representación del pasado como historia. Por otra parte, existen aún procedimientos y actitudes académicas bien establecidas de historiadores profesionales, que los habilitan para continuar con su labor en la investigación e historiografía de alto compromiso con una racionalidad metódica. La racionalidad del método aporta el conocimiento alcanzado por la investigación y es presentada como historiografía con pretensiones de objetividad.

En este capítulo intentaré conciliar ambas actitudes. Seguiré primero la argumentación que enfatiza la estructura narrativa del conocimiento histórico, como una crítica a concepciones inadecuadas de objetividad histórica. En un segundo paso, intentaré demostrar que la objetividad histórica podría recobrar sus derechos y podría también ser explicada y legitimada en el marco de la teoría sustentada en la narrativa de las ciencias de la historia.

¿QUÉ ES LA OBJETIVIDAD?

La objetividad es una marca de límite en la interpretación histórica.[210] Es un criterio de validez que hace plausibles tanto el pensamiento histórico como la historiografía. Se

[210] *Cf. Rüsen: Historische Vernunft, pp. 85ss.;* idem*: Studies in Metahistory, pp. 49ss; Allan Megill (Ed.): Rethinking Objectivity I, II (Annals of Scholarship, vol. 8, no 3-4, vol. 9, no 1-2).*

trata de cierto reclamo de veracidad estrechamente vinculado con la racionalización del pensamiento histórico y con su carácter académico, por no decir científico. Lo verdadero, siempre ha sido un compromiso de la historiografía.

En tiempos de la tradición retórica pre-moderna de la meta-historia, la verdad era concebida y prescrita como la actitud moral de los historiadores y era el principio retórico de su historiografía. Constituía el argumento en contra de prejuicios y deformaciones de las perspectivas históricas, pues era parcial en su apoyo a uno de los lados, a una de las facciones, o de los actores del pasado que representaba, y estaba orientada en contra del uso de elementos de ficción para representar el pasado. De ahí establecer la verdad respecto del pasado simplemente se reducía a una discusión entre historiadores. Los límites de la interpretación eran establecidos por normas morales que actuaban como parámetros del trabajo historiográfico, de la comprensión del pasado y de la aplicación del conocimiento que de ahí derivara a asuntos cotidianos de la vida y para nutrir las perspectivas de futuro. En el libro sobre *Cómo escribir la historia* el griego Luciano de Samosata dice que la historia tiene un solo propósito y una tarea: ser útil, por lo que el escritor sólo cumple con dicho objetivo cuando escribe con la verdad.[211] Esta utilidad de la historia, generada desde su compromiso con la veracidad, es moral: *historia vitae magistra*. La historia enseña las reglas de la vida a través de la experiencia acumulada, mucho más allá del término de una sola vida humana. La representación histórica debe conducir hacia la prudencia (φρονησις, σωφροσυνη), por ejemplo, para organizar la vida cotidiana práctica conforme a normas generales derivadas de la experiencia acumulada (en breve: competencia de normas). La historia puede producir esta competencia pragmática y moral por medio de la organización de la experiencia del pasado en forma narrativa que contiene el mensaje de reglas general y principios de la actividad humana. La pretensión de verdad es necesaria para sostener esta relación con la experiencia.

El paradigma de dicha relación reside en la sabiduría de los mayores: puesto que ellos han incorporado en sus mentes la cantidad de experiencia correspondiente al camino recorrido en la vida; por tanto, están calificados para orientar la vida cotidiana en su grupo social. La relación de pasado y presente, por tanto, orienta el entendimiento y manejo de problemas prácticos con el conocimiento que en asuntos humanos brinda la

---

[211] *Lukian: Wie man Geschichte schreiben soll, H. Homeyer (Ed.). München 1965, § 9, p. 107.*

experiencia acumulada de vida. La historia es observada como fuerza conductora de la vida, y el historiador es el experto que registra la experiencia acumulada en los archivos de la memoria colectiva. De este modo, la historia podría definirse como lo hace Viperano en el discurso humanista: "*rerum gestarum ad docendum usum rerum syncera illustrisque narratio*" ("narrativa ligera y auténtica de las actividades humanas, realizada con el propósito de enseñar su manejo").[212]

La objetividad, en cambio, es muy diferente, pues implica explicar la relación entre representación histórica y experiencia del pasado. En la ya citada aseveración de Ranke se establecía claramente que esta relación no se realiza básicamente conforme al principio moral de la prudencia (competencia de reglas) sino a través del principio metódico de investigación como procedimiento para la cognición. Este cambio fundamental en la concepción de las pretensiones de veracidad en la historiografía, forma parte de una reorientación estructural del pensamiento histórico que ocurrió desde el siglo XVIII.[213] Entonces comenzó la modernización del pensamiento histórico a partir de dos principios: a) una nueva categoría de historia, entendida como cambio temporal del mundo humano que incluía virtualmente al presente y al futuro y b) la racionalidad del método como una estrategia de la cognición en relación con la experiencia del pasado. La nueva categoría de "la historia" define el objeto del pensamiento histórico y la historiografía como un ámbito específico del mundo real dentro de las dimensiones del tiempo: la historia es el universo humano real dentro de las dimensiones del tiempo. Más que una simple narrativa, se trata de una prefiguración del mundo que permite a los historiadores presentar el pasado en forma de relato. La objetividad, por llamarla de algún modo, que se expresó como *prudentia* en relatos veraces en tiempos pre-modernos, se ha convertido en una realidad apriorística del mismo universo humano.

---

[212] *Eckhard Kessler: Theoretiker humanistischer Geschichtsschreibung. München 1971, p. 19, nota 57; Viperano: De poetica libri tres (Poetiken des Cinquecento 10). München 1967, I, 7 a, p. 13, pp. 10 ss;* Cf.*: La introdución excelente de Kessler: Geschichte, menschliche Praxis oder kritische Wissenschaft? Zur Theorie humanistischer Geschichtsschreibung, en:* op. cit.*, pp.7-47;* idem*: Das rhetorische Modell der Historiographie, en Das rhetorische Modell der Historiographie. Formen der Geschichtsschreibung, Reinhart Koselleck, Heinrich Lutz, Jörn Rüsen (Eds.), (Beiträge zur Historik, vol. 4). München 1982, pp. 37-85.*

[213] Cf.*: Jörn Rüsen:Konfigurationen des Historismus, pp. 45ss; Koselleck: Historia magistra vitae, p. 38; Horst Walter Blanke: Historiographiegeschichte als Historik (Fundamenta Historica, vol. 3), Stuttgart-Bad Cannstatt 1991; Wolfgang Küttler, Jörn Rüsen, Ernst Schulin (Eds.): Geschichtsdiskurs, vol. 2: Anfänge modernen historischen Denkens. Frankfurt am Main 1994.*

El veredicto de Ranke, que expresa esta pretensión de objetividad, presupone cierta filosofía de la historia: la historia es una realidad del mundo temporal, una relación interna de cambios temporales en el modelo preestablecido de la experiencia de los historiadores. El historiador debe representar esta estructura preestablecida del mundo en su historiografía donde indica, "cómo realmente ha sucedido". Dicha realidad va más allá de una secuencia de sucesos y cambios ocurridos en el pasado como lo reportan los materiales de las fuentes; se trata de un sentido que se construye en el interior. Esta historia "real" debe ser analizada por historiadores profesionales a través de un proceso cognitivo en la investigación metódica de las fuentes.

La secuencia temporal de eventos y cambios del pasado manifiesta la estructura profunda del mundo humano. Esta estructura conocida como "la historia", se realiza a través de las llamadas "tendencias del cambio temporal del mundo",[214] la fuerza motriz que ontológicamente constituye la realidad de la historia. Y esta realidad en la experiencia histórica puede ser descubierta en los rincones del pasado a través de la investigación metodológica. Por tanto, la categoría de historia y la racionalidad de la investigación histórica están estrechamente relacionadas: la primera representa a la precondición ontológica del procedimiento cognitivo de la última. El prestigio de la petición de objetividad, con que los historiadores ejercían la profesión como ministros-sacerdotes de la nación,[215] se basaba en la confianza semi-religiosa y metafísica de que a través de ciertos procesos racionales la mente es capaz de revelar la historia, como si ésta fuera la estructura real del mundo, a través de sucesos y cambios del pasado.[216]

El célebre ensayo titulado "Sobre la labor de los historiadores" (1821), de Wilhelm von Humboldt,[217] es un documento representativo de esta petición de

---

[214] Cf.*: Wilhelm von Humboldt: Betrachtungen über die bewegenden Ursachen der Weltgeschichte, en* idem*: Schriften zur Anthropologie und Geschichte (Werke in fünf Bänden), Andreas Flitner, Klaus Giel (Eds.). Darmstadt 1960, pp. 578-584 [Akademieausgabe II, pp. 360-366]).*

[215] *Wolfgang Weber: Priester der Clio. Historisch-sozialwissenschaftliche Studien zur Herkunft und Karriere deutscher Historiker 1800-1970, 2ª Ed. Frankfurt am Main 1987.*

[216] Cf. *Jörn Rüsen: Historische Methode und religiöser Sinn - Vorüberlegungen zu einer Dialektik der Rationalisierung des historischen Denkens in der Moderne, in Wolfgang Küttler, Jörn Rüsen, Ernst Schulin (Eds.): Geschichtsdiskurs, vol. 2: Anfänge modernen historischen Denkens. Frankfurt am Main 1994. pp. 344-380.*

[217] *Wihelm von Humboldt: Über die Aufgabe des Geschichtschreibers, en* idem*: Werke in fünf Bänden, Andreas Flitner, Klaus Giel (Eds.), vol. 1: Schriften zur Anthropologie und Geschichte. Darmstadt 1960, pp. 585-606 (Gesammelte Schriften [Akademie-Ausgabe] IV, pp. 35-56);*

objetividad. El autor expresa la concepción historicista de la objetividad como una fusión entre el intelecto que interroga y el objeto de su indagación.[218] Tal fusión postula la historia como objeto de estudio del pensamiento histórico –la realidad temporal del mundo humano constituido ontológicamente por el trabajo de las fuerzas mentales (ideas) que trabajan a través de la intencionalidad (*Sinnbestimmtheit*) de la actividad humana. La tendencia de satisfacer a sus intereses cognitivos, mueve a la mente humana a través de avances cognitivos hacia la experiencia del pasado. Por tanto, el pensamiento de cognición, relativo a la experiencia, forma parte del pensamiento sobre la realidad, como preestablecida por la experiencia. Los intereses de la cognición son también tendencias que a su vez constituyen la historia como objeto de estudio de la cognición. Podría decirse que la historia misma habla a través del historiador, que la historiografía representa la realidad interna de la historia como forma preestablecida e integral de la vida. Esto significa el término objetividad. Su base epistemológica, según Humboldt, es “una congruencia original y precedente entre sujeto y objeto”.[219] La investigación como proceso cognitivo está basada en dicha congruencia, que orienta a los historiadores cuando abordan la experiencia del pasado que se encuentra presente en los reductos de los materiales de la fuente, de tal modo que la realidad histórica es revelada por ellos.

Aquí pueden observarse las implicaciones filosóficas de este tipo de objetividad histórica. Lo anterior marca claramente los límites de la interpretación al tratar los materiales de la fuente conforme a las normas de la investigación y, al mismo tiempo, al aplicar el concepto de historia como movimiento temporal en el mundo constituido por las tendencias de pensamiento de la actividad humana. Dotado de esta petición de objetividad, el conocimiento histórico podría actuar principalmente como orientador de la práctica política, pues presupone la lectura de una perspectiva para el futuro en línea con la dirección de los cambios ocurridos en el pasado[220] a lo largo del tiempo así como

---

traudcción inglesa en History and Theory 6 (1967), pp. 57-71; también en: Ranke en Iggers y Moltke, (Eds.), Theory and Practice pp. 5-23.

[218] *Ranke in Iggers y Moltke (Eds.): Theory and Practice, p. 8*

[219] *Ranke in Iggers y Moltke (Eds.): Theory and Practice, p. 15, pp. 596ss.*

[220] *Una fuente clave sobre esta función práctica de la objetividad histórica (incluso, podría hablarse de su carácter ideológico) es la cátedra inaugural de Ranke: Über die Verwandtschaft und den Unterschied der Historie und der Politik (Sämtliche Werke, vol. 24). Leipzig 1877, pp. 280-293.*

la identidad colectiva de la población a la que va dirigida con base en las tendencias de pensamiento de la historia.

LA NARRATIVA COMO OBJECIÓN CONTRA LA OBJETIVIDAD

Aun en el contexto de la concepción objetivista de la cognición histórica, siempre se ha reconocido la existencia de elementos constitutivos de subjetividad que se oponen a la simple materialización del carácter de la historia. Muchos historiadores eran conscientes de la forma en que el trabajo académico se involucraba en la política, y hasta participaban deliberadamente en ella. Y no lo reconocían como aditamento a sus compromisos académicos sino como factor constitutivo de su historiografía misma, como elemento formativo de la estructura cognitiva interna, y como indisociable de la racionalidad metodológica de su disciplina. El término con el cual se discutió y se objetó esta carencia de objetividad era parcialidad. Droysen polemizó contra la "castrante objetividad"[221] de las ciencias de la historia que trataban de ser neutrales ante luchas de la identidad colectiva, (primordialmente nacionales) en los que la historiografía podía construir una argumentación sustantiva. Lo mismo puede decirse de Sybel, Gervinus y otros.[222] No veían el compromiso y la parcialidad de los historiadores en las luchas políticas por configurar una identidad colectiva a través de actos de conmemoración como algo opuesto a la objetividad; al contrario, se consideraba eso como condición necesaria de la objetividad histórica. Se trata del punto de vista del historiador dentro de las luchas políticas de su tiempo, punto que abre una perspectiva desde la cual, las más fuertes tendencias del pensamiento que constituyen la historia como forma específica de la realidad humana, se tornaban en elementos asequibles, visibles, y por tanto era posible revelarlos mediante una aproximación cognitiva.

---

[221] *Droysen: Historik, p. 236.*

[222] *Heinrich von Sybel: Über den Stand der neueren deutschen Geschichtsschreibung (1856), en* idem*: Kleine historische Schriften. München 1863, pp. 343-359; Georg Gottfried Gervinus: Grundzüge der Historik (1837), en* idem*: Schriften zur Literatur, (Ed.) G. Erler. Berlin,1962, pp. 49-103;* cf.*: Jörn Rüsen: Der Historiker als Parteimann des Schicksals - Georg Gottfried Gervinus, en* idem*: Konfigurationen des Historismus, pp. 157-225.*

La idea de que la objetividad se constituye con base en parcialidades, es congruente con la filosofía idealista de la historia. Ésta identifica las corrientes de pensamiento dentro de los intereses históricos de los historiadores con las corrientes de pensamiento sobre la actividad humana que a su vez constituyen la historia como realidad temporal en la vida. El concepto marxista-leninista de objetividad a través de la parcialidad sigue una filosofía de la historia y una epistemología similar. La parcialidad de la lucha de clases es condición necesaria para el conocimiento objetivo de la sociedad en general y para su desarrollo histórico específico. Sin embargo, el punto central en ambos conceptos de objetividad es que no toda parcialidad conduce a la objetividad sino sólo la parcialidad reflejada, en la cual el historiador ocupa las habilidades cognitivas de la mente de una forma específica: debe generalizar su punto de vista, a modo de poder integrar en forma comprensiva diferentes intereses en conflicto. Consecuentemente, las diferentes perspectivas derivadas de diversos puntos de vista fueron integradas en una sola. De acuerdo con dicha perspectiva, el cambio del mundo en el pasado indica una dirección hacia el futuro. Dentro de esta perspectiva, la percepción total de la dirección del desarrollo habilita a los historiadores a transgredir el principio de lucha por el poder y a definirla bajo una orientación común. Para el concepto historicista clásico de las ciencias de la historia esta perspectiva se dio durante el nacionalismo, más o menos moderado por una idea de humanidad como principio de la comunicación internacional.

Por tanto, la cognición histórica podría verse como un procedimiento mental de dos fines: un fin objetivo vinculado con la experiencia del pasado, preestablecido en sus propios recursos como la fuente material y un fin subjetivo, relacionado con los problemas de la vida práctica. La garantía de objetividad reside en la crítica de las fuentes y la garantía de subjetividad en el compromiso del historiador con las luchas políticas por lograr identidad colectiva en el campo de la historia conmemorativa. La operación cognitiva de ambos sería mediada por la interpretación histórica. A través de la interpretación, la información consistente con la evidencia empírica sobre el pasado, logra su característica histórica y se integra a la estructura de pensamiento de una narración histórica, en la que opera como elemento de orientación cultural. Como parte del procedimiento, la interpretación toma el lugar de la objetividad, pues realiza la evidencia histórica en la cual la evidencia del pasado es relatada con propósito de orientar los problemas del presente, la interpretación aporta la subjetividad como un

trabajo constitutivo de cognición en la formación de dicha narración. Así, objetividad y subjetividad no son más que dos lados de la misma moneda.

Debido a la interpretación histórica, el procedimiento cognitivo decisivo para las ciencias de la historia se mantiene en la ambigüedad. Siempre han existido dos posiciones diferentes que intentan suprimir la ambigüedad:

a) Una posición objetivista que estructura la interpretación histórica usando una forma de conocimiento donde la subjetividad del historiador (por ejemplo su interés personal en el pasado) es transgredida por cierto concepto de la historia. Dicho concepto categoriza el cambio temporal y el desarrollo humano en el pasado como una entidad preconcebida que se revela por medio de la cognición, la cual resulta veraz, a pesar de cualquier punto de vista, interés práctico o parcialismo. Con frecuencia los historiadores usaban las estructuras cognitivas de esta historia objetivista partiendo de las ciencias sociales para compartir el prestigio cultural de seguir la lógica de las ciencias naturales. Con esta postura epistemológica creían pisar terreno seguro en cuanto al carácter científico de las ciencias de la historia. Como ejemplo de esta estrategia destaca el intento de Karl Lamprecht por superar el historicismo generando un nuevo concepto de la historia como ciencia social, al que se sumaron los esfuerzos de la primera Escuela de los Annales, por no mencionar los del marxismo y de otros positivismos por elevar la historia al rango de ciencia (*Erhebung der Geschichte in den Rang einer Wissenschaft*).[223]

b) Otra estrategia consiste en una reconstrucción epistemológica de los marcos de la interpretación histórica, que acepta estar sustentada en intereses y compromisos prácticos, y acepta la inevitable carga de subjetividad; sin embargo, enfatiza su normatividad metodológica y sus recursos teóricos como garantías de la validez intersubjetiva del conocimiento histórico. El ejemplo más conocido de esta estrategia lo proporciona la interpretación de Max Weber sobre objetividad y su metodología de tipos ideales.[224]

---

[223] *Una formulación conocida de Johann Gustav Droysen que sirve como título de su reseña de la* History of Civilization in England *de Thomas Buckles (Droysen: Historik, pp. 451ss.).*
[224] *Max Weber: Die "Objektivität" sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis, en* idem*: Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre. 3*[ra] *Ed., Johannes Winckelmann (Ed.). Tübingen 1968, pp. 146-214. (Traducción inglesa en Max Weber: The Methodology of the Social Sciences, Edward A. Shils and Henry A. Finch (Trads. y Eds.). New York 1949;*

El abordaje objetivo ha perdido credibilidad, pero no puede subestimarse su impacto ideológico: el interés subjetivo y la lucha política por el poder podían detectarse con facilidad en varias ideas de la historia reconstruida. La última retirada del objetivismo como idea constitutiva de las ciencias de la historia se hizo patente con el surgimiento de la narrativa meta-histórica como forma de conocimiento histórico y como procedimiento mental de la configuración de lo histórico. La narratividad es un concepto que explica la relación constitutiva entre el pensamiento histórico y las prácticas culturales de la memoria y de la identidad colectiva. Demuestra que la cognición histórica realiza su constitución específica en la vida práctica a través de su forma narrativa. Tiene que incluir información empírica, evidencia del pasado en una narración. Sólo así la información del pasado se vuelve histórica, y de esta manera el conocimiento histórico puede cumplir con sus funciones culturales.

El conocimiento histórico alcanzado a través del procedimiento cognitivo de la investigación metódica responde a calidades narrativas, comúnmente entendidas como negaciones categóricas de objetividad, entre ellas: la retrospectiva, la perspectiva, la selección y la particularidad.[225] A través de la retrospectiva, el abordaje de la evidencia empírica del pasado recibe influencia de las proyecciones del futuro que tienden a transgredir el horizonte de la experiencia del pasado. Podemos imaginar la retrospectiva del pensamiento histórico, como una puerta abierta, a través de la cual elementos no empíricos, intereses subjetivos, normas y valores, deseos y amenazas entran en la relación histórica establecida entre pasado y presente, e incluso, impactan en la estructura cognitiva orientados por el racionalismo metódico. La perspectiva forma parte de la relación constituida entre pasado y presente, y sustenta la visión histórica en problemas de orientación práctica referentes al tiempo del historiador. La perspectiva da cuenta de la interdependencia del sentido y significado históricos y el punto de vista de los historiadores inmersos en la vida social de su tiempo. La selección se refiere a las consecuencias de la retrospección y de la perspectiva para el contenido empírico del conocimiento histórico. Sólo cierto tipo de información relacionada con la fuente resulta

---

parcialmente en: Max Weber: "Objectivity" in Social Science, en idem*: Sociological Writings, Wolf Heydebrand (Ed.). New York 1994, pp. 248-259.*

[225] Cf.*: Klaus Füßmann: Historische Formungen. Dimensionen der Geschichtsdarstellung, en: Klaus Füßmann, Heinrich Theodor Grütter, Jörn Rüsen (Eds.): Historische Faszination. Geschichtskultur heute. Köln 1994, pp. 27-44, esp. pp. 32-35.*

relevante para la investigación, específicamente la que confronta al sentido aportado desde la subjetividad, que es la significación del pasado en la orientación de los problemas del presente. El criterio de selección se configura con normas y valores que conforman el pasado con un sentido histórico, con significado y significación. Sólo con estas características puede reconocerse el sentido, el significado y la significación del pasado como historia. La particularidad refleja los límites del abordaje de la interpretación histórica en la evidencia empírica del pasado. Esencialmente relaciona el conocimiento histórico con el propósito de la construcción de la identidad a través de la memoria histórica. Como la identidad es lógicamente una entidad particular, siempre se diferenciará de los otros, el conocimiento histórico, un espejo creativo de formación identitaria, siempre es particular; por tanto demandará una pluralidad de acercamientos al pasado. Así se corresponde a la pluralidad de identidades y de dimensiones identitarias e intereses relacionados y a la diferenciación en la vida práctica.

Con la retrospección, la perspectiva, la selectividad y la particularidad, el conocimiento histórico se vuelve parte de un discurso cultural por el cual obtiene la diferenciación y la distinción a través de una producción esencial de orientación cultural entre los humanos. Lo anterior es especialmente cierto en cuanto a las relaciones sociales y la hegemonía política. Respecto de un principio de comunicación, cabe señalar que el conocimiento histórico se constituye como un elemento de este discurso cultural. Ése conforma el discurso académico como una parte de la lucha por el poder, trata del poder dando cuenta de los principios involucrados en la percepción e interpretación de los humanos en el espejo de la memoria histórica: en la vida cotidiana. Confrontada con esta integración inevitable de la historia en la vida; la objetividad histórica surge como su contrario, como un significado cultural en la lucha política por el poder en la simbolización de las tendencias de la cultura. Toda historia de la historiografía constituye una prueba empírica del papel que juegan las ciencias de la historia.[226]

Existe un término en el reciente discurso de la meta-historia, que marca la suplantación (el retiro) de la objetividad del área de las ciencias de la historia (al menos dentro de la perspectiva de la reflexión meta-histórica, respecto de sus principios

[226] *Peter Novick: That Noble Dream. The "Objectivity-Question" and the America Historical Profession. New York-Cambridge 1988.*

constitutivos). La ficción es un contra-concepto (antítesis) de la objetividad, en el contexto semántico de una epistemología positivista. La objetividad toma el lugar del atributo de solidez epistemológica, de información lograda a partir de una fuente material, a través del recurso de la crítica de las fuentes en el procedimiento de investigación. Esta información se compone con los llamados “hechos”. Estos establecen, en cierto lugar y tiempo, algo que sucedió de cierta forma y debido a ciertas causas. Un hecho responde a las preguntas de dónde, cuándo, cómo y por qué. Un hecho en sí no tiene sentido histórico, ni significado o significación. Alcanza dicho sentido histórico sólo dentro de una relación temporal y semántica con otros hechos. Esta relación se establece a través de la interpretación histórica. Para lograr esta historización, la interpretación histórica reúne los principios de sentido, significado y significación, los cuales tienen un estatus ontológico diferente partiendo de los hechos mismos. Al comparar la pura consignación de los hechos, contenida en las fuentes, existe algo que rebasa lo meramente fáctico en la relación con la narrativa temporal, que da a los hechos su calidad histórica. Para destacar esta diferencia se ocupa el término ficción. Como la interpretación genera la relación histórica entre los hechos en una forma narrativa, el procedimiento interpretativo se relaciona muy estrechamente con el empleado en la narración de un relato. Esto también se expresa a través del término ficción. Bajo esta categoría, dicho proceso generador de sentido de la interpretación histórica aparece como “un acto esencialmente poético” en el que se observa el mismo tipo de generación de sentido de la literatura y las bellas artes.[227]

De esta manera, la ficcionalidad delimita el estatus ontológico y epistemológico de dichos elementos en la historiografía y en el conocimiento histórico; elementos que no comparten lo meramente fáctico en la información de las fuentes. Este procedimiento de interpretación alcanza su sentido bajo el presupuesto incuestionable de una epistemología positivista. Además, confirma el concepto divulgado del método histórico, en el cual se reduce al mecanismo y a la técnica de la crítica de las fuentes. La operación mental mediante la cual la información de las fuentes se transforma en una secuencia narrativa con sentido y significación, ahora se ve explicada como una narración. Al cuestionar sus principios la meta-historia transgrede la metodología tradicional que se enfocaba en la objetividad, en la práctica y en la retórica de la

---

[227] *White: Metahistory, p. X.*

historiografía, y que ahora se centra en la subjetividad. Los principios constitutivos de la generación de sentido histórico, son principios de naturaleza estética y lingüística.

Esta poetización de la cognición histórica correspondía con una carencia de metodología por parte de la interpretación histórica. La meta-historia ocultó el hecho de que las ciencias de la historia aún recurren a un uso más o menos teórico, explicando el marco conceptual de interpretación conforme moldeaban los hechos en una relación histórica plena de sentido.[228] El acto poético incluye los procedimientos cognitivos comprometidos con las reglas del método de la investigación histórica. La nueva percepción de las estrategias lingüísticas que intentan extraer sentido de la historia llamó de nueva cuenta la atención de los historiadores hacia la escritura de la historia. La historiografía nunca ha sido totalmente abandonada por las ciencias de la historia, los cuales subrayan su demanda de objetividad, su auto-comprensión y prestigio como ciencia. Pero se la relacionó con el racionalismo metódico de la investigación histórica y así perdió su papel constitutivo en la generación de sentido al tratar con las experiencias del pasado. Ahora se ha invertido: los medios racionales de investigación parecen depender de procedimientos lingüísticos básicos en la generación de sentido al configurar la información de las fuentes dentro de una narrativa con sentido. ¿Cómo podríamos escapar de esta ambivalencia?

PARA ABORDAR UN NUEVO CONCEPTO DE OBJETIVIDAD

Para retomar las pretensiones de veracidad del pensamiento histórico se debe aclarar primero el significado de la objetividad. Dicho significado puede considerarse de dos formas: en el primero, la objetividad significa una relación constitutiva entre el pensamiento histórico y la realidad: dentro de la narrativa existe algo llamado la historia, la cual no puede ser inventada; es preestablecida y debe ser reconocida como tal por los historiadores. Los procedimientos racionales de la investigación histórica se basan en esta relación entre el pensamiento histórico y lo preestablecido a través de la experiencia por un objeto dado, con la interpretación histórica. La experiencia se toma

---

[228] Cf.*: Rüsen: Rekonstruktion der Vergangenheit.*

como uno de los límites de la interpretación; por ejemplo, la interpretación histórica no puede transgredir los límites de la experiencia cuando intenta establecer lo que sucedió en el pasado; es decir, el cuándo, dónde, cómo y por qué, de algo que sucedió. En su abordaje empírico del pasado, esta relación con la experiencia no evita del todo contribuciones subjetivas y constitutivas de generación de sentido por parte de los historiadores. Esta segunda acepción del sentido de objetividad incluye el lado subjetivo de la interpretación histórica e implica en sí misma una modalidad de subjetividad, como lo puede ser, la validez intersubjetiva de una interpretación histórica. Sin embargo, propiciar una sencilla comprensión de esta objetividad como intersubjetividad, no implica realizar una arbitraria interpretación histórica hecha al azar con los elementos subjetivos del sentido histórico, sino moldear la información de la fuente en una narrativa histórica significativa y con sentido, elementos que constituyen la historia como una relación sensible entre pasado y presente (que tiende a establecer relaciones con el futuro). Esta acepción de la objetividad trata la relación que la interpretación histórica sostiene con el discurso cultural y con la vida social, pues cada narrativa histórica se constituye dentro de ella, y a ella se dirige y desempeña un papel orientador esencial. La objetividad significa que la experiencia histórica puede interpretarse desde estas tres perspectivas, de modo que siempre habrá buenas razones para aceptar una narración histórica y desechar otra. La racionalidad que actúa como filtro señala el tema, pero existen principios de interpretación que comprometen a cada historiador conforme éste intenta llevar a cabo alguna narrativa histórica, cuya validez trasciende la deficiencia subjetiva en el sentido de arbitrariedad o de azar.

La pretensión de objetividad del sentido en la relación constitutiva con la experiencia histórica puede legitimarse fácilmente refiriendo a los procedimientos de investigación establecidos por las ciencias de la historia. Debe concederse que el método histórico no sólo es influido, sino que depende de un abordaje heurístico de la experiencia histórica que incluye elementos constitutivos de la subjetividad como sentido, significado y significación en las relaciones específicas entre pasado y presente. Aun así, la racionalidad metódica de la investigación tiene validez más allá de toda

duda, pues la información de las fuentes no debe perder su papel cognitivo como límite de la interpretación.[229]

En el caso de la subjetividad los elementos difieren; se discute la existencia de una metodología racional y rigurosa en los procedimientos mediante los cuales la información de las fuentes se vierte en una narrativa histórica significativa. Sin embargo, no debemos subestimar que haya innegables criterios de intersubjetividad que aportan consistencia a una narración histórica. Como condición necesaria para alcanzar la plausibilidad o la veracidad en una narrativa histórica, debe investigarse dicha consistencia en relación con los principios de intersubjetividad.

Es útil diferenciar los dos aspectos de la consistencia: coherencia teórica y coherencia práctica. La coherencia teórica es materia de los conceptos y de sus relaciones con la información obtenida de la fuente de los materiales. Las metáforas han sido elementos básicos en el discurso posmoderno de la meta-historia, pues transforman la experiencia del pasado en una historia significativa para el presente.[230] La metodología racional de las ciencias de la historia ha logrado una transformación, o mejor aun, una trasgresión de las metáforas convertidas en conceptos. A través de esta concepción la interpretación histórica logra cierta calidad que contribuye a sustentar su validez intersubjetiva, calidad a la cual denimino reconstructibilidad. En el sentido de que la interpretación histórica, se puede lograr la transparencia y claridad, se puede construir, corroborar y refutar la argumentación que ha surgido de ella misma. Esto se explica con la famosa cita de Max Weber: "sigue verdadero en el campo de las ciencias sociales que si éstas quieren alcanzar su objetivo, sus pruebas científicas tienen que ser reconocidas incluso por los chinos".[231] Esta transparencia puede convertirse en regla metodológica de la interpretación histórica por medio de un marco conceptual explícito.

---

[229] *Joyce Appleby, Lynn Hunt, Margaret Jacob: Telling the truth about history. New York 1994; Mark Bevir: Objectivity in History, History and Theory 33, 1994, pp. 328-344; Lionel Gossman: Between History and Literature. Cambridge 1990; Jürgen Kocka: Sozialgeschichte. Begriff - Entwicklung - Probleme. 2ª Ed. Göttingen 1986, pp. 40-47: Objektivitätskriterien in der Geschichtswissenschaft, Reinhart Koselleck, Wolfgang Mommsen, Jörn Rüsen (Eds.): Objektivität und Parteilichkeit (Beiträge zur Historik. vol. 1). München 1977; Jörn Rüsen (Ed.): Historische Objektivität. Aufsätze zur Geschichtstheorie. Göttingen 1975.*

[230] Cf.*: Frank R. Ankersmit: History and Tropology. The Rise and Fall of Metaphor, Berkeley 1994.*

[231] *Max Weber: Die "Objektivität" sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis, en* idem*: Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre. 3ª Ed., Johannes Winckelmann (Ed.). Tübingen 1968, p. 155.*

A través de marcos conceptuales explícitos, en forma más o menos teórica, la interpretación histórica logra cierta reflexibilidad que sostiene al elemento de racionalidad explicativa en el acto de la narración del pasado dando al sentido de dicha historia una forma argumentativa dirigida a las capacidades racionales de aquellos a quienes les es narrada. Los procesos mentales creativos de la narración obtienen la calidad de una estructura argumental y las fuerzas de control racional por evidencia empírica, coherencia lógica y capacidad explicativa dentro del ámbito de generación del sentido histórico. La coherencia es la calidad de la narrativa histórica; ella hace plausible la función que cumple en la orientación cultural de la vida práctica.[232] ¿Pueden identificarse la coherencia y la intersubjetividad por ejemplo como indicador de la racionalidad, aun en el abismal panorama de la vida, donde intereses, conflictos, deseo de poder, el ansia avasalladora de ganar autoestima y reconocimiento social juegan un papel importante, pues modelan las imágenes del pasado conforme a los propósitos de hoy y de la perspectiva al futuro? La respuesta es sencilla y clara. Sin los elementos discursivos de la intersubjetividad, la vida humana sería imposible en términos prácticos. Pienso en todos los elementos culturales que habilitan al ser humano a establecer sus diferencias en forma pacífica; en los que requiere para sacar provecho de la experiencia, para convencer el uno al otro a través de argumentos, sin usar la fuerza para desarrollar y aceptar razones de orientación sobre la vida práctica en los marcos culturales de cualquier actividad.

Estos elementos pueden especificarse conforme a la función más práctica y sensible del pensamiento histórico, a saber, la formación de la identidad personal y social. En correspondencia con la racionalidad metodológica que aporta coherencia teórica a una narrativa histórica existe una razón universal práctica que regula las tensiones y diferencias en el proceso de formación de identidad. Ésta se manifiesta en la lucha política por el poder y en las estrategias en conflicto por lograr un equilibrio de supervivencia entre autoestima y reconocimiento social respecto de la identidad histórica. Para grupos e individuos, hallar su lugar en la sociedad es un recurso cultural poderoso en sus relaciones con los demás. Yo pienso que es la categoría de la igualdad

---

[232] *Chris Lorenz se refiere a esta dimensión de la objetividad en una perspectiva epistemológica y la relaciona con la intersubjetividad teórica, en su reivindicación de un realismo interno (Chris Lorenz: Historical Knowledge and Historical Realitity: A Plea für "Internal Realism", en History and Theory 33, 1994, pp. 297-327).*

y el concepto relacional de humanidad, que sirven como regla cultural para superar las diferencias.

Esta categoría constituye la contraparte práctica a las tendencias teóricas de formación de sentido que condicionan las narraciones históricas con la transparencia argumental ya mencionada. A través de la categoría de igualdad, puede lograrse dicha transparencia también en el campo práctico de la formación de identidad. Todo el sistema legal moderno está basado en ella. Lo anterior suena muy teórico, cuando tratamos problemas prácticos, pero podemos fácilmente demostrar la relevancia de este argumento abstracto en la vida práctica. ¿Qué representa una falta de intersubjetividad en el proceso de formación de identidad histórica? Es la falta de reconocimiento, la marginación, las relaciones morales asimétricas entre solidaridad y otredad. La igualdad es una idea reguladora capaz de superar esta falta de intersubjetividad. Sin embargo, para los propósitos de formación de la identidad a través de la memoria histórica, la categoría de intersubjetividad resulta totalmente insuficiente. Postula una universalidad abstracta, más allá de la diversidad y de las diferencias con las que la cultura completa la identidad entre los humanos. Requerimos de un principio mucho más extendido y profundo que satisfaga esta diversidad. A nivel teórico, por medio de ideas reguladoras, puede sencillamente transformarse la abstracta universalidad de la igualdad en una universalidad concreta que cumple con las expectativas de diferenciación como un procedimiento cultural necesario en la formación de identidad que debe involucrar la regla del método, a modo de que a quienes esté destinada, acepten sus diferencias con los otros y también la diferencia de la otredad en sí mismos. Aquí, la idea reguladora de intersubjetividad es el mutuo reconocimiento e identificación.[233]

Esta idea reguladora puede aplicarse en la interpretación histórica, pues se relaciona con la capacidad de perspectiva de cada narrativa histórica; compromete la interpretación histórica a adoptar una perspectiva en la que admita diferencias de apreciación de las diversas identidades o bien activa otras perspectivas complementarias relacionadas con las estas identidades. La pluralidad de puntos de vista y de

---

[233] Cf.: *Charles Taylor: Multikulturalismus und die Politik der Anerkennung. Frankfurt am Main 1993; Jörn Rüsen: Vom Umgang mit den Anderen - Zum Stand der Menschenrechte heute, Internationale Schulbuchforschung 15,1993, pp. 167-178;* idem*: Human Rights from the Perspective of a Universal History, en Wolfgang Schmale (Ed.): Human Rights and Cultural Diversity. Europe – Arabic-Islamic World – Africa – China, Frankfurt am Main 1993, pp. 28-46.*

perspectivas no debe considerarse como obstáculo para la objetividad, sino como realización respecto de necesidades de coherencia práctica. Sin embargo, la pluralidad puede alcanzarse por doble partida: lógicamente puede basarse en la rigorosa negación de la objetividad, a la que desacredita como el "noble sueño", pero no dejaría en su lugar el principio regulador que dé la cara a los conflictos y a las restricciones que surgen de las diversas perspectivas, sino únicamente habría un *bellum omnium contra omnes* o un *clash of civilizations* en la que se pelearía con las armas de la narrativa. Otra posibilidad es un concepto de pluralismo orientado por una regla extensiva de complementariedad, que ejerce mutuamente la crítica en forma de argumentación transparente, razonable para lograr el reconocimiento del otro. Creo que no cabe duda sobre el tipo de pluralismo que debería prevalecer.

Tal idea regulativa de coherencia práctica tiene consecuencias en el abordaje heurístico de la experiencia histórica. Este abordaje siempre es impulsado por su lucha en favor de normas y valores que contribuyan a construir el sentido histórico. El valor en cuestión es la intersubjetividad práctica, y éste alcanza su reverberación y su respuesta justo en la experiencia del pasado, pues la historia puede concebirse como un proceso de lucha orientado a alcanzar este principio entre los seres humanos en sus constituciones, en sus sistemas legales en sus comportamientos sociales, etcétera.

Esta reverberación de la experiencia histórica aporta a la intersubjetividad la coherencia teórico-práctica de las narraciones históricas con la adicional calidad de la objetividad, lo que significa enriquecer la relación con la experiencia con un aporte de veracidad. La historia como experiencia no existe fuera de nosotros. La experiencia histórica no está predeterminada en los resquicios del pasado con el que tratan los historiadores que abordan las fuentes en ciertas formas. La historia está también preestablecida en nosotros, ya que somos el resultado de un largo desarrollo temporal. Antes de que pensemos la historia y celebremos conmemoraciones históricas ya nos hemos convertido en historia. Antes de que concibamos el pasado como pasado –lo cual es la condición necesaria para la construcción cultural de la historia— el pasado es presente. En esta presencia del pasado, la intersubjetividad y la objetividad en el sentido de la experiencia son lo mismo. Esta precondición del pasado aun no se transforma en historia; ni siquiera se ha convertido en el pasado; como historia o como pasado podríamos decir que es invisible. Para volverlo visible debemos distinguir entre tres dimensiones del tiempo y preparar ciertos dispositivos mentales de la conciencia

histórica. La representación del pasado es el resultado de su labor. Sólo puede lograr su función orientadora, si no pierde de vista la historia invisible que nosotros mismos somos. Sólo la representación histórica del pasado que establezca la historia en nuestra mente, tiene la característica de objetividad en la que tanto el aspecto de la experiencia como el de la intersubjetividad logran una síntesis, a la vez que alcanza la dimensión teórica y práctica necesaria para generar sentido histórico en la relación entre pasado y presente.

Con frecuencia muchos historiadores piensan que la demanda por la objetividad en el proceso académico de la cognición histórica conlleva cierto tufo de cadáver. Muchos historiadores consideran que su contribución a la verdad sólo podrá alcanzarse, si consiguen neutralizar la representación del pasado contrastando éste con las luchas de su tiempo. Esta neutralidad decepciona. No hay narración histórica posible sin una perspectiva y un criterio relativo al sentido histórico. Estos criterios derivan de la orientación cultural en la vida práctica. Pueden aplicar una forma conceptual en la que gran parte de la energía de la vida se haya perdido, pero aún llevan la marca de dicha vida. Por lo tanto, la objetividad histórica no omite características pintorescas de la vida práctica en la representación histórica; por el contrario, es un principio bajo el cual se organiza esta característica. Emoción, imaginación, poder y voluntad son los elementos necesarios de la generación de sentido histórico. El reclamo de objetividad no les escatima su vigor vital. La objetividad puede reconocerse como una forma de su vitalidad en la cual las narrativas históricas revitalizan la experiencia y la intersubjetividad para la orientación cultural y al hacerlo ayudan a hacer la vida más soportable.

5. La visibilidad de la historia

> La historia se diferencia de otras ciencias porque es al mismo tiempo ciencia y arte. Ciencia en tanto que colecciona, encuentra, analiza; arte, en tanto que transforma y presenta lo hallado y lo reconocido. Otras ciencias se conforman con mostrar las características claves de lo encontrado; en cambio en el caso de la historia, se agrega la capacidad a la recreación.
>
> Leopold von Ranke[234]

> En el silencio vergonzoso de tu ánimo, educa la verdad victoriosa, exponla en la belleza que no solamente el pensamiento le rinda homenaje, sino que los sentidos amorosamente aprehendan su apariencia.
>
> Friedrich Schiller[235]

Planteamiento

Toda práctica y articulación de la conciencia histórica humana posee un lado estético. Aquí se trata de la percepción, los símbolos, las imágenes y la imaginación. Estamos familiarizados con el tema por nuestra experiencia cotidiana, y también por nuestro contacto con la cultura de la historia elaborada en museos y exposiciones, monumentos y películas, y por supuesto, en la literatura. No obstante, poco sabemos sobre la estética de la cultura de la historia. Por un lado, la estética como disciplina filosófica y las ciencias dedicadas a las artes explican el carácter, la función y el desarrollo de lo estético,[236] desde luego, existen numerosas investigaciones sobre los fenómenos

---

[234] *Leopold von Ranke: Vorlesungseinleitungen (Aus Werk und Nachlaß. Vol. 4), Volker Dotterweich, Walter Peter Fuchs (Eds.). München 1975, pág. 72.*

[235] *Über die ästhetische Erziehung des Menschen in einer Reihe von Briefen. Friedrich Schiller: Sämtliche Werke. Auf Grund der Originaldrucke, Gerhard Fricke, Herbert G. Göpfert, Herbert Stubenrauch (Eds.), 3. Ed. München 1962, vol. 5, p. 595.*

[236] *Agradezco a Max Imdahl sus importantes indicaciones y reflexiones.* Cf.: *Reflexion, Theorie, Methode, (Gesammelte Schriften, vol. 3). Frankfurt am Main 1996. Sobre la relación interior de*

estéticos que se relacionan con lo histórico. La investigación de la pintura histórica[237] y de los monumentos históricos,[238] y la museología histórica[239] aportó una gran cantidad de resultados sobre el tratamiento del pasado en el medio de la percepción sensorial. Existen investigaciones que iluminan las manifestaciones y actividades estéticas de la conciencia histórica.[240] La controversia sobre el monumento del Holocausto en Berlín generó el cuestionamiento fundamental por la formación del sentido histórico en relación con la representación artística del pasado.[241] Sin embargo, escasean los

---

la historia y del arte como problema para la teoría de la historia, pueden consultarse mis trabajos tempranos: Jörn Rüsen: Ästethik und Geschichte. Geschichtstheoretische Untersuchungen zum Begründungszusammenhang von Kunst, Gesellschaft und Wissenschaft. Stuttgart 1976.

[237] *Por ejemplo Francis Haskell: Die Geschichte und ihre Bilder. Die Kunst und die Deutung der Vergangenheit. München 1998; Susanne von Falkenhausen: Italienische Monumentmalerei im Risorgimento 1830-1890. Strategien nationaler Bildersprache. Berlin 1993;* idem*: Geschichte als Metapher – Geschlecht als Symptom. Die Konstruktion der Nation im Bild, en: Wolfgang Küttler, Jörn Rüsen, Ernst Schullin (Eds.): Geschichtsdiskurs 3: Die Epoche der Historisierung. Frankfurt am Main 1997, pp. 173-197.*

[238] *Por ejemplo Ulrich Bosrdorf, Theodor Heinrich Grütter (Eds.): Orte der Erinnerung. Denkmal, Gedenkstätte, Museum. Frankfurt am Main 1999; Detlef Hoffmann: Gezeichnete Orte – Spuren, Signatur, Denkmal, en: Horst-Walter Blanke, Friedrich Jäger, Thomas Sankühler (Eds.): Dimensionen der Historik. Geschichtstheorie, Wissenschaftsgeschichte und Geschichtskultur heute. Jörn Rüsen zum 60. Geburtstag. Köln 1998, pp. 105-118; Reinhardt Koselleck, Michael Jeissmann (Eds.): Der politische Totenkult. Kriegerdenkmäler in der Moderne. München 1994; E. Mai, G. Schmirber (Eds.): Denkmal – Zeichen – Monument. Skulptur und offentlicher Raum heute. München 1989, pp. 134-143; Gerd Mattenklott (Ed.): Deutsche Nationaldenkmale 1790-1990. Gütersloh 1993; Charlotte Tacke: Denkmal im sozialen Raum. Nationale Symbole in Deutschland und Frankreich im 19. Jahrhundert. Göttingen 1995; Thomas H. von der Dunck: Das deutsche Denkmal. Eine Geschichte in Bronze und Stein vom Hochmittelalter bis zum Barock. (Beiträge zur Geschichtskultur, vol. 18). Köln 1999.*

[239] *Stephen Bann: The Clothing of Clio. A Study of Representation of History in Nineteenth-century Britain and France. Cambridge 1984; Gottfried Korff, Marin Roth (Eds.): Das historische Museum. Labor, Schaubühne, Identitätsfabrik. Frankfurt am Main 1990; Gottfried Fliedel (Ed.): Museum als soziales Gedächtnis? Kritische Beiträge zur Museumswissenschaft und Museumspädagogik. Klagenfurt 1988; Udo Gößwald, Lutz Thamm (Eds.): Erinnerungsstücke. Das Museum als soziales Gedächtnis. Berlin 1991; Gaynor Kavanagh (Ed.): Museum languages: Objects and Texts. London 1991; Eva Sturm: Konservierte Welt. Museum und Musealisierung. Berlin 1991; Jörn Rüsen, Wolfgang Ernst, Heinrich Theodor Grütter (Eds.): Geschichte sehen. Beiträge zur Ästethik historischer Museen. (Geschichtsdidaktik. Studien. Materialien. Neue Folge, vol 1). Pfaffenweiler 1988; Michael Fehr, Sigrid Grohe (Eds.): Geschichte, Bild, Museum. Zur Darstellung von Geschichte im Museum. Köln 1989.*

[240] Cf.*: Por ejemplo Bodo von Borries: Imaginierte Geschichte. Die biographische Bedeutung historischer Fiktionen und Phantasien. Köln 1996.*

[241] *Michael S. Cullen (Ed.): Das Holocaust-Mahnmal. Dokument einer Debatte. Zürich 1999; James A. Young (Ed.): Mahnmale des Holocaust. Motive, Rituale und Stätten des Gedenkens. München 1994.*

cuestionamientos acerca de la relación específica de lo histórico y lo estético; ¿cuáles son sus respectivas lógicas de la formación de sentido y cómo se relacionan éstas internamente?

No quisiera perder de vista estos estratos fundamentales en las siguientes reflexiones; enfocaré la elaboración del sentido de la conciencia histórica en el ámbito de la percepción de imágenes, la comunicación visual y la experiencia estética para responder la pregunta de cómo éstas operan y en qué consiste el aspecto específicamente histórico.

Parto del desarrollo actual de una teoría general de la conciencia histórica que considera preponderantemente los procesos cognitivos. Las ciencias de la historia son cognitivamente paradigmáticas. El análisis de sus alcances en el conocimiento llevó a limitar la perspectiva sobre las operaciones de la conciencia histórica humana. Un impulso importante fue el reciente giro lingüístico que permitió superar dicha limitación, pues hizo hincapié en el proceso fundamental de la formación del sentido histórico (anterior a toda organización de procesos científicos racionales) analizando la retórica y la poética de la historiografía.[242] Con las siguientes reflexiones quisiera dar el paso del habla a la vista: ¿la historia puede verse?

Como primera respuesta, puede remitirse a la pintura histórica. Pero, ¿realmente se visualiza la historia en una pintura histórica o en un monumento?

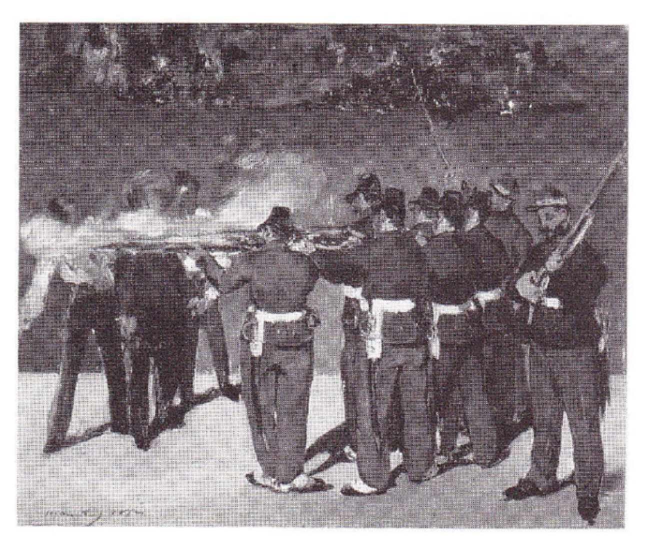


Fig. VIII: Édouard Manet, "El fusilamiento del emperador Maximiliano" (1868/69)

[242] Cf.: *capítulo 3.*

¿Puede verse, por ejemplo, un episodio de la historia del siglo XIX en el conocido cuadro histórico de Manet "El fusilamiento del emperador Maximiliano" de 1868?[243]

Mi respuesta es rotundamente negativa. Únicamente vemos un acontecimiento en el pasado (lo que comúnmente se llama "un hecho"); el cuadro recuerda que el usurpador Maximiliano I fue pasado por las armas de un comando del ejército mexicano. En rigor, vemos un acontecimiento pasado de gran envergadura política, aunque no vemos que el acontecimiento del pasado representado en el cuadro tenga un significado histórico; es decir, que se trata de un hecho histórico.

Esta tesis descansa en reflexiones fundamentales de la teoría de la historia. Algo no es automáticamente histórico, porque de hecho haya acontecido. En este caso, cualquier experiencia sería histórica (ya que debe haber acontecido en algún momento, e incluso acontecido en el pasado más reciente, es decir en el momento que apenas terminó). De este modo, la conciencia histórica se extendería al conjunto de todas las experiencias. En la modernidad temprana, el término historia de hecho tenía este significado.[244] Nosotros, en cambio, relacionamos la palabra historia con una relación de experiencia limitada y específica. Ésta puede caracterizarse así: un acontecimiento es histórico en la medida que se relaciona con otros acontecimientos en otro tiempo de modo que se genere un sentido y un significado temporal mediante esta relación. Un hecho del pasado únicamente adquiere su calidad específicamente histórica en una relación temporal con sentido y significado entre acontecimientos.

Los hechos se convierten en hechos históricos cuando se interpretan en un contexto temporal y en relación con otros hechos. Esta interpretación que produce historicidad procede por medio de un patrón interpretativo que se relaciona de manera lógica con los hechos, del mismo modo como se relaciona una teoría con la experiencia. Dicha interpretación se realiza por medio de la narración de una historia. Cronológicamente se procede de un hecho (acontecimiento) anterior al posterior, de una

---

[243] Cf.: *Manfred Faht y Stefan Germer (Eds.): Édouard Manet. Augenblicke der Geschichte. München 1992.*

[244] Cf.: *Arno Seiffert: Cognitio Historica. Die Geschichte als Namensgeberin der frühneuzeitlichen Empirie. Berlin 1976; Joachim Knape: Historie in Mittelalter und Früher Neuzeit. Begriffs- und gattungsgeschichtliche Untersuchungen im interdisziplinären Kontext. Baden-Baden 1984; Reinhart Koselleck, Christian Meier, Odilo Engels, Horst Günther: Geschichte, Historie, en: Otto Brunner, Werner Conze, Reinhart Koselleck (Eds.): Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland, vol. 2. Stuttgart 1975, pp. 593-717.*

forma específica, pues el mismo proceso temporal adquiere una función explicativa de la diferencia de las calidades, que adquiere el sujeto narrado en una historia (por ejemplo, el fracaso de la política francesa en México).

La progresión narrativa de lo anterior a lo posterior se debe, no obstante, al problema de orientación en el presente, problemática vinculada con la experiencia actual de una transformación temporal. Al principio de cada narración histórica surge (al menos implícitamente) una pregunta histórica que se dirige desde presente hacia el pasado. De este modo, el sentido de una historia se produce a partir de su final, específicamente, se produce desde la problemática de orientación en el presente (es decir, desde lo posterior hacia lo anterior). Dichos problemas se resuelven por medio de la construcción de un puente narrativo, que se relaciona con ésos y comunica lo anterior (pasado) con lo posterior (el presente con una perspectiva para el futuro). Por ejemplo, el hecho de la muerte de Maximiliano se inserta en un contexto temporal abarcador de la independencia mexicana y la política europea. Y dependiendo del significado de este conjunto temporal adquiera para los respectivos presentes, la comprensión de Maximiliano adquiere una calidad histórica específica. De esta manera, solamente tiene un carácter histórico, si se carga de un sentido que tiene el pasado convertido en presente de acuerdo con los patrones de interpretación histórica en el marco de las prácticas vivenciales actuales.

Entonces, mi pregunta es la siguiente: ¿puede verse este significado específicamente histórico? ¿La calidad histórica de un hecho presentado de manera visual puede percibirse estéticamente y comunicarse visualmente? Podemos radicalizar la pregunta: ¿puede representarse visualmente, el mismo conjunto temporal, clave del sentido y del significado que hace que un acontecimiento como la ejecución de Maximiliano adquiera una calidad específicamente histórica? ¿Los logros interpretativos específicos de la conciencia histórica, por medio de la cual los negocios del pasado se transforman en historia para el presente, pueden aprenderse en el medio de la contemplación sensorial?

EL DÉFICIT HISTÓRICO DEL PASADO PRESENTADO DE MODO SENSORIAL

Para contestar esta pregunta, quisiera analizar primero fenómenos materiales o visuales que supuestamente representan la historia. Muchos de los siguientes ejemplos son tomados del ámbito de los museos históricos y no de las artes plásticas. Escogí estos ejemplos, porque el museo, como lugar de la representación histórica del pasado en el medio de la percepción sensorial, se ofrece para discutir la pregunta por los logros específicos en la formación del sentido de la conciencia histórica. No es por nada que el museo como lugar de memoria pretenda hacer visible la historia.

La experiencia sensorial del pasado en el presente se genera en dos modalidades: como residuo y tradición. Como residuo se presenta como hecho puro, como huella o reliquia, sin que esta existencia se relacione con algún sentido intencionado que pueda vincularse con la interpretación del pasado en el presente. La tradición, en cambio, es la presencia de algo que ha pasado, vinculado con una pretensión de sentido y un efecto de orientación. Un residuo no desempeña ningún papel en la memoria colectiva; una tradición en cambio, tiene potencial de alimentar la memoria.

Primero, quisiera analizar la presencia sensorial del pasado como residuo. Se trata de objetos históricos y reliquias que constituyen el contenido habitual de las vitrinas expositoras de los museos históricos. Esta representación de reliquias simbolizan procesos históricamente significativos (por ejemplo, la llave de la Bastille simboliza el acontecimiento conocido del 14 de julio de 1789). La llave en sí no tiene ningún significado para la Revolución francesa. Hay que proyectar un significado en ella, y únicamente así adquiere el aura de lo auténtico, de lo original (en una representación metonímica). De este modo, el sentido histórico de los residuos es exterior a ésos. Podría decirse que su sinsentido histórico inmanente es evidenciado involuntariamente por la tediosa cultura de las vitrinas expositoras, evocada en muchos museos.

El sentido histórico, característica exterior a los residuos, puede adscribirse de modo meta-estético por medio de textos explicativos, leyendas (como sucede a menudo en los museos del tipo antiguo). En su forma extrema, la historia se representa como un

libro proyectado en una pared con muchas imágenes (por ejemplo la conocida exposición aclamada en su tiempo, "Preguntas a la historia alemana" de 1985).[245]

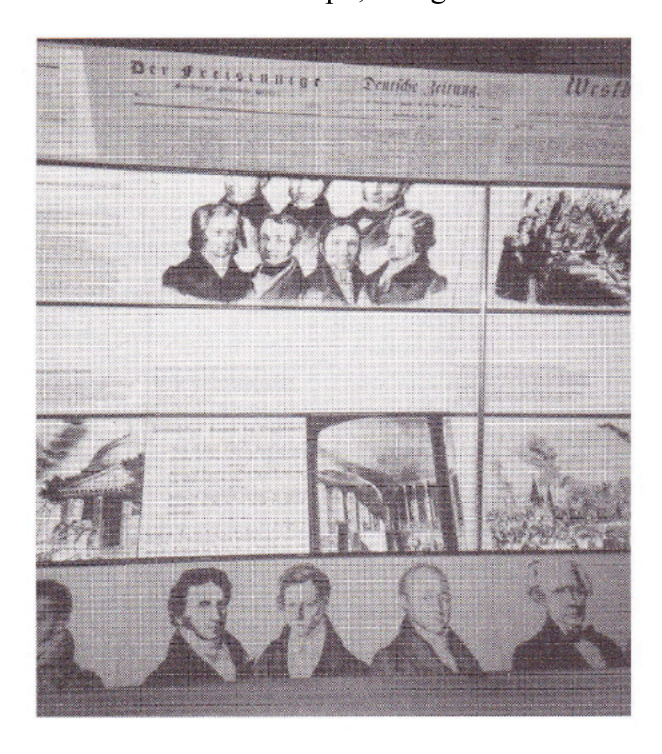


Figura IX: Panel de exhibición en la exposición "Preguntas a la historia alemana" (fotografía de la colección privada del autor)

Con esta leyenda, las reliquias adquieren un sentido histórico en sí; se lee como escritura, pero no como imagen del residuo. De este modo, también se enfatiza el significado histórico de los residuos representados, por medio de los llamados esfuerzos didácticos. Por ejemplo, en el museo Natal en Pietermaritzbug (Sudáfrica) se dice sobre los portugueses, cuya actividad en la costa de Natal se pretende representar:

> Ellos son historiadores importantes:
> 1. Los portugueses realizaron los primeros registros escritos del Sur de África.
> 2. Como resultado de los descubrimientos portugueses la mayoría del mapa del mundo era trazado casi como es en la actualidad.
> 3. Cultura, plantas y tecnología se extendieron del occidente al oriente y viceversa.[246]

---

[245] *Fragen an die deutsche Geschichte. Ideen, Kräfte, Entscheidungen von 1800 bis zur Gegenwart. Historische Ausstellungen im Reichtagsgebäude in Berlin. (Catálogo); 1871 - Fragen an die deutsche Geschichte. Historische Ausstellungen im Reichtagsgebäude in Berlin und in der Paulskirche in Frankfurt am Main aus Anlaß der hundersten Wiederkehr des Jahres der Reichsgründung 1871. (Catálogo). Menciono de paso que esta exposición no formuló preguntas, sino mostró respuestas, en forma de interpretaciones históricas.*

[246] *Museo Natal Pietermaritzburg (Sudáfrica), exposición 1990.*

Finalmente, también la modalidad de la afección sensorial puede escribirse en la pared, como sucede en el museo Natal: "Las historias de la exploración, los naufragios y sus sobrevivientes, tan llenas de aventuras, dramatismo y tragedia, superan las mejores novelas".

Desde luego, surge la pregunta: ¿los objetos del pasado pueden tener su sentido histórico en sí?[247] De hecho, si tienen la calidad de una tradición, representan un sentido histórico, lo representan por medio de una iconografía propia, y así son signos específicamente históricos.



Figura X: Corona imperial (Viena, segunda mitad del siglo X, fotografía de la colección del autor).

En nuestra memoria de los símbolos (*Symbolgedächtnis*), la corona de un emperador es una representación de otra época, precisamente de la Edad Media. Simboliza una forma de poder pasada, la que se relaciona con reyes y emperadores.

Sin embargo, esta calidad tradicional del sentido de los objetos no representa una referencia histórica en sentido estricto, sino más bien atrae esta referencia de manera pre-histórica. Señala una calidad histórica del pasado que se hace presente por medio de las cosas, pero no tiende este puente temporal de manera explícita; me refiero al puente

---

[247] *Con más precisión tendría que decir "en sí para nosotros" (in sich für uns); ya que con el "en sí" no me refiero a una calidad ontológica del sentido histórico como característica de un cuadro. El sentido histórico es siempre al mismo tiempo un precepto, una tarea y un logro.*

que hace que se relacione el pasado con nuestro tiempo de modo que esta relación adquiera un carácter histórico. En consecuencia, en el caso de los objetos que tienen una calidad de tradición, únicamente podemos hablar de una representación del sentido pre-histórico. Está cargada de significación; muestra una calificación del tiempo que está preestablecida como tal, aunque no representada de manera explícita.

Una forma especialmente elaborada de objetos del pasado con la calidad de tradición son los monumentos. Ellos representan una relación temporal histórica, pues expresan explícitamente un significado histórico para la posteridad. Para lograrlo, se desarrolló un lenguaje visual propio. Los monumentos tienden el puente entre pasado y presente (y tendencialmente también hacia el futuro). Destinan una historia determinada al presente, y una historia claramente delineada: tal historia que desean los autores del monumento se trasmita a futuras generaciones. De esta manera, no representan en absoluto el marco de sentido y significación mediante el cual interpretamos el tiempo pasado que pretenden representar los monumentos. Es por ello que los monumentos tienen un carácter exhortativo respecto del recuerdo histórico, una retórica imperativa para la historia. Visualmente simbolizan el puente temporal, parte integral de cualquier formación de sentido histórico; aunque es un puente que desde el pasado, pretende producir historia para el presente; a pesar de que la historia sobre el pasado únicamente puede hacerse desde el presente. De esta forma, los monumentos no tienen un sentido histórico, sino, creo, un sentido semi-histórico.

El sentido que representan los monumentos se acerca al sentido histórico, aunque no lo representa de manera satisfactoria. De ninguna manera puede articularse el sentido histórico desde el pasado hacia el futuro, por la sencilla razón de que el presente del observador no es el futuro que esboza el monumento contemplado. Al contrario: el mismo esbozo del futuro lo percibimos como algo pasado, y por ello lo consideramos como algo que debe historizarse inevitablemente.

¿Respecto de la estética, cómo puede tenderse este puente narrativo que transforma el pasado en una historia para el presente? Existe una condición ineludible de la formación del sentido histórico que puede realizarse de manera estética: la experiencia de la diferencia temporal. Con ello, no me refiero sólo a una diferencia cronológica entre lo anterior y lo posterior, el antaño y el ahora, sino a un alteridad cualitativa y temporal. El antaño es diferente al hoy. De eso se trata. Esta diferencia puede ser una experiencia genuinamente visual; por ejemplo, en Philadelphia, donde la casa en la cual Jefferson redactó la declaración de independencia marca una diferencia visual al estacionamiento vecino.

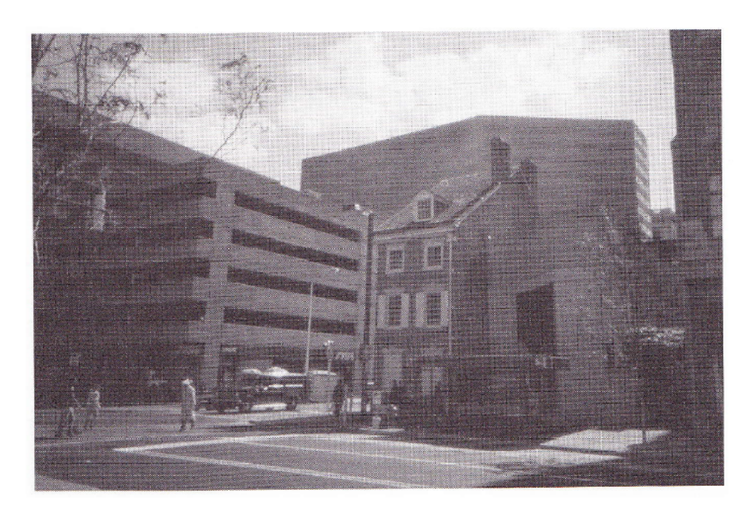


Figura XI: fotografía de la colección del autor, Philadelphia 1988.

La percepción visual de la diferencia temporal se produce ya cuando las cosas envejecen. Con la visibilidad de la edad adquieren una calidad estética. Tienen el encanto estético de lo pasado. Las cosas adquieren un aura a causa de su edad. La visibilidad del pasado como tal es un indicio de la posibilidad de un sentido. Detrás de ello, parece encontrarse una actitud antropológica universal: entre más viejo, mejor.

La posibilidad del sentido en el caso de la diferencia temporal calitativa, no obstante, no es todavía un calidad de sentido histórico. Ésta se produce en el momento en el que se aborda la diferencia como tal, y de modo que se tiende un puente narrativo entre los dos tiempos. La construcción de este puente se lleva a cabo por medio de la construcción del sentido en la conciencia histórica.

La alteridad temporal puede abordarse en la modalidad de la experiencia estética. En el nivel estético, la conciencia histórica puede operar en la percepción sensorial de la diferencia temporal. Existen numerosos ejemplos de este impulso para dicha construcción de un puente narrativo. Puede saltar a la vista como un conjunto de objetos (como al turista le llama la atención una botella de Coca-Cola en una ruina en Egipto).

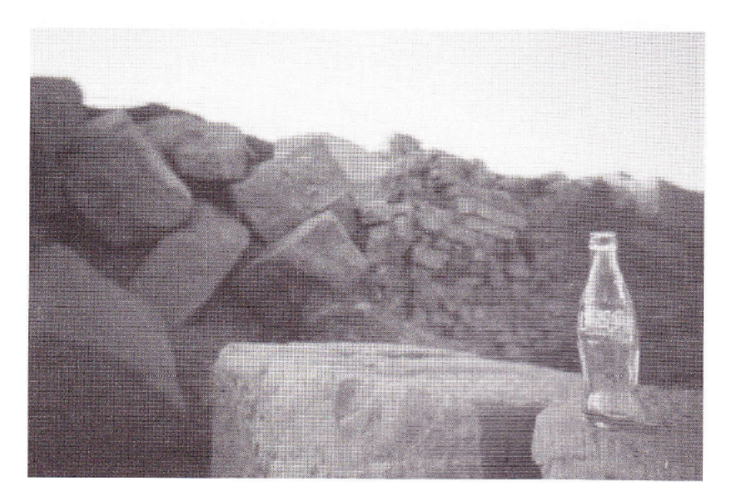


Figura XII: fotografía de la colección del autor, Egipto 1987.

Al mismo tiempo, pueden escenificarse de modo estratégico (como en la publicidad, figura XIII) o de modo consciente y estético (figura XIV):

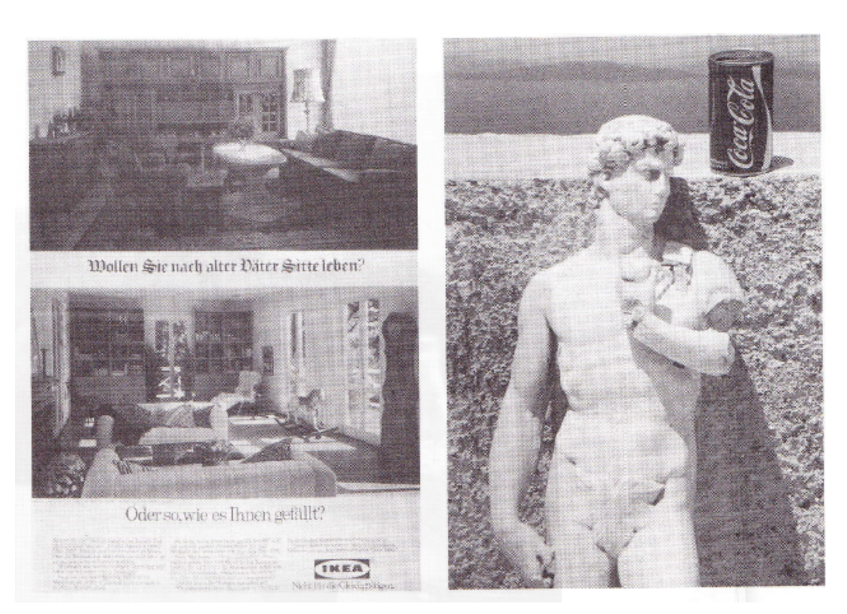


Figura XIII[248] y XIV[249]

---

[248] *De* Die Zeit *24.10.1986: El texto de la publicidad dice: ¿Quisieran vivir como sus antepasados? / ¿O, así, como a ustedes les gusta?*

En la misma medida que la experiencia de la diferencia temporal como condición constitutiva de la conciencia histórica puede realizarse estéticamente, puede tenderse un puente narrativo en el nivel visual entre los diferentes tiempos. Para ello, existen ejemplos de museos históricos, pese a que pocas veces se narra expresamente de modo visual.

Como ejemplo, desearía describir una vitrina que representa una calle del mencionado museo Natal; en ésa los peatones visten ropa de diferentes épocas que a su vez se simbolizan en el fondo con edificios típicos de diversos tiempos. De este modo, se considera la calle como un camino temporal que conecta el antaño y el hoy, lo diferente y lo propio. El observador que pasa por el escaparate, sigue el transcurso del tiempo y su ojos le narran una historia.

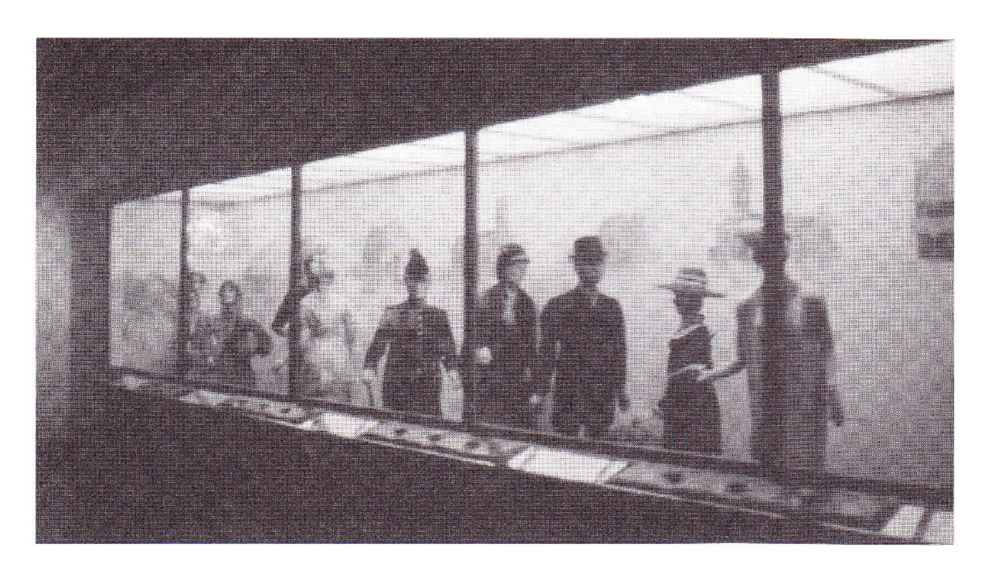


Figura XV (Exposición en el museo Natal Pietermaritzburg (fotografía de la colección del autor, Sudáfrica 1990)

Otro ejemplo, que aún más que el anterior hace claramente visible el sentido del transcurso temporal, proviene de un libro escolar.[250] Una serie de representaciones de dioses de la antigüedad griega hace visible un proceso genuinamente histórico.

---

[249] "Grecia", Edition Dimitri Haytalis 1986.

[250] *Wolfgang Hug (Ed.): Unsere Geschichte. Bd. 1: Von der Steinzeit bis zum Kaiserreich des Mittelalter. Frankfurt am Main 1987, p. 53 (figura de los ciclades, finales del tercer milenio antes de Cristo, joven alrededor de 550 antes de Cristo, jóven alrededor de 340 de Cristo).*

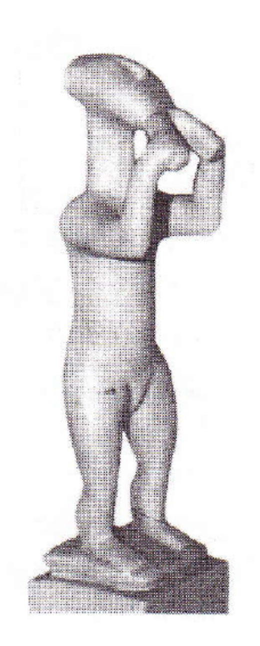
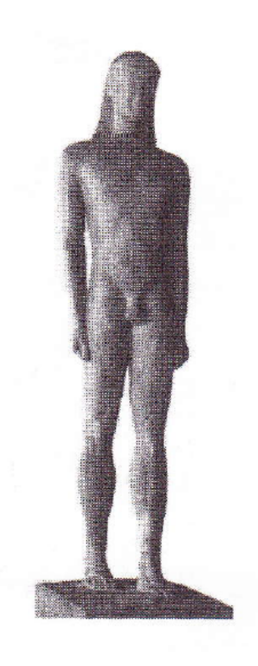




Figura XVI

La construcción de un puente narrativo, estéticamente coordinada, se carga de una construcción de sentido histórico indentificable, que puede describirse como la antropomorfización de lo divino, desde lo abstracto a lo concreto en las artes plásticas griegas. Esta representación visual de un desarrollo histórico transmite el conocimiento tradicional sobre la antigüedad, de su logro de una humanización de la representación del ser humano.

En los ejemplos mencionados, aunque se hace visible la historia como construcción de un puente narrativo, su contenido histórico tiende a ser débil. Sin embargo, existen representaciones visuales que abordan explícitamente el sentido histórico de la relación entre diferentes tiempos; es decir, reivindican un sentido histórico fuerte. Me remito a tres ejemplos de una colección de aguafuertes, surgida en la RDA con motivo de la conmemoración de 450 años de la Guerra Campesina Alemana:[251] "Rückblick" de Werner Hennings, "Wissen und Erfahrung – der Reichtum des Menschen" de Heinz Plank y "Trauer und tote Frau" ("Luto y mujer muerta") de Alexandra Müller-Jontschewa; todas las ilustraciones provienen de la exposición mencionada. "Rückblick" ("Retrospectiva"), de Henning, representa el sentido histórico que vincula pasado y presente de manera poco ambigua como progreso.

---

[251] *Dokumentationszentrum Kunst der DDR, Landkreis Oder/Spree, Beeskow. Le agradezco a Monika Flacke por sus recomendaciones valiosas.*

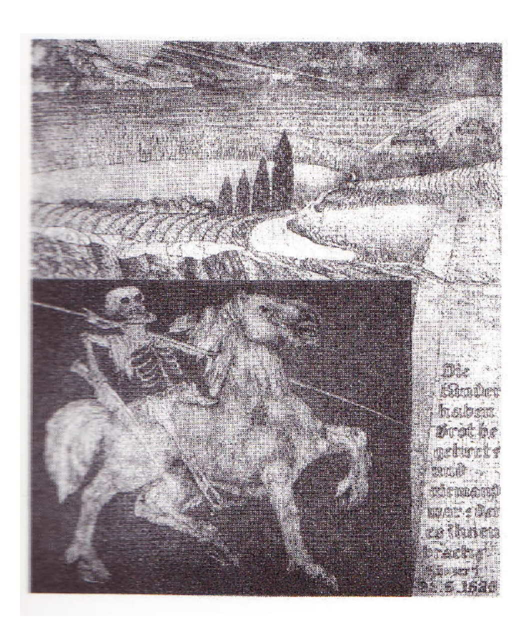


Figura XVII·"Rückblick" ("Retrospectiva"), Werner Henning, 1975, Aguafuerte 48 por 34 cm

El aguafuerte de Plank "Wissen und Erfahrung – der Reichtum des Menschen" ("Conocimiento y experiencia: la riquez del ser humano") es un poco más diferenciado: muestra el progreso como un desarrollo transmitido por el ser humano mismo. Pese a que el título alude a la idea de la historia como proceso de aprendizaje, no se visualiza este proceso; solamente de modo meta-estético habría que inferir este mensaje pedagógico.

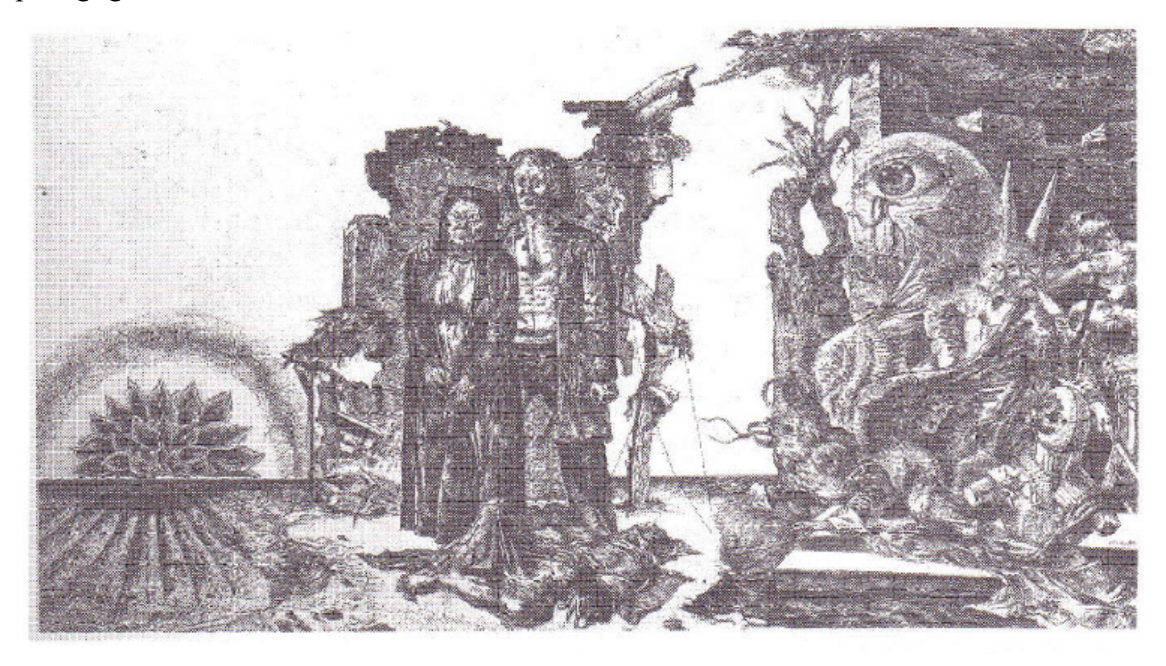


Figura XVII Heinz Plank "Wissen und Erfahrung – der Reichtum des Menschen"("Conocimiento y experiencia: la riquez del ser humano"), (1974, aguafuerte 34 por 48 cm).

El aguafuerte de Müller-Jontschewa aborda una composición en la cual las figuras representan tiempos diferentes, una fuente de sentido descomunal respecto de la misma conciencia histórica que relaciona los tiempos de manera histórica: el duelo.

Esta fuente de sentido siempre adquiere más significación para el pensamiento histórico. En cuanto a la pregunta de si y cómo el Holocausto puede encontrar una representación simbólica, el arte desempeña un papel muy importante, incluso decisivo. El Holocausto representa una experiencia histórica que destruye el sentido. Recordarlo cargado de sentido, parecer ser una contradicción en sí.



Figura XIX: Alexandra Müller-Jontschewa: "Mitteldeutsche Renaissancelandschaft" (Paisaje renacentista centro-alemana) (1975, Aguafuerte, 34 por 48 cm)

Expresar esta falta de sentido por medio de la ausencia de cualquier formación del sentido significa: mantener silencio. De hecho, callarse reflejaría el sinsentido de la inutilidad de la elocuencia frente al sufrimiento inconmensurable y las acciones horrorosas. No obstante, el silencio lleva al olvido. En la pasividad inexpresiva termina la actividad de la memoria.

¿Existe una solución para este dilema? Una mirada al arte moderno muestra que existe una representación cargada de sentido del sinsentido, una presencia expresiva de la ausencia del sentido. Pienso en las novelas de Kafka, y también en obras de las artes como "Ordnung der Engel" ("El orden de los ángeles") (1983-84) de Anselm Kiefer; la palabra orden en el título pregunta por el sentido, y la representación muestra un orden negativo.

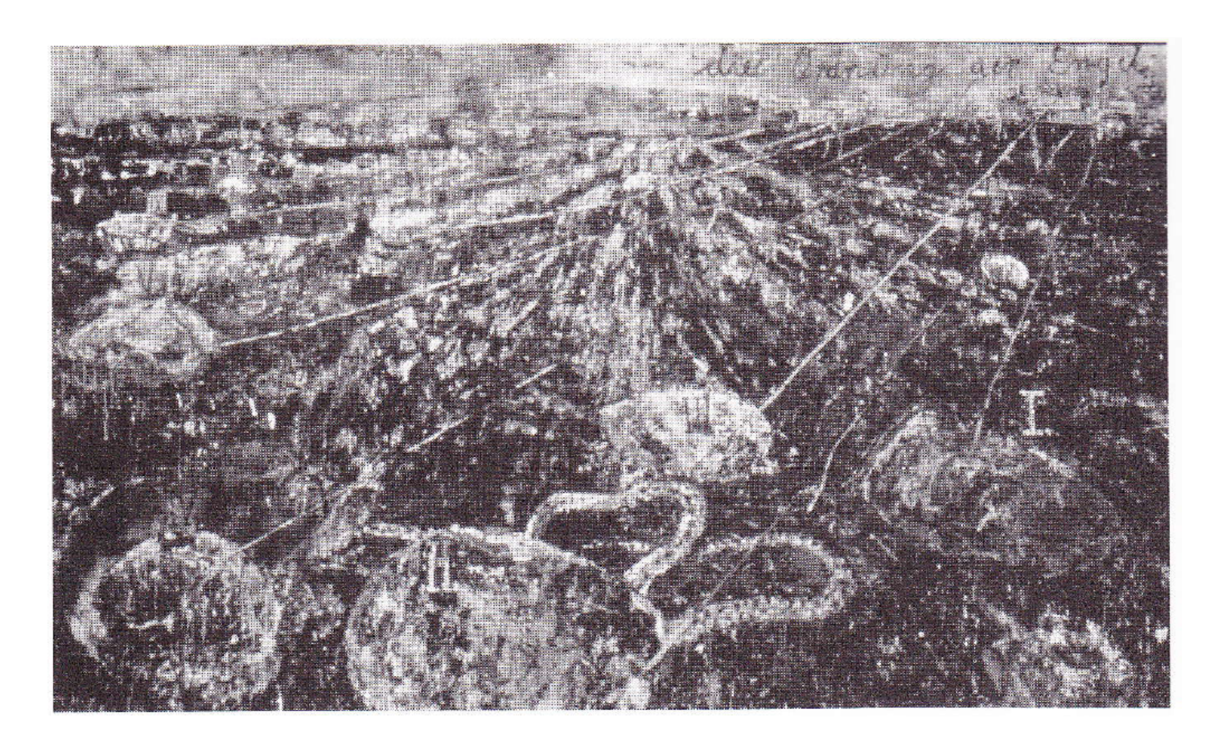


Figura XX: Anselm Kierfer: "Die Ordnung der Engel" ("El orden de los ángeles") (1983-84, 330 por 555 cm, The Art Institute of Chicago)

Una fuerza simbólica parecida despliega el esbozo de Peter Eisenman y Richard Serra para el "Monumento de los judíos asesinados de Europa" en Berlín, sobre todo en la primera versión.[252]

Es una pregunta muy polémica si la estética puede emplearse para la simbolización de experiencias traumáticas. Si este medio por sí tiene una función reconciliadora, si el arte no tiene otra opción sino arrojar una luz aceptable y un resplandor de belleza sobre lo representado, entonces el medio mismo, ya antes de la

---

[252] *Ute Heimrod, Günter Schlusche, Horst Seferns (Eds.): Der Denkmalstreit – das Denkmal? Die Debatte um das Denkmal für die ermordeten Juden Europas. Eine Dokumentation. Berlin 1999, pp. 881-882.*

elaboración de la representación, le quita el horror de lo irreconciliable a la representación histórica. Cada representación estética lograda tiene su sentido en el proceso de alcanzar este logro; incluso si se trata de la ausencia del sentido. Sin embargo, es precisamente esta ausencia que se pretende mantener en el presente y visualizar de modo entendible. En eso, veo uno de los logros del arte moderno.

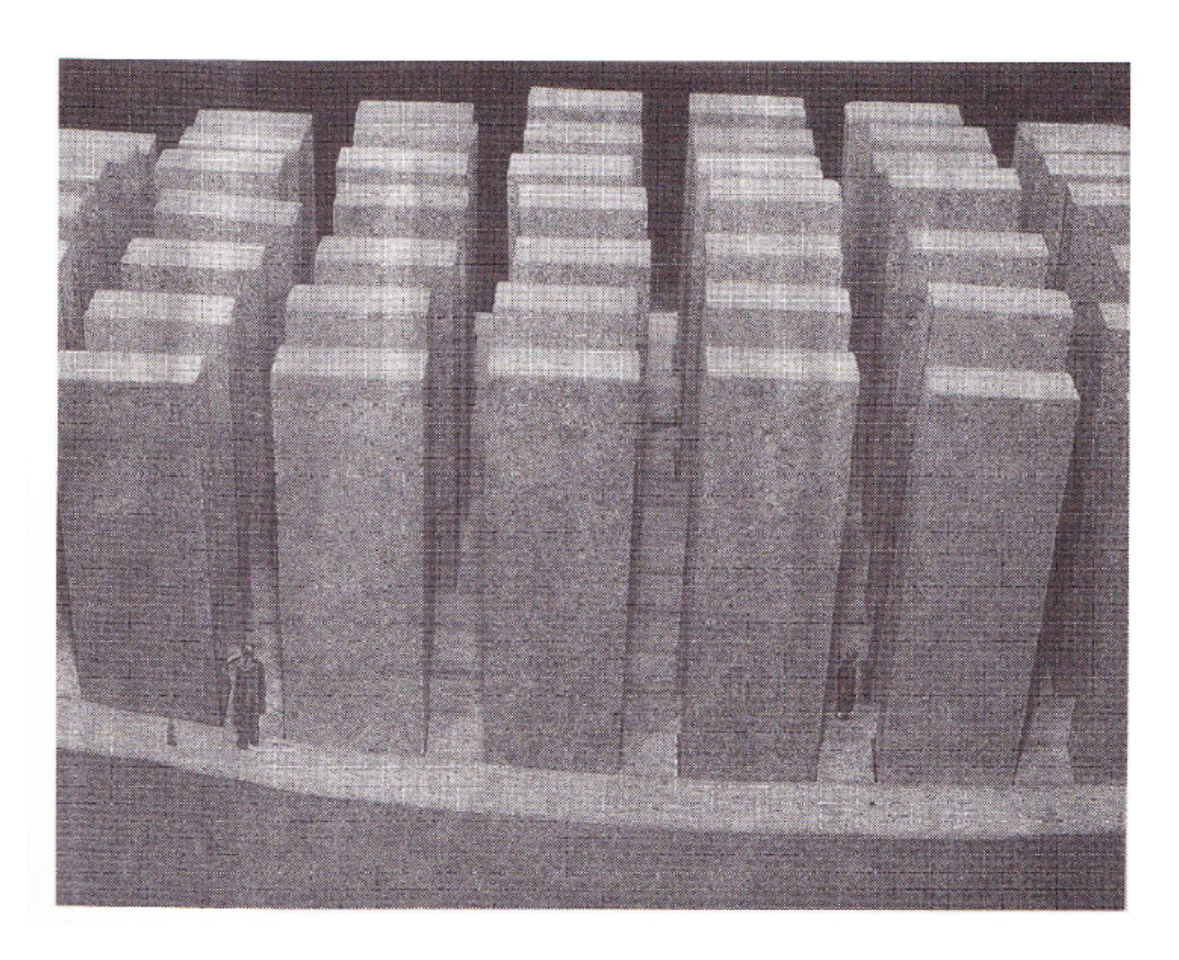


Figura XXI: Peter Eisenman y Richard Serra para el "Denkmal für die ermordeten Juden Europas" ("Monumento para los judíos asesinados de Europa".[253]

No puedo pensar en un paradigma historiográfico comparable del sentido negativo. Pero, aun la fuerza de convencimiento locuaz de estas obras de arte tiene su precio: su formación de sentido histórico es sobre-histórico, pues el lenguaje de sus símbolos no se refiere a un acontecimiento histórico específico. (Esta relación es meramente contextual y no se expresa por medio de la representación misma.) Falta una historización de esta

---

[253] *De Die Zeit, 21.11.1997, pág. 64.*

formación del sentido; y cómo podría llevarse a cabo, no está claro. Para ello, falta una estética de lo histórico, desarrollada en términos teóricos y fundada de modo empírico.

Para dicha estética de los alcances de la formación de sentido de la conciencia histórica sería importante saber más sobre el proceso de construcción del puente narrativo por encima de tiempos diferentes en el nivel de la comunicación visual. ¿Cuáles son las estrategias estéticas de tal formación del sentido histórico? Sería útil desarrollar una tipología empíricamente fundada. En vez de hacer propuestas concretas, desearía hacer la pregunta más importante en el nivel básico de los problemas relacionados con una estética de la conciencia histórica.

ESTÉTICA Y SENTIDO HISTÓRICO

Los alcances específicos en la formación del sentido histórico de la conciencia histórica —es decir, la construcción de un puente narrativo entre los tiempos— se realizan por medio de la concepción de un proceso temporal abarcador que tiene un sentido determinado. Ejemplos de estos sentidos puede ser la tradición, la perduración de un orden de vida funcional, la validez transtemporal de una regla, etcétera.[254]

Conocemos los criterios de sentido constitutivos para estos alcances de formación de sentido en la conciencia histórica únicamente en la forma de construcciones cognitivas, como las ha elaborado la filosofía de la historia. Se trata de categorías históricas que transforman tiempo en sentido; es decir, delimitan el ámbito de la experiencia genuinamente histórica de otros ámbitos de experiencias; trazan un conjunto temporal que abarca el pasado, el presente y el futuro; y regularizan la función orientadora de la memoria histórica.[255] La pregunta decisiva para la estética de la conciencia histórica es: ¿existen criterios de sentido específicamente estéticos con este

---

[254] *Menciono en este lugar algunos tipos fundamentales de la formación del sentido histórico.* Cf.*: Jörn Rüsen: Die vier Typen des historischen Erzählens, en* idem*: Zeit und Sinn. Strategien historischen Denkens. Frankfurt am Main 1990, p. 153-230.*

[255] Cf.*: Jörn Rüsen: Der Teil des Ganzen. Über historische Kategorien, en* idem*: Historische Orientierung. Köln 1994, pp. 150-167.*

significado categorial? Esta pregunta aproxima el arte y la historia en una relación sustancial.

Si consideramos las obras de arte como documentos históricos, tienen su carácter artístico, su calidad estética (a la que se refiere con la denominación clásica de belleza) fuera de sí. La historia del arte, cuando subraya e interpreta este carácter artístico, suele abordar la historia como marco de condiciones en un sentido iconológico e iconográfico; no suele abordar la historia como algo que se entrelace con la sustancia estética interior de las obras visuales, con su icónica (*Ikonik*)[256] en palabras de Max Imdahl. Esta sustancia, en cambio, se aborda casi siempre de modo meta-histórica, es decir, se trata como algo que se constituye de modo sincrónico durante el encuentro de la obra y del observador.[257]

La pregunta decisiva por el potencial de sentido específico de la representación estética tiene el objetivo de si y cómo puede entenderse la calidad estética de una obra de arte, de un edificio, de una escultura, de un cuadro, es decir, cómo entender este mismo "logro de densidad de sentido icónico" (Max Imdahl)[258] como una fuente de relaciones históricas, para la construcción de un puente narrativo visual. El hecho de que la pregunta no sea gratuita, sino corresponda a la misma lógica interna de la formación del sentido estético, se entiende tomando en consideración la formación de sentido en la obra de arte como proceso análogo a la formación del sentido en la conciencia histórica, como una transformación de tiempo en sentido en ambos casos. Max Imdahl explicó detalladamente lo anterior con el ejemplo de Giotto: "La elaboración artística del mundo visible es la transformación del azar, de lo contingente en algo necesario; ella es fundamentalmente una forma de tratar con la contingencia."[259] Cabe añadir: precisamente esto —la elaboración de contingencia— es historia.

---

[256] *Max Imdahl: Giotto. Arena-Fresken. Ikonographie, Ikonologie, Ikonik. München 1980.*
[257] Cf.*: Michael Bockemühl: Die Wirklichkeit des Bildes. Bildrezeption und Bildproduktion. Rothko, Newman, Rembrandt. Stuttgart 1985. Gottfried Boehm describió de manera precisa el problema que nos interesa: "La contradicción se agudiza: o bien el análisis del historiador del arte enfoca el carácter artístico de la obra, entonces desaparece su contexto histórico; o bien la describe como elemento de condiciones históricas, entonces se omite abordar la estructura artística" (*idem*: Kunst versus Geschichte: ein unerledigtes Problem. Zur Einleitung in George Kubler Die Form der Zeit, en:* idem*: Die Form der Zeit. Anmerkungen zur Geschichte der Dinge. Frankfurt am Main 1982, pp. 7-26, p. cit. 13.*
[258] *Imdahl (*op. cit.*), p. 95.*
[259] Idem.*: p. 17,* cf.*: el tratamiento pictórico del tiempo en las pinturas de Giotto: "La simultaneidad del "aún" y del "ya no", y la simultaneidad del "ya" y del "todavía no" son*

Se trata de lo que expresó Stephen Bann con el siguiente comentario sobre un acontecimiento visualmente representado, la escena del fusilamiento pintado por Goya, "El tres de mayo 1808" (1814): "Posee su propio poder virtual, su capacidad de erradicar la secuencia narrativa en la cual es insertado".[260] Algo parecido podría decirse sobre el cuadro de Manet, mencionado al principio de este capítulo. Suprime la facticidad histórica de lo representado en la representación misma. El momento fáctico se transforma en la obra de Manet, y de este modo, creo, se dispone para el sentido histórico. Esto podría mostrarse particularmente en la representación del humo y del fuego de los fusiles. Podría hablarse de la transustanciación del momento temporal representado por medio de la estética. Deberíamos retomar este proceso estético, cuando un instante debe adquirir calidad histórica; es decir, cuando la conciencia histórica debe relacionar el instante representado de modo narrativo con lo anterior y lo posterior en un conjunto temporal cargado de sentido y significación, que se dirige tendencialmente hacia nuestro presente y futuro. La transformación del instante en tiempo significativo por medio del arte debería actualizarse en la formación del sentido histórico sobre el pasado al cual pertenece la obra de arte. Entonces, el tiempo de la obra de arte no llegaría a obtener a posteriori sentido y significación por medio de un puente narrativo entre lo anterior y lo posterior, sino se llenaría con sentido de manera hermenéutica, desde la propia obra de arte.

Como sea que se logre eso de manera particular mediante la interpretación, lo decisivo es la necesidad de tomar en serio el arte como fuente para la historia en aquellos lugares donde la historia adquiera una característica histórica fuerte (*wo die Geschichte am geschichtlichsten ist*), donde la experiencia del pasado adquiere sentido y significación para el presente. Un tratamiento genuinamente histórico de la calidad estética de las obras de arte (aun con una calidad criticable y problemática) en los procedimientos de la formación del sentido histórico realmente podría acentuar la

---

ópticamente idénticos. La coincidencia óptica del "aún", "ya no", "ya" y "todavía no" tiene desde luego implicaciones narrativas; sin embargo, un texto narrativo no alcanza este tipo de coincidencia." Con ello, sólo se alude a una forma narrativa propia de las artes (plásticas), que es una de las operaciones fundamentales de la formación de sentido de la conciencia histórica. Debería explicarse como genuinamente histórico; y no de antemano llevar la etiqueta de lo estético y ser deshistorizada a causa de una supuesta sincronía de la experiencia estética.

[260] *Stephen Bann: The Invention of History. Essays on the Representation of the Past. Manchester 1990, p. 172.*

dimensión estética de la cultura de lahistoria en la actualidad. En esta cultura de la historia, la estética ya no sería menospreciada como sucede a menudo y casi de forma natural y compulsiva, como un mero medio de presentación, como una forma del sentido histórico político o cognitivo. El arte en cuanto arte ganaría un sentido histórico propio.[261] La experiencia histórica se enriquecería estéticamente, y la labor de memoria de la conciencia histórica ganaría de perspectiva y riqueza cultural.

Clío se despertaría de su sueño provocado por la cientificidad de la historiografía. La dimensión cognitiva de la cultura de la historia, la cual representa la historia como ciencia especializada, no tendría que confundirse por el juego irritante de la musa despierta, sino podría mediar con ella, de modo que adquiera significado para Clío lo que dijeron las musas a Hesíodo cuando lo despertaron. “mirad, decimos muchos disparates, aun cuando suene a verdad, y mirad, cuando lo queremos, enunciamos la pura verdad”.[262]

---

[261] *Esto no quiere decir que no pueda y deba también criticarse en términos políticos y cognitivos, por ejemplo, si la estética se relaciona con la despolitización y la irracionalización de la cultura de la historia. En el caso de esta crítica, Gottfried Korff inmediatamente presiente una limitación siniestra del potencial del sentido histórico de la comunicación estética con fines didácticos (Gottfried Korff y Martin Roth: Einleitung en* idem *(Eds.): Das historische Museum. Labor, Schaubühne, Identitätsfabrik. Frankfurt am Main 1990, p. 27). Por mi parte, sólo se trata de no perder de vista la relación inseparable entre los factores cognitivos, estéticos y políticos de la memoria histórica, sobre todo cuando se trata de la estética de lo histórico.* Cf.*: Jörn Rüsen: Was ist Geschichtskultur? en* idem*: Historische Orientierung (*op. cit.*), pp. 211-234.*

[262] *Hesíodo: Theogonie, en Sämtliche Werke, (trad. Alemana Thassilo von Scheffer). Bremen 1965, p. 4.*

6. EL APRENDIZAJE HISTÓRICO

Vivir es experimentar, dar sentido a las cosas y a los sucesos, por tanto a nosotros mismos.[263]

Bernard Groethuysen

EXPERIENCIA, INTERPRETACIÓN Y ORIENTACIÓN

¿Qué es el aprendizaje histórico? Es la conciencia relacionada con el tiempo, la experiencia del tiempo significativo y el desarrollo de dicha habilidades. La definición anterior es muy amplia. Cubre toda el área donde la conciencia histórica actúa e influye. Las tres dimensiones del tiempo son tema de la conciencia histórica: a través de la memoria, el pasado se convierte en presente, para la comprensión del presente mismo y elaborar perspectivas para el futuro. Desde luego, prevalece la perspectiva del pasado, puesto que la conciencia histórica funciona a través de la memoria. Sin embargo, dicha conciencia es determinada en gran medida por el hecho de que la memoria está íntimamente ligada a expectativas de futuro. Se contempla e interpreta el presente individual como un proceso continuo de la memoria en estrecha relación con la expectativa de futuro.[264]

En pocas palabras, esta rememoración otorga sentido a la experiencia del tiempo.[265] La conciencia histórica actúa a través de la memoria; ligando en forma cercana a las tres dimensiones del tiempo. La conciencia histórica se hace presente en

---

[263] *"Vivre, c'est interpréter, c'est donner un sens aux choses et aux événements par rapport à nous-mêmes". Bernard Groethuysen: Introduction à la pensée philosophique allemande depuis Nietzsche, en* idem*: Philosophie et histoire. B. Danois (Ed.). Paris 1995, pp. 91-143, cit. p. 96.*

[264] *Karl-Ernst Jeismann: Didaktik der Geschichte. Das spezifische Bedingungsfeld des Geschichtsunterrichts, in Günter C. Behrmann, Karl-Ernst Jeismann, Hans Süssmuth (Eds.): Geschichte und Politik. Didaktische Grundlegung eines kooperativen Unterrichts. Paderborn 1978, pp. 50-108. Karl-Ernst Jeismann: Geschichte als Horizont der Gegenwart. Über den Zusammenhang von Vergangenheitsdeutung, Gegenwartsverständnis und Zukunftsperspektive. Paderborn 1985, pp. 43sqq.*

[265] *Jörn Rüsen: Die vier Typen des historischen Erzählens, pp. 153-230.*

las narraciones o relatos que representan una forma coherente de comunicación, pues trata tanto de la identidad del narrador como de la del receptor. Las narraciones o relatos son productos de la mente; con su ayuda, las personas involucradas se ubican en el tiempo de manera que ellas mismas puedan aceptar la versión que les está destinada.

De este modo, la memoria de la conciencia histórica es determinada por las demandas y la voluntad del sujeto, es decir, por los historiadores y por sus audiencias. Además, el sentido actual del pasado debe ser aceptable para aquellos directa e indirectamente involucrados en los eventos narrados.[266] Las narraciones históricas nunca habrían sido presentadas, si no hubiera tenido algún fondo de verdad, algún elemento de consenso entre las partes ahí representadas. Dicha verdad trasciende el interés personal en la emisión de demandas y en la realización de la propia voluntad: la veracidad hace comunicables los intereses y los relaciona entre sí; la verdad demanda que el interés relevante se pruebe a sí mismo y de ese modo, pueda ser dirigido a dar sentido al pasado, como parte de un consenso general, hacia la comprensión de las relaciones del presente y en la toma de decisiones, o al menos como sugerencias para hacer decisiones con base en perspectivas a futuro.

¿Qué es lo que ganamos en términos de la percepción cuando somos capaces de observar los hechos en la conciencia histórica como un proceso de aprendizaje? ¿Cuál es el beneficio en términos de la percepción cuando se pondera el modo de dar sentido al proceso de la experiencia del tiempo a través de la memoria, como una forma de aprendizaje? Dicho proceso debe relacionarse con una forma de conciencia muy especial, dirigida hacia las historias, pues no toda memoria histórica ni toda experiencia, interpretación u orientación aportada por el pasado es útil como tal aprendizaje histórico.

Para establecer claramente la diferenciación he elegido un ejemplo (quizá muy) sencillo: el aprendizaje de la natación y la natación misma deben diferenciarse como procesos distintos, aunque para aprender a nadar se requiera nadar, y en el hecho de nadar, aun sin el propósito de aprender, algo se aprenderá. Con la historia el asunto es mucho más complejo. No es tan fácil aludir a las habilidades adquiridas al aprender historia. (¿Cuál es la conducta típica de alguien que ha desarrollado conciencia

---

[266] *Kurt Röttgers: Geschichtserzählung als kommunikativer Text, en Siegfried Ouandt, Hans Süssmuth (Eds.): Historisches Erzählen. Formen und Funktionen. Göttingen 1982, pp. 29-48.*

histórica?) ¿Acaso es posible comparar la sensación de "ya lo sé hacer" al hablar de la adquisición de la conciencia histórica, con la sensación de quién ha llegado a esta conclusión después de pasar un largo tiempo nadando?

¿Cuáles de los encuentros con el pasado podrían ser excluidos del proceso de aprendizaje? El aprendizaje puede considerarse la adquisición de nuevos conocimientos sin desarrollar nuevas habilidades de aprendizaje. Pueden obtenerse conocimientos nuevos en forma pasiva viendo la televisión, acumulando de esa manera información histórica y nueva información referida a la historia; todo esto puede identificarse como aprendizaje; sin embargo, es sólo la repetición de lo que ya se sabe y por tanto no significa un verdadero desarrollo en aprendizaje. Se pueden distinguir, evaluar y clasificar las diferentes operaciones de la conciencia histórica y de otras ciencias afines de la historia conforme a gradaciones de intensidad del aprendizaje. ¿Cuáles son los criterios para distinguir, evaluar y clasificar la calidad del aprendizaje?

Esta es una cuestión clave en la didáctica de la historia. (La respuesta para dicha pregunta, determinará también lo que debe esperarse de un libro de texto, que sea accesible y útil para el aprendizaje.) ¿Qué es el referente específico en el aprendizaje en el proceso de la conciencia histórica? Y, ¿conforme a cuáles perspectivas históricas podrá evaluarse dicha cualidad de aprendizaje? Quiero responder esta cuestión haciendo una distinción entre dos perspectivas a tres niveles o dimensiones del aprendizaje histórico.

El aprendizaje es un proceso dinámico que transforma a la persona que aprende. Algo se gana, algo se adquiere, en términos de percepción y de habilidad o una mezcla de ambos. En el aprendizaje histórico se logra la historia donde hechos objetivos, sucedidos en el pasado, se convierten en temas de conocimiento consciente, se vuelven subjetivos. Éstos comienzan a desempeñar un papel en la mente del sujeto que estudia la historia. El aprendizaje histórico es un proceso de ubicación consciente de los hechos entre dos polos; a saber, los pretextos objetivos de los cambios de la gente y de su mundo en el pasado, por una parte, y la noción subjetiva comprendida en el entendimiento del ser y de su orientación en el tiempo, por la otra. Puede caracterizarse dicho proceso como un doble movimiento: primero estaría la adquisición de experiencia en el transcurso del tiempo (formulado de manera abstracta: es la subjetivización del objeto), luego vendrá la dependencia esclavizante del sujeto a la experiencia (la objetivización de lo subjetivo). Con esto no se quiere decir que el aprendizaje histórico

deba ser árido, presentado en forma empírica, mecánica, conscientemente repetida. Es decir, simplemente objetivada. Tampoco implica que quien aprende sólo recibe lo que la historia le enseña. Desde esa visión del procedimiento de aprendizaje, el papel productivo del sujeto, o de quién aprende, es subestimado; y la historia como contenido de un proceso de aprendizaje, es concretizada en forma incorrecta.

Existen dos formas en que la historia pretende ser objetiva: en primer lugar la historia como sedimento de los sucesos del presente (cada individuo nace dentro de la historia y al volverse parte del pasado se hace parte del presente); en segundo lugar, la historia pretende, desde luego, ser objetiva con base en documentos que proveen de la información sobre el cuándo, el cómo, el porqué, y a través de quién sucedió algo. La presión de la experiencia en el primer pretexto de la historia es cualitativamente mayor que en el caso del segundo pretexto. Para ubicarse en el presente, desde luego, debe tomarse en cuenta la experiencia. Tal es el caso con las relaciones planteadas en la vida: la historia actúa como prescripción respecto de todos los esfuerzos conscientes por llegar al aprendizaje. La historia no sólo prescribe las relaciones de vida actuales, que a través de ella han llegado a ser lo que son, (sin embargo, la existencia de estas relaciones debe fundamentarse históricamente); narraciones –es decir, relatos (en suma, la memoria consciente y la interpretación del pasado)– que son en sí parte de las relaciones de la vida (por ejemplo, la cultura política o una compleja constelación de identidades históricas compuesta también por elementos identitarios de género o nacionales). Los relatos que cuentan con su propia realidad (u objetividad) desde el mundo real construyen un vínculo desde las experiencias en la vida hasta las versiones documentales de la experiencia histórica. Establecen un puente entre la historia que opera dentro de la memoria temporal de la vida práctica hasta la historia que sólo alcanza el ser consciente a través del aprendizaje.

Alcanzar la historia objetiva a través del aprendizaje histórico, significa vincular (en forma narrativa) las condiciones que presentan las relaciones en la vida real. La historia objetiva se liga y establece por medio de narraciones y relatos que forman parte de la realidad social. El sujeto no está particularmente orientado hacia la historia objetiva, y no es requisito el que lo esté. Resulta mucho mejor que el sujeto se oriente hacia sí mismo y hacia sí mismo construya su propia subjetividad, en forma más o menos consciente, a modo de fincar su propia identidad histórica.

La historia objetiva no puede dirigir los presupuestos históricos de su propia existencia con base en sus deseos, esperanzas, aspiraciones y temores. Todos estos elementos cumplen, desde luego, una función, pero no son suficientemente eficientes como para volverse historia objetiva ni para orientar su trabajo de autocomprensión histórica. Es mucho mejor que los intereses, expectativas y reclamos de la historicidad histórica sean elaborados con base en la experiencia, y que la misma historia objetiva elabore bajo dichos supuestos y que los modifique y concrete empíricamente para que logren cierta importancia.

Este doble proceso de aprendizaje en la adquisición de conocimiento histórico, a través de la experiencia y de la autorealización, se lleva a cabo básicamente a través de tres operaciones: experiencia, interpretación y orientación. Las tres operaciones pueden analizarse y diferenciarse entre sí como diferentes niveles o dimensiones del aprendizaje histórico. Puede hablarse de la conciencia histórica como aprendizaje histórico, cuando se trata de un incremento en la experiencia del pasado, y a la vez de un incremento en la capacidad que da significado a esta experiencia y en la habilidad de aplicar dichos significados históricos en el marco de orientación para la vida práctica.[267] Diferenciar entre los tres niveles, o dimensiones, conlleva el beneficio de poner en evidencia ciertas áreas de trabajo de la conciencia histórica a menudo soslayadas. Se aclara su importancia en la multitud de habilidades y en la relación armoniosa y equilibrada que existe entre ellas. Una perspectiva analítica que establece diferencias se interpone en el debate didáctico sobre deficiencias estructurales. A menudo se desprecia la habilidad de interpretar y orientar en favor de componentes del conocimiento empírico. Frecuentemente dicho desprecio se muestra como desproporción en las relaciones entre estos tres componentes. ¿De qué sirve un amplio conocimiento histórico, cuando éste se expone simplemente como algo para recordar sin ningún resultado que propicie la orientación? Y por otra parte, ¿de qué sirve la habilidad para reflejar y criticar prácticas históricas cuando la experiencia es pobre?

---

[267] *Esta diferenciación corresponde a la clasificación de la conciencia histórica presentada en Karl-Ernst Jeismann: Analyis, judgement, evaluation (*cf. supra*). Sin embargo, creo que "la experiencia, el significado y la orientación" son más abarcadores y elemental, y no están vinculados exclusivamente con los ámbitos limitados de la conciencia histórica.*

Ahora deseo profundizar sobre cada uno de los mencionados componentes del aprendizaje histórico para luego señalar algunos de los puntos esenciales que los ligan entre sí.

a) El aprendizaje histórico implica un crecimiento basado en la experiencia del pasado. Las operaciones (narrativas) en la conciencia histórica se vuelven parte del proceso de aprendizaje, cuando se concentran en aumentar los conocimientos sobre lo sucedido en el pasado. Para conseguir lo anterior es necesario que la conciencia esté abierta a registrar nuevas experiencias. El aprendizaje histórico depende de la voluntad de seleccionar experiencias en las que se observe un carácter histórico específico. Pero, ¿cuáles son las experiencias y qué motivación se requiere para optar por esta alternativa? No basta con sencillamente observar que algo ha sucedido con alguna frecuencia en el pasado. Nada puede convertirse en hecho histórico por la sencilla razón de tener un pasado. El carácter histórico de alguna cosa o de un hecho, reside en una específica cualidad del tiempo: la experiencia que de eso establece una diferencia cualitativa entre pasado y presente. Al aprendizaje histórico se relaciona con el hecho de que el pasado es un tiempo cualitativamente diferente del presente. La experiencia histórica, por tanto, es básicamente la experiencia de la diferencia establecida por el tiempo. La experiencia de diferencias de tiempo (como puede ser un viejo templo junto al moderno edificio de un banco, de un taller próximo a un *bungalow*) tienen su propio encanto, una fascinación que se establece como importante estímulo del aprendizaje histórico. Sin embargo, un viraje consciente hacia la experiencia pocas veces deriva de dicha experiencia de fascinación. Se requiere un mayor estímulo para alcanzar congruencia con los problemas de orientación planteados en el presente. Por ejemplo, la discrepancia planteada entre la expectativa del futuro y la experiencia del presente, que capta la atención por el pasado. Tomando en cuenta lo anterior, debe desarrollarse una presentación realista de la experiencia del pasado, con objeto de resolver la discrepancia. Experimentar la antigüedad del pasado abre el potencial de futuro al presente. Lo anterior tiene significación para el presente y debe integrarse en los marcos de la vida práctica.

b) El aprendizaje histórico aumenta la capacidad de hallar significado. En esta dimensión del aprendizaje histórico el aumento en experiencia y conocimiento es transformado hasta producir un cambio en el modelo o en el esquema de interpretación. Tales modelos de interpretación integran los diversos conocimientos y experiencias del

pasado en un todo comprehensivo – el cual genera una imagen de la historia. Dan significación histórica a los hechos. Los modelos establecen el significado y hacen posibles las diferenciaciones conforme a las visiones que revelan lo más importante; otorgan un lugar dentro de la representación histórica a lo que se ha considerado empírico. Los modelos de interpretación son como perspectivas que ostentan un estatus teórico en la conciencia histórica. Eso no implica que asuman la forma de teorías o una forma distinta de los elementos empíricos del conocimiento histórico. Operan principalmente en el subconsciente a nivel de acatamiento a un orden implícito; es decir, generan conocimientos a partir de las experiencias (o lo que es lo mismo, a partir de la compleja coherencia que establecen las experiencias). Finalmente los modelos de interpretación son quienes deciden qué elementos extraídos de las experiencias histórica y del conocimiento histórico, son específicamente históricos qué es lo que establece su estatus específico en el tiempo y qué los hace parte de los contenidos de la historia.

El aumento de capacidades de interpretación en el aprendizaje de la historia significa que si los modelos de interpretación son aplicados a las experiencias y al orden del conocimiento, dichos modelos se hacen más flexibles, abarcan un conjunto y se diferencian entre sí y pueden ser usados como recursos en la reflexión y en el debate. Los modelos tradicionales de interpretación se tornan ejemplares, como modelos críticos y a la vez críticos de la genética.[268] Sin embargo, en la historia es posible discernir entre estas formas básicas de interpretación, lo cual representa un crecimiento cualitativo en las posibilidades del significado. Hans Günther Schmidt ha diferenciado tres etapas en el uso de la historia como ejemplo.[269] Se trata primordialmente de las disonancias afectivas y cognitivas entre las experiencias de época y los modelos de interpretación de la historia que logran un incremento de aprendizaje conforme se adquiere habilidad de interpretación. Dichas disonancias conducen a nuevas formas y contenidos del conocimiento histórico. El proceso de aprendizaje puede describirse como la capacidad de dar un paso más allá del dogmatismo observado en algunas actitudes respecto de la historia (mi historia, —o quizá la historia del profesor— es la

---

[268] *Para una diferenciación de estos tipos* cf.*: pp. 6ss, pp. 69ss.*

[269] *Hans-Günther Schmidt: Eine Geschichte zum Nachdenken. Erzähltypologie, narrative Kompetenz und Geschichtsbewußtsein: Bericht über einen Versuch der empirischen Erforschung des Geschichtsbewußtseins von Schülern der Sekundarstufe I (Unter- und Mittelstufe), Geschichtsdidaktik 12, 1987, pp. 28-35.*

única posible y verdadera) respecto de una perspectiva sobre el conocimiento histórico que puede cambiar a través del debate.

c) El aprendizaje histórico implica un incremento en la capacidad de orientación. Dicha capacidad se vincula con las funciones prácticas derivadas de la experiencia histórica significativa, o bien, con el uso del conocimiento histórico que, organizado en un modelo del significado y para el orden significativo de la vida práctica en procesos de tiempo que transforman a las personas y su mundo. La autocomprensión y significación, que los seres humanos dan a su mundo, siempre contienen en sí elementos históricos. Dichos elementos se refieren a los aspectos diacrónico, interno y externo de la vida práctica.

El aspecto externo se refiere al pasado, presente y futuro del significado comprehensivo dado a los cambios temporales por las circunstancias y las relaciones establecidas por los humanos a lo largo de sus vidas: a este aspecto corresponden los componentes esenciales de la acción intencional, es decir, las perspectivas para el futuro sustentadas en la experiencia. El aspecto interno se refiere a la autoconcepción temporal de los sujetos, a través de la cual, éstos comprenden y se entienden entre sí, respetando los cambios temporales observados en el transcurso de sus vidas. A través de dicho concepto, se mantienen iguales a sí mismos a pesar de los cambios que se producen en su mundo. La identidad histórica es el término común que designa la consistencia diacrónica de los sujetos a través del tiempo. Dicha identidad es específicamente histórica, cuando sus dimensiones temporales rebasan los límites de su propia existencia y cuando la finitud de los individuos es trascendida por los recursos de la memoria.

La naturaleza y el arte de la orientación interna y externa debe ser aprendida de acuerdo con el propio ser en el tiempo. Esto debe tomarse en cuenta cuando se elaboraba la adquisición de un modelo de interpretación, pues dicho modelo debe contener categorías didácticas para la interpretación del devenir, es decir, para el pasado, el presente y el futuro. La capacidad de orientarse históricamente representa la habilidad para aplicar este modelo, el cual conlleva conocimientos y experiencias respecto de situaciones de vida, con capacidad para formular y reflexionar desde un punto de vista propio sobre la actualidad. El punto de vista objetivo (hasta donde concierne a género, época, edad, estatus social, etc.,) que siempre permanecerá entre nosotros, logra a través de esto, una orientación temporal subjetiva. No sólo se dirige hacia el tiempo, sino se vuelve variable, por su cualidad subjetiva; se convierte (al

menos parcialmente) en parte de las capacidades de aquellos involucrados en la acción. Los determinantes semi-naturales de una situación real y la propia identidad individual están saturados del poder que representan los significados históricos establecidos. Se establecen puntos de vista cuya importancia crece y que pueden modificarse a través del debate histórico.

La autoridad de las referencias de orientación para la vida práctica es modificada por el aprendizaje histórico; dichas orientaciones son convertidas en parte de la historia y por ello reciben el beneficio de un sentido de realidad (Wilhelm von Humboldt). Dicho sentido puede describirse como capacidad para reconocer la historicidad del ser y su mundo, y para admitir la historicidad como oportunidad de acción. Dichos cambios tienen también una característica cualitativa: conducen más allá de las restricciones impuestas por perspectivas y puntos de vista autoritarios respecto de la vida, la libertad y reflexión sobre los puntos de vista y la elección de una perspectiva histórica sustentada.

d) Desde luego, las tres operaciones de la conciencia histórica y las dimensiones del aprendizaje de la historia, destacados anteriormente, están muy estrechamente relacionadas. No existe experiencia histórica sin significación, ni orientación histórica que no tenga como base a la experiencia. Cualquier modelo de interpretación implica a la vez experiencia y orientación. En este todo coherente se representa la complejidad del aprendizaje de la historia, el cual tiene dos polos: el de la adquisición de la experiencia por una parte y el descubrimiento del ser en los desplazamientos mentales de la conciencia histórica, por la otra.

Sería un error diferenciar entre el aprendizaje histórico y su objeto; es decir, la historia debe ser aprendida como una experiencia cultural que pone metas orientadoras a disposición del aprendiz. Tal diferenciación conduciría a una didáctica histórica que ordenara sus temas conforme a un canon de objetivos históricos. La dinámica subjetiva se ahoga cuando la historia es mostrada como algo dado. El conocimiento histórico adquirido a través de la pura recepción, cancela la habilidad de dar significación a la historia y de orientar al ser conforme con la experiencia histórica, en vez de promoverla. La significación, cuando sólo es transmitida, no puede ser sometida a la observación y es soslayada la función fundamental de la organización del conocimiento. Asimismo, cancela la subjetividad como fuente generadora de nuevas inquietudes y preguntas y como disposición a explorar nuevas experiencias. El conocimiento histórico así

adquirido no puede ser empleado en forma productiva para la orientación; en última instancia, el conocimiento histórico es generado con objeto, precisamente de cumplir con esta función de orientación cultural.

Por otra parte, también sería un error construir cabalmente el conocimiento histórico con base en los intereses subjetivos de los aprendices. En tal caso, la experiencia y el conocimiento ganado por la conciencia histórica serían como una película, en la cual los aprendices grabarían su subjetividad. La experiencia y el conocimiento histórico pleno de experiencia pierden su sustancia ante la capacidad de proyección de los deseos, esperanzas y temores de uno mismo; con ello se pierde la oportunidad de probar subjetividades y de reforzar la experiencia. Puede suceder que las necesidades subjetivas de orientación o de ciertos puntos de vista estén organizadas didácticamente de tal forma que la conciencia histórica se convierta en una resistencia en contra de experiencias y conocimientos confusos. En el proceso de aprendizaje, los intereses subjetivos sencillamente conducirán a orientaciones y fijaciones ideológicas bajo las formas dogmáticas correspondientes, en términos de identidad histórica; y los aprendices verían así frustrado su sentido de realidad conforme al cual desarrollan el significado de la experiencia histórica. Sus significados y orientaciones resultarían pobres en términos de experiencia.

Ambos abordajes parciales evitan enseñar a los aprendices la habilidad de desarrollar un equilibrio argumental entre la experiencia y el sujeto. A través del debate la experiencia histórica sencillamente no puede conducir a orientaciones fijas o dogmáticas: el recurso del debate mantiene abiertos y flexibles los modelos de interpretación y las estructuras de orientación para evaluar la experiencia. Las operaciones realizadas a través de la conciencia histórica deberán ser contempladas, organizadas, e influidas primordialmente por puntos de vista derivados del aprendizaje histórico con el propósito de acomodar las tres dimensiones en un modelo único; es decir, experiencia o conocimiento, significado y orientación en un todo integrado. El equilibrio entre estas dos entidades debe intentarse: la historia como objetivo de las relaciones de la vida actual y la historia como construcción subjetiva para orientar los intereses personales en la vida práctica.

7. AFLOJAR EL ORDEN DE LA HISTORIA: MODERNIDAD, POSMODERNIDAD, MEMORIA

> Sin embargo, al abordar contextos complejos y al destacar desarrollos grandes, los análisis de los expertos pocas veces muestran una comprensión completa, y sus principios son irreconciliables con los puntos decisivos.[270]
>
> Liu Zhiji: Chun Qiu

RETOS TEMÁTICOS

Las ciencias de la historia, como disciplina académica, tematizan críticamente sus raíces, funciones y principios, lo cual al mismo tiempo las satisface e incomoda. La satisfacción viene del nuevo interés por la historia en el ámbito de las humanidades: uno de los temas predominantes, es el de la memoria y su papel en la cultura humana. La memoria abarca todo el área que trata del pasado, e incluye el dominio de la historia como tema central y como manera de rememorar vívidamente el pasado a través de su representación en el marco cultural de las actividades humanas. Por otra parte, esta percepción de la representación histórica puede causar inquietud entre historiadores profesionales, pues con facilidad trasciende y hasta desprecia las estrategias que abordan el pasado por medio de una disciplina científica de las ciencias de la historia. El discurrir de la memoria no sólo ignora procedimientos cognitivos que establecen el conocimiento histórico con racionalidad y validan la perspectiva objetiva del pasado y su legitimación profesional con visos de verdad, también describe las ciencias de la historia como ámbito desierto, donde no se puede tratar cara a cara con acervos y tendencias que residen en la memoria de los individuos, grupos, naciones y culturas. De este modo, las relaciones de la academia con el pasado parecen un reino de sombras. Pero esa luz que difumina tanta relevancia práctica, no parece iluminar su trabajo de

---

[270] *Cit. en Michael Quirin: Liu Zhiji und das Chun Qiu. Frankfurt am Main 1987, pp. 75ss.*

investigación. En los compartimentos abiertos de la memoria (*lieux de memoire*), la historia parece haber emigrado de las áreas de la investigación académica y de la historiografía profesional, hacia el campo abierto de la simbolización, de la representación con objeto de no atarse al constreñimiento y materialización de alienantes procesos metodológicos.

Durante un lapso considerable, la posición crítica que sustentan las ciencias de la historia se ha agudizado a través del discurso del posmodernismo, que ha traído consigo dudas radicales respecto a los principios cognitivos del pensamiento histórico y de la historiografía de las ciencias de la historia bajo su forma moderna. La discusión sobre el posmodernismo como reto de las humanidades se ha debilitado, aunque el fuerte desafío que entraña dicho tema para las ciencias de la historia sigue cuestionando la estructura disciplinaria de éstas. Pero la estructura, aún eficiente para el estudio de la historia y la profesionalización de los historiadores y maestros de historia, ha perdido difusión. En vez de prácticas académicas profesionales para generar el conocimiento histórico, los ejercicios culturales de rememoración del pasado toman el lugar de la historia y la representan en orden simbólico; así, la promoción de tendencias de orientación de la vida cultural han ganado enorme interés no sólo en las humanidades sino en la vida pública donde a través de memorias, discursos, monumentos, aniversarios y otras instituciones y ceremonias de memoria colectiva juegan un importante papel.

Así, las ciencias de la historia, como disciplina y la profesionalización del historiador, se encuentran en un contexto en el que las características de sus logros cognitivos parecen diluirse. Ubicada en el terreno de la memoria viva, el estudio de la historia parece haber perdido sus principios cognitivos fundamentales. Podría preguntarse si el papel que juega la memoria histórica en la conformación de la identidad y en la orientación de las actividades humanas puede simplemente añadirse a las ciencias de la historia como una disciplina académica o como una ciencia en el más amplio sentido de la palabra. Si se reconoce este papel del discurso de la memoria, ésta figura sencillamente como un agente ideológico que presenta a la historia conforme a los intereses y necesidades de las elites, como un arma en la lucha por el poder para ser utilizada por aquellos que tienen el poder para definir los términos semánticos de intercambio en el área de construcción, deconstrucción y reconstrucción de la identidad colectiva. Las estrategias retóricas y poéticas destinadas a presentar el pasado como historia, conforme al desarrollo de la vida local de las actividades humanas, se asemeja

a un complejo hermafrodita entre racionalidad científica y forma literaria, una forma ambigua que sintetiza racionalidad científica y texto literario, o por decirlo con agudeza: como un fracaso (una interrupción) con muy dudosa función cultural.

METAHISTORIA

La mayoría de los argumentos que amenazan las ciencias de la historia ignoran sus procesos cognitivos o critica su función ideológica, y se desarrollan en un nivel del discurso que puede definirse como metahistórico. Este nivel refleja la historia y sus diversos modos de abordar el pasado; pero no es simplemente eso, sino una teoría general, sobre cómo abordar el pasado. Aunque esta reflexión no esté directa o explícitamente relacionada con las ciencias de la historia, no puede ser desechada, pues algunas de sus temáticas están dirigidas al centro de las ciencias de la historia. Son parte sustantiva de las ciencias de la historia, principalmente los criterios que se usan para otorgar un sentido histórico específico al pasado y significación al presente; entre ellos, el papel constituyente de necesidades e intereses al describir el pasado; la función del recuerdo en la orientación de la actividad humana y en la formación de todo tipo de identidades.

Por tanto, las ciencias de la historia deben retomar esta reflexión y relacionarla con sus estrategias cognitivas para lograr un conocimiento sólido del pasado y sostener el profesionalismo en la escritura de la historiografía. Esto implica la continuidad de una tradición que se refleja a sí misma, de la construcción de metateoría en el desempeño del trabajo de memoria; de recordar y representar el pasado, que es anterior a lo que pueda significar su estatus como disciplina académica.[271] La reflexión ha sido ya hecha dentro de la tradición retórica de la historiografía; ha cumplido un importante cometido al legitimar las ciencias de la historia como disciplina académica con bases propias de razonamiento científico, por medio de la validación de su interpretación

---

[271] Cf.: *Horst Walter Blanke, Dirk Fleischer, Jörn Rüsen: Theory of History in Historical Lectures: The German Tradition of Historik 1750-1900, in History and Theory 23, 1984, pp. 331-356.*

correspondiente. En Alemania, por ejemplo, el proceso de profesionalización y de cientificismo de la historiografía tuvo su primer impulso más en el nivel metateórico que en el nivel que trata concretamente con el pasado.[272] La metahistoria, como autorreflexión de las ciencias de la historia, conforma una tradición en el desarrollo de la disciplina;[273] acompaña la investigación histórica y la escritura de la historia en el desarrollo y en todos sus cambios, crisis, hambrunas, revoluciones y también en los debates que se encienden respecto de su propio estatus como disciplina académica, de sus relaciones con otras disciplinas, de sus precondiciones epistemológicas, de sus funciones culturales y de los principios que sustentan su trabajo cognitivo.[274] En Alemania existe incluso el término *Historik*, que designa a la autorreflexión en las ciencias de la historia. Nos encontramos con una tradición de discusión sobre los principios de las ciencias de la historia; un discurso interdisciplinario preestablecido que habilita a las ciencias de la historia a aportar su especificidad sobre los temas generales y fundamentales que tratan del pasado.

En la misma medida en que el crítica posmoderna desafía a las ciencias de la historia y el modo moderno de hacer la historia pone en duda su imagen científica que con base en el argumento sobre la memoria disuelve sus estructuras rigurosa, las ciencias de la historia se deben movilizar y revisar su tradición de autorreflexión. De nueva cuenta deben crearse espacios para la auto-reflexión para explicar, legitimar y criticar el estatus cognitivo de dicha crítica, conforme a la validación surgida de los procedimientos metódicos de investigación. Éstos pueden realizar dicha tarea con base en modalidades y resultados establecidos desde la metahistoria, que son el argumento interior que refleja la constitución de la disciplina.

Para lograrlo, las ciencias de la historia deben elaborar y explicar una estructura cognitiva por medio de la cual obtienen su forma específica en el vasto campo de la

---

[272] Cf.*: Horst Walter Blanke, Dirk Fleischer (Eds.): Theoretiker der deutschen Aufklärungshistorie. 2 vol. Stuttgard, Bad Cannstatt 1990;* cf. idem*: Aufklärung und Historik. Aufsätze zur Entwicklung der Geschichtswissenschaft, Kirchengeschichte und Geschichtstheorie in der deutschen Aufklärung. Waltrop 1991.*

[273] *El texto clásico en la tradición alemana es Droysen: Historik. Traducción inglesa del* Grundriß*: Outline of the principles of history. Boston 1893, New York 1967.*

[274] Cf.*: Horst Walter Blanke, Dirk Fleischer, Jörn Rüsen: Theory of History in Historical Lectures: The German Tradition of* Historik *1750-1900, History and Theory 23, 1984, pp. 331-356; también en en Rüsen: Studies in Metahistory, pp. 97-128.*

cultura, donde la historia se hace de acuerdo con diversos actos de memoria como recordar, remembrar y representar (a la vez, suprimir y olvidar) el pasado.

UN MODELO DE LAS CIENCIA DE LA HISTORIA

Esta estructura cognitiva del pensamiento histórico no puede explicarse sin tomar en cuenta sistemáticamente su constitución y función en la vida práctica, pues su lógica específica está constituida por su relación con las necesidades culturales de las actividades humanas. Abordar este punto es uno de los méritos más relevantes de la discusión sobre la memoria histórica, pues el pensamiento histórico se da en el ámbito de la memoria y está ligado a sus procedimientos mentales, así el recuerdo y la representación del pasado son destinados a la orientación de la vida humana en el presente. La memoria del pasado es condición necesaria para dotar la vida humana de un marco de referencia cultural, que abra una perspectiva al futuro, sustentada en la experiencia del pasado. Si se redujera toda la labor de la filosofía de la historia y de las ciencia de la historia al énfasis sobre las necesidades prácticas de la vida, como lo hace el racionalismo metódico al tratar con la evidencia empírica del pasado, aunque éste tenga su propia lógica, se perdería totalmente el propósito, pues deben considerarse tanto la relación con funciones y necesidades prácticas como la racionalidad del conocimiento metódico.

Lo anterior puede hacerse en un esquema, que explique los cinco principios del pensamiento histórico y su relación sistemática. Puede elegirse el concepto de Thomas S. Kuhn y hablar de la matriz disciplinaria[275] de las ciencias de la historia (sin seguir necesariamente su argumentación acerca del desarrollo de las ciencias y la imposibilidad de aplicar su concepto de ciencia a las humanidades). Los cinco principios son: 1) interés en la cognición originada en el cambio temporal del mundo actual; 2) conceptos de significación y perspectivas de cambio en el tiempo dentro del cual el pasado es caracterizado como historia 3) reglas metódicas para la investigación empírica 4) formas de representación en las cuales la evidencia del pasado, se representa

[275] Cf.: *cap. 3.*

en forma narrada como interpretación a través de los conceptos de significación y 5) las funciones de orientación cultural, a modo de una orientación temporal de las actividades humanas y los conceptos de identidad histórica.

Cada uno de los cinco factores es necesario, y su conjunto es suficiente en la constitución racional del pensamiento histórico elaborado en forma de memoria histórica (cabe subrayar que no toda memoria es por sí misma una memoria histórica. Sólo podemos hablar de memoria histórica al tratar de aquélla que rebasa los límites de la vida humana, individual o de grupo. La noción de histórica indica un elemento de distancia temporal entre el pasado y el presente, que requiere de la compleja mediación de ambos. Los cinco factores pueden cambiar a través del tiempo, tanto por el desarrollo del pensamiento histórico en general como por el de las ciencias de la historia en particular; sin embargo, su relación y el orden sistemático en el que definen sus interacciones, permanecerá. Dentro de este sistema de relaciones, todas ellas dependen de un principio único y fundamental, que aporta la coherencia y las características que las ciencias de la historia mantienen a través de una variedad de cambios y desarrollos históricos. Este principio fundamental es el criterio del sentido que rige las relaciones entre pasado y presente, y en el cual el pasado asume su significación como historia.

A lo largo de la mayoría de sus periodos de desarrollo, las ciencias de la historia reflejaron primordialmente su propia dimensión cognitiva a nivel metahistórico. Ansiosos por legitimar un estatus científico con sus reclamos de veracidad y objetividad, los historiadores participaban del prestigio cultural de la ciencia, como la forma más convincente en que el conocimiento y la cognición pueden estar al servicio de la humanidad. Las definiciones de su carácter científico se han realizado mediante una amplia variedad concepciones. La mayoría de las veces, las ciencias de la historia reclamaban cierta autonomía epistemológica y metodológica entre las disciplinas científicas. Así, la historiografía se mantenía consciente de haber incorporado algunos elementos no-cognitivos aunque válidos y de trascendencia, principalmente los que intervienen en la escritura de la historia. Pero dichos elementos sólo se consideraron al nivel de la importancia de los cognitivos después del giro lingüístico. Lo anterior resulta plausible dentro de los cinco factores de la historiografía ya considerados. Si se examinan las relaciones específicas entre algunos de ellos como entre las relaciones de intereses y funciones, la historiografía se compromete con la estrategia política de la memoria colectiva. Ubica al trabajo de los historiadores dentro de la lucha por el poder

y lo convierte en el filtro de legitimación o deslegitimación de todas las formas de dominio o de gobierno. Al relacionar conceptos y métodos se compromete principalmente con una estrategia cognitiva de producción del conocimiento histórico. Esta estrategia constituye el carácter científico de las ciencias de la historia. Somete al discurso de la historia a reglas de argumentación metodológica, de lenguaje conceptual, de control empírico y de formas de alcanzar consenso y acuerdos por medios racionales. Y en cuanto a las relaciones entre formas y funciones, se compromete en una estrategia poética y retórica de la representación histórica. Dicha estrategia ubica el conocimiento del pasado en las características de la vida cotidiana, donde define las fuerzas que motivan la mente por medio de la orientación cultural. Tomando en cuenta todas las estrategias pueden observar las ciencias de la historia como una síntesis compleja de formas de abordar el pasado en tres diferentes dimensiones: estética, política y cognitiva. Esta síntesis refleja el orden de la historia, como parte integral de la cultura.

La propuesta esquemática de la matriz disciplinaria, que representa los factores constitutivos de las ciencias de la historia, muestra cómo por un lado, el trabajo de los historiadores es influido por y relacionado con la vida práctica y conserva un ámbito propio, donde se alcanza el conocimiento más allá de las necesidades orientadoras de la vida práctica. También explica por qué la historia ha sido escrita de nueva cuenta –conforme a los cambios, intereses y funciones que desempeña el conocimiento histórico en la vida– y por qué al mismo tiempo, hay continuidad, desarrollo y progreso en la estrategia cognitiva para lograr extraer conocimientos sólidos a partir de residuos del pasado. Mediante dicho esquema es posible retomar la tensión entre modernidad y posmodernidad y el reto de la discusión sobre la memoria, para someterla a la reflexión interdisciplinaria de las ciencias de la historia lograr profundidad y actualidad en el desarrollo de la conciencia de sí misma.

Mi propósito es evitar confrontaciones inútiles. La mayoría de las actitudes posmodernas hacia la historia han causado la impresión de que existen agudas contradicciones entre elementos modernos y posmodernos en el pensamiento histórico. Dicha contradicción puede ser relativa (y hasta cambiar) con la orientación de los parámetros propuestos en el esquema, por lo que se abre una perspectiva para el desarrollo de las ciencias de la historia, pues puede alcanzarse una síntesis entre

características modernas y posmodernas.[276] Lo mismo tiene validez para la distinción entre memoria e historia. Frecuentemente, las características de vitalidad y relevancia de la memoria se han considerado contradictorias en relación con la racionalidad y fuerza del conocimiento histórico logrado mediante la investigación metodológica. Respecto de la memoria parece existir una contradicción en los términos en cuanto a su servicio para la vida, pues aun siendo uno de sus elementos constitutivos, se le desplaza al encajonarla como acumuladora de conocimientos sin una función directa o práctica. Esta contradicción hace que olvidemos la interrelación fundamental entre memoria e historia. Produce una apreciación equivocada de las ciencias de la historia como proceso cognitivo. El interés de los siguientes argumentos, es superar esta oposición a favor de un discurso que demuestre cómo las ciencias de la historia pueden desarrollarse y ganar una nueva conciencia de sí, conforme a las nuevas perspectivas y estrategias de su trabajo.

Como cada uno de los esquemas ilumina fenómenos complejos y parte de ellos queda fuera de nuestra percepción, debe prevenirse sobre la existencia de algunos elementos en el abordaje histórico del pasado, no considerados en la propuesta de principios sistemáticos. En el dominio de los intereses constitutivos existe ya una experiencia del pasado. Pero ésta es sustancialmente diferente respecto de la experiencia abordada sistemáticamente en el ámbito de la investigación empírica. Cuando el pensamiento histórico inicia sus cuestionamientos con base en las necesidades e intereses de la memoria histórica, ya el pasado se transforma en presente; y juega un importante papel, porque da forma a dichos intereses y necesidades. Esto puede ser de diferentes maneras: como la tradición efectiva, como fascinación por la otredad (alteridad); como resultado de una presión traumática o hasta como modo de olvidar, lo cual es (de todas formas) un modo de mantener el pasado vivo, pues el pasado se mantiene también por cancelación.

---

[276] Cf.: *Jörn Rüsen: Historical Enlightenment in the Age of Postmodernism: History in the Age of the New Unintelligibility, en* idem*: Studies in Metahistory, pp. 221-239; Jörn Rüsen: Historical studies between modernity and postmodernity, South African Journal of Philosophy 13, 1994, pp. 183-189; De este texto, existe una traducción al español: Ilustración histórica de cara a la posmodernidad: la historia en la era de la nueva dispersión, en Silvia Pappe (Ed.): Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana. México, UAM-A / UIA, 2000, pp. 427-456.*

MODERNIDAD: EL ORDEN FUERTE LA HISTORIA

Respecto al principio de sentido histórico, modernización significa a la vez un nuevo concepto de la historia y una nueva aproximación a la evidencia empírica del pasado. Al concepto lo integra una categoría que despliega la relación temporal entre pasado, presente y futuro, ligados entre sí a través de una conexión interna llamada la historia. La historia como totalidad del cambio temporal del hombre y del mundo se categoriza a través de las ideas de progreso o desarrollo. El nuevo acercamiento se caracteriza por métodos racionales de conocimiento que habilitan al historiador para revelar los movimientos y cambios de fuerzas temporales en el mundo de los humanos, y que constituyen la entidad y la totalidad de la historia.

La modernidad en el pensamiento histórico ha traído consigo, la idea de la Historia. Poco antes de finalizar el siglo XVIII, no existía el concepto moderno de historia. En vez de la totalidad o del complejo temporal de pasado, presente y futuro, había sólo historias, narraciones, historiografías pero no se tenía la noción de que la Historia es un fenómeno. La Historia significa a una entidad fáctica de cambio temporal en cuyo interior se combinan el pasado, el presente y el futuro en una totalidad de tiempo. Durante la última etapa de la Ilustración se logró concebir esta entidad por medio de la categoría histórica de progreso. El historicismo lo ha sostenido, pero ha cambiado su forma categórica usando en su lugar “desarrollo” que en las ciencias de la historia modernas se explica a través de diversos conceptos referidos al cambio estructural.

La progresión de las ciencias de la historia puede describirse como el desarrollo de la concepción de la entidad llamada la historia. A lo largo del historicismo se pensaba que la historia se constituía a través de las energías mentales y espirituales de la actividad humana. En el idioma alemán, dicha fuerza o energía se conoce como *Geist* (espíritu) término que ha dado a las humanidades el nombre de *Geisteswissenschaften* (ciencias del espíritu). En la escuela de los Annales, en el Marxismo y en varios de los conceptos modernos en las ciencias de la historia como el de historia estructural o social, han surgido muchas más diferencias en conceptos complejos sobre lo que se llama la entidad de la historia. Dando un giro crítico respecto a la concepción idealista

de la historia, ellos comprenden la historia como constituida por una relación muy compleja entre fuerzas materiales y mentales.

El método es el segundo elemento esencial del sentido histórico, común a todas las manifestaciones de pensamiento histórico en el proceso de la modernización. Los historiadores académicos profesionales están más o menos convencidos de la existencia de un método racional, que los capacita para lograr hallazgos a través de la investigación (o, según la famosa cita de Ranke) sobre "lo que realmente ha sucedido".[277]

La práctica de métodos de investigación genera una comprensión de esa entidad que llamamos la Historia. El primer paso en la concepción del método histórico tuvo lugar durante la Ilustración, cuando se sistematizaron los procedimientos para la crítica de las fuentes. El siguiente paso se dio durante el historicismo, cuando la idea de la interpretación histórica ganó lugar como operación elemental en la investigación (aún en nuestros días, muchos historiadores piensan que conforme al método, la función esencial de las ciencias de la historia es la crítica de las fuentes, lo que demuestra que no han aprendido la lección metodológica del historicismo). La interpretación cambia los puros hechos, los hallazgos de la crítica de las fuentes se transforman en hechos históricos conforme al lineamiento que concibe la historia como relación temporal y significativa entre pasado, presente y futuro. La interpretación traduce la evidencia empírica en historia.

El último paso en el desarrollo del método histórico fue el de la teoría, ya mencionada. La escuela de los Annales elaboraba la teoría en forma implícita, en tanto que el marxismo y la historia social lo hacían en forma explícita, como paradigmáticamente lo propuso y realizó Max Weber.

POSMODERNISMO: LA RUPTURA DEL ORDEN DE LA HISTORIA

El posmodernismo se define como crítica de los principios del pensamiento histórico moderno. Respecto a los principios constitutivos del sentido histórico, critica que la idea

---

[277] *Leopold von Ranke: Geschichten, p. VII.*

moderna de la historia sólo represente la ideología eurocentrista, sin evidencia basada en hechos. El eurocentrismo destruye todas las otras formas de identidad cultural, no se trata de una filosofía de la historia guiada por argumentación racional (razonamiento, método y teoría); se trata de la voluntad de dominación de las naciones europeas sobre el resto del mundo. Por tanto, es ideológica, destructiva y no abre perspectivas futuras. La única perspectiva de tal concepto de la historia basada en la idea de progreso y desarrollo es una catástrofe.

El concepto posmoderno de la historia niega radicalmente la existencia de un solo proceso histórico envolvente para la humanidad. La historia no es una entidad fáctica; sólo es una imagen de ficción. Según estos parámetros, la metahistoria posmoderna se constituye en forma diametralmente diferente. No enfatiza el método en forma de una argumentación racional basada en las reglas de la investigación empírica; en vez de ello subraya los contenidos poéticos y retóricos de los relatos. De este modo, el concepto del pensamiento histórico posmoderno se opone diametralmente al concepto de las ciencias de la historia modernas.

En su forma moderna, el pensamiento histórico aporta a la actividad humana la idea de una orientación sobre el cambio temporal, que puede usarse como parámetro en el cambio del mundo y el logro simultáneo de una identidad colectiva. El posmodernismo destruye la plausibilidad de esta función orientadora y reemplaza orientación por imaginación. Como no existe una entidad real llamada la historia, esta imaginación histórica se constituye con base en elementos de ficción. Por tanto, no puede orientar la actividad práctica. (Cualquier actividad práctica orientada en ficciones, llevaría a un total desastre.) Sin embargo, de acuerdo con mis cinco principios de la cognición histórica, dicha función orientadora debe existir. De hecho, incluso el posmodernismo histórico ofrece una función específica de orientación de la vida humana consistente en una forma semejante a la interpretación de los sueños. El psicoanálisis ha demostrado que requerimos del sueño para poder confrontar la realidad. Esta me parece la función orientadora de la historiografía posmoderna y de su teoría de la historia. Por un lado, constituye una compensación respecto de tantos resultados negativos de la modernización, un consuelo estético producido por la memoria histórica, en medio de la crisis del progreso y la amenaza catastrófica, catástrofe a la cual la continuidad de los procesos de modernización llevarán al mundo.

¿Cuáles son los nuevos elementos de pensamiento histórico surgidos del posmodernismo en las ciencias de la historia? Hay un punto esencial que define la diferencia entre la forma posmoderna del pensamiento histórico y la forma moderna. Una forma moderna del pensamiento histórico hace una conexión genética entre pasado y presente a través de su concepto de cambio temporal. El pensamiento histórico proporciona la sensación de que el pasado se desplaza hacia la situación del presente. Dicha conexión genética entre pasado y presente es radicalmente destruida y debatida por la historiografía y el pensamiento posmoderno. De este modo, el posmodernismo reclama haber recuperado la dignidad propia del pasado.

Existe un término alemán *Eigensinn*[278] que expresa cómo esta dignidad se alcanza rompiendo con las ligas genéticas entre pasado y presente. Su sentido combina su propia significación con algunos elementos de las palabras obstinación y terquedad. Se trata de una obstinación contra la integración de las formas de vida del pasado, que conduce hacia nuestra propia forma de vida. El *Eigensinn* da sentido a una significación en contra de dicha integración. Llamamos *eigensinnig* a los niños que desobedecen a sus padres, que reaccionan en contra de la voluntad de sus padres a través de su propia obstinación contra alguna actividad. De esta forma, la historiografía posmoderna representa el pasado. No deberíamos olvidar que ya Leopold von Ranke, el alemán más representativo del historicismo, había formulado un principio de *Eigensinn* al decir: "cada época se relaciona inmediatamente con Dios".[279] Al mismo tiempo, Ranke siempre aceptó la idea del compromiso temporal implícito en la confluencia de pasado, presente y futuro representado en la totalidad de la historia.[280] Esta idea es totalmente refutada por el concepto posmoderno de la historia y la historiografía. Así, la historiografía posmoderna es absolutamente contraria al concepto de desarrollo. La concepción más extrema de dicha negación del desarrollo se encuentra en la teoría de la

---

[278] Cf.*: La reflexión sobre este término en Alf Lüdtke: Eigen-Sinn. Fabrikalltag, Arbeitserfahrungen und Politik vom Kaiserreich bis in den Faschismus. Hamburg 1993, esp. pp. 9ss.*

[279] *Leopold von Ranke: Über die Epochen der neueren Geschichte, Th. Schieder, H. Berding (Eds.) (Aus Werk und Nachlaß, vol. 2). München 1971, p. 59.*

[280] *En el mismo texto, se encuentra el siguiente pasaje: "El progreso es incondicional cuando se trata de su potencial de atraer a las naciones y a los individuos hacia la idea de la humanidad y de la cultura" (*Ibidem*: p. 80).*

historia de Walter Benjamín.[281] En ella, habla del compromiso de la memoria histórica con un concepto de tiempo, que caracteriza a través de la expresión metafórica del "momento del salto del tigre".[282] Dicha imagen corta toda vinculación temporal entre los diferentes fenómenos del pasado a favor de un suceso único, lo cual la lleva a ganar sustantiva significación histórica. Esta condensación de significación temporal se manifiesta en la vida presente a través de la memoria histórica, como si ésta fuera el tigre que asalta nuestra mente y estimula nuestra conciencia común respecto al conocimiento de los cambios temporales a través de nuestras vidas. Esto es posmodernismo *avant la lettre*. Aquí o damos con el concepto anti-desarrollista más interesante del posmodernismo o con las ideas centrales contra la genética de la historia.[283]

Por tanto, la historiografía posmoderna produce imágenes contrarias a la situación corriente del presente. Dichas imágenes se presentan en formas historiográficas novedosas. Nos hemos acostumbrado a llamarles, narrativa. Sin embargo, es un término equívoco, ya que cualquier forma de texto historiográfico es narrativa. Además del sentido lógico o epistemológico, la narración establece una forma específica de presentación historiográfica a la que puede distinguirse de otras. Lo narrativo tiene el sentido de la presentación historiográfica que prefiere la narración de los hechos y las interacciones. Si comparamos la historia de Natalie Davies sobre el Regreso de Martin Guerre[284] las producciones con la forma académica de historia económica y social, cargada de notas a pie de página, estadísticas y gráficas, como es lo usual, podríamos comprender las cualidades de una historiografía narrativa. Lo narrativo se opone a la explicación,[285] la descripción vívida sostiene su posición en contra del análisis abstracto, o bien, para hacer uso de una revitalizada dicotomía metafórica, representa a la cálida empatía confrontando a la fría teoría.

---

[281] *Walter Benjamin: Über den Begriff der Geschichte, en Gesammelte Schriften, vol. I, 2. Frankfurt am Main 1991, pp. 691-704*

[282] Ibidem*: pp. 701, 694.*

[283] Cf.*: Lutz Niethammers interpretación esclarecedora la teoría de la historia de Benjamin: Posthistoire. Ist die Geschichte zu Ende? Reinbek 1989, pp. 116ss. Lutz Niethammer: Posthistoire: Has History Come to an End? London 1992.*

[284] *Natalie Z. Davis: The Return of Martin Guerre. Cambridge 1983.*

[285] Cf.*: Lawrence Stone: The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History, Past and Present 85, 1979, pp. 3-24*

Otro aspecto específico de la historiografía posmoderna es la microhistoria. Al modo de una forma muy posmoderna de presentar la historia, como opuesto de la macrohistoria. En ella, en vez de toda una clase en una sociedad o una sociedad completa; se muestra un solo carácter, como Menocchio[286] o Martin Guerre, incluso sólo mediante algunos días de su vida, en vez de presentar toda una época o un largo desarrollo; sólo un día, en vez de toda la centuria, un pequeño villorrio en vez del Estado o del imperio.

Este es el tema central de la historiografía posmoderna, que reclama para sí un desarrollo diferente y una nueva estrategia de investigación, que se opone al desarrollo y aplicación de conceptos teóricos. Para caracterizar su nueva forma metodológica de abordar el pasado, los historiadores posmodernos citan con frecuencia al antropólogo Clifford Geertz quien pretende sustituir la teoría de la construcción utilizando la "descripción densa".[287] La descripción densa constituye así el recurso metodológico con el que el pasado recuperará su propio significado, su sentido propio (*Eigensinn*). El pasado ya no será sometido a estructuras genéticas, con las que el pensamiento histórico moderno las combina para ilustrar situaciones del presente en una sola línea de desarrollo histórico.

Este giro en contra de las teorías genéticas se combina esencialmente con un nuevo acercamiento hermenéutico que pregunta por las vidas de los pueblos del pasado. Los historiadores han manifestado poco interés en reconstruir las condiciones estructurales de la vida humana en el pasado para explicar la vida real de la gente. Más bien enfatizan las formas en que esa gente experimentaba e interpretaba su propio mundo. Preguntan por las formas de percibir la vida y sus condiciones, por parte del sujeto bajo estudio y de este modo, tratan de restituir la autonomía cultural en su trato con el mundo, bajo su concepción específica, la cual es diferente de la nuestra. La estrategia metodológica paradigmática de este nuevo acercamiento a la propia concepción, conciencia y percepción del mundo de los pueblos es la historia oral.

Respecto del contenido de la historia conmemorativa, puede afirmarse que la historiografía posmoderna está a favor de las víctimas de la modernización, principalmente de las clases bajas, las minorías y las mujeres. No toda la historia de

---

[286] *Carlo Ginzburg: The Cheese and the Worms. Baltimore 1980.*
[287] *Clifford Geertz: Thick Description: Toward an Interpretative Theory of Culture, en* idem*: The Interpretation of Cults Selected Essays. New York 1973, pp. 3-30.*

género o de la mujer está tan íntimamente relacionada con los conceptos posmodernos de las ciencias de la historia. Las concepciones dominantes de la experiencia histórica y de la historiografía posmoderna se inspiran en la antropología cultural y en la etnología. Con respecto a la función orientadora que cumple la conmemoración histórica, las ciencias de la historia posmodernas manifiestan cada vez mayor interés en el aspecto estético de la experiencia histórica. La historia debe reproducir un cuadro, una imagen del pasado de calidad estética.

¿ORDEN POR MEDIO DE LA MEMORIA?

La temática de la memoria histórica surgió al mismo tiempo que las actitudes posmodernas en historia. Podría entenderse como un intento por abrir una nueva fuente para la formación del sentido de la historia. Ha abierto nuevas posibilidades con base en la función cultural-universal y fundamental de la memoria, como recurso en la construcción de la identidad y en la orientación de la vida práctica. De hecho, la metahistoria debería iniciar su cometido de reflejar, criticar y legitimar los principios de las ciencias de la historia con base en un análisis de la memoria; como raíz del pensamiento histórico. De este modo, sustentaría la postura posmoderna hacia el sentido de la creación en la mente humana, manifiesta en el trabajo de quienes recuerdan y representan el pasado como modo de vida. La memoria confirma los poderes de la imaginación y otras capacidades no cognitivas de la mente, como la política; forma esencial para recordar el pasado y para ubicarlo mediante la memoria entre las tendencias del pensamiento en la vida cotidiana.

En las formas tradicionales de la metahistoria, el arraigo en la vida práctica de la cognición histórica y su interdependencia han sido discutidos como un problema de perspectivas o posiciones, que se resolverá mediante pretensiones de verosimilitud y objetividad, con los que las ciencias de la historia transmiten el uso de la historia para fines prácticos en el ámbito de validez y solidez de los conocimientos del pasado.[288] Al

---

[288] Cf.: *Reinhart Koselleck, Wolfgang Mommsen, Jörn Rüsen (Eds.): Objektivität und Parteilichkeit (Beiträge zur Historik. vol. 1). München 1977.*

enfocar la memoria, las ciencias de la historia alcanzan mayor amplitud y profundidad en la percepción de sus relaciones con la vida práctica contemporánea. Revelan una energía mental guiada por su sentido de valor, mucho mayor de la que podrían haber hecho conciencia simplemente con peticiones de principio, veracidad y objetividad; materia del método de investigación empírica. Los estudios deben tomar en cuenta que los métodos cognitivos para alcanzar un conocimiento sólido a través de la evidencia empírica del pasado, siempre están sustancialmente relacionados con los principios estéticos de representación y con los principios políticos en el marco cultural de las actividades humanas que se desarrollan en el presente. Por tanto, la realización de la memoria como poderosa fuente de constitución del sentido y del criterio en las ciencias de la historia, puede aceptar los principios del énfasis posmoderno en la estética y retórica como una necesaria contribución a su autocomprensión metateórica.

Por otra parte, queda la metahistoria aun comprometida con la cognición como un elemento para crear el sentido histórico, que no debe olvidarse (en tanto que la cognición es un elemento necesario para orientar la vida humana). De este modo, reafirma la racionalidad metódica del pensamiento histórico, colocándola en las profundidades de la memoria misma. No existe memoria alguna que no reclame plausibilidad; y dicho reclamo está sustentado en dos elementos: el elemento de trans-subjetividad de la experiencia y el elemento de intersubjetividad que deviene del consenso. La memoria está esencialmente relacionada con la experiencia. Aunque cierto parcialismo de la crítica posmoderna pasó por alto este principio esencial. Así, en el discurso meta-histórico de las últimas décadas, la memoria pudo esgrimirse como argumento fuerte en favor de un subjetivismo ilimitado conceptuado a la par del término ficción. Dicho término caracterizará el estatus ontológico de la historia como un asunto que concierne a la memoria y a la representación. Al subrayar la relación esencial de la memoria en la experiencia, la metahistoria puede, por lo tanto, volver a fundamentar las reglas de la investigación histórica, como una forma especifica de abordar la experiencia. A la par, la racionalidad del método histórico no puede verse como aquello que mistifica y enajena a la historia, o como aquello que la priva de su uso en la vida humana. El orden histórico generado por las fuerzas creativas de la mente al recordar y representar el pasado recuperan la solidez que implica un fundamento en la experiencia.

La intersubjetividad es el otro elemento del sentido histórico, que no debe ser relegado al olvido, pues implica recordar y representar el pasado a través de las fuerzas

mentales de la memoria. La historia no podrá jugar su papel cultural sin el consenso de aquellos a quienes se dirige. Si se configurara la historia como mera ficción, perdería de inmediato su poder cultural. Sin embargo, su plausibilidad no sólo depende de su relación con la experiencia. Depende también de su relación con normas y valores, elementos básicos, del sentido histórico que son compartidos por la comunidad a la que va dirigida. En este respecto, la metahistoria debe reflejar las normas del discurso, con las que se logra el consenso intersubjetivo que constituyen los elementos de la cognición histórica. Lo anterior reubicará a la historia en la modernidad, pues la modernidad puede explicarse como cierto modo de trato con normas y valores: la propia estructura formal de validez universal es un principio de construcción del sentido en la cognición histórica. Dicho principio se sustenta en el intento fundamental constitutivo del consenso y acuerdo de la memoria histórica. De este modo, la historia logra un orden normativo con el cual puede llevar a cabo su función cultural.

PARA RECUPERAR EL ORDEN DE LA HISTORIA

Existen pocos intentos por parte de la metahistoria por lograr una conciencia de sí, a través de la meditación y la síntesis de características modernas y posmodernas del pensamiento histórico, o del principio de memoria. En cuanto al principio constitutivo del sentido histórico permanece la incógnita principal: ¿cómo puede mediarse el acercamiento de la modernidad hacia la historia con la crítica ideológica y con el enfoque particularista de la posmodernidad?

La crítica posmoderna del concepto de la historia debe tomarse muy en serio. Pienso que debemos aceptar esta crítica en tanto que apunta hacia una generalización ideológica de una historia como Historia. Y realmente este ha sido el caso en el proceso de modernización desde la Ilustración hasta nuestros días. De modo que debemos conceder la existencia de una multitud de historias, no existe la historia como entidad fáctica. Sin embargo —y en esta discusión, este es mi punto de vista moderno— necesitamos tener una idea acerca de la unicidad de la experiencia histórica. De otra manera, el pensamiento histórico conduciría a un relativismo absoluto. Y el precio a pagar por el relativismo es muy alto. Por razones lógicas, aún necesitamos categorías

históricas, sin ellas no podemos pensar históricamente. Además, requerimos de un concepto de la historia que satisfaga la experiencia típica de un mundo en crecimiento. (Enfatizar la micro-historia mientras se vive en un proceso macro-histórico parece ocultar el gran reto de una experiencia en vez de confrontarla a través de la interpretación histórica.)

No obstante, ¿cómo alcanzar el concepto de universalidad del desarrollo histórico, y a la vez aceptar que existan solamente multitud de historias diferentes o de perspectivas de pensamiento histórico? Dentro de la diversidad de perspectivas históricas sólo puede lograrse la unidad de la historia a través de los valores universales aplicados al método de la interpretación histórica. El punto es que se requiere de un sistema de valores universales, que confirme las diferencias entre las culturas. Pienso que existe un valor fundamental que puede configurar la estrategia de la interpretación histórica, un valor universal y legitima la multiplicidad de perspectivas y diferencias. Pienso en un principio normativo para el mutuo conocimiento y reconocimiento de las diferencias en la cultura. Dicho principio puede elaborarse dentro de una estructura cognitiva que reforzará el elemento hermenéutico del método histórico, y esta estructura puede lograr un nuevo acercamiento a la experiencia histórica, un acercamiento que exprese la síntesis de la unidad de la humanidad y el desarrollo temporal por una parte, y la variedad y multitud de las culturas por la otra.

Basados en tal principio de sentido histórico las ciencias de la historia pueden desarrollar una autocomprensión metateórica con la que no sólo alcanzará los retos de su tiempo hacia el fin del segundo milenio, sino que contribuirá al inicio del tercero en que la convivencia humana permanecerá como el tema del orden de la historia.

8. La historización de la época nazi: reflexiones metahistóricas sobre el debate entre Friedländer y Broszat

> Después de todo, la vida no es más que imágenes difusas. Y cuando se levanta la niebla, uno muere de horror.
>
> Peter Handke[289]

> La historia siempre nos dice cómo morir y nunca cómo vivir.
>
> Jules Michelet[290]

> El tabú que quedó sobre Auschwitz no se resolverá hasta que estemos preparados de renunciar a toda resistencia interna contra la posibilidad de reconocer la magnitud total de tan innombrables atrocidades y contra el hecho de que fueron acciones cometidas por alemanes. Debemos convertir nuestra memoria histórica en una memoria consciente.
>
> Christian Meier[291]

Planteamiento del problema

El debate sobre la historización del nacionalsocialismo ha generado problemas teóricos importantes que demandan mayor dilucidación. Ya el impulso, político en gran medida, del *Historikerstreit* (la disputa de los historiadores) revelaba cuestiones básicas inherentes a la naturaleza del conocimiento histórico que fueron ignoradas por dicho debate; en su mayoría, o no fueron abordadas o sólo se vieron superficialmente tocadas. En este sentido aun más revelador fue el intercambio epistolar entre Martin Broszat y

---

[289] *Peter Handke en una entrevista con André Müller: Die Zeit, 3 de marzo de 1989, p. 77.*
[290] *Jules Michelet: Œuvres complètes, vol. 21. Paris 1982, p. 462.*
[291] *Christian Meier: Vierzig Jahre nach Auschwitz. Deutsche Geschichtserinnerung heute, 2a ed. München 1990, p. 10.*

Saul Friedländer, que surgió a partir de las objeciones provocadoras de éste último.[292] También se referían a las formaciones políticas de la cultura de la historia alemana y al lugar que ocupa el nacionalsocialismo en la memoria alemana. Sin embargo, las cartas diferían, de muchas formas del debate público sostenido por los historiadores: en el intercambio epistolar, los participantes se dirigían uno al otro con un sano sentido de objetividad y su diálogo estaba permeado de honestidad. Pero lo más importante es que dicho intercambio trajo a la luz los perfiles básicos de un problema latente y característico del pensamiento histórico con sus contornos culturales y sociales, presente en el discurso de la disciplina.

Saul Friedländer fue capaz de demostrar convincentemente la validez de la petición de Broszat que consiste en confrontar la historia del nacionalsocialismo y con uno de los temas más cruciales tanto para la teoría como para el método de la historia contemporánea.[293] Creo que esto es válido no sólo para la historiografía del nacionalsocialismo, sino implica una relevancia fundamental. La historicidad del nacionalsocialismo actuaría como un prisma capaz de afinar el foco analítico sobre diversas características de las tareas, logros y límites del pensamiento histórico a finales de siglo XX. En las siguientes líneas intentaré liberar el problema de la historización de los límites impuestos a la historia contemporánea por los académicos y de sus ataduras en la dinámica de la sucesión generacional para poder observar sus características más desequilibradas y controversiales en referencia a la cultura de la historia actual como un todo.

A primera vista, parece que un problema de historización se presenta sólo cuando los sujetos están involucrados existencialmente en el nexo entre el pasado y el presente; cuando este vínculo se reviste de perspectiva histórica conforme el pasado se aleja. Lo inmediato de dicho pasado se disuelve en el presente, convirtiéndose en una distancia temporal que puede reinterpretarse en forma menos abrumadora. Simultáneamente se le asigna otro tiempo, lugar y función dentro de la cultura de la historia actual. El intento por historizar el nacionalsocialismo les parecía problemático a dichos polemistas,

---

[292] *Martin Broszat: A Plea for the Historicization of National Socialism (1985), en Peter Baldwin (Trad. y ed.): Reworking the Past. Hitler, the Holocaust, and the Historians' Debate. Boston 1990, pp. 77-87 (se citará como Broszat: Plea); Martin Broszat, Saul Friedländer: A Controversy about the Historicization of National Socialism, en* idem.*: pp. 102-134.*
[293] *Friedländer: Reflections, pp. 88-101.*

porque operaban bajo el presupuesto no cuestionado de que la historización del pasado que precedía al nacionalsocialismo no ofrecía obstáculo y era evidente por sí solo. Sin embargo, es necesario cuestionar dicha presuposición. La oscura problemática presentada por la interpretación histórica del nacionalsocialismo parece cuestionar todos los modelos de abordar el pasado históricamente y cualquier tipo de pasado en general.

Estas estrategias de interpretación parecen más difíciles y problemáticos que las estrategias más amplias y públicas realizadas por historiadores profesionales. Después de todo, el desafío fundamental planteado al pensamiento histórico a partir del nacionalsocialismo consiste en que, a diferencia de todas las etapas anteriores analizadas por el pensamiento histórico normal, este pasado en particular no puede ni podrá pasar, es decir, morir. Hasta ahora, el problema parecía reducirse a establecer que un pasado era transitorio, mientras otro era duradero y soportable. Pero, ¿qué resulta si nos planteamos el caso inverso?

A continuación, intentaré trasladar el problema de la historización al marco del pensamiento básico, reflexionando sobre la naturaleza de la historiografía. En dicho contexto, ubicaré, desde luego, el área donde a la historia contemporánea siempre se la ha relacionado con el debate general sobre historización. Por mucho tiempo, el estatus de la historia contemporánea dentro de la disciplina ha girado, en torno de la pregunta de si la proximidad de su objeto en el tiempo condujo a una disminución de la cognición histórica, a una falta de objetividad surgida de una inadecuada diferenciación temporal. Había una presuposición que brindaba a la sola distancia temporal una puerta hacia la objetividad, la cual resultaba impracticable, como paso para la historia contemporánea, dadas su naturaleza y proximidad.

La misma cuestión es debatida respecto de la historización, aunque de manera más aguda. El incremento de distancia en el tiempo, se le considera como una ventana que abre nuevas posibilidades a la percepción. Al mismo tiempo, el lapso temporal en cuestión parece cobijar un riesgo potencial que consiste en una disminución de la significación del siempre evanescente pasado reciente, en favor de la auto-interpretación del presente. Incrementar el conocimiento parece determinado en función de la menor relevancia para el presente. Sin embargo, lo que debiéramos cuestionar es justamente la determinación mutua otro. Poder observar el carácter del pasado sólo en términos de su diferencia temporal con el presente, se reduce a una llaneza. La historicidad del pasado aumentaría en proporción directa respecto de su distancia con el presente. Sin embargo,

el pasado no es histórico por el simple hecho de ser pasado, o de su distancia del presente, sino por su vínculo significativo con el presente. Es más: dicha distancia no implica una pérdida de significación y por el contrario, la puede aumentar. En términos de la teoría de la historia, hace sentido establecer que sólo el pasado que no puede morir es y permanece como historia.

El problema más crítico en el meollo del debate sobre la historización es el lugar histórico del Holocausto. Por razones obvias, éste constituye una experiencia límite entre lo que es histórico, con especial énfasis en el modo en que comprendemos y concebimos la historia y la historicidad. El hecho del Holocausto cuestiona radicalmente el carácter de lo histórico. No puede incorporarse en los límites de la representación de una investigación normal sobre la historia. Más bien, en repulsión, ejerce un impacto metahistórico sobre la forma en que se constituyen métodos y categorías de investigación. El debate sobre la historización abarca varios temas clave de la teoría de la historia.

Primero: ¿qué relación existe entre moralidad e historicidad? Lo anterior cuestiona el plano sobre el que está constituido el pensamiento histórico, el plano en el que Droysen articula la cuestión de cómo los asuntos cotidianos se convierten en historia.[294] ¿Se trata acaso de quitarle las dimensiones morales a nuestra relación con el nacionalsocialismo y el Holocausto? Esta cuestión se perfila conforme se incrementa la distancia entre el presente y el nacionalsocialismo, y de la consecuente e insoslayable historización de nuestra relación con él.

La petición de Broszat es impulsada por la continua aserción de que la condena moral actúa como bloqueo contra el conocimiento. Friedländer no disputaba la necesidad de una historización que sirviera para abrir el paso a nuevos conocimientos. Sin embargo, no dejaba de percibir el peligro concomitante: la experiencia histórica del nacionalsocialismo —y del Holocausto en particular— podrían afectar la calidad que subyace en el centro de su especial significación histórica. Broszat abordaba estas preocupaciones por medio de una argumentación más compleja en lo referente a la dimensión moral de la relación histórica con el nacionalsocialismo. Aunque continuaba sosteniendo que un moralismo orientado hacia el presente causaba un bloqueo en el conocimiento, era claro e inequívoco al enfatizar que la historización que él anhelaba no

---

[294] Cf.*: Droysen: Historik, p. 69.*

derivaría del terreno de las cuestiones morales, sino que constituiría una nueva forma con mayor conocimiento y persuasión respecto de nuestra relación con el pasado con constituyentes morales.

Ha quedado poco claro a qué se referiría. Por una parte, Broszat establecía que una perspectiva moral actúa como impedimento al conocimiento. Sin embargo, las punzantes preguntas y argumentaciones de Friedländer llevaron a Broszat a escribir "la hoy muy aceptada evaluación del carácter político-moral del mando nazi" como una fundación de la historización.[295] Yo creo que eso es claramente una inconsistencia, aunque podría esclarecerse y superarse, si analizáramos la forma en que se constituye el pensamiento histórico. Los beneficiarios inmediatos de la inconsistencia de Broszart fueron quienes interpretaron su petición a favor de una mejor y más diferenciada objetividad que tomara su distancia, una demanda por desmoralizar le relación alemana con el nacionalsocialismo y con el Holocausto.[296] La afirmación de Broszat de considerar al periodo nazi como antitético —o, como una síntesis de objetivación distanciada y apropiación subjetiva, del juicio (*Urteil*) y de la comprensión (*Verstehen)*[297]— debería rescatarse para la teoría básica de la historia. Después de todo, lo antitético aplica más ampliamente: no sólo abarca nuestra relación con el nacionalsocialismo, sino incluye el sentido elemental de los conjuntos de significación entre pasado y presente, en la trama que estamos acostumbrados a llamar historia.

Lo anterior se aproxima a una segunda serie de problemas cuya explosividad reside en la implicación de nuestro compromiso como contemporáneos de esa época por una parte, y con una perspectiva histórica del carácter especial del pasado por la otra; en suma con la forma en la que lo histórico se constituye en la memoria. A través de las

---

[295] *Martin Broszat: Was heißt Historisierung des Nationalsozialismus?, Historische Zeitschrift 247, 1988, p. 5.*

[296] Cf.*: Por ejemplo Uwe Backes, Eckhard Jesse, Rainer Zitelmann: Was heißt Historisierung des Nationalsozialismus?, en* idem *(Eds.): Der Schatten der Vergangenheit: Impulse zur Historisierung des Nationalsozialismus. Frankfurt am Main 1990, pp. 25-57. Los autores no rechazan la idea de una evaluación moral del nacionalsocialismo, pero les falta explorar el asunto que Broszat inició respecto al impacto de la historización de las formas de la evaluación normativa del nacionalsocialismo. Para ellos, historización significa distanciamiento y objetivación, conceptualizada sólo mediante una separación del pensamiento histórico de cuestiones y perspectivas morales. Ellos no indagan si (y hasta qué grado) esta separación es siquiera factible epistemológicamente. Más bien, la justifican y de hecho la asumen como obvia, evocando como apoyo un espantajo común de la educación: la necesidad de tratar con el periodo nazi en el marco de la educación popular.*

[297] *Broszat: Historisierung, pp. 2 3.*

categorías del recuerdo y de la memoria cultural se intenta analizar la relación con el pasado que carece de ciertos elementos y factores clave, a los cuales la disciplina considera como típicos en cualquier relación razonada con el pasado, tales como la racionalización metódica, el avance del conocimiento a través de la investigación, el control estricto de las experiencias e interpretaciones históricas teóricamente consistentes. Sin embargo, el recuerdo siempre acontece y simboliza lo más vívido del pasado y su vitalidad en las referencias culturales del mundo concreto. La memoria no permite que el pasado muera (aunque, admito, eso sucede al costo de un eslabón de experiencia disminuido y de un vínculo normativo ampliado).

No obstante, parece darse el caso opuesto cuando los historiadores profesionales abordan el pasado. En el discurso y la práctica de la historización, el nacionalsocialismo significa transformar dicho pasado de una modalidad basada en la memoria en una forma de conocimiento científico. Si se retoma lo se consideraba por largo tiempo como evidente —la antítesis entre memoria e historia— esta transformación resulta en la transposición de escasez de experiencia, repleta de significación (normativa) en una insignificancia rica en experiencias. Una formulación tan exagerada ilustra cómo el contraste postulado no es convincente, y de hecho, oscurece el vínculo constitutivo entre memoria y conocimiento histórico.

Broszat dio énfasis en la calidad específica de la experiencia que fue excluida por un moralismo sin distanciamiento al presentar el nacionalsocialismo, es decir, la autenticidad del pasado.[298] Reclamó dicha autenticidad por medio de la garantía hermenéutica del conocimiento y a través de procedimientos narrativos en la representación. De este modo, sancionaba y promovía la tendencia general de la disciplina, que favorecía nuevos métodos hermenéuticos para abordar la historia contemporánea. Pero por otro lado, como se hizo evidente a través de la crítica y de las interrogantes propuestas por Friedländer, su requerimiento de autenticidad dejaba desprotegido un flanco de su impulso hermenéutico, consistente en una relación poco clara entre los criterios de significado y significación, infundidos por el presente en su relación constitutiva con el pasado.

Para Broszat no existía ninguna duda de que su petición de historizar el nacionalsocialismo fuera políticamente posible, a la vez que fuera didáctico en cuanto a

---

[298] *Broszat, Friedländer: Controversy, p. 126.*

sus intenciones. Sin embargo, era posible soslayarlo, pues él encabezó la tendencia a incrementar el conocimiento histórico y la autenticidad en contra de la alternativa que consistía en un tratamiento político y didáctico del periodo. Por tanto, podría pensarse que la misma historización contribuyó a reducir en lo político y en lo pedagógico tensiones gestadas en la experiencia del nacionalsocialismo, por lo menos dentro del grupo de contemporáneos con un vínculo genealógico objetivo con los victimarios y sus víctimas. La preocupación de Broszart era relevar el nacionalsocialismo de todo anatema político y moral del pasado, pues de sobra merecía el rechazo total y la negación para poder abordárselo como una experiencia histórica, anclada en el nexo de la formación de identidad entre el pasado y el presente.

Al plantear el tema de la historización, Broszart implica la cuestión de identidad. No se trata de un intento por desactualizar este pasado para considerarlo desde una mayor distancia. Más bien podría afirmarse que dicho pasado termina de transcurrir y se convierte precisamente en historia para que pueda internalizarse y apropiarse para convertirse en un pasado viviente y vital dentro de los procesos culturales de formación de identidad. Desde esta posición, la genealogía objetiva, que nos une como generaciones sucesivas con este pasado, debería convertirse en parte de nuestra propia subjetividad, en vez de descartar un vínculo moral negativo con dicho pasado. Al historizar el nacionalsocialismo, Broszat intenta superar el extrañamiento histórico de los alemanes en relación con su identidad en aquella época. En cuanto a este proyecto, Friedländer duda de que la normalización de las estructuras identitarias de los alemanes se logre a través del sencillo expediente de ignorar las características específicas del nacionalsocialismo en la percepción histórica.[299]

En el debate Broszat-Friedländer, dicha dimensión fue descrita con la categoría de lo mítico, categoría que se refiere a aquellas características que en la experiencia histórica del nacionalsocialismo culminan en el Holocausto, gracias a lo cual se extienden por encima del estatus o límite de un pasado concreto, sujeto a la interrogación y la interpretación, precondiciones de la posibilidad de su representación en el presente. El componente mítico intrínseco en relación con el nacionalsocialismo es precisamente lo que se asume como determinante fundamental y constitutivo del nexo significante entre pasado y presente, una relación en la que el pasado se convierte en

---

[299] Ibid.*: pp. 132-133ss.*

historia para el presente, y en cuyo alambique, el presente procesa la experiencia del pasado para capacitarse en el tratamiento de la vida del aquí y ahora. La oposición entre mito y conocimiento, señala y subraya el carácter del Holocausto como una experiencia límite. Sin embargo, esta oposición a la cual Friedländer no encuentra nada que objetar, oscurece varios problemas de significación generados por la experiencia del Holocausto, no sólo para la historia contemporánea, sino más en lo general, para el pensamiento histórico. Aquí existe un problema intrínseco y básico del conocimiento histórico que no puede soslayarse, si el pensamiento histórico intenta lograr objetividad; por ejemplo, si éste intenta hacer justicia a la significación del Holocausto como experiencia límite de lo histórico como tal. También puede afirmarse que si la confrontación entre conocimiento y mito deriva de un procesamiento histórico de la experiencia del Holocausto, en última instancia, interfiere con aquel modelo de pensamiento histórico que intenta operar desde el nivel de la experiencia y la interpretación, nivel percibido objetivamente en relación al Holocausto, como provocación.

Al igual que Friedländer, no se contradirá a la intención básica de la propuesta de Martin Broszat de historizar el Holocausto. Sin embargo, se debe aceptar al mismo tiempo la pregunta incómoda de cómo puede evitarse que una historización del Holocausto lleva a una interpretación del nacionalsocialismo que no exprese su signatura específicamente histórica. ¿No será que la historización lleva forzosamente a la normalización? No captaríamos el dominio nacionalsocialista en categorías históricas normales, que deberían discutirse críticamente con respecto a dicho domino? Por esta razón, Friedländer reivindica "categorías de diferenciación eficientes"[300] que eviten dicha normalización. Para lograr esta diferenciación, en un primer paso, yo quisiera establecer analíticamente en qué consiste la particularidad de lo histórico en relación con una forma determinada de la moralización en el tratamiento del pasado. En un segundo paso, quisiera preguntar si y cómo el tema del nacionalsocialismo y el Holocausto en particular representan caso especiales dentro de esta manera de dimensionar lo histórico; en qué consiste su especificidad, su carácter propio. Partiendo de esta especificidad, quisiera discutir la pregunta por la autenticidad del tiempo nacionalsocialista y discutir las posibilidades de la comprensión hermenéutica;

[300] *Friedländer: Überlegungen (op. cit.), p. 47.*

específicamente de la comprensión de la historia de su cotidianidad (*alltagshistorisch*), y su representación narrativa. En el siguiente paso, abordaré problemas categoriales que se vinculan con la ubicación del Holocausto en contexto de desarrollo histórico abarcadores. Esta argumentación retomará elementos del debate entre Broszat y Friedländer.

Se trata de la pregunta clave del pensamiento histórico en la cultura de la historia contemporánea en Alemania: ¿puede categorizarse la historia alemana en conjunto con el nacionalsocialismo de modo que el nacionalsocialismo forme parte del conjunto de las experiencias de la identidad alemana? La discusión de esta pregunta lleva a un análisis de la calidad de sentido del nacionalsocialismo en el punto culminante del Holocausto, la cual presente un reto fundamental a la racionalidad metodológica de la cognición científica. ¿Únicamente podemos enfrentar este reto, si constatamos una calidad mítica del pasado que rebasa toda experiencia? ¿La calidad de experiencia del Holocausto, que pone en tela de juicio la racionalidad científica, únicamente puede expresarse de modo mítico? Si afirmamos estos interrogantes (y así es como leo la correspondencia entre Broszat y Friedländer), la historización del Holocausto terminaría invertida, exactamente en su contrario. Precisamente ahí donde debería establecerse su especificidad histórica, se sustraería de la capacidad cognitiva que se pretende aplicarse justo para esta operación de descifrar su carácter específicamente histórico y hacerlo comprensible para la cultura de la historia en el presente.

LA HISTORICIDAD Y SUS DIMENSIONES

No toda relación con el pasado es histórica en sí. Sólo cuando se ha dado al pasado una calidad como tal y cuando el hecho de ser pasado se relaciona con el presente a través de una especial relación cognitiva de la conciencia histórica, podemos hablar de una relación específicamente histórica con el pasado.[301] Esta distancia del pasado es una condición necesaria (aunque insuficiente) de historicidad; opera generalmente en el plano de la existencia en el mundo de los individuos, en el momento en el cual se hace

---

[301] Cf.: *Rüsen: Historische Orientierung.*

un intento por alcanzar el pasado más allá de los límites de los recuerdos (autobiográficos) para interpretar la circunstancia individual del presente y forjar planes para el futuro. Un pasado se convierte en histórico cuando rebasa los límites del recuerdo en términos de una vida individual. Sin embargo, también los recuerdos de una vida individual pueden ser históricos cuando están dotados de una significación que normalmente sólo el pasado "pasado" adquiere.

Es precisamente esta definición de lo histórico a través de un pasado "pasado" lo que subyace en el concepto de historización: el nacionalsocialismo es parte de un cuerpo sólido de recuerdos de sus contemporáneos, que luego se desplaza con una sucesión de generaciones hasta alcanzar una distancia temporal, más allá de los términos de las vidas de aquellos que tuvieron contacto con la época. A esta distancia, el pasado asume ciertas calidades que lo hacen pasado y presente, simultáneamente. Este carácter histórico se desdobla en diversas dimensiones y es realizado a través de diferentes principios, criterios y operaciones cognitivas. Si deseamos evitar malentendidos acerca del concepto de historización en el debate de la historia contemporáneo, y para aclarar sus características básicas, sería útil hacer explícita dicha diferenciación hasta donde lo demande la necesidad de interpretación.

En lo siguiente, propongo distinguir entre un nivel constitutivo y fundacional por una parte, y un plano funcional para el desarrollo por la otra. Es mi intención analizar la historización como problemática en su constitución específica. Los criterios de significado y significación son cruciales en el nivel constitutivo al tratar del pasado, como lo es la intervención fundamental de lo subjetivo en este proceso. A nivel del desarrollo o del nivel funcional, el pensamiento histórico es diferenciado en múltiples sistemas de significado, estructuras de interpretación, estrategias metodológicas, factores normativos, elementos estéticos y un conjunto de efectos que el pasado, internalizado históricamente, mantiene en el interior de sistemas de orientación sostenidos por visiones del mundo concretas y por su praxis.

A nivel constitutivo, la conciencia y el pensamiento histórico están enraizados en la memoria, y la memoria es elemental en la constitución de la subjetividad.[302] En este

[302] *El discurso sobre la memoria que se alimenta de la aportación del Halbwachs, hace una distinción básica entre memoria e historia. La última se concibe como el ámbito de las ciencias de la historia en sentido estricto y se considera como un complejo de hechos objetivos. La memoria, en cambio, se concibe como completamente subjetiva en su constitución. Friedländer*

plano hallamos lo que Broszat y Friedländer calificaron como mítico. Aquí el pasado, antes de pasar por cualquier determinación de su carácter histórico, es siempre contemporáneo. El pasado se ha inscrito en la subjetividad de quienes recuerdan los hechos. De este modo, la praxis siempre está orientada en términos temporales, antes de desplegar esta orientación en un esfuerzo cultural reflexivo (por parte del pensamiento histórico). Y precisamente aquí podemos encontrar la autenticidad del pasado, la que Broszat reclama para la historización del nacionalsocialismo.

Como la historia no es un atributo inherente del pasado, como si se tratara de un atributo objetivamente dado, como si se tratase de elementos del pasado aún presentes empíricamente (utilizando las operaciones metodológicas que se quiera) sería un error grave, considerar este pasado —empíricamente presente en reportes y residuos— como verdaderamente auténtico. Sólo logra autenticidad en el nivel constitutivo y fundacional, al que se ha aludido ya en este trabajo. El pasado es tan auténtico como la historia, cuando por el hecho de ser pasado, es a la vez presente y está vivo en presencia de sujetos humanos que lo recuerdan. La autenticidad es una calidad existencial de la memoria. Por medio de dicha autenticidad, el pasado siempre se ha inscrito como precedente en el presente, una impronta única e insuperable por medio de la reflexión y de operaciones de orden metodológico, realizadas a través de la conciencia histórica. De aquí la dignidad y el valor que subyace en la memoria pre-histórica o proto-historia.

Sería equivocado concibir este tenor proto-histórico como algo que se disipara en proporción directa a la distancia temporal y a su necesario concomitante, la historización. Por el contrario, esta calidad existencial de significado intrínseco a la memoria, se despliega en la historización y ahí se manifiesta, aunque cambia su carácter durante el proceso; fluye hacia la reflexión y hacia las operaciones particulares de la conciencia histórica. Esa accesibilidad es abordada en el debate sobre la historización que tiene como eje las perspectivas de víctimas y victimarios, y apunta hacia un nexo genealógico interno establecido entre el pasado del nacionalsocialismo y el presente de quienes recuerdan (o bien de quienes lidian con el pasado históricamente). Y esa

---

emplea esta distinción cf*: Friedländer: Memory, History and the Extermination of the Jews of Europe. Bloomington 1993, p. viii. No obstante, señala la relación entre la memoria y la historia, y que ambos operan por medio de la conciencia historia. Paul Ricœur toma un camino parecido en Gedächtnis, Vergessen, Geschichte, en Klaus E. Müller, Jörn Rüsen (Eds.): Historische Sinnbildung. Problemstellungen, Zeitkonzepte, Wahrnehmungshorizonte, Darstellungsstrategien. Reinbek 1997.*

relación es más que una construcción subjetiva. Desde esta perspectiva, tanto la subjetividad como la objetividad radical resultan idénticas. Los hallazgos psicológicos de la primera y segunda generación siguientes a la de los victimarios y las víctimas, ofrecen clara evidencia en soporte de esta unidad de subjetividad y objetividad de la memoria histórica que prevalece a través de generaciones sucesivas.[303]

Esta autenticidad sobrepasa al tiempo y es proto-histórica en el sentido de que aún no muestra la diferencia temporal constitutiva del carácter histórico del pasado. Sin embargo, penetra como factor constitutivo en la historicidad de la relación con el pasado, pues puede desempeñar la necesaria precondición de su historicidad que consiste en la capacidad de ligar la diferencia temporal entre pasado y presente (en términos de narrativa);[304] lo consigue precisamente al crear la significación coherente en la cual y por la cual el pasado se vuelve historia. La autenticidad de las memorias constitutivas, accesibles en especial en los sobrevivientes, es una dimensión metahistórica. Dicha metahistoricidad se expresa en el concepto de lo mítico. Sin embargo, como lo mítico es entendido en el discurso diario como equivalente de lo no histórico, el término resulta confuso. La autenticidad es protohistórica, mas no a-histórica. Por el contrario, es un elemento necesario en la formación del sentido histórico y entra directamente en la historicidad misma.

Broszat tenía una noción diferente sobre la autenticidad en relación con la historia del nacionalsocialismo. Lo que tenía presente era el carácter que el pasado adopta bajo la categoría de lo histórico como determinación diferencial respecto del presente. La autenticidad se hace equivalente de alteridad como característica muy específica, respecto de los sujetos que actúan y sufren durante este periodo, el interior subjetivo de esta época en la historia alemana. Esta autenticidad se debe a un proceso de transferencia subjetiva: la subjetividad de quienes recuerdan es extrapolada de la subjetividad de aquellos cuyas acciones y sufrimiento son el contenido de la memoria. De hecho, Broszat historiza la subjetividad constitutiva de quienes recuerdan respecto de su relación histórica con aquellos a quienes recuerdan. Por lo tanto, aparece el nexo

---

[303] *Algunos estudios representativos: Nicolas Abraham: Aufzeichnungen über das Phantom: Ergänzungen zu Freuds Metapsychologie, Psyche 45, 1991, pp. 691-698; Bar Dan-On: Legacy of Silence: Encounters with Children of the Third Reich. Cambridge 1989; Werner Bohleber: Das Fortwirken des Nationalsozialismus in der zweiten und dritten Generation nach Auschwitz, Babylon 4, 1990, pp. 70-83.*

[304] *Sobre este nexo complejo y constitutivo* cf.*: cap. 3.*

genealógico entre los victimarios y sus víctimas; al mismo tiempo se hace visible el poder de formación de la identidad histórica por medio de la memoria gracias a la cual se establece dicho nexo.

Esta breve digresión por el nivel constitutivo de lo que es histórico, debería aclarar que la historización es muy diferente de la desmoralización. Por el contrario, si moralidad refiere al interior existencial de la relación con el pasado, una relación en la que los sujetos —vía el recuerdo— son el pasado, antes de su distanciamiento en el tiempo, entonces deberíamos entender la historización como despliegue de la moralidad hacia la distancia temporal del pasado. Es decir, la carga moral que los contenidos de la memoria siempre conservan como constituyentes de la identidad personal, es transpuesta en la distancia temporal en la medida que el pasado se aleja del presente. Se manifiesta como factor de sentido y significación en la relación que ahora se ha vuelto específicamente histórica. En el nexo constitutivo del pensamiento histórico, la moralidad hace mucho más que bloquear el acceso al pasado. También brinda soporte a la historia al introducir contenidos de la experiencia del pasado en las dimensiones significativas de la temporalidad. Y sólo a través de estos aspectos cargados de sentido, estos contenidos se vuelven en distintivamente históricos. Sólo a causa de estos aspectos cargados de sentido dichos contenidos se distinguen como históricos.

Broszat esgrimió repetidas veces el llamado argumento del bloqueo para sustentar su propuesta,[305] lo cual es crucial en su petición de historización. Sin embargo, considero que dicho argumento es insostenible (en relación con el nivel constitutivo de lo que es histórico) por la forma en la que fue presentado. Broszat tematiza los planos de pensamiento diferenciado, en particular en lo que toca a la especificidad de la disciplina. Sin embargo, Broszat llama la atención sobre un tema sobresaliente: la carga moral de la época nazi. Dicha carga actúa como freno de la transformación del entorno moral hacía un nexo de sentido y significación histórica. Desafortunadamente, Broszat proporciona pocos indicios de lo que en realidad quiere expresar, ni propone ejemplos concretos en un análisis detallado.

Para conseguir una mejor aproximación, propongo distinguir entre dos diferentes operaciones cognitivas que impiden o bloquean el proceso, en el cual el elemento moral

---

[305]Cf.*: Broszat: Plea, p. 77, p. 79; Broszat, Friedländer: Controversy, p. 113; Broszat: Historisierung, p. 3.*

se desdobla y penetra en lo histórico. Por una parte, está la autenticidad de la memoria de los sobrevivientes, en otras palabras el pasado del nacionalsocialismo aún presente en el trauma psicológico, que llega hasta el presente vía la genealogía de los victimarios y de sus víctimas. El bloqueo en la historización desaparece en el curso natural de la sucesión biológica de las generaciones. El otro fenómeno es muy diferente e involucra una condena moral en la cual el pasado nazi se mantiene vivo y presente en tensión contrapuesta y como imagen negativa de una corriente política y de un sistema existencial de valores, aunque desposeído de cualquier vínculo genealógico mediando entre uno y otro. La genealogía es suplantada por la condena moral, librando así a la subjetividad individual de la pesada carga de su relación con este pasado.[306] Esta apropiación defensiva de moralismo negativo es la que actúa impidiendo la historización sobre el nivel constitutivo de la conciencia histórica. Y este es el vínculo constitutivo que Broszat tiene en mente, cuando intenta nulificar el moralismo de la condena defensiva transformándolo en el conocimiento de la "auténtica" experiencia histórica.[307]

La discusión sobre el lugar histórico y el papel de Auschwitz es llevada a este mismo plano. Cuando Broszat declara que "el papel de Auschwitz, en el contexto histórico original de acción," fue "significativamente distinto de su importancia en la perspectiva histórica posterior"[308], llama la atención sobre la "ceguera" de la visión histórica, la cual tiene un efecto similar al efecto de bloqueo sobre el conocimiento que aquella condena moralista. Auschwitz distorsiona la percepción de la actualidad a tal grado, que aquellos momentos ya no pueden percibirse como aparecieron a la gran

---

[306] *Desde luego, lo que se queda como nexo que forma la identidad es la capacidad de usar principios generales en la evaluación moral y política comprometidos con el modelo del significado ejemplar.*

[307] *Sin embargo, no debería pasarse por alto el hecho de que este moralismo es histórico en un sentido importante únicamente como un patrón de interpretación ejemplar demasiado estrecho para la cultura de la historia en la actualidad. Desde luego, el Holocausto puede interpretarse con un caso ejemplar de la barbaridad humana. Mas en esta interpretación no se aborda su singularidad (que se entiende únicamente de modo genético) y al mismo tiempo, su función y lugar genealógico. Para una aplicación de la tipología de lo tradicional, lo ejemplar, lo crítico y lo genético como categorías del Holocausto* cf.: *Saul Friedländer: The Final Solution. On the Unease in Historical Interpretation, History and Memory 1.2, 1989, pp. 61-73, esp. p. 72.* Cf.: *Mis comentarios sobre este tema en: Über den Umgang mit den Orten des Schreckens Überlegungen zur Symbolisierung des Holocaust, en Detlef Hoffmann (Ed.): Vergegenständlichte Erinnerung. Frankfurt am Main 1997, p. 26.*

[308] *Broszat, Friedländer: Controversy, p. 116.*

mayoría de contemporáneos en aquel tiempo. Para hacer plausible esta autenticidad, Broszat señala una diferencia básica, destacando que la época del nacionalsocialismo puede considerarse en retrospectiva desde su catastrófico fin: Auschwitz se vuelve entonces “la medida en la percepción histórica de este periodo”.[309] También podría desarrollarse un abordaje que opere desde la perspectiva del tiempo.[310] Broszat amplifica esta diferencia hasta conseguir un “contraste exagerado entre la auténtica reconstrucción histórica y “su uso con propósitos pedagógicos”, y no deja duda sobre cuál pueda ser la única alternativa plausible.[311]

Sin embargo, dicho contraste no existe, pues la autenticidad de la percepción histórica es inconcebible sin elementos retrospectivos. La lógica de la explicación histórica, descrita Arthur Danto con el neologismo de la prospección, es una progresión de lo anterior a lo posterior como una respuesta a la pregunta por lo que llega después, por el “fin”[312] o más precisamente por una diferenciación entre lo anterior y lo posterior que formula un desafío al pensamiento histórico. Un carácter constitutivo en la cognición histórica adquiere la pregunta: ¿cómo pudo suceder esto? La pregunta surge porque en la continuidad temporal de una construcción humana (por ejemplo: el *Reich* alemán) surgió algo (por ejemplo: el Holocausto y el fin catastrófico de este *Reich*) que se distingue tan radicalmente de formas anteriores de este *Reich* (por ejemplo: la fundación de una democracia parlamentaria después de la Primera Guerra Mundial). Esta diferencia se explica de manera histórica, de modo que prospectivamente se construye una concatenación de acontecimientos de diferentes estados de desarrollo de este *Reich* (a partir de los conjuntos de la experiencia del pasado) que llevan de un estado anterior a uno posterior. Frente a esta estructura lógica de la explicación histórica, se neutraliza la oposición enfatizada por Broszat entre retrospección y prospección.

Así que ¿dónde quedó el problema? La dificultad es que el eslabonamiento de eventos recogidos de la experiencia —una secuencia narrativa explicativa— siempre extiende sus alcances hasta el presente; aun más, cuando las cuestiones de identidad están en juego. Así, el Holocausto y la “catástrofe alemana” no son la estación final de

---

[309] Ibid.
[310] *Broszat: Plea, p. 82.*
[311] Ibid.*: p. 85.*
[312] Cf.*: Rüsen: Rekonstruktion der Vergangenheit, pp. 37ss.*

la historia contemporánea sino que constituyen el eslabón de una secuencia de tiempo mayor. Entonces debe organizarse la prospección del tiempo, conforme a una línea de desarrollo que reduzca la catástrofe a un mero constituyente de un conjunto abarcador, no su punto culminante hacia el cual todo confluye. Esta reducción del Holocausto al estatus de simple eslabón de una cadena temporal de eventos que conduce hacia el presente, o por decirlo con mayor precisión, que desborda en una auto-concepción y auto-interpretación efectuada por aquellos que deben recordar el Holocausto para poder establecer su identidad, constituye el meollo problemático principal de la historización.

He aquí la raíz de las objeciones que Friedländer hace a Broszat, pues argumenta en contra de esta reducción del Holocausto con razones sustentadas en el conjunto constitutivo de la misma historia, en la autenticidad de su presente precedente. El Holocausto se resiste a tal incorporación en líneas generales de desarrollo. De hecho, esta afirmación puede formularse de manera más radical: el Holocausto rebasa y revienta cualquier concepción de conjunto. Dan Diner ha sido el postulante más vigoroso de esta tesis.[313]

No es posible expulsar del ámbito histórico y relegar al ámbito de lo mítico aquellos elementos de la experiencia histórica durante el nacionalsocialismo que se resisten a la integración en los conjuntos históricos abarcadores que formen la identidad. Esto no es posible, porque los elementos míticos representan una parte sustancial de la relación de sentido entre el pasado nacionalsocialista y nuestro presente, la única relación dentro de la cual podemos concebir históricamente dicho sentdio. En caso de aferrarse a eso, se produciría una relación histórica carente de sentido y un sentido sin relación histórica. Prácticamente, ninguno de los dos puede hacerse plausible racionalmente ni realizarse como formación de la cultura de la historia sin que se produzcan distorsiones en la orientación graves y en consecuencia, problemas en la comunicación.

De ahí que resulta la pregunta ineludible si y cómo la calidad de sentido particular del nacionalsocialismo (que en el debate en Broszat y Friedländer se consignó con la categoría de lo mítico) puede captarse en términos de la teoría de la historia de tal modo

---

[313] *Dan Diner: Between Aporia and Apology: On the Limits of Historicizing National Socialism, en P. Baldwin (Ed.): Reworking the Past. Hitler, the Holocaust, and the Historians' Debate. Boston 1990, pp. 135-145.*

que se supere la división entre la autenticidad constitutiva del recuerdo y la historización necesario de su contenido.

LA SIGNIFICACIÓN METAHISTÓRICA DEL HOLOCAUSTO

Broszat y Friedländer coinciden en que la significación del Holocausto en el recuerdo, la rememoración, la memoria y el conocimiento histórico, cancela cualquier intento de asimilación como experiencia histórica en los registros habituales de la interpretación histórica. Broszat extrae esta significación de la especificidad de lo histórico, relegándola al plano de lo mítico. Degrada su sentido hasta el punto de que el Holocausto parece como compatible con la progresión temporal que reincorpora a la época nazi en un nexo temporal de formación de identidad con el presente. El evento metahistórico[314] sólo puede ser historizado mediante el sacrificio de su calidad metahistórica. Friedländer rechaza esto, arguyendo que la etapa nazi no puede abordarse como cualquier otro periodo de la historia (como por ejemplo, el siglo XVI francés).[315]

Me parece que esa línea de argumentación no es válida. Arrebata el carácter auténtico de la memoria del Holocausto (como hemos explicado) y lo transporta al plano del pensamiento histórico desarrollado. Sin embargo, en dicho movimiento algo afecta la calidad especial de esta autenticidad proto-histórica. Se maneja esta calidad como factor operativo del conocimiento histórico, como juicio político y moral y como representación estética, transformada en catalizador del pensamiento histórico normal, que así se disuelve en dicha normalidad, donde paradójicamente logra su significación. Sólo cuando se trata el Holocausto como cualquier otro periodo normal de la historia alcanza su propio perfil distintivo, sólo entonces su singularidad es plausible a través de la comparación cognitiva.

---

[314] *Martin Broszat: Nach Hitler: Der schwierige Umgang mit unserer Geschichte. München 1988, p. 345.*
[315] *Friedländer: Reflections, p. 98.*

Friedländer está en lo correcto al caracterizar el Holocausto como "un evento histórico límite", observándolo como aspecto teórico no resuelto de la historización.[316] El problema teórico reside en que las estructuras de interpretación no pueden ser aplicadas sencillamente a hechos del pasado después de haber sido determinadas por la indagación histórica. Más bien, en la presencia proto-histórica del pasado, los mismos hechos juegan un papel en la formación de estas estructuras de interpretación.[317] Naturalmente, lo importante de este impacto del pasado sobre el presente, conforme se intenta revelar que el pasado histórico no es una multiplicidad de hechos agrupados por la investigación, sino por la calidad de memoria de lo que dicha indagación explora. Esa dimensión de memoria se manifestó antes de toda investigación dando forma a perspectivas significativas que pueden orientar la indagación. Podríamos decir, que esto es la calidad teórica intangible de la experiencia histórica. Y eso es lo que implica la afirmación de que el Holocausto no puede ser confinado al plano de un objeto para la investigación. Sin embargo, lo anterior se sostiene en cuanto a toda experiencia histórica posible, y no sólo para el Holocausto; hasta donde se trate de hechos que han penetrado en la memoria histórica y desde ahí generan significación, o con más precisión, actúa como vehículo de la significación, como concepto preestablecido de posible significación histórica.

Naturalmente, esto no significa que los procedimientos operativos del conocimiento histórico se deban conformar sencillamente con este dictado al que sólo deben prestar su sello cognitivo de aprobación. Por el contrario, los procedimientos cognitivos del conocimiento histórico, son perfectamente capaces de desarrollar una visión crítica básica de los significados centrales del pasado, inscritos tanto en la rememoración como en la memoria colectiva. Debe probarse la contribución pre-histórica de la memoria, constitutiva de la significación del pasado, como si ésta fuera el campo de pruebas de las operaciones de la conciencia histórica, donde a menudo es corregida significativamente como resultado de la labor de la memoria y de dichas operaciones. Lo anterior tiene validez también en el caso del Holocausto. Precisamente

---

[316] *Brozat, Friedländer: Controversy, p. 133.*

[317] *Christian Meier observó que la calidad mítica (que Broszat relaciona con la memoria de las víctimas) "pertenece al evento mismo",* cf.: *Christian Meier: Der Historiker Martin Broszat, en Klaus Dietmar Henke, Claudio Natoli (Eds.): Mit dem Pathos der Nüchternheit. Martin Broszat, das Institut für Zeitgeschichte und die Erforschung des Nationalsozialismus. Frankfurt am Main 1991, p. 31.*

en este campo de pruebas, el Holocausto lleva a cabo su significación meta-histórica; a la vez, su veracidad es sometida a la crítica racional del conocimiento sustentado en la experiencia; formulado a través de conceptos y ordenado metódicamente. Para expresarlo de forma más paradójica: si se tratara de abordar el periodo nazi de la misma forma que el tema de la Francia del siglo XVI, la indagación histórica brindaría resultados críticos respecto de las mismas interpretaciones heurísticas y las aproximaciones interpretativas pueden ser criticadas, modificadas y (desde luego) falsificadas por la experiencia histórica. Lo anterior es especialmente cierto en el caso del Holocausto. Por este verismo total y por la escasez de hechos consignados en las fuentes existentes, resiste los intentos por extraer sentido de ella.

Otra manera de formular lo anterior, reside en establecer que la experiencia histórica tiene algo que decir respecto de su propia interpretación, pues lleva ya en sí misma (aunque mediada) elementos intrínsecos de significación que son los mismos a los que llega una interpretación histórica retrospectiva. Precisamente en esto se sustenta la hermenéutica del método histórico.

Dan Diner categorizado esta dimensión meta-histórica del Holocausto como "rompimiento con la civilización".[318] Según Diner, los elementos de interpretación del ser y del mundo que constituyen la civilización y la sociedad modernas, fueron negados por el Holocausto. Pero como las estructuras de interpretación histórica son componentes en sí mismas de dicha civilización, no sólo no deben usarse para interpretar el Holocausto, sino que hasta sus términos se anulan entre sí. Al ser negados, permanecen en el ámbito de la interpretación organizada en torno al criterio de apertura a la experiencia y al monitoreo experimental del pensamiento histórico. Aun sin aceptar la configuración específica de la tesis de Diner, la lógica de su argumentación es atrayente. Precisamente hasta donde se desee interpretar al Holocausto, el Holocausto debe permanecer comprensible en una secuencia temporal de acontecimientos donde la vida se desenvolvía, por ejemplo en el encadenamiento de sucesos fijados y establecidos por la subjetividad humana. Aquí el entendimiento va más allá de la comprensión, pues implica un manejo de las intenciones e interpretaciones de los participantes. Desde este ángulo, hay puntos de vista autoritarios respecto de la interpretación histórica (un

---

[318] *Dan Diner: Between Aporia and Apology. On the Limits of Historicizing National Socialism, en P. Baldwin (Ed.): Reworking the Past. Hitler, the Holocaust, and the Historians' Debate. Boston 1990, p. 143.*

complejo de criterios a cargo de la racionalidad, tanto en el plano del sentido como en la acción racional) que entran en una relación interna con el complejo analógico de criterios de los victimarios y de las víctimas del pasado. Sólo es posible hablar de historia, cuando dicha relación alcanza cierta coherencia, como en un nexo saturado de sentido, entre el pasado y el presente.

Sin embargo, es precisamente dicha coherencia la que se debilita en caso de referirse al Holocausto; de ahí su carácter metahistórico; por su fuerza, el Holocausto se convierte en "el eje del suceso"[319], aun cuando no en el sentido ya rechazado por Broszat, es decir, en un evento respecto del cual, todos los demás en la cronología deben ser alineados en forma casual o teleológica. Se trata, más bien, de un evento cuya significación cultural es un sentido negativo, que se representa como elemento de la organización interpretativa de una cadena de eventos.

La irritación constitutiva que experimenta el pensamiento histórico (no sólo la historia contemporánea) en los intentos de la interpretación histórica del Holocausto se deben al hecho de que cada interpretación histórica (mediada de la manera que sea) se refiere a la subjetividad de las personas que interpretan de modo determinante (a modo de una formación de identidad). Esta relación es la razón por la cual Broszat propone historizar al nacionalsocialismo, integrarlo como una parte de la historia alemana en las representaciones mentales del desarrollo histórico que forman la identidad; pues de dichas representaciones estaba excluido y así causó una irritación estructural, una rupturas y la falta de un conjunto, o como sea que se quiera llamar la ausencia de un época completa dentro de una extensión temporal de la identidad alemana.

El sentido histórico es el reflejo temporal de la identidad personal y social. La capacidad de acción de los sujetos humanos está íntimamente relacionada con el potencial de la autocomprensión, por medio de la cual se configuran los factores esenciales de lo común y de la pertinencia por encima del cambio generacional, factores que operan en las convicciones fundamentales como la pertenencia y lo ajeno, como identidad y otredad. La historia es la extensión temporal de esta identidad en el pasado, que por medio del recuerdo, de la memoria y de la conciencia tiene que formarse y elaborar con el objetivo de esbozar un futuro común; para ser más preciso: la identidad colectiva que no debe abandonarse, pues es la fuerza vital que retroalimenta la

[319] *Broszat: Historisierung, p. 13.*

formación social. La calidad metahistórica del Holocausto opera adentro de esta dimensión interior y subjetiva del pasado como historia que permite la formación de identidad.

Las características comunes con una perspectiva futura se suelen expresar por medio del recuerdo histórico positivo y una práctica cultural en la memoria pública. El holocausto es un hecho y una experiencia que no permite una identificación positiva, y al mismo tiempo, se integró de modo dominante en un conjunto extraño de comprensión del mundo e interpretación de sí; asimismo, influye en la actual formación de identidad histórica en todo ellos que fueron afectados por él (temporalmente mediado). Esto es evidente en el caso de la identidad judía. Se suele hablar de la perspectiva de las víctimas que configura identidad, y se conoce las prácticas culturales y los debates que produce.[320]

La historización del nacionalsocialismo tiene el objetivo de una interpretación histórica, por medio de la cual esa época de la historia alemana pueda integrarse y configurar identidad. Con ello, se trata de la perspectiva de los victimarios en el caso de los alemanes. Ésta tiene que esbozarse de modo que los alemanes ya no pueden sustraerse de ella por medio del rechazo moral abstracto, sino puedan referirse a ella. Para ello, se necesita llenar esta perspectiva de contenidos, con los cuales pueda transformarse en una extensión temporal de la subjetividad que define a los alemanes respecto de formas y contenidos, de conceptos y procedimientos y, respecto de sus diferencias para con los demás. La respuesta de Broszat a la pregunta de qué modo el nacionalsocialismo puede integrarse en las características históricas de la identidad alemana es: autenticidad y continuidad abarcadora. ¿Qué significa eso?

¿QUÉ ES LA AUTENTICIDAD HISTÓRICA?

Broszat considera que una condena moralista del nacionalsocialismo opera como impedimento de la autenticidad histórica. Sólo cuando el nacionalsocialismo alcanza su

[320] Cf.: *Peter Novik: The Holocaust in American Life. Boston 1999.*

autenticidad puede integrarse como una época en la historia alemana para convertirse en la experiencia histórica que los alemanes puedan incluir realmente en su entendimiento de sí mismos, en la noción de su identidad histórica.

Por tanto, Broszat visualiza la autenticidad como precondición necesaria de la apropiación y del procesamiento histórico. Friedländer, en cambio, contradice a esta intención de otorgar calidades auténticas al nacionalsocialismo. Desde su posición, se trata de una estratagema que sirve sólo para dar subrepticiamente una apariencia normal al nacionalsocialismo, efecto contrario a la intención de lograr una apropiación crítica. Se lo distrae así de su marca histórica; su criminalidad se convierte más y más en una simple característica entre otras. Sin embargo, el objetivo más ambicioso, como reclama Friedländer, es el de centrarse en esas características "normales" para llegar a la experiencia histórica que es verdaderamente sensible a la apropiación interna.

Ambos autores enfocan el mismo fenómeno: la subjetividad de quienes vivieron bajo el régimen nazi y su nexo histórico con quienes se involucraron en la recuperación de datos del nacionalsocialismo, especialmente, aunque no exclusivamente, los alemanes. Broszat critica el previo abordaje moralista de tratar al nacionalsocialismo dándole categoría de una modalidad subjetiva de observadores, en la cual se ignora la subjetividad de los observados. Por el prurito de dejar la moral a salvo, los observados son silenciados *ex post facto*. Para equilibrar lo anterior, Broszat propone volver a darles voz en términos hermenéuticos. Entonces serían tomados en serio como participantes en la producción hermenéutica de sentido histórico mediante el eslabón de tiempo histórico con el presente. Friedländer añade una condición a este nexo subjetivo, generador de identidad interna, entre entonces y ahora: en este conjunto, el Holocausto como tema debería discutirse y ser objeto de un discurso; la moral negativa del Holocausto debería formar parte de la dimensión de subjetividad interna de los contemporáneos del nacionalsocialismo como lo es la apropiación de aquella época en el presente. ¿Es posible tal grado de comprensión? y, ¿puede acaso habilitar al nacionalsocialismo para ser apropiado internamente aun cuando "fue desde el principio criminal hasta la médula"?[321]

En su debate sobre alcances y límites de cualquier tratamiento hermenéutico del nacionalsocialismo, Friedländer y Broszat concuerdan en dos puntos: ambos rechazan el

---

[321] *Friedländer: Reflections, p. 94.*

principio historicista de entendimiento (que implica entender el pasado solamente dentro de su propio horizonte); ambos coinciden en que el entendimiento demanda la inclusión —y no la exclusión— de la crítica, y también la inclusión de una perspectiva moral. Podríamos pensar que el repudio del concepto historicista es un problema especial en la historia de la historiografía. Sin embargo, no debería soslayarse el hecho que establece la noción de autenticidad para Broszat, pues es una noción heredera (en términos de la historia de la ciencia) del concepto historicista de individualidad y desarrollo.[322] Puede coincidirse respecto de la unidad de entendimiento y crítica a nivel de una premisa metodológica básica, pero no es claro a qué se refiere esto en términos específicos. La crítica moral debería ligarse empíricamente a determinadas actitudes concretas asumidas por aquellos afectados por el régimen nazi, en cuanto a los objetivos que guiaban sus acciones y la interpretación que hacían de su situación. Dicha crítica no debería elaborarse "desde el exterior" sino desde el interior. Si realmente se asume esta perspectiva con seriedad, el postulado de la historización da un giro sorprendente y mejora su pertinencia normativa. Por una parte, la hermenéutica demanda el intento de transponer al ser hasta el horizonte de percepción e interpretación de los actores del pasado, abarcando artificialmente todo conocimiento sobre lo posteriormente sucedido. Por otra parte, la llamada de la crítica (con criterios normativos intrínsecos) que sostiene que cualquier conocimiento sobre las consecuencias, no puede ser tan vigoroso ni tan resuelto como lo debe ser hoy, a la luz de los crímenes monstruosos que el pasado oculta.

Los contemporáneos del pasado nazi estaban cegados históricamente, si se los compara con generaciones posteriores. Pero dicha ceguera no puede elevarse a principio supremo de hermenéutica que lleve a "interconexiones históricas", y supere el estado de situaciones aisladas.[323] Por otra parte, al reconstruir horizontes de percepción, interpretación y orientación; la hermenéutica tiende a usar perspectivas asumidas en retrospectiva para hacerlas parte del tiempo dado y las imputa a éste. La acusación de que los actores eran capaces de crítica (o de que la necesitaban) debe demostrarse y

---

[322] *Si se quisiera decir con el concepto de la comprensión historicista que el nacionalsocialismo debería comprenderse dentro de sus propias pautas ideológicas, sería correcto rechazarlo. Pero el historicismo no fue estúpido. Antes que el legado del historicismo, aquí es la calidad subjetiva del conocimiento histórico que se emplea de manera hermenéutica.*

[323] *Brozat: Plea, p. 78.*

hacerse plausible en referencia a los factores subjetivos de estos mismos horizontes. Desde luego, sería totalmente a-histórico aplicar la misma medida, como si existiera una misma naturaleza moral, o un esquema de criterio para el juicio de la historia a través del plano temporal, desechando las diferencias de épocas. Por su parte, las perspectivas normativas, utilizadas para alcanzar el juicio histórico en la apropiación del pasado, deben integrarse en una conjunto temporal con las consideraciones normativas que modelaron la acción y el sufrimiento en el mismo pasado. Semejante nexo no cancela la posibilidad de que generaciones posteriores usen nuevos lineamientos normativos, diferentes a los de las generaciones anteriores, a las que quieren comprender. Pero es crucial que dichas perspectivas sean plausibles a quienes se dirigen (en una especie de diálogo virtual en el tiempo), usando el conocimiento y los resultados de la acción y del sufrimiento, como si fueran guiados por esas mismas apreciaciones.

La empatía con sujetos del pasado sería contraria a la historia si no fuese impulsada por cuestiones como cuándo y porqué sucedieron los acontecimientos. Bajo esta luz se delinean los contornos de una subjetividad a la que puede calificarse de lo que se quiera, menos de "normal". Desde luego, la cuestión misma, abunda en términos históricos. Por ello, no estoy de acuerdo con Friedländer y sostengo que una "empatía histórica normal" es ciertamente necesaria al estudiar el periodo nazi. Sin embargo, dicha empatía no debería estar animada por un intento que trate de reducir esta época de horror y domesticarla como si se tratara sólo de uno entre muchos otros temas. Por el contrario, el objetivo debería ser la percepción genuina (auténtica, si se prefiere) del interior de la circunstancia de la época, precisamente con base en las diferentes configuraciones subjetivas de los contemporáneos.

¿Qué significa la normalidad? Si hablamos sobre la masa de contemporáneos, de la "gente sencilla" y de sus vidas, con visiones enraizadas y ampliamente compartidas, con motivaciones, ansiedades y esperanzas, estamos discutiendo algo empírico, no sujeto a normatividad. Sin embargo, el concepto se problematiza en un doble sentido respecto de amplios sectores de población "no señalados" por su contemporaneidad con el Holocausto y que sin embargo, comparten nuestro sistema de valores (que condenan radicalmente el Holocausto). Por otra parte, Friedländer expresa temor del peligro de que aquello que los hizo voluntarios o involuntarios cómplices del sistema, precisamente la forma en que organizaban sus vidas concretas, y de que la configuración de su subjetividad, sea borrada de la vida cotidiana del mundo de las

masas. Pero, al mismo tiempo —y creo que esto ha sido soslayado en la discusión— la categoría de normalidad, presupone cierta distancia del Holocausto. Gracias a dicha distancia, la sombra de la tragedia no alcanza el presente, como si no hubiera continuidad estructural; en términos históricos, una continuidad de varios (aunque, naturalmente no suficientes) factores condicionantes, subyacentes que señalan hacia el Holocausto.

La apropiación subjetiva del pasado nazi es también una cuestión de la representación histórica. Broszat reclama la narración histórica[324] como la única forma de expresar la calidad subjetiva de la experiencia del nacionalsocialismo y la única manera en que puede ser apropiado intelectualmente. De hecho, la narrativa es una operación cognitiva que puede incorporar el tiempo de la experiencia en la organización interna de la autocomprensión y de la orientación existencial actual. La narrativa procesa la experiencia del pasado, preparándola para ponerla dentro de los marcos de orientación operativa en la vida contemporánea y práctica. Lo anterior es cierto, sin importar la forma que adopte la narrativa histórica. Desde luego, una de las razones, por las que el Holocausto se vincula con la experiencia histórica, es porque demarca los límites de la narrativa histórica. Friedländer destaca que es imposible hacer comprensible al Holocausto a través de la narración, puesto que excede las capacidades de imaginación y carece de narratividad. Sugiere Friedländer, más bien, que es suficiente producir "documentación acerca del acontecimiento".[325]

Sin embaro, ¿qué sentido puede darse a la frase de que el Holocausto no es narrable? La controversia no radica en establecer que como experiencia histórica procesada, no debe volverse parte de la estructura cultural de orientación de la práctica social actual. La carencia de narratividad implica un despojo: enfrentamos una situación en la que los moldes usuales para el procesamiento de experiencias temporales, privan al Holocausto precisamente de aquella determinante calidad de experiencia de la que el presente, por su vínculo objetivo con el pasado, debe tener conocimiento. Así, el asunto no reside en debatir la calidad mítica del peso de su rememoración, pues tal es precisamente la calidad que surge de la narración, particularmente de las narraciones de aquellos directamente afectados por el Holocausto. Es más urgente retener las

---

[324] Ibid.
[325] *Brozat, Friedländer: Controversy, p. 132.*

características específicas del Holocausto, conforme éste se distancia en el tiempo e inducirlas como experiencia cualitativa en el proceso narrativo. Dicha experiencia cualitativa pone en cuestión formas previas del proceso narrativo de la experiencia histórica que resultan en nuevos modelos. Por tanto, el Holocausto demanda, como correctamente lo establece Friedländer; "un nuevo estilo que satisfaga el propósito de la descripción histórica," y del que "aún no hallamos mucho en el trabajo historiográfico".[326]

En cuanto al Holocausto, la narración mantiene límites bien definidos, si se la concibe únicamente como modelo de representación narrativa del pasado, temporalmente unida al presente y asociada a una descripción vívida y plástica con significación interna, vinculada con sujetos humanos y con una concatenación de eventos que pueden reproducirse mentalmente. Dichos límites son palpables cuando el imaginario del pasado en el presente que se realiza por la narración, toma forma de una configuración coherente, de una imagen comprensible, de unidad de sentido ubicada en el tiempo. El Holocausto rompe en pedazos estas formulaciones con todo su camuflaje de significación. Si se está en condiciones de tratar con el Holocausto como un evento real —más aun tratándose de la experiencia subjetiva de victimarios y víctimas— entonces ambos casos presuponen una negación clara y demostrativa de la significación (unos dentro de la magnitud del sufrimiento y otros en el alcance de la deshumanización). Tal negación bloquea tanto las configuraciones coherentes como la unidad imaginativa y la integración, y los remite a otra dimensión de los desarrollos históricos. Dicho bloqueo debe expresarse en forma narrativa, a modo de alterar la modalidad de la narración, y sin las características ya subrayadas por Broszat.

La significación concreta de lo anterior difícilmente puede demostrarse en ejemplos historiográficos, porque en ellos siempre dominan los criterios de coherencia narrativa de la representación histórica, que por medio del Holocausto, deben ponerse en tela de juicio en el marco de una estética de lo histórico. No obstante, un vistazo a las diferencia entre "La lista de Schindler" de Spielberg y "Shoa" de Lanzmann puede aclarar de lo que se trata. "La lista de Schindler" narra el Holocausto de modo que se

---

[326] Ibid.: *La intención del concepto descripción es posiblemente oponerlo a narrativa, aunque concebido en términos de una noción tradicional y estrecha de la narración, un cuento que revela de manera vívida el significado de lo que se narra mediante una secuencia de acontecimientos.*

integre en la autocomprensión predeterminada (y en este sentido "normal") y en la cosmovisión del público; de esta forma, puede movilizar las energías morales presentes. Todo eso sucede en el marco de una narración con sentido que tiene casi un final feliz. Esta amplitud de la narración, predeterminada por el medio de la película, no le hace justicia a lo narrado. El Holocausto adquiere su sentido en la perspectiva de la sobrevivencia y de la salvación. El hecho de que esta perspectiva de las víctimas y de los victimarios causa una grave e insoportable pérdida de experiencia histórica y en cuanto interpretación, es completamente inverosímil, es incontrovertible. Es sabido que Lanzmann, en cambio, renuncia a la representación de un contexto narrativo, es más, renuncia a cualquier representación narrativa del pasado del Holocausto. Sólo adquiere presencia en los testimonios y recuerdos de los sobrevivientes. De este modo, puede integrarse en diferentes modalidades de interpretación histórica y conceptos de autocomprensión, sin la necesidad de desplegarse en ellos. Mantiene en cualquier contexto narrativo, cuya representación es conscientemente abierta, un elemento metanarrativo que como tal no hace imposible la narración, sino al contrario, puede volverse un factor de la configuración narrativa de la misma representación histórica.[327]

CONTINUIDAD Y APROPIACIÓN

Por medio de la historización, Broszat intenta superar los bloqueos erráticos y transformar el nacionalsocialismo en una época más de la historia alemana. Durante ese mismo lapso histórico, el nacionalsocialismo aparece entre periodos anteriores y posteriores como en una continuidad, en la cual los alemanes logran redescubrir su identidad histórica. La intención de Broszat es nada menos que la de crear un "continuo auténtico y original" de la historia alemana.[328] "El capítulo más depravado de la historia alemana", deberá convertirse en "algo capaz de integrarse como parte de nuestra

---

[327] *Cabe aclarar que no renuncia por completo a la coherencia narrativa. La secuencia de memorias de los sobrevivientes unifica una narración escondida, comprometida con el difundido conjunto de sentido de caída, resistencia y resurrección.*
[328] Ibid.*: p. 127.*

historia nacional".[329] La autenticidad y la representación narrativa ayudan a dar cuenta de la experiencia histórica del nacionalsocialismo y de esta forma, permiten su integración en la autocomprensión alemana. Un lapso de tiempo que relaciona la época del nacionalsocialismo con periodos precedentes, y particularmente subsecuentes, le brinda decididamente una fisonomía histórica. El término acuñado para designar esto es continuidad.[330] Naturalmente, se refiere a un nexo genético interno al cual el nacionalsocialismo se incorpora como una época dentro del gran lapso de tiempo de la historia, en el que encuentra su signo e impacto histórico distintivo para la autocomprensión alemana de la historia. Aquí la continuidad no tiene que ver con estructuras específicas de la vida social (o al menos con elementos de tales estructuras) que puedan asociarse a periodos anteriores o posteriores.

Broszat toca sólo brevemente la noción de la continuidad que considera válida. En un momento, se refiere a "la teoría socio-histórica de la modernización"[331] y señala a las políticas nazis como ejemplo ilustrativo. Dichas políticas demuestran que existieron elementos formativos de la vida social en la época nazi que pueden relacionarse con lo ocurrido antes y después. Con tales datos, los límites de la época 1933-1945 se vuelven más porosos.

No puede negarse la utilidad de tal abordaje sustentado en la teoría de la modernización en la interpretación del nacionalsocialismo, ni la relevancia del ejemplo específico. Sin embargo, Friedländer lanza una pregunta que llega hasta el centro del concepto teórico y su concertación empírica, ¿dónde están entonces las características específicas del régimen nazi, sus inhumanas políticas asesinas, su movilización de recursos con el objetivo de implementar dichas políticas? Sería más pertinente preguntar, ¿no será que el prisma de la teoría de la modernización que oculta estos aspectos?, ¿no son acaso aspectos remitidos a la periferia y disminuidos como si tuvieran poca relación con la realidad (conectividad) con el corazón de esta época? La continuidad, sea concebida o no en términos de la teoría de la modernización, pone a la luz cuestiones sobre la vida cotidiana que persisten a través de diversos periodos. Éstos

---

[329] *Broszat: Historisierung, p. 6.*
[330] Cf.*: Por ejemplo Brozat, Friedländer: Controversy, p. 132. La expresión continuidad tiene un sentido categórico* cf.*: Hans Michael Baumgartner: Kontinuität und Geschichte. Zur Kritik und Metakritik der historischen Vernunft. Frankfurt am Main 1972; Rüsen: Historische Orientierung, pp. 160ss.*
[331] *Brozat, Friedländer: Controversy, pp. 125-126.*

pueden identificarse en sus manifestaciones concretas, como los mismos que se observan en el cambio del momento, de manera que su forma actual aparece como resultado de algunos de los procesos que en retrospectiva se perciben como orientados en una dirección definida. Dichos fenómenos son abundantes en la práctica cotidiana. Ahora bien, si sus cambios entre periodos deben ser (re)presentados respecto de un proceso largo de duración, por llamarlo de algún modo, como modelo de permanencia que puede proyectarse a futuro como perspectiva que guía la acción, entonces el nacionalsocialismo se convierte en una suerte de acuerdo temporal y circunstancial que guarda poca relación con su médula, su suprema identidad histórica. Tal es la cuestión señalada por Friedländer: ¿no es verdad que este abordaje, (aun cuando en forma inocente) priva al nacionalsocialismo de su misma esencia?[332]

Esta diferenciación puede lograrse también a través del dualismo conceptual entre lo estructural y lo contingente. Para quienes el nacionalsocialismo les parece accidental, una constelación de contingencias dada sobre una ancha línea estructural de desarrollo, que habría tomado un rumbo diferente de haber privado otras condiciones externas. Dicha continuidad parece plausible, pues las circunstancias contingentes de las estructuras de amplio alcance pervertidas por el nacionalsocialismo no pueden detectarse ni en el presente ni en algún futuro predecible. Desde esta perspectiva, el nacionalsocialismo resulta sólo un accidente una monstruosa casualidad ocurrida dentro de las tendencias generales de desarrollo propias de las sociedades modernas. La contingencia de las circunstancias responsables de esta perversión, no juega ningún papel decisivo al apropiar, adoptar, continuar o hasta alterar tanto las estructuras persistentes como los factores de la vida social. En contraste con su continuidad, el nacionalsocialismo se torna contingente, y como tal, cosa del pasado, ya sin presencia

---

[332] *Friedländer posteriomente declaró que la reunificación alemana "restauró la continuidad nacional de la historia alemana" y redujo el periodo nazi a un capítulo cerrado, ya que las peores consecuencias para los alemanas, es decir, la separación en dos Alemanias, había ya concluido* cf.*: Martin Broszat und die Historisierung des Nationalsozialismus, en Klaus Dietmar Henke, Claudio Natoli (Eds.): Mit dem Pathos der Nüchternheit. Martin Broszat, das Institut für Zeitgeschichte und die Erforschung des Nationalsozialismus. Frankfurt am Main 1991, pp. 155-71, p. cit. 159. Sin embargo, eso no resuelve el problema de la continuidad como problema básico de la teoría de la historia, particularmente la pregunta por la historización como surge en los argumentos esgrimidos por Broszat y Friedländer. ¿Cómo puede adquirir en retrospectiva el nacionalsocialismo el atributo de una continuidad relacionable con los patrones de la vida social, como resultado de la reunificación? Es más: la genealogía de los victimarios ha sido reforzada ante el despertar de la reunificación, no ha sido atenuada.*

en la apropiación intelectual interna del pasado como proceso histórico que fluye hacia el presente y que se sumerge en el futuro.

Esta concepción no convence por dos razones. En primer lugar, porque postula la contingencia como algo externo a los desarrollos estructurales, soslayando el hecho de que en sí, dichos desarrollos tienen una naturaleza contingente y que tal contingencia es elemento esencial y hasta necesario de los mismos desarrollos estructurales. Pende simplemente de una interpretación simplista de la contingencia, elixir vital de todo lo histórico. En segundo lugar, no provee ninguna base cognitiva para ubicar la genealogía de victimarios y víctimas ni la genealogía del nexo que hubo entre ellos durante el tiempo que inicia antes de la época nazi y que se desplaza hasta la nuestra. Las fibras de la historia de víctimas y victimarios se remontan más allá del tiempo del nacionalsocialismo y fluye en forma cognitiva a través de las generaciones hasta el presente. Usando conceptos teóricos y contenidos experimentales de continuidad genética, el vínculo cognitivo debería encarnar en términos históricos, hasta que los elementos variados (en cierto sentido los neutrales) de la vida social cotidiana den cuenta de la conectividad del nacionalsocialismo con la orientación histórica del presente. ¿Cómo puede hacerse una cosa y no la otra? Saul Friedländer ha señalado que estos factores neutrales en la continuidad fueron afectados de tal modo durante el periodo nazi que su contextualización implica la gran diferencia.[333] No pueden ser sencillamente neutralizados o aislados, no pueden atravesar el territorio de 1933-1945 y resultar indemnes. Por otra parte, es difícil hacer un caso plausible ya que esta diferencia fundamental no permite discernir una continuidad. De modo que, por una parte existe una constelación en términos de continuidad y conectividad, y por otra existe una discontinuidad radical y un distanciamiento crítico.

Encontrar la manera en que estos dos polos se reconcilien depende de hecho del "enfoque que se elija".[334] La pregunta es si la época del nacionalsocialismo ¿puede integrarse históricamente de forma que los crímenes demarquen la aguda línea de discontinuidad; aunque elementos y factores de su contexto señalen en la dirección opuesta? Aquí no hay contradicción lógica y en términos de las categorías existe un

---

[333] *Friedländer: Reflections, p. 93.*
[334] Ibid.

número de posibilidades para concebir esta diferencia como dimensión de un nexo histórico y para hacer que se sostenga en tanto se trabaja sobre una interpretación.

Existe una multiplicidad de perspectivas desde las que la conectividad y la discontinuidad pueden discutirse y un alto grado de complejidad en cuanto a la experiencia histórica procesada a través de interpretaciones. Sin embargo, esta noción de perspectivas diferentes no resuelve la cuestión básica, ¿desde qué posición se aplicará un criterio de coherencia que interrelacione estas cuantiosas y diversas perspectivas, si es que su diferenciación no resulta totalmente arbitraria (lo cual verdaderamente dificultaría la apropiación de toda esa época)? Desde esta perspectiva sólo queda un camino posible, que sería integrar, divergencia, ambivalencia y contradicción en un todo superpuesto para incluirlo en la misma categoría de desarrollo o continuidad.[335] Sin embargo, lo anterior anula una premisa que Broszat parece usar en su argumentación: sólo es posible apropiarse del nacionalsocialismo historizándolo, usando una concepción más amplia de lapso de tiempo que tenga el carácter lógico de lo que llamaría una extensión intra-temporal del sentido.

No estoy a favor de que dicha categoría se reemplace por una categoría de temporalidad interna sin sentido, pues eso significaría que ya no habría ninguna apropiación intelectual de la experiencia histórica. Creo, en cambio, que es necesario arrojar el lastre de la equivalencia del nexo temporal externo y del sentido interno, que hoy son lugares comunes del pensamiento histórico moderno. Deberían suplantarse por un concepto más complejo en el que la desaparición, la negación y ausencia de sentido histórico se transforme en el instrumento del pensamiento histórico mismo, en el contexto de desarrollo de los tiempos cambiantes. La continuidad puede concebirse entonces parcialmente como contraria a los hechos, (o a pesar de los hechos), y aplicarse como heurística, para dar paso también a una identificación e interpretación de discontinuidades radicales, sin tener que renunciar a la precondición de ligazón significativa entre pasado y presente.

En el discurso de la teoría de la historia, la posibilidad del Holocausto adquiriría un lugar firme dentro del concepto de una apropiación del pasado enmarcada en términos de desarrollo, y la contingencia de su realización se incluiría como seña

---

[335] *Wolfgang Welsch demostró claramente esta modalidad de la razón* cf.: *Vernunft. Die zeitgenössische Vernunftkritik und das Konzept der transversalen Vernunft. Frankfurt am Main 1996.*

distintiva del tiempo histórico. Esto cargaría a la categoría de modernización con una dialéctica que contiene, ya en contexto, la diferencia esencial a la que aludimos antes, como un elemento categórico. Horkheimer y Adorno intentaron establecer dicha diferencia en términos antropológicos específicos en su *Dialéctica de la Ilustración.* No obstante, su dialéctica carecía de una especificidad temporal, lo que hubiera podido transformarla en una categoría del pensamiento histórico. Dicha historización es ya obsoleta. Hubiera concretado la diferencia entre el nacionalsocialismo y las épocas históricas precedentes y subsecuentes en vez de remitirla a una mera periodización y desintegración. El nacionalsocialismo aparecería como el producto crono-dinámico de una constelación de circunstancias contingentes y de precondiciones sistémicas de la acción, tal como se hallan en configuraciones previas y posteriores. El desarrollo superpuesto podría calificarse de esquemático a través de diferentes manifestaciones y tiempos. A ello debería añadirse una dirección del desarrollo que fuera relevante para los factores individuales en juego (tales como las opciones técnicas para la acción, las opciones ideológicas, las técnicas de dominio las posibilidades de manipulación etc.). Dicha dirección serviría para mantener abierto el camino ante una contingencia fundamental, permitiendo de ese modo que eventos catastróficos de proporciones monstruosas aparezcan como posibles, aun como elementos procedentes del propio mundo del ser.

Desde semejante perspectiva, el Holocausto no perdería singularidad, sino que derivaría ésta precisamente de la misma contingencia de su génesis. Sin embargo sería historizado simultáneamente, pues por ejemplo, su principio sería localizado desde el pasado en términos de la génesis de los factores individuales, en la constelación de contingencias que le dieron origen, así como en términos de otros grupos de contingencias que puedan surgir en el futuro.

Sin embargo, esta concepción sólo es significativa si al mismo tiempo y en una configuración similar, se subrayan los elementos y factores cotidianos de la vida que configuran la continuidad y que hacen aparecer al Holocausto como evitable, o que por lo menos, desmitifican su imagen como un destino mítico ineluctable. Trabajando desde dicha orientación histórica, la autocomprensión histórica del presente podría soportar la experiencia del Holocausto. La autocomprensión liberaría y forjaría posibilidades de acción que podrían generar otro futuro en interacción de contingencias; de modo

diferente del futuro que se esboza con base en una concepción historizada del Holocausto.

LA IDENTIDAD ALEMANA

Sólo con el Holocausto podemos apropiarnos intelectualmente de la época nazi. Esta salvedad, obvia desde el punto de vista de los victimarios, no puede transponerse directamente al plano en el que Martin Broszat quiere hacer del nacionalsocialismo algo sensible a la apropiación histórica. Las persistentes aunque atendibles preguntas de Friedländer respecto al lugar que corresponderá al Holocausto entre las futuras generaciones de alemanes, y cómo éstas consideran la época nazi, ha subrayado que el Holocausto sostiene un lugar bloqueado y errático en el nexo temporal superpuesto donde se integra el nacionalsocialismo. Como no parece posible permitir que la calidad mítica de auténtica remembranza se erija a un lado de la apropiación histórica del nacionalsocialismo, aunque sólo fuera para garantizar la dimensión mítica del estatus de una fuente de energía vital desde la perspectiva de las víctimas; éste bloqueo está cargado con adicional horror aún no mitigado de cara a una realidad del pasado que debe ser procesada en el presente. Aquel horror debe ser reconocido y soportado, precisamente en el lugar donde el pasado apropiado se inscribe en los contornos de la identidad histórica actual. En el proceso de apropiación histórica, la época nazi sólo puede convertirse en algo relevante para la identidad de los alemanes, si éstos se definen dentro del marco de una continuidad que contenga en sí misma un nexo genealógico con los victimarios. En última instancia, todo el debate gira en torno de esta perspectiva de los victimarios; sin dicha perspectiva, el nacionalsocialismo no puede ser historizado, y sólo desde esta perspectiva puede distanciarse del nacionalsocialismo, a la vez que se lo recordará con entendimiento y juicio. ¿Qué implica lo anterior al fijar los perfiles de la identidad histórica de aquellos genealógicamente se relacionan con los victimarios?

En primer lugar, cabe mencionar que tiene su razón de ser una crítica de la condena moralista del Holocausto en términos de la teoría de la identidad, pues este moralismo se aferra a la experiencia del horror, y la expulsa del núcleo de la subjetividad propia. Por otra parte, ¿cómo puede categorizarse históricamente el

Holocausto de modo que se hagan posibles concepciones identitarias con potencial de acción y de futuro que lo integren en la genealogía histórica? ¿No destruye el Holocausto los fundamentos de cualquier confianza en una relación temporal con sentido en la cual se basa la identidad histórica?

Si en gran medida la identidad histórica se basa en un proceso mediante el cual los conjuntos de experiencia del pasado con los que los sujetos pueden identificarse en sentido positivo (como victorias, hechos sobresalientes, hazañas, actos fundacionales de relevancia tradicional para periodos más extensos) son imputados al presente temporal e históricamente, entonces la apropiación intelectual del Holocausto, a través de la historización del nacionalsocialismo, sólo puede actuar como generadora de confusión en la formación de la identidad. Por tanto, entre aquellos que cuentan con un eslabón genealógico objetivo con el Holocausto, la habilidad psicológica para la supervivencia depende de qué tanto hayan podido disociarse mentalmente de este hecho, ya sea a través de la no identificación mediante la condena moral o bien estableciendo una absoluta discontinuidad entre aquel pasado y nuestro presente.

Sin embargo, incluso esa identidad histórica "positivista" esquiva los problemas. Se basa en la práctica cultural consistente en construir la pertenencia con base en leyes de exclusión: todos los elementos de la experiencia histórica que obstaculizan el camino de tal identificación positiva deben desviarse e integrarse en la alteridad de los otros, de quienes uno debe diferenciarse hasta volverse igual a sí mismo. Aquellos son los elementos que por ejemplo, no apuntalan la identidad no empírica que se desea imaginar para sí mismo. La interpretación que hace Goldhagen del Holocausto ejemplifica tal estrategia de formación de la identidad a través de la exclusión por dicotomía.[336] Como el Holocausto es simplemente "el otro", respecto de nuestro propio ser, no puede ser apropiado; sólo puede comprenderse e interpretarse como parte del otro. ¿Pero quién jugará el papel del otro? Lo anterior queda como pregunta abierta. Esta alteridad (otredad) puede ser la de un sujeto existente (tal como el comunismo en el esquema interpretativo de la teoría totalitaria) o algún fantasma, como "los poderes demoníacos". En el ámbito de autocomprensión entre los alemanes del periodo de posguerra, aquellas fuerzas diabólicas fantaseadas debían servir como excusa para desterrar la complicidad

---

[336] Cf.*: Jörn Rüsen: Goldhagens Irrtümer, en* idem*: Zerbrechende Zeit, pp. 263-278.*

con los crímenes del nacionalsocialismo, para poder desterrarlos de su propia subjetividad.

Sin embargo, la lógica de la formación de la identidad histórica por medio de la desplazamiento se ha vuelto problemática. El nacionalsocialismo debe su agresividad a esa lógica, y tal fue la avanzada cultural que orientó su práctica genocida, que alcanzó su forma más radical con el Holocausto. La apropiación intelectual del Holocausto implica vencer esta lógica de la exclusión. En términos de la teoría de la identidad, significa que la experiencia desterrada debería ser reabsorbida por la propia subjetividad. Entonces la alteridad del otro se convierte en precondición interna del mismo ser. Este concepto de identidad abre nuevas posibilidades y formas de comunicación. Ahora uno puede verse en el otro y viceversa. Al mismo tiempo y junto con el reconocimiento de la diferencia, algo semejante a una noción de la existencia humana que se extiende a todas las diferencias, se inscribe como elemento cultural de la vida social.

Al traducir esto al pensamiento histórico, dicho concepto de identidad permite ver el reflejo de la propia subjetividad en el oscuro espejo de los crímenes nacionalsocialistas. Eso suena más aterrador de lo que parece. "Los hombres normales" que describe Christopher Browning constituyen precisamente dicha reflexión.[337] A través de estos reflejos en el espejo, los crímenes son vistos como moralmente reprensibles, pero la condena asume una dimensión genuinamente histórica. La evaluación moral ya no parte de la época nazi del pasado, sino de la dinámica temporal desde donde esta época se dispara a través del tiempo, hacia atrás y hacia adelante (deslizándose, por así decirlo, sobre cauces de normalidad que convirtieron a aquella gente en asesinos). El moralismo intrínseco en la condena de los actos pasados, se transforma en la percepción histórica de un peligro potencial, siempre latente, que se difunde por décadas. Lo anterior no cancela las diferencias históricas entre la posibilidad y la realidad de lo inhumano, que son ahora percibidas bajo la luz de la contingencia. Al mismo tiempo se disuelve el rígido enfoque sobre un lapso temporalmente delimitado del pasado, ampliándose con objeto de abarcar la percepción de procesos dinámicos que saltan del presente al futuro.

---

[337] *Christopher R Browning: Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland. New York 1992.*

En el marco de tal percepción de la identidad histórica, ¿qué sucede con la autenticidad del victimario? Lo anterior, como en el caso del sufrimiento de las víctimas, no puede situarse en un espacio mítico, desplazándolo de la conciencia histórica. Por el contrario: debe tomarse en serio para enfrentar el reto de soportarlo como experiencia histórica, precisamente donde la apropiación histórica de la época intercepta el velo más interno del ser subjetivo, de la identidad del ser. Aquí parecería no haber más que un acto fundamental de no-identificación, de constante discontinuidad y ruptura sin mediación. Pero entonces, el moralismo que obstruye la apropiación histórica de este pasado se escondería en la médula de la misma historización.

Existe otra forma de interpretar la complicidad, en la que la propia subjetividad penetra de alguna manera en la mente de los victimarios, llegando simultáneamente más allá de su perímetro. ¿Qué constituye la peculiaridad histórica de estos crímenes? ¿Hasta qué punto dicha particularidad impacta hasta la médula de la formación de identidad de aquellos que nacieron después? El Holocausto fue la negación más elemental de la dimensión normativa del ser humano; permítaseme llamarlo humanidad. También consiguió sacudir la convicción de que la humanidad está dotada de una auto-evidencia casi natural, fundamental y universal, que tiene carácter normativo y supremo valor interno. Esta es la humanidad a la que generaciones posteriores, comprometidas con la identidad, proceso crucial del entendimiento histórico, deben adscribir a los sujetos del pasado (pues de otra manera no habría nada que comprender). Esto aplica de igual manera en los victimarios quienes a través de sus hechos asesinaron su propia humanidad, y por tanto, en cierta forma a toda la humanidad. Aquí yace la monstruosidad del Holocausto, tan enorme que no permite su inclusión en la continuidad del desarrollo histórico, que podría servir como apoyo para la apropiación.

Pero de ser concebida de tal manera, ¿no destruye acaso la base de la propia humanidad? Desde luego que no. Pues revela además una verdad elemental: la de la calidad normativa de la humanidad, tanto la propia como la universal *Menschheitlichkeit* (humanidad), que es contingente en sí misma. Es la que fue asesinada en el Holocausto. Aquellos que recuerdan al Holocausto a través de la imaginación histórica deben visualizar esta muerte como pérdida de parte esencial de sus propios seres. Sin embargo, en una retrospectiva histórica, dicha pérdida puede ser percibida y superada simultáneamente.

El proceso psicológico requerido para lograrlo es el duelo. El duelo debe ser visto como logro cognitivo, de cumplirse su significación política. Y debe hacerse concreto y palpable en la representación simbólica del pasado.[338] Mi sugerencia es que el impulso de los argumentos del debate entre Broszat y Friedländer deben interpretarse como una petición a favor de la historización del tema del nacionalsocialismo y como llamada de atención sobre la necesidad de aprender a sufrir el duelo histórico.

EL SENTIDO HISTÓRICO ENTRE MITO Y CIENCIA

Con la categoría del duelo puede superarse la dicotomía poco satisfactoria respecto de la formación del sentido histórico que separa elementos míticos y elementos científicos-racionales. Con el duelo podemos acercarnos a "la magnitud y la singularidad del acontecimiento horroroso del exterminio de los judíos"[339], hecho frente del cual fracasan los recursos de la apropiación intelectual de este pasado por medio de la argumentación racional. El duelo es una forma de memoria que construye sentido. El duelo mueve la profundidad de la subjetividad humana que basa y constituye la conciencia histórica. Antes de cualquier esfuerzo explicativo racional y de cualquier hermenéutica, el duelo sintetiza el pasado y el presente de modo que se genera un sentido negativo, y se procesa mentalmente la pérdida del sentido; esta pérdida se soporta y se elabora de manera que se vuelva posible la vida.

El pensamiento histórico, la investigación científica y la historiografía basada en la investigación no tienen esta profundidad; sin embargo, sus conceptos categoriales que transforman el pasado en una historia para el presente, dependen de esta profundidad, y siendo una empresa con sentido, estos conceptos representan la condición de sus alcances. En el mismo nivel de esa labor constitutiva y fundacional de la formación del sentido histórico, se ubica la autenticidad del recuerdo histórico. El duelo mantiene esta

---

[338] Cf.*: Jörn Rüsen: Trauer als historische Kategorie. Überlegungen zur Erinnerung an den Holocaust in der Geschichtskultur der Gegenwart, en Hanno Lowey (Ed.): Erinnerung, Gedächtnis, Sinn. Authentische und konstruierte Erinnerung. Frankfurt am Main 1996, pp. 57-78; también* idem*: Auschwitz – die Symbole der Authentizität, en* idem*: Zerbrechende Zeit, pp. 181-216.*
[339] *Broszat: Briefe (Anm. 5), S. 352.*

autenticidad y la integra en las operaciones diferenciadoras de la conciencia histórica mediante las cuales la historia se piensa, se investiga, se escribe, se representa y se negocia de manera política. En el marco de estas diferencias, puede elaborarse el sentido histórico que se procesa mediante el duelo: el trabajo cognitivo del conocimiento puede relacionar una comprensión con una perspectiva crítica de la pérdida de la esencia de humanidad. Puede mediar entre continuidad y discontinuidad, indicar el horror descomunal en la cotidianidad y elaborar la ausencia del sentido como prueba de una necesidad en la representación estética del pasado.

9. CRISIS, TRAUMA, IDENTIDAD

Una historia se ha pensado hasta el final, cuando ha tomado su peor giro posible.

Friedrich Dürrenmatt[340]

DESAFÍOS

Los cuestionamientos históricos cobran vida a partir de experiencias en el presente. Para orientarse en el transcurso del tiempo del mundo, se necesita la historia como una dimensión cultural orientadora indispensable. Mediante ella, los seres humanos reaccionan a la experiencia originaria de que los objetos de su mundo y ellos mismos están en continua trasformación, y estos cambios no pueden integrarse fácilmente en las intenciones que determinan sus acciones. Por el contrario: deben interpretarse y debe establecerse un sentido a partir de estos cambios. Este sentido, a su vez, determina, entre otros factores, cuáles serán los objetivos y cómo se alcanzan por medio de las acciones.

Resulta trivial indicar que el siglo XX es rico en tales experiencias históricas desafiantes: las guerras mundiales, la Guerra Fría, el año 1989 y el actual proceso de globalización presentan dichos retos. Menos trivial resulta la observación de que el pensamiento histórico reaccionó de modo diverso frente a tales crisis. Por ejemplo, no puede constatarse que la Primera Guerra Mundial, "la catástrofe originaria de nuestro siglo", haya sacudido y transformado las bases del pensamiento histórico, los horizontes fundamental y dominantes de la interpretación histórica (por lo menos no el campo de la disciplina histórica especializada establecida).[341] Si bien es cierto que esa guerra tocó las ideas modernas del progreso y del desarrollo, a final de cuentas no cambió la convicción fundamental de que la historia es un proceso que abarca tiempos y culturas

---

[340] *Friedrich Dürrenmatt: 21 Punkte zu den Physikern, en* idem*: Die Physiker. Eine Komödie in zwei Akten. Versión nueva 1980. Zürich, 1980, p. 91.*

[341] Cf.*: Wolfgang Küttler, Jörn Rüsen, Ernst Schulin (Eds.): Globale Konflikte, Erinnerungsarbeit und Neuorientierungen. (Geschichtsdiskurs 5). Frankfurt am Main 1999.*

que puede investigarse, comprenderse y representarse de modo que los sujetos afectados por él (desde los individuos hasta los grupos colectivos de una cultura completa) puedan reafirmar su identidad en el espejo de dicho proceso y determinar su pertinencia y su delimitación de otros.

Con todo, la posibilidad de tal autoafirmación histórica se volvió cuestionable en un proceso desestabilizador a largo plazo. Las metanarraciones (*master* o *meta-narratives*) de la pertinencia cultural fueron criticadas de manera radical en la posmodernidad. La plausibilidad de esta crítica radica sobre todo en el hecho de que las culturas no-occidentales procuran conscientemente sustraerse de los tradicionales patrones históricos universales del occidente; de esta forma, reivindican un "sentido propio". Al mismo tiempo, el occidente ya no puede considerar su autocomprensión histórica, influida por la categoría del progreso, como idónea para esbozar un futuro. La mera continuación de las concepciones tradicionales del futuro de las sociedades modernas (occidentales) adquirieron un matiz catastrófico, que hizo inevitable el experimento posmoderno.[342] Había que buscar otra ubicación para la autocomprensión histórica para romper los límites de dicha continuación y quitarle la fuerza originaria de una dirección de desarrollo cuasi-natural y culturalmente estimulador.

Una parte de esta ruptura en la autocomprensión histórica en sociedades modernas es la apertura hacia experiencias catastróficas en el ámbito de la cultura de la historia, lo cual desmorona el potencial de convicción del viejo pensamiento histórico moderno. Los posmodernos creyeron que se podía concebir la conciencia histórica humana de manera diferente. Propusieron diluir los rasgos objetivistas de un conocimiento histórico supuestamente científico (Novick); intentaron hacer visible y reforzar los logros poéticos en el pensamiento histórico. Con esta nueva orientación, se pretendía detener los fatales procesos compulsivos de la modernización, abarcadores en sentido temporal y cultural. En este contexto no obstante, se eclipsó el poder de la experiencia histórica; por medio de ella los acontecimientos del pasado siempre tienen presencia, se inscriben en las relaciones vivenciales del presente. En éstas la conciencia histórica despliega sus prácticas orientadoras de la interpretación del tiempo. El desastre de crímenes horrorosos, que acuñaron la historia del siglo XX, no se esclarece por medio de la

---

[342] Cf.*: Jörn Rüsen: Fortschritt. Geschichtsdidaktische Überlegungen zur Fragwürdigkeit einer historischen Kategorie, en* idem*: Historisches Lernen. Grundlagen und Paradigmen. Köln 1994, pp. 188-203.*

imaginación creativa; más bien, se distorsiona su percepción. Si el potencial interpretativo de la conciencia histórica se dirige a este desastre, resulta la amenaza de una crisis de sentido que afecta a los principios del pensamiento histórico en la profundidad de su autocomprensión. Entonces se trata de las condiciones básicas de la apropiación interpretativa del pasado como historia, fundamentalmente se trata del sentido de lo histórico.

El trauma es uno de los conceptos clave de este reto.[343] Éste expresa que la experiencia histórica puede contener la fuerza para la destrucción del sentido que impacta en el mismo pensamiento histórico. Únicamente puede dejar intacta la experiencia histórica pagando el precio de la calidad objetiva en el ámbito de la materialidad, provisto con las herramientas de los logros del conocimiento disciplinario e institucional. En el conjunto objetivista una investigación, la historia se domestica cognitivamente. Su carácter "salvaje" que se opone a esta domesticación se refugia en el subsuelo de lo incomprendido, y allí despliega la fuerza anónima de lo reprimido. Sólo cuando el pensamiento histórico se abre a la calidad traumática de la experiencia histórica, se mueve a la altura de este tiempo acuñado por las experiencias traumáticas del siglo pasado. El Holocausto es un paradigma de estas experiencias de terror, junto a lo cual pueden ponerse otros paradigmas de otros contextos culturales. Pese a las innegables diferencias, estos paradigmas tienen algo en común: retan al pensamiento histórico a producir logros interpretativos, que únicamente puede alcanzar si supera las posibilidades interpretativas modernas y la crítica posmoderma.

---

[343] Cf.*: Jörn Rüsen, Jürgen Straub (Eds.): Die dunkle Spur der Vergangenheit. Psychoanalytische Zugänge zur Geschichte (Erinnerung, Geschichte, Identität, v.2). Frankfurt am Main 1998 (véase sobre todo los ensayos Roth, Bohleber, Laub y Podell); Saul Friedländer: Trauma, Memory and Transference, en Geoffrey H. Hartman (Ed.): Holocaust Remembrence: The Shapes of Memory, Oxford, Cambridge 1994, pp. 252-263; Elisabeth Bronfen, Birgit R. Erdle, Sigrid Weigel (Eds.): Trauma. Zwischen Psychoanalyse und kulturellem Deutungsmuster. Köln 1999; Cathy Caruth: Unclaimed Experience. Trauma, Narrative, and History. Baltimore 1996; Martin Bergman: Fünf Stadien in der Entwicklung der psychoanalytischen Trauma-Konzeption, Mittelweg 36, 5 (1998), H. 2, pp. 12-22; Werner Bohleber: Traumata und deren Bearbeitung in der Psychoanalyse, Bios 11 (1998); Kristin Platt: Gedächtnis, Erinnerung, Verarbeitung. Spuren traumatischer Erfahrung in lebensgeschichtlichen Interviews, Bios 11 (1998); Dori Laub: Knowing and Not-Knowing. Massive Psychic Trauma: Forms of Traumatic Memory, en International Journal of Psycho-Analysis, 74 (1993), pp. 287.302; Bessel A. Van der Kolk: The Body Keeps the Score: Memory and the Evolving Psycho-Biology of Post-Traumatic Stress, Harvard Review of Psychiatry I (1994), pp. 253-265, Bessel A. Van der Kolk, Onno van der Harth: The Intrusive Past. The Flexibility of Memory and the Ingraving of Trauma, American Imago, 48 (1991), pp. 425-454.*

CRISIS — HISTORIA — IDENTIDAD

Una crisis no es nada especial para la conciencia histórica. Al contrario, ésta se basa en crisis; no existiría la conciencia histórica, si no existiesen las crisis. Entiendo por crisis una experiencia del tiempo como contingencia. La contingencia es una modalidad de cómo un acontecimiento puede suceder dentro de las relaciones vitales humanas, es decir, su transcurso no cabe en las categorías establecidas para la interpretación que sirven para otorgarle sentido dentro de las pautas y fines de la vida humana. Si cupiera, no llamaría la atención y no activaría los procedimientos mentales de la interpretación. La contingencia es una calidad del tiempo, opuesta a la perspectiva de la experiencia. De este modo, muchas acciones humanas resultan contingentes en tanto que no se realizan las intenciones de estas acciones, sino que se experimentan como algo que tal como aconteció, no fue intencionado, e incluso, aconteció contrario a la intención inicial. En consideración al mundo ordenado de la comprensión y la interpretación humanas la contingencia es caótica e irritante. Por esta razón, por la existencia de la contingencia como factor de confusión, ella es principalmente un reto que debe enfrentar la mente humana. Hamlet expresa este carácter de desafío de la contingencia como acontecer temporal, en las palabras con las cuales comenta la aparición del fantasma de su padre: "Los tiempos se han dislocado. ¡Cruel conflicto, venir yo a este mundo para corregirlos!".[344] Más específico con respecto al tiempo, Shakespeare formula esta experiencia de la contingencia en las siguientes palabras: "¡Oh cielos! ¡Si pudiera leer el libro del destino y ver las revoluciones de los tiempos! ¡No poder ver todas las ironías de la suerte y de cuantos licores variados la fortuna llena la copa del azar. Si todo esto pudiera verse, el joven más feliz, viendo el camino a recorrer, querría cerrar el libro, tenderse y morir".[345] La contingencia pone en peligro al orden cultural del tiempo, dentro del cual acontece la vida humana; (tendencialmente) se inclina hacia el caos. La contingencia reta la mente humana a determinar la relación entre la acción y el sufrimiento por un lado en cuanto al cambio temporal, y por el otro, de modo que

---

[344] *William Shakespeare: Hamlet, Ángel-Luis Pujante (trad. y ed.), Madrid, 20007 Acto 1, escena 5, pág. 92.*

[345] *William Shakespeare: Enrique IV, segunda parte, Miguel Cané (Trad. y ed.). Buenos Aires 1918. Acto 3, escena 1, pág. 168.*

establezca un balance. Con este carácter de reto, la contingencia como experiencia de un transcurso temporal tiene un carácter crítico en el pensamiento histórico. Puesto que nunca puede entenderse completamente como resultado de un cambio, que no sólo no resulte de las intenciones conscientes de las acciones humanas, sino que corresponda directamente a ellas. Por esta razón, se solía recurrir al mundo divino para las explicaciones de tales desviaciones contingentes entre suceso e intención. Eurípides lo expresa de la siguiente manera: "Muchas son las formas de lo divino, y muchas cosas ejecutan los dioses inesperadamente. Lo que se esperaba no se cumplió, en cambio, de lo inesperado encontró una solución un dios. Tal ha resultado este asunto".[346] La vida humana resulta inconcebible sin tales experiencias desasosegadoras o incluso cambios temporales destructivos, opuestos a las esperanzas, expectativas e intenciones, y por lo mismo, la existencia resulta inconcebible sin los constantes esfuerzos de los humanos de resolver estas situaciones.

La conciencia histórica es la respuesta mental o espiritual a los retos de la contingencia.[347] Por esta razón, el canciller Warwick reacciona con la siguiente respuesta al lamento del rey Enrique IV sobre "las revoluciones de los tiempos": "Se encuentra siempre en la vida de los hombres algún acontecimiento que representa el estado de los tiempos extinguidos".[348] La historia transforma la contingencia en un orden narrativo de secuencias temporales en las cuales adquieren sentido y significación. Con estos últimos, frente a los sucesos contingentes, las acciones humanas pueden acontecer dentro de un marco de orientación cultural en el cual el tiempo se presenta ordenadamente.

Un texto chino expresa esta relación entre el orden de la contingencia y el orden del tiempo con respecto al significado clave de *Los anales de primavera y otoño* (que se adscribieron a nadie menos que el mismo Confucio): "Para ordenar las cosas que acabaron en el caos y para reconstruir el orden del mundo, no hay mejor libro que *Los anales de primavera y otoño*".[349]

---

[346] *Eurípides: Alcestis, Medea, Hipólito. Madrid, Alianza, 2003, versos 1159-1164, p. 99.*
[347] Cf.*: Jörn Rüsen: Historische Orientierung. Über die Arbeit des Geschichtsbewusstseins, sich in der Zeit zurechtzufinden. Köln 1994, pp. 3ss.*
[348] *William Shakespeare: Enrique IV, segunda parte (*op. cit.*), Acto 3, escena 1, pág. 168.*
[349] *Kung-yang chuan, Ai-kung, siglo XIV (Le agradezco esta recomendación a Achim Mittag).*

Entonces la historia se basa en una experiencia determinada del tiempo: es una respuesta a la crisis, que se debe elaborar y subsanar por medio de la interpretación. Y, por el contrario, podemos concluir que se da una comprensión del pensamiento histórico cuando se interpreta este pensamiento como una respuesta a una experiencia crítica del tiempo.

La contingencia no es una calidad de experiencia en sí. Ella depende de orientaciones culturales predeterminadas de la vida humana dentro del transcurso temporal. Se produce la experiencia de la contingencia cuando los acontecimientos ponen estas orientaciones en un estado crítico, cuando las perturban, irritan y desasosiegan. El marco de orientación cultural de las prácticas vivenciales humanas les hace posible a los seres humanos perseguir sus metas y realizar sus ideas a lo largo del transcurso de su vida. La seguridad de la vida humana en cuanto a su relación entre objetivos, medios y realizaciones de las acciones, se perturba de manera permanente y fundamental debido a la experiencia de que algo importante para estas acciones acontece de modo que no pueda entenderse a la luz de las intenciones y de la autocomprensión. Lo decisivo, y para la filosofía de la historia incluso se trata de un hecho antropológico constitutivo, es el hecho de que el cambio temporal del mundo humano resulta fundamentalmente incomprensible, si lo queremos explicar basándonos en las intenciones de las acciones (sucedió algo, porque la intención de alguien se realizó tal cual como lo había planeado).[350]

Esta experiencia fundamental de la contingencia se plasma en la difundida idea de que a causa de su temporalidad, el mundo humano se encuentra en un estado de disolución permanente o por lo menos potencial, si el ser humano no se opone a esta decadencia por medio del constante esfuerzo de acciones simbólicas y no mantiene y restituye el orden necesario de las circunstancias interiores y exteriores indispensables para su vida. El espíritu humano justamente se define por medio de la producción de sentido y significado en el tratamiento del mundo; y éstos obedecen a una lógica diferente a la de la racionalidad instrumental, la cual trata la idoneidad de los medios para alcanzar un fin. Más bien, se trata de la lógica narrativa de una historia que permite que los acontecimientos contingentes aparezcan como cargados de sentido y

---

[350] *Para los problemas de la explicación del pensamiento histórico* cf.*: Jörn Rüsen: Rekonstruktion der Vergangenheit. Grundzüge einer Historik II: Die Prinzipien der historischen Forschung, Göttingen 1986, pp. 22ss.*

significación.[351] Las narraciones históricas establecen un orden para los cambios temporales de las situaciones vivenciales de los seres humanos, que disuelve la contingencia de acontecimientos críticos a favor de un concepto del cambio temporal del mundo humano como conjunto cargado de sentido y significación.

Las crisis, como hemos mencionado, constituye la conciencia histórica. Sostengo que la crisis es una experiencia sin sentido y significación. La contingencia sucede siempre en un mundo culturalmente interpretado y nunca es exterior o negativa con respecto a esta interpretación (entonces sería el caso especial de trauma masivo). El carácter contingente de un acontecimiento o de un suceso se muestra, si los patrones de interpretación dados tienen que movilizarse y aplicarse, si se quiere entender lo que sucedió o sucede; es más, en dado caso tiene que modificarse dichos patrones para poder tratar lo extraño de lo que ha acontecido.

EL TRAUMA

El trauma es una crisis que destruye el marco de referencia de la formación del sentido histórico y no permite dicha formación en otro marco que pudiera cumplir la misma función que el marco destrozado. El trauma puede denominarse crisis catastrófica, y así diferenciarse de otros tipos de crisis.

Pueden distinguirse tres tipos de crisis, que de modo diferente constituyen las modalidades de la formación del sentido histórico. Éstos son tipos ideales en el sentido de Max Weber; es decir, claramente pueden diferenciarse por sus lógicas, aunque en la historiografía y en todas las otras formas del pensamiento histórico y de la formación del sentido histórico, se presentan en formas mixtas y sólo pocas veces pueden hallarse de modo puro.

Una crisis normal puede superarse con base en las posibilidades culturalmente establecidas de la conciencia histórica. El reto de la experiencia de contingencia se integra en una narración, este es el marco en el cual hace sentido, de modo que las acciones humanas puedan tratar con ella, ya que es suficiente el potencial dado de la

[351] Cf.: *cap. 6*.

formación de sentido acerca de la experiencia temporal. Los patrones de formación del sentido que se usan en tal narración no son nuevos. De hecho, únicamente presentan reconfiguraciones de elementos ya desarrollados, presentes en la cultura histórica. Podríamos pensar en la reunificación de las Alemanias como un ejemplo de una forma conservadora de superar una crisis. En este caso se emplea un concepto tradicional de la historia nacional para dar sentido a una crisis normal, al reto de la experiencia de la reunificación alemana. Desde esta perspectiva, la reunificación significa el regreso de Alemania al camino del desarrollo nacional cuyo paradigma se origina en el siglo XIX.

Una crisis crítica sólo se puede solucionar, cuando entran en juego nuevos elementos que sobrepasan al potencial dado de la cultura de la historia. De este modo, se forman nuevos patrones de interpretación para la comprensión del pasado; el pensamiento histórico desarrolla nuevos paradigmas. En este caso, la reunificación alemana se interpretaría por medio de una comprensión diferente de la identidad nacional, que modifica y trasciende al nacionalismo tradicional en una concepción abierta e incluyente, una concepción que correspondería a las nuevas condiciones en el proceso de la Unión Europea.

Una crisis catastrófica destruye la posibilidad de la conciencia histórica de reelaborar la contingencia en una historia llena de sentido y de significado. En este caso, son retados los principios fundamentales de la formación de sentido, principios que garantizan la coherencia de la narración histórica. Deben transitar por la tierra de nadie cultural o simplemente abandonarse. Por esta razón resulta imposible darle un lugar en la memoria de aquellos que padecen esta crisis. Cuando acontece una crisis catastrófica, enmudece la lengua del sentido histórico. La crisis se vuelve trauma. Se precisa tiempo (a veces varias generaciones) para encontrar un lenguaje que pueda expresar dicha crisis.[352] Remitiéndonos al ejemplo de la reunificación alemana: posiblemente un funcionario convencido y fiel de la ex-RDA haya experimentado dicha experiencia traumática, cuando cayó el muro en noviembre del año 1989. Sus convicciones fundamentales se desplomaron y su vida perdió el sentido que tenía hasta entonces.

El carácter traumático de este acontecimiento no le es inherente como una calidad objetiva. El mismo suceso puede resultar traumático para alguien y para otra persona

---

[352] *Esto no quiere decir que no exista ningún intento por dotar de sentido a esta crisis y de romper su conjuro sobre el recuerdo. El carácter catastrófico de la crisis se hace visible en el fracaso de tales intentos.*

no, dependiendo del potencial interpretativo que se encuentre a disposición. Una característica del trauma radica en que como experiencia es posterior; es decir, el reto catastrófico a la formación del sentido de los afectados se presenta después que los acontecimientos.

Desde luego, el Holocausto es la experiencia más radical de tal crisis catastrófica, por lo menos, en cuanto a los judíos europeos y, de forma diferente, en cuanto a los alemanes. Para ambos, el holocausto es único por el genocidio y la negación y destrucción radicales de los valores fundamentales de la cultura moderna, valores que comparten. Esta negación y esta destrucción se extienden a los principios de la interpretación histórica, en cuanto estos principios forman parte de la cultura moderna. Por ello, a menudo se caracteriza el Holocausto como hoyo negro del sentido y de la significación que deshace cualquier acercamiento de una interpretación histórica. Cuando Dan Diner caracterizó el Holocausto como ruptura de la civilización,[353] se refería al hecho de que debe considerarse como un acontecimiento histórico, el cual por haber sucedido, destruyó las posibilidades culturales de integrarlo en el orden temporal histórico que permitan la comprensión del Holocausto, de modo que la vida del presente tampoco pueda vivirse considerando esta experiencia. El Holocausto hace muy problemático, e imposible, cualquier conjunto de sentido con el tiempo antes y después de él. Se trata de una experiencia límite de la historia que se rehúsa a ser integrada en un marco interpretativo coherente de la historia. Los intentos de aplicar concepciones abarcadores de desarrollo a él son ineficientes.

Sin embargo, el Holocausto tiene que considerarse como acontecimiento histórico para darle un lugar en los marcos de referencia historiográficos de la historia moderna, dentro de los cuales nos entendemos a nosotros mismos, expresamos nuestras esperanzas y temores y desarrollamos nuestras estrategias de comunicación con otros. Si ubicáramos el Holocausto más allá de la historia y le diéramos un significado mítico, perdería su carácter como acontecimiento fáctico con calidad de sentido. Al mismo tiempo, el pensamiento histórico se limitaría en cuanto a su acceso al pasado. Esto contradice de modo fundamental a la lógica del pensamiento histórico, ya que un mito no tiene la relación de experiencia que el pensamiento histórico pueda considerar como

---

[353] *Dan Diner: Zwischen Aporie und Apologie. Über Grenzen der Historisierbarkeit des Nationalsozialismus, en* idem *(Ed.): Ist der Nationzlsozialismus Geschichte? Zu Historisierung und Historikerstreit. Frankfurt am Main 1987, pp. 62-73.*

condición fidedigna. Por ello, el Holocausto es un acontecimiento límite. No puede mantenerse en el ámbito de los objetos del pensamiento histórico, lo trasgrede, y más bien se relaciona con el centro de los procedimientos mentales del mismo pensamiento histórico.

La diferenciación que hago entre las crisis normales, críticas y catastróficas es un intento por aprehender este carácter especial del Holocausto como trauma de la experiencia histórica. Esta diferenciación es, por supuesto, artificial. La separación estricta de los elementos característicos de la experiencia de la contingencia histórica es un constructo mental que procede por razones metodológicas. Los elementos catastróficos no se pueden limitar al tercer tipo, ya que sin ellos no se llegaría a una crisis que retara la experiencia histórica. Viceversa, no se podría caracterizar ninguna crisis crítica o catastrófica sin los elementos de las crisis normales como retos inéditos, y con ello tampoco cabría la posibilidad de un cambio radical en la percepción y la interpretación de la historia.

Por ello, es necesario este carácter artificial de la diferenciación, pues hace posible la comparación. Transgrede la singularidad del Holocausto y de acontecimientos parecidos como hechos históricos en una concepción abstracta. Pueden utilizarse para identificar, caracterizar e interpretar las modalidades de la experiencia histórica y los correspondientes patrones de interpretación. Los conceptos diferentes de crisis pueden emplearse de manera heurística para investigar las relaciones concretas entre experiencias del cambio temporal y las estrategias de superación por medio de la concatenación narrativa de otros acontecimientos. La tipología permite distinguir entre las diferentes formas de las concepciones del cambio temporal. Dichas representaciones del transcurso temporal que abarcan pasado, presente y futuro, conforman la herramienta intelectual más importante del pensamiento histórico, su filosofía interna y a menudo escondida. Ellas otorgan a la experiencia desafiante del cambio temporal un significado histórico, en la medida en que la conforman un orden temporal en que se puedan realizar las acciones humanas y un concepto de la autocompresión humana vital, pleno de identidad.

Estos tres tipos de contingencia como experiencias de crisis conducen a la historia, y a muy diferentes formas de la interpretación histórica. En el primer caso, el orden narrativo integra la experiencia de contingencia desafiante, ya que en sentido hegeliano de la palabra, la suprime (*aufheben:* niega y conserva al mismo tiempo). En el

segundo caso, el de la crisis crítica, sólo se puede alcanzar dicha integración por medio de una modificación del orden narrativo. En el caso de un trauma, aunque también se historiza la experiencia desafiante, los patrones interpretativos históricos se modifican de una manera muy diferente. Sus exigencias de un orden narrativo coherente se relativizan al abarcar o cubrir el acontecimiento traumático, o incluso se integra el sinsentido en el centro de dicho orden. La crisis traumática deja huellas de lo incomprensible en las características de la historia. Al orden temporal, le imprime trazas de distorsiones y rupturas, y así marca los límites del sentido en el tratamiento de la experiencia temporal. A la coherencia entre experiencia e interpretación, aporta transcursos temporales con la signatura de la ambivalencia y de la ambigüedad.

LA CONCIENCIA HISTÓRICA

Los alcances de interpretación de la conciencia histórica siempre constituyen un proceso de la formación identitaria. Eso tiene validez para individuos y grupos. Identidad significa coherencia de un sí mismo en relación con otros y consigo mismo. Esta coherencia tiene una dimensión sincrónica y diacrónica. En cuanto a la sincronía, la identidad integra diferentes relaciones de un sí mismo individual y colectivo para con los demás en una unidad, una relación en la cual el sí mismo genera autoconciencia. Refleja su relación con otros en sí y forma una unidad interior en la multiplicidad de las relaciones con los otros. En cuanto a la diacronía, esta reflexividad de sí mismo se refiere a las transformaciones del sí mismo y de sus relaciones con los otros en el fluido temporal. En este sentido, la identidad es una concepción de la mismidad del sí mismo, constituida en un juego de espejos de recuerdos y expectativas, una concepción relacionada con las transformaciones que cada persona y cada grupo padece a lo largo del tiempo.

Si hablamos de esta forma abstracta de la identidad, podría establecerse una idea errónea de ella. La identidad no es una unidad fáctica, como una cosa o una línea claramente trazada de lo mismo y de lo equivalente, sino es una determinada relación entre dimensiones diferentes y cambiantes del sí mismo (individual y social). Estas dimensiones incluyen el género, la nación, la religión, la región, las convicciones

fundamentales, los miedos, las esperanzas, los anhelos, etcétera. Se extienden en los ámbitos conscientes e inconscientes de la percepción, interpretación, orientación y motivación. La identidad contiene puntos de vista múltiples y entrelaza diversos ámbitos de la conciencia, valores, normas y experiencias. Se fundamenta en una relación con el sí mismo autorreferencial y al mismo tiempo, se determina por medio de las relaciones con otras personas y grupos. En este sentido, la identidad se conforma de una mezcla compleja y a menuda contradictoria de relaciones basadas en emociones e imaginación así como en procesos cognitivos. No se trata de una unidad que se conforme a partir de diferentes elementos dentro de las pautas de un marco de referencia único. Más bien, se trata de una meta-unidad de diferentes unidades de la pertinencia. Es líquida, no rígida; múltiple, no uniforme; y contradictoria, no armónica. Su coherencia puede incluir rupturas, dislocaciones y tensiones.

Lo anterior tiene validez tanto para la perspectiva sincrónica como para la diacrónica. Considerando esta complejidad, es inevitable la pregunta si de hecho tiene algún sentido hablar de la identidad de *una* persona o de *un* grupo. Desde luego, puede definirse la identidad social por medio de factores como clase, religión, género entre otros, y en cada caso se trata de algo diferente, con otro significado e impacto. No obstante, se prestaría a equívocos, si sustituyéramos el término identidad por otro que expresara, en vez de unidad, multiplicidad y diferencia. La identidad es una relación entre esas diferentes identidades, que se definen por medio de un mínimo de coherencia determinado (como modalidad auto-referencial). Los individuos y los grupos sociales necesitan esta identidad para vivir.

En las siguientes reflexiones dejaré de lado la relación entre la sincronía y diacronía de la identidad para ocuparme sólo de esta última dimensión, la diacrónica. Para esto me concentraré en dos campos temáticos: la extensión inter-generacional de la identidad y su fundamento en los acontecimientos del pasado, que se mantienen vivos en el presente por medio de la causalidad y del recuerdo interpretativo.

La identidad colectiva arraiga en el acto de hacer presente el pasado mediante el recuerdo. Los acontecimientos únicamente pueden desempeñar la función de raíces de la identidad, cuando poseen un carácter específicamente histórico. Histórico significa que tienen un significado en la orientación de las prácticas vivenciales efectivas. La importancia de dicho significado consiste en que debe remitirse a él, cuando se reflexiona acerca de sí mismo y quiere comunicarse con otros sobre el significado de sí

mismo, y de este modo también se caracteriza la otredad de los otros. En este sentido, un acontecimiento histórico siempre tiene dos componentes: es una síntesis de la facticidad, basada en la experiencia, y de la intencionalidad, basada en valores, normas e intereses. Tradicionalmente, se llamaba a esta intencionalidad espíritu (*Geist*); actualmente, se suele denominarla ficcionalidad. En ella yacen los fundamentos los poderes creativos del espíritu humano. Hay que distinguir claramente entre ambos elementos, cuando se analiza el proceso de formación de la identidad que se genera en el proceso histórico. No obstante, cabe insistir en el hecho de que el carácter histórico de un acontecimiento, básicamente y desde su inicio, es una síntesis de hechos y normas que también se recibe y se recuerda como síntesis. Esta diferenciación entre la facticidad y la intencionalidad es artificial, pero aclaradora, pues la dinámica de la formación de identidad consiste de un proceso mental en el cual el acontecimiento se vuelve histórico y la experiencia del pasado se transforma en una historia llena de sentido y significación por medio de la interpretación y de la representación.

La conciencia histórica está determinada por el pasado en la medida en que se configura en un contexto vivencial real que a su vez se originó a partir de los acontecimientos pasados. No se encuentran en una disposición libre estas condiciones de la formación de identidad por medio de la conciencia histórica que se generaron en el pasado mediante el proceso del desarrollo histórico. No son un mero material de las inter-pretaciones (*Be-deutungen*) que adquieren de otra parte (como inscripciones), sino también tienen que percibirse y aceptarse. Únicamente en este caso, puede proceder mentalmente la formación del sentido de la experiencia pasada y cumplirse la función orientadora de la conciencia histórica. Estos factores condicionantes de la conciencia histórica son el resultado de los desarrollos del pasado que determinan la vida de los seres humanos en el presente, y que son considerados como un destino por los afectados. La dependencia de la formación de la identidad histórica puede denominarse con el concepto hegeliano de la "causalidad del destino". La idea de causalidad puede especificarse como la existencia precedente del lugar que ocupan los seres humanos del presente en la concatenación de las generaciones; eso sucede al lado y con independencia de sus percepciones y de sus interpretaciones intencionadas de esta cadena a la cual pertenecen. Con ella, están vinculados, por no decir arrojados (*geworfen*) en términos de Heidegger. El pasado despliega su efecto en el presente de las condiciones y las circunstancias externas e internas de la vida, sin que se le pida

permiso a dicha vida y a veces sucede en contra de la voluntad de aquellos que deben arreglarse la existencia en esas condiciones y circunstancias. En este sentido, la conciencia histórica depende del pasado que lo transforma en una historia llena de sentido y significación.

Esta relación causal o del destino entre el pasado y el presente no se limita a condiciones de la vida externas, sino incluye condiciones interiores, mentales y espirituales; es decir, también las condiciones bajo las cuales opera la relación histórica con el pasado mismo. La cadena del destino de las generaciones posee una dimensión mental que se efectúa en las tradiciones, prejuicios, resentimientos, miedos, esperanzas, sistemas de valores, convicciones básicas y (no hay que olvidarlos) en los poderes de actitudes inconscientes e intenciones que se generan por medio del olvido obligado. De forma esquemática, puede representarse esta relación *objetiva* entre el pasado y el presente así:

Los hombres en el pasado configuran las condiciones del futuro por medio de las acciones, las omisiones y el sufrimiento.		Pasado
↓		↓
Relación objetiva, causalidad del destino.		Historia
↓		↓
Los hombres del presente viven bajo las condiciones que resultan de los acontecimientos del pasado.		Presente

Esquema 1

Por otra parte, el pasado en su forma como historia llena de sentido y significación depende del enfoque interpretativo por parte de aquellos que les importa este pasado. En este sentido, los acontecimientos pasados son, por así decirlo, la materia prima que se integra en un concepto de la transformación temporal, y con el cual el proceso vital humano en el presente se orienta de modo cultural y temporal, lo cual siempre implica una orientación hacia el futuro. El peso del pasado, que carga a la identidad humana con

la responsabilidad de los acontecimientos pasados, ahora se vuelve asunto de la creatividad mental. El pasado se enfoca desde una perspectiva de desarrollo. Desemboca en una proyección del futuro, la cual incluye lo que los seres humanos quieren estar de acuerdo con las directivas de su autocomprensión. La causalidad del destino se sustituye por deberes dirigidos mediante valores que se derivan de los acontecimientos del pasado. Éstos son tratados, como si pudieran redimirse en el transcurso temporal futuro del cambio temporal del mundo humano. De forma esquemática, esta relación subjetiva entre el presente y el pasado se puede representar así:

Acciones, omisiones y sufrimientos del ser humano en el pasado.		Pasado
↑		↑
Relación subjetiva.		Historia
↑		↑
La identidad colectiva de los humanos en el presente como resultado de las actividades culturales, dedicadas al recuerdo y a las consecuencias del pasado para el presente.		Presente

Esquema 2

En el marco de esta tensión entre la causalidad del destino y la responsabilidad dirigida mediante valores, la conciencia histórica lleva a cabo las operaciones de construcción de la identidad.[354]

---

[354] *Olick y Levy destacaron este carácter doble de la memoria histórica (Jeffrey K. Olick y Daniel Levy: Collective Memory and Cultural Constraint. Holocaust Myth and Rationality in German Politics, en American Sociological Review 62 (1997), pp. 921-936. En el trato de los alemanes occidentales con el Holocausto, distinguen entre una dimensión mítica y una racional. En la mítica, el pasado, preestablece modelos de actuación al estilo de un tabú que se sustrae de toda discusión argumentativa. Aquí, el pasado se impone al presente. Viveversa en la dimensión racional, el condicionamiento del pensamiento y de la acción del presente por el pasado se convierte en un asunto de reflexiones argumentativas; puede tratarse de manera*

La coherencia temporal del sí mismo humano no se limita a la duración de la vida individual. Las unidades sociales, dentro de las cuales los individuos conforman su identidad colectiva, extienden su autocomprensión temporal por encima de la continuidad y la duración de las generaciones. La identidad personal a menudo se refiere a dicho espacio de tiempo. La conciencia de pertenecer a un sí mismo inter-generacional otorga la certidumbre de una larga duración a los individuos. Las comunidades religiosas o las que se parecen a religiones no vacilan en declarar como eternidad a estas duraciones. Los seres humanos transforman su cadena generacional biológica en unidades temporales culturales que abarcan pasado, presente y futuro más allá de la duración de una vida individual. En esta unidad temporal, sienten y reconocen la existencia de su identidad colectiva más allá de los límites de su nacimiento y de su muerte, y así definen la calidad cultural de sus relaciones sociales.

Esta unidad temporal abarcadora nace a partir de la conciencia histórica, misma que la mantiene viva. Consiste de una síntesis de experiencias del pasado y expectativas hacia el futuro. En esta síntesis, el pasado se hace presente como una fuerza que mueve los espíritus cargada de los poderes que la mente humana intencionadamente dirige (con temor y esperanza) hacia el futuro. Es la fuerza de los recuerdos que acuña las características de la identidad y que hace del pasado una proyección del futuro.

El pasado y la conciencia histórica se entrelazan entonces estrechamente, aunque no son idénticos. La conciencia histórica arraiga en las fuerzas mentales del recuerdo, pero supera la memoria en un punto decisivo: mantiene vivo el pasado que se ubica más allá del recuerdo de un individuo o de un grupo. Influye y configura el recuerdo de los seres humanos por medio de experiencias elaboradas que ellos mismos no experimentaron, olvidaron o desplazaron.[355] La conciencia histórica extiende el

---

instrumental, y el presente se impone al pasado. Entonces la historización es la transformación de la dimensión mítica en la dimensión racional de la conciencia histórica. En esta versión, desaparece la especificidad de lo histórico. El entrelazamiento de elementos míticos y racionales del pensamiento histórico y su relación dinámica no puede distinguirse mediante una clara división de los tipos ideales de ambas dimensiones; la multiplicidad de la historización se simplifica en un proceso racionalizante unilineal. (En este proceso, la racionalización como logro de oportunidades para la crítica y la ilustración se puede convertir de pronto en racionalización como encubrimiento del sinsentido.)

[355] *Acerca de la relación entre memoria, olvido y conciencia histórica* cf. *Paul Ricoeur: Gedächtnis, Vergessen, Geschichte, en Klaus E. Müller, Jörn Rüsen (Eds.): Historische Sinnbildung. Problemstellungen, Zeitkonzepte, Wahrnehmungshorizonte, Darstellungsstrategien. Reinbek 1997, pp. 433-454;* idem.*: Das Rätsel der Vergangenheit.*

horizonte de experiencia temporal. Añade conocimiento al recuerdo y naturalmente extiende la extensión temporal de la memoria en un continuidad inter-generacional y en una duración del sí mismo personal y colectivo. La idea de esta duración, que corresponde a la necesidad de transcender los límites del nacimiento y de la muerte, impulsa los procedimientos culturales y las prácticas por medio de los cuales una sociedad refleja y reconfirma su pertinencia y sus diferencias con los otros.

En cuanto a los tres tipos de crisis, se distinguen claramente las respectivas concepciones de continuidad. En el caso de una crisis normal, el pasado, el presente y el futuro se conforman en una unidad ya conocida, sólida e ininterrumpida del respectivo sí mismo. Las heridas en la identidad histórica causadas por la contingencia, pueden sanar por la concepción de un transcurso temporal, el que encuentran los afectados operativo en su cultura de la historia a modo de un patrón de interpretación y orientación. En el caso de una crisis crítica no existe ese orden temporal curativo. Tiene que inventarse por medio de una nueva elaboración de lo que ha acontecido. Esta invención no es una creación *ex nihilo* sino reestructura los elementos de la narración histórica en un nuevo concepto del orden temporal o introduce nuevos elementos en este concepto. En el nuevo marco de interpretación se superan los horrores de los acontecimientos perturbadores y se sana la ruptura en el tiempo. En el caso de una crisis catastrófica o traumática, se destruye el núcleo de la concepción del transcurso temporal básica, la cual brinda una unidad llena de sentido al pasado, presente y futuro, y en consecuencia las heridas de la identidad histórica se mantienen abiertas.

IDENTIDAD Y ACONTECIMIENTO HISTÓRICO

En los procedimientos y prácticas de la formación de identidad por medio de la conciencia histórica los acontecimientos juegan un papel decisivo. Se representan y recuerdan de tal forma que su particularidad fáctica (su carácter de acontecimiento contingente) simboliza la particularidad o singularidad del sí mismo personal o

---

Erinnern – Vergessen – Verzeihen (Essener Kulturwissenschaftliche Vorträge, v. 2), Göttingen, 1998.

social.[356] Estas expresiones filosóficas describen fenómenos conocidos: el estar casado, por ejemplo, es un factor de identidad personal y social; se justifica y se constituye en un acontecimiento particular, en una ceremonia en la que un hombre y una mujer conforman una pareja. La vida humana está llena de dichos sucesos constitutivos: un bautizo determina a una persona hacia el cristianismo; en sociedades arcaicas, cada acontecimiento social importante del ciclo de vida fue iniciado y finalizado mediante una ceremonia, que como proceso concreto, individual y particular, constituye la identidad del afectado. El recuerdo mantiene estos sucesos vivos, y de este modo se conserva la identidad constituida en el acontecimiento y permanece de manera duradera en las interacciones sociales y comunicaciones, donde se negocia (directa o indirectamente).[357]

Lo mismo resulta válido para el espacio temporal de la conciencia histórica más allá de los límites del recuerdo personal y generacional. Aquí también los sucesos juegan un papel constitutivo en la formación de la identidad colectiva. La conciencia histórica los elabora con la fuerza espiritual de normas y valores que regulan la acción humana por medio de la orientación cultural y de la intencionalidad.

Eso no significa (como comúnmente se piensa) que la conciencia histórica aplique simplemente valores y normas actuales al pasado. La situación es más compleja. Los sucesos espiritualmente han estado siempre vivos con una fuerza normativa y con un significado para el presente. En la medida en que el recuerdo se transpone del pasado al presente los acontecimientos adquieren significado, aunque no es únicamente a posteriori, pues ya se han inscrito en las circunstancias interiores y exteriores bajo los cuales y por las cuales son recordados. Y eso sucedió antes de que estas circunstancias sean interpretadas por aquellos cuya vida determinan. Ya antes de que el pasado se vuelva historia para un presente posterior, opera en los procedimientos de su

---

[356] *Jürgen Straub, en una lograda formulación, llamó este tipo de acontecimientos "el centro de una narración",* cf. idem*: Temporale Orientierung und narrative Kompetenz, en Jörn Rüsen (Ed.): Geschichtsbewusstsein. Psychologische Grundlagen, Entwicklungskonzepte, empirische Befunde, Köln 2001, pp. 15-44; pág. cit. 28.*

[357] Cf.*: Klaus E. Müller: Das magische Universum der Identität. Elementarformen sozialen Verhaltens. Ein ethnologischer Grundriss. Frankfurt am Main 1987. Esta impresionante síntesis del conocimiento etnológico elabora el papel importante que juegan los órdenes temporales para la formación identitaria.* Cf. *también* idem*: Zeitkonzepte in traditionellen Kulturen, en Klaus E. Müller, Jörn Rüsen (Ed.): Historische Sinnbildung. Problemstellungen, Zeitkonzepte, Wahrnehmungshorizonte, Darstellungsstrategien. Reinbek 1997, pp. 221-239.*

interpretación como historia. Por ello, la identidad no es simplemente una invención por medio de procedimientos culturales intencionales en el ámbito de la cultura de la historia. Dicho ámbito, más bien, se encuentra predeterminado por los acontecimientos del mismo pasado, antes de que culturalmente se negocie su significado histórico. Por otra parte, desde luego, este significado es un asunto de la memoria histórica y de su potencial mental creativo.

El grupo social, al constituir su identidad, se refiere a un pasado más allá de la duración de la vida individual de sus integrantes. De una determinada manera, éstos se sienten obligados con este pasado: lo utilizan para expresar la construcción cultural de sí mismo como grupo y la delimitación de los otros que opera en ella para constituir la pertinencia formativa de identidad, y de este modo lo hacen presente y lo reafirman. De este modo, se aclaran a sí mismo y a los otros qué es lo que tienen en común como grupo, en qué radica su carácter específico y qué es lo que los distingue y separa de los otros. Por ejemplo en el ámbito de la identidad religiosa, los cristianos consideran su vida en relación con un fundamento en el pasado vinculado con Jesús. De la misma forma, los musulmanes se refieren a los acontecimientos de la vida de Mahoma.

En el campo de la conciencia histórica, la identidad humana se constituye por medio de acontecimientos con fuerza normativa y del recuerdo individual y social de estos acontecimientos. Cuando éstos tienen relevancia para la vida humana pueden ubicarse más allá del horizonte dentro del cual los seres humanos experimentan su mundo vivencial. En este caso, un acontecimiento adquiere un aspecto mítico. Esto no significa que los seres humanos no piensen que no haya sucedido nunca. Por el contrario, la realidad de tal acontecimiento más allá del horizonte de experiencia de la vida humana cotidiana se considera más intensa, más real que el llamado mundo real.

La diferencia entre mito e historia puede describirse en cuanto a esa distinción de la realidad: los mitos narran historias sobre acontecimientos cuyo estatus ontológico difiere del estatus de los acontecimientos que se ubican dentro del mundo en un determinado lugar y tiempo. Los acontecimientos suceden míticamente en una realidad superior, en el tiempo del mundo divino. A la luz de estas historias, los acontecimientos del mundo humano son interpretados mediante la supresión de su facticidad. Esta eliminación de la facticidad es necesaria para que la narración histórica pueda cargarse del sentido y la fuerza de la verdad, con la cual orientan las acciones humanas mediante la concepción del orden divino del mundo.

Utilizo la expresión histórico en mis reflexiones acerca del conjunto de crisis, acontecimientos e identidad en un sentido amplio, de modo que comprenda todo el campo del recuerdo de acontecimientos constitutivo de la identidad; es decir, que precede a la diferenciación entre mito e historia (en sentido estricto). En rigor, historia significa que los acontecimientos constitutivos de la identidad poseen el mismo estatus que los sucesos dentro del horizonte de la experiencia humana a la cual se refieren.

Naturalmente la identidad no se confirma por medio de un único suceso, sino por medio de la conexión temporal entre los acontecimientos, dentro de los cuales adquiere su significado particular y su fuerza constitutiva. Se trata siempre de una cadena de acontecimientos que relacionan la situación vivencial actual con los acontecimientos particulares a los que se refieren los seres humanos, cuando quieren aclararse a sí mismos y a los otros con los que conviven quiénes son, cómo se conforma su orden vivencial y cómo comprenden la diferencia del otro. Historia (en sentido amplio) como contenido de la conciencia histórica consiste en esta cadena temporal de acontecimientos. Posee la fuerza cultural de la formación de identidad. La identidad histórica se conforma en la representación de acontecimientos históricos, que se vuelven duraderos por medio de la cadena generacional.

Respecto de su fuerza de conformar la identidad, estos acontecimientos pueden residir en distintos niveles de significación. En una tipología ideal, y artificial, pueden diferenciarse las siguientes posibilidades:

(a) Acontecimientos con una función positiva fundacional o con una función constitutiva. Ejemplos famosos son la declaración de independencia con su significado para la identidad política de los ciudadanos de los Estados Unidos de Norteamérica, la resurrección de Cristo para los cristianos, el éxodo de Egipto para los judíos.

(b) Acontecimientos que conforman a la identidad negativamente. En este caso se conforma la identidad en contra de un acontecimiento, que niega simplemente el valor de la propia autoestima. El ejemplo paradigmático para un dicho contra-acontecimiento es naturalmente el Holocausto y su papel en la identidad histórica de los judíos, alemanes y otras personas que se involucraron en él. Por ejemplo, desempeña un papel importante en el autoentendimiento y la legitimación del Estado de Israel, y siempre constituyó un acontecimiento histórico, con el cual los alemanes tenían que cuestionar

su conciencia.[358] Para muchos judíos seculares el Holocausto es el centro histórico de su identidad.[359] Otra especie de contra-acontecimiento se caracteriza por su significado para las identidades de los otros. En este caso, la propia identidad se concibe en contra de otra, es decir, no sucede por medio del tratamiento de la negación de la propia autoestima. Esto sucedió durante mucho tiempo y muy marcadamente en Alemania. La identidad alemana se conformó en su forma nacional moderna en contra del modelo occidental de la identidad nacional (sobre todo en contra del modelo francés). Los alemanes concibieron su sistema de valores políticos contra las "ideas de 1789". Reivindicaron un camino especial para sí mismos y su cultura política que se define por medio de la diferencia del paradigma occidental de la modernización.[360] En el transcurso del desarrollo del nacionalismo alemán no hubo ningún acontecimiento particular que tuviera la fuerza normativa para fundamentar la autocomprensión nacional alemana en la misma forma como aconteció en los casos de la revolución norteamericana y francesa para los estadounidenses y los franceses. En lugar de eso, diversos acontecimientos históricos desempeñaron la función de marco de referencia para la autocomprensión nacional: la Reforma, las guerras de liberación, la victoria sobre Francia en 1871 (la victoria en la batalla de Sedan fue escogida como símbolo nacional), el entusiasmo nacional durante el agosto de 1914 ("La ideas de 1914"). Estos acontecimientos se opusieron explícitamente a las ideas de la identidad nacional de los otros, sobre todo de los franceses con su orientación universalista. Entre otras consecuencias, no podía darse lugar a los derechos humanos y los de los ciudadanos durante el camino especial de Alemania y no se reconoció su importancia para la cultura política de las sociedades modernas.

(c) Acontecimientos o cadenas de acontecimientos que transforman modalidades antiguas de identidades colectivas en otras y nuevas. En este caso, el cambio histórico constitutivo de la identidad recordada lleva a un orden de sí mismo (individual y social),

---

[358] Cf.*: Moshe Zuckermann: Zweierlei Holocaust. Der Holocaust in den politischen Kulturen Israels und Deutschlands. Göttingen 1998.*

[359] Cf.*: Jonathan Webber: Erinnern, Vergessen und Rekonstruktion der Vergangenheit. Überlegungen anläßlich der Gedenkfeier zum 50. Jahrestag der Befreiung von Auschwitz. Geschichte, Rezeption und Wirkung. Frankfurt am Main 1996, pp. 23-53. Webber dice que "en cierta medida el Holocausto sustituyó a Dios" en la autocomprensión judía (pp. 49).* Cf.*: Peter Novick: The Holocaust in American Life. Boston 1999.*

[360] *Bernd Faulenbach: Ideologie des deutschen Weges. Die deutsche Geschichte in der Historiographie zwischen Kaiserreich und Nationalsozialismus. München 1980.*

orden que tiene más potencial de convencimiento en cuanto a la situación vivencial de los seres humanos en el presente y de sus expectativas para el futuro que la concepción de un origen obligatorio. Un ejemplo de dicho cambio representa el proceso de la secularización, que transforma una identidad religiosa en una no-religiosa, que entonces se llama cultural, o la sustitución de una constitución nueva por una vieja. En el caso de la identidad alemana actual, puede resumirse la siguiente secuencia de acontecimientos: colapso del poder nazi, nueva constitución en la Alemania occidental, reunificación. En cuanto a la reunificación, es típico de la modalidad actual de la identidad nacional en Alemania que en el proceso de reunificación no había un acontecimiento que pudiera considerarse como acto fundacional o constitutivo. A la fecha que se ofrecía, el 9 de noviembre, el día de la caída del muro, se le negaba este significado a causa de su ambivalencia histórica. De este modo, la nueva Alemania parece una especia de República Federal Alemana extendida; no obstante, desde una perspectiva subjetiva, muchos perciben eso de manera muy diferente. Esta diferencia causa problemas en la identidad alemana actual.[361]

Estas particularidades de acontecimientos que se recuerdan como pasos decisivos en el proceso histórico de la formación de la identidad colectiva, pueden diferenciarse aun más de acuerdo con la siguiente tipología:

- Acontecimientos como punto de giro. También aquí la reunificación alemana sirve como ejemplo. Ella le dio una nueva forma a la identidad nacional alemana después de 1945. Originalmente existía un sentimiento de pertinencia muy poco específico que relacionaba la República Federal y la República Democrática. Este sentimiento se debilitó paulatinamente a causa de una identidad de la Alemania occidental que ganaba en fuerza, pero también a causa de una identidad de la Alemania oriental que crecía igualmente. Ambas se fundieron después de 1989 en una dimensión clara de la identidad política. Otros puntos de giro que impactan en la identidad alemana son los acontecimientos de la unificación europea.
- Acontecimientos que cuestionan los patrones establecidos de la identidad colectiva. Ejemplos de ello son la derrota alemana en 1945 con respecto del

[361] Cf.*: Jörn Rüsen: Historische Erinnerung – zweideutig – eindeutig. Zum 5. Jahrestag der Deutschen Wiedervereinigung, en: Schulverwaltung. Zeitschrift für Schulleitung und Schulaufsicht. Ausgabe Nordrhein-Westfalen, año 6, núm. 9, septiembre de 1995, pp. 239-240.*

nacionalismo alemán tradicional, el derrumbe del sistema comunista en 1989 en cuanto a las concepciones prevalecientes de la identidad rusa.

Esta lista está incompleta, es decir, puede elaborarse y diferenciarse más. Para los fines de mi argumentación, sin embargo, es suficiente, pues muestra que los acontecimientos históricos forman la identidad colectiva, y eso lo logran de formas muy diversas. Existe más de una manera de presentar los acontecimientos históricos que tienen una fuerza normativa para la conformación de la identidad colectiva, y se puede hablar de una gama amplia de diferentes posibilidades.

Como última reflexión acerca de la tipología de los acontecimientos constitutivos de la identidad histórica, quisiera retomar la distinción entre acontecimientos normales, críticos y catastróficos y relacionarlos con el proceso cultural de la formación de identidad.

- Una crisis normal lleva a un concepto de la historia en el cual un acontecimiento que representa a dicha crisis (por ejemplo, la toma de la Bastilla en la Revolución Francesa) constituye la identidad como si fuera un acto fundacional. En este caso, los acontecimientos representan al origen.
- Una crisis crítica origina una identidad compleja en la cual la transformación misma es esencial. En este caso, los acontecimientos representan el cambio y la transformación. Un ejemplo, es la Revolución Francesa como acontecimiento trascendente para la identidad cultural europea: constituye su temporalización interior.[362]
- Una crisis catastrófica, en cambio, es causada por acontecimientos que no permiten una constitución o un desarrollo positivos de la identidad histórica, o destruyen la posibilidad de fundar la identidad en un acontecimiento que tiene el aspecto de un valor y aconteció en el contexto de la crisis que debe superarse. En este caso, los acontecimientos tienen un carácter traumático y despliegan su fuerza destructiva en la autoestima humana. Con esta fuerza permanecen una amenaza constante de la identidad y un límite infranqueable para la coherencia del orden temporal de la vida humana. Ejemplos son el terror en la Revolución Francesa y, por supuesto, de modo paradigmático, el Holocausto.

---

[362] Cf.*: Friedrich Jäger, Jörn Rüsen: Geschichte des Historismus. Eine Einführung. München 1992, pp. 21ss.*

HISTORIZACIÓN DEL TRAUMA[363]

Traumática es una experiencia que no puede integrarse en el conjunto de interpretación que culturalmente orienta las acciones de los seres humanos. Por el contrario, destruye los conceptos de sentido operativos como sistemas de organización práctico-vivencial. Un trauma impacta como perturbación grave de las prácticas vivenciales. Esta perturbación debe superarse. Por esta razón, una experiencia traumática provoca una lucha ardua por la interpretación. Ella debe interpretarse de modo que tenga sentido; es decir, que se pueda integrar en los conjuntos efectivos de la comprensión y de la interpretación de la orientación práctica de la vida. Este sentido radica inicialmente en que se omite y desplaza todo de la experiencia traumática que amenaza la efectividad y seguridad de los patrones de interpretación. La formación del sentido vital acerca del trauma significa una alienación, incluso desfiguración de la experiencia con la intención de poder tratar con ella.

Todos conocemos esta destrucción y alienación. Siempre se produce, cuando se trata de hablar sobre una experiencia insólita o extremadamente conmovedora. Esto no sólo tiene validez para experiencias negativas con calidad traumática, sino para positivas (por ejemplo, poderosas experiencias de felicidad). Quien tiene tales experiencias transgrede los límites de la vida cotidiana, y de este modo, también transciende las interpretaciones del mundo y la autocomprensión que son normativos en la vida cotidiana. Sin embargo, sin palabras no pueden mantenerse las cosas en el horizonte de las percepciones y de los recuerdos, cosas que tienen calidad terrorífica que lleva a lo no interpretado e incluso a lo que no puede interpretarse. Ya que sólo dentro de este horizonte de la percepción interpretada y de la experiencia recordable puede tratase con ellas. Hasta en el presidio de la represión (*Verdrängung*), estas experiencias tienden a expresare: cuando los afectados ya no puede hablar sobre ella, compensarán la carencia del lenguaje y de su interpretación potencial de manera compulsiva con su

---

[363] Las siguientes reflexiones se enriquecieron de una conferencia sobre "Collective Identity, Experience of Crisis, and Trauma" impartida en el contexto de proyecto de investigación internacional "Chinese Historiography and Historical Culture in a Comparative Perspective", en el Kulturwissenschaftliches Institut Essen 17-20 de junio de 1998. Le agradezo a Susanne Weigelin-Schwiedrzik sus comentarios inspiradores.

comportamiento que se manifiesta como carencia y ruptura en las prácticas vivenciales. Tienen que hablar en un lenguaje de las acciones compulsivas sin palabras, ya que están relacionados con ellas y deben tratar mentalmente con esta relación y soportarla.

La historización es una estrategia cultural muy común para tratar con las consecuencias perturbadoras de experiencias traumáticas. En aquel momento en el que se comienza a narrar una historia sobre lo que ha acontecido, se ha dado el primer paso para integrar los acontecimientos destructores en la comprensión del mundo y de sí mismo. Al final de este camino, la narración histórica otorga un lugar al trauma dentro de una concatenación temporal de acontecimientos. Dentro de ella, hace sentido y pierde la fuerza destructiva que afecta el sentido y la significación. En aquel momento en el que un acontecimiento adquiere un sentido y una significación históricos, se disuelve su carácter traumático.

Esta destraumatización por medio de la historización puede llevarse a cabo mediante diferentes estrategias que contextualizan históricamente los acontecimientos traumáticos: se pueden anonimizar, categorizar, normalizar, moralizar, estetizar, teleologizar o especializar.

La anonimización es muy frecuente. En lugar de asesinato y crimen, de sufrimiento a causa de la ferocidad infligida por otras personas y la culpa correspondiente, se habla de un periodo oscuro, de destino o de la irrupción de fuerza demoniacas en el mundo más o menos ordenado.[364]

Por medio de la categorización, se equipara un trauma con acontecimientos y desarrollos comprensibles. Así pierde su singularidad destructiva para aquellos que determina (a menudo, pero no exclusivamente, las víctimas) en la medida que se refiere al trauma en términos abstractos. Estos términos integran los traumas en el marco de desarrollos temporales cargados de sentido y significación. La expresión remite a cosas horribles, sin embargo, lo terrible acontece como parte de una historia, la cual contiene un mensaje para su destinatario o para el narrador.[365]

---

[364] *Un ejemplo de ello es la manera cómo Leopold von Weise habló en el primer congreso de sociólogos después de la Segunda Guerra Mundial sobre el tiempo de la guerra.*

[365] *Un ejemplo interesante es la manera cómo el conocido e influyente histórico alemán Theodor Schieder intentaba tratar con su propio involucramiento en los crímenes nazis, pasado que recién se descubrió.* Cf.*: Jörn Rüsen: Kontinuität, Innovation und Reflektion im späten Historismus: Theodor Schieder, en* idem*: Konfigurationen des Historismus. Studien zur deutschen Wissenschaftskultur. Frankfurt am Main, pp. 357-397, esp. 380ss.*

Por medio de la normalización se disuelve la calidad destructiva de los acontecimientos traumáticos. En este caso, lo acontecido se considera algo que sucede en todos los tiempos y que se repite. Se explica remitiendo a la naturaleza humana que aparece como constante a pesar de los cambios temporales. Como tal categoría normalizadora a menudo se emplea la maldad del ser humano o de la naturaleza humana.

Por medio de la moralización la fuerza destructiva de un trauma histórico se civiliza. El acontecimiento traumático adquiere el carácter de un caso ejemplar que simboliza una regla general del comportamiento humano; esto es, que no debe hacerse lo que sucedió. El trauma adquiere el sentido de un mensaje que conmueve los corazones por medio de lo horroroso. El mejor ejemplo es la película *La lista de Schindler* (1994). Muchos museos dedicados al Holocausto en los Estados Unidos de Norteamérica tienen la misma estrategia de la formación del sentido. Al final del recorrido por los horrores que tenían que sufrir los judíos, el visitante concluye con un mensaje inequívocamente moral.

Por medio de la estetización las experiencias traumáticas pueden contemplarse y aprenderse por medio de los sentidos. Se integran en las categorías de la percepción que permiten comprender el mundo y tratar con él. El horror se transforma en imagen, dentro de la cual está atrapado y en el peor de los casos, se vuelve consumible. La industria cinematográfica conoce varios ejemplos. La cinta elogiada *La vida es bella* de Roberto Begnini (1997) disuelve una experiencia perturbadora con los recursos del *slapstick* y de una historia familiar conmovedora. Otro ejemplo representa la exposición en museos de los residuos. Ellos pueden representarse de tal manera que lo siniestro del lugar se transforma en el orden sistemático de una lección de historia.

Por medio de la teleologización, el pasado traumático se reconcilia con las formas de vidas actuales (o por lo menos posteriores), que corresponden a ideas convincentes de legitimidad y tolerancia. Una forma muy común de esta teleologización consiste en emplear el pasado culposo para legitimar históricamente un nuevo orden de vida, el cual pretende evitar la repetición de los acontecimientos pasados o pretende representar precisamente lo contrario. Esta perspectiva histórica se presenta como lección, que se ha aprendido de la experiencia histórica; el trauma se disuelve en un proceso de aprendizaje. Un ejemplo conocido es el museo histórico en el lugar de memoria israelí Yad Vashem. Los visitantes siguen literalmente el transcurso del tiempo entrando en el

horror de los campos de exterminio y de las cámaras de gas; después, el camino los lleva hacia arriba, hacia la fundación del Estado israelí. Un simbolismo parecido se encuentra en el lugar conmemorativo Buchenwald en la forma como se conservó en la RDA.

Por medio de la reflexión teórico-histórica, la facticidad dolorosa de los acontecimientos históricos puede disolverse en abstracciones. La ruptura temporal desafiante, causado por procesos traumáticos, provoca preguntas críticas sobre las características generales de la historia: ¿cuáles son los principios de sentido operativos y cuáles son las modalidades de la representación de este pasado? Responder estas preguntas significa, subsanar la ruptura en el concepto del cambio temporal. El fluido temporal, traumáticamente estancado en la cadena de los acontecimientos,[366] de nuevo comienza a moverse e integrarse en los marcos de orientación de la vida actual, cuando se responden tales preguntas de la teoría de la historia con un concepto de la historia correspondiente de desarrollos abarcadores.

Finalmente, la especialización es una forma genuinamente académica de quitarle el aguijón del sinsentido a la experiencia traumática.[367] El conjunto se divide en diferentes temas individuales, y a cada cual corresponde un discurso de especialistas; eso oculta las disonancias perturbadoras que surgen en el conjunto histórico (con sentido potencial). El mejor ejemplo de ello, es la introducción de los *Holocaust Studies* como campo de investigación y enseñanza propio. Delimitado en el campo especializado de expertos, el horror pierde su carácter de reto del pensamiento histórico como conjunto.

Todas estas estrategias historiográficas son acompañados de procedimientos mentales que el psicoanálisis conoce bien y que tratan de eclipsar las características desasosegadoras de la experiencia biográfica, o por lo menos, volverlas más soportables. El procedimiento más eficiente es, desde luego, la represión. Sin embargo, es demasiado fácil sólo observar cómo una narración histórica utiliza mecanismos de

---

[366] *Me refiere a las metáforas de Dan Diner: Zwischen Aporie und Apologie. Über Grenzen der Historisierbarkeit des Nationalsozialismus, en* idem*: Ist der Nationalsozialismus Geschichte? Zu Historisierung und Historikerstreit. Frankfurt am Main, pp. 62-73. En una discusión subrayó que el sinsentido del Holocausto se muestra en su inenarrabilidad por la investigación; el Holocausto no es una narración, sino una estadístca.*

[367] *En la psicología de la represión se habla de* splitting off.

represión, cómo una narración verbaliza el pasado y calla acerca de las características horrorosas.

El psicoanálisis puede ser aleccionador para el historiador en cuanto al gran número de posibilidades de transformar el sinsentido de las experiencias perturbadoras del pasado en sentido, en la medida que posteriormente se vuelven presente de una manera que omitan la pregunta por la culpabilidad. Por ejemplo, aquellos que saben que estaban involucrados en los crímenes del pasado y tienen responsabilidad sobre ellos, no asumen la culpa de este pasado por medio de un mecanismo que lo desplace del ámbito de su propia historia y lo transponga al ámbito de la historia que tiene validez para los otros. Tales procesos psicoanalíticos de la desterritorialización de componentes de un yo culpable (también se habla de una sombra) pueden traducirse a la historiografía. Esta desterritorilización también puede efectuarse cuando se intercambian los papeles de víctimas y victimarios, o se designan a otras personas por los crímenes que se han cometido. Un desplazamiento de esta forma se genera al trazar una imagen del pasado que borra la propia cara en la representación de los hechos, a pesar de que estos hechos objetivamente pertenezcan a los acontecimientos que constituyen la propia identidad.

Todas estas estrategias pueden observarse cuando se pregunta por las huellas que dejaron los traumas pasados en la historia escrita y otras forma de la cultura de la historia, que sirve a la orientación de las practicas vivenciales en el presente. Las huellas se cubren de recuerdos e historias, y a veces resulta sumamente difícil encontrar la realidad perturbadora debajo de la superficie lisa de la memoria colectiva y de la interpretación histórica.

El diagnosticar estas estrategias en contra del trauma de la formación del sentido histórico nos lleva directamente a la pregunta sobre cómo la obra de los historiadores tiene que posicionarse con respecto a ellas. ¿Será posible evitar la distorsión y la falsificación en el proceso de la transformación de traumas que destruyen el sentido en la historia cargada de sentido? La extraña respuesta es: tiene que ser posible. Desde luego, no dudo de que una investigación histórica cuidadosa pueda superar una falsificación reprimida de relaciones históricas dolorosas (e incluso, la responsabilidad culposa). En este sentido, las ciencias de la historia tienen la función necesaria de la crítica, la cual saca los hechos a la luz. Sin embargo, en la medida en que los historiadores interpretan estos hechos (y eso es lo que tienen que hacer) no les queda otra que emplear marcos de interpretación narrativos, que otorguen un sentido histórico

a los hechos traumáticos. En este sentido, las ciencias de la historia son por razones lógicas una práctica cultural de la superación de los traumas. Ellas transforman los traumas en historia. ¿Eso significa que inevitablemente el trauma desaparece en la historia que la representa?

La plenitud de experiencias traumáticas a lo largo del siglo XX causó un cambio en la relación histórica con el trauma. Una representación eufemística de las características dolorosas (ya) no es posible, pues mientras que las víctimas y sus descendientes, y todos los que estaban involucrados en los crímenes contra la humanidad, están confrontados objetivamente con esta inversión de las normas de la humanidad, y tienen que enfrentarlas subjetivamente.

Los problemas que surgen a partir de tal perspectiva sobre el horror absoluto se han discutido ampliamente en cuanto al Holocausto. En esta discusión siempre se intentaba justificar la singularidad de este acontecimiento traumático que se mantiene separada del recuerdo y de las estrategias de la formación del sentido histórico. Esta separación se quería abordar con la pareja terminológica dicotómica histórico y mítico. Sólo una relación mítica con el Holocausto podría representar una forma en la cual su carácter traumático se conservara de la disolución por medio de la historización.[368] Sin embargo, si se deshistoriza el Holocausto de esta forma, se le quita su fuerza explosiva en la negación de los procedimientos usuales de la historización. Si se da asilo a este trauma al lado de la normalidad de la perspectiva histórica normal, se separa de las prácticas establecidas de la cultura de la historia. Vive su existencia propia en un espacio de significación propio. Esta separación permite entonces escribir la historia con los procedimientos regulares, como si no hubiera pasado nada. (Este es el peligro, si se establecen los *Holocaust Studies* como un campo de estudios académicos propio —es decir, separado— así como, el *Holocaust Teaching* como propio campo de enseñanza. Separada de los otros campos de la investigación académica y de la educación, esta experiencia histórica fundamentalmente diferente estabiliza indirecta e involuntariamente el pensamiento y la enseñanza, que tendrían que problematizarse, si el Holocausto formara parte de su ámbito de estudio.) Por estas razones, es equivocado el experimento de la afirmación de un carácter transhistórico-mítico de los

---

[368] Cf.: Supra *cap. 11*.

acontecimientos históricos traumáticos; finalmente legitima, e incluso refuerza la función anti-traumática del pensamiento histórico normal.

¿Cómo entonces puede evitarse la destraumatización por medio del pensamiento histórico? Quisiera proponer la estrategia de la traumatización secundaria. Con ello, me refiero a que debe cambiarse la forma en que se hace la historia. Pienso en una nueva forma de la narración histórica, en la cual los acontecimientos traumáticos dejan sus huellas en los mismos marcos de interpretación, y en la misma forma de representación, que determinan el trabajo de los historiadores y la recepción de su resultado. La narración histórica debe abandonar su carácter cerrado, su superficie lisa que se pone por encima de la concatenación de los acontecimientos. Debe expresar la perturbación misma en los procedimientos metodológicos de la interpretación y en los procesos narrativos de la representación histórica.

En el nivel de los principios fundamentales de la formación del sentido histórico por medio de la interpretación de los acontecimientos, el sinsentido debe volverse un elemento constitutivo del sentido histórico.

En particular, eso quiere decir:

- La anonimización del horror puede evitarse, si se dice claramente qué ha acontecido, con la dura crudeza de la facticidad.
- En lugar de subsumir los acontecimientos perturbadores en categorías con sentidos potenciales, deben integrarse en el marco de referencia de la interpretación que problematiza las categorías tradicionales del mismo sentido histórico.
- En lugar de una historia normalizadora que disuelve elementos de experiencia perturbadores, la historia tiene que mantener el recuerdo de la normalidad de excepción. Debe recordar lo horroroso debajo de la fina capa de la cotidianidad, para mostrar la sistemática de la banalidad del mal.
- En vez de moralizar, la interpretación histórica debe mostrar los límites de la moralidad, o mejor aun, la fragilidad de la misma moral.
- En lugar de estetizar, la representación histórica deber hacer hincapié en la fealdad brutal y en la deshumanización.
- En lugar de subsanar rupturas temporales por medio de una teleología, la historia tiene que mostrar cómo el fluido del tiempo se estanca en cuanto a la relación entre el pasado de acontecimientos traumáticos y el presente de su recuerdo. La

discontinuidad, el rompimiento de nexos y la ruptura son figuras del mismo sentido histórico. Ruth Klüger caracterizó esta ruptura con la metáfora de los "fragmentos de vidrio que hieren a la mano, cuando se intenta recomponerlos".[369]

- La reflexión teórica de la historia tiene que integrar los elementos perturbadores de la experiencia histórica con su dimensión traumática en la abstracción de conceptos e ideas.
- La especialización finalmente debe basarse en un marco de interpretación convincente;[370] es decir, debe reflejarse en los conjuntos abarcadores de la historia, de su interpretación y representación.

Los gritos de las víctimas, la risa de los victimarios y el silencio significativo de los espectadores están pereciendo, cuando el paso del tiempo obtiene su forma histórica normal de la orientación cultural. La traumatización secundaria es una oportunidad para devolverle la voz a aquella deshumanización. Si el terror se recuerda de esta forma, el pensamiento histórico tiene la oportunidad de evitar la continuidad del terror.

---

[369] *Ruth Klüger: Weiter leben. Eine Jugend. Göttingen 1992, p. 278.*

[370] *Saul Friedländer: Trauma, Memory, and Transference, en: G. H. Hartmann (Ed.): Holocaust Remembrance: The Shapes of Memory. Oxford 1994, p. 252-263, p. cit 258*; cf.*:* idem*: Writing the History of the Shoa: Some Major Dilemmas, en: Horst-Walter Blanke, Friedrich Jaeger, Thomas Sandkühler (Eds.): Dimensionen der Historik. Geschichtstheorie, Wissenschaftsgeschichte und Geschichtskultur heute. Jörn Rüsen zum 60. Geburtstag. Köln 1998, p. 407-414.*